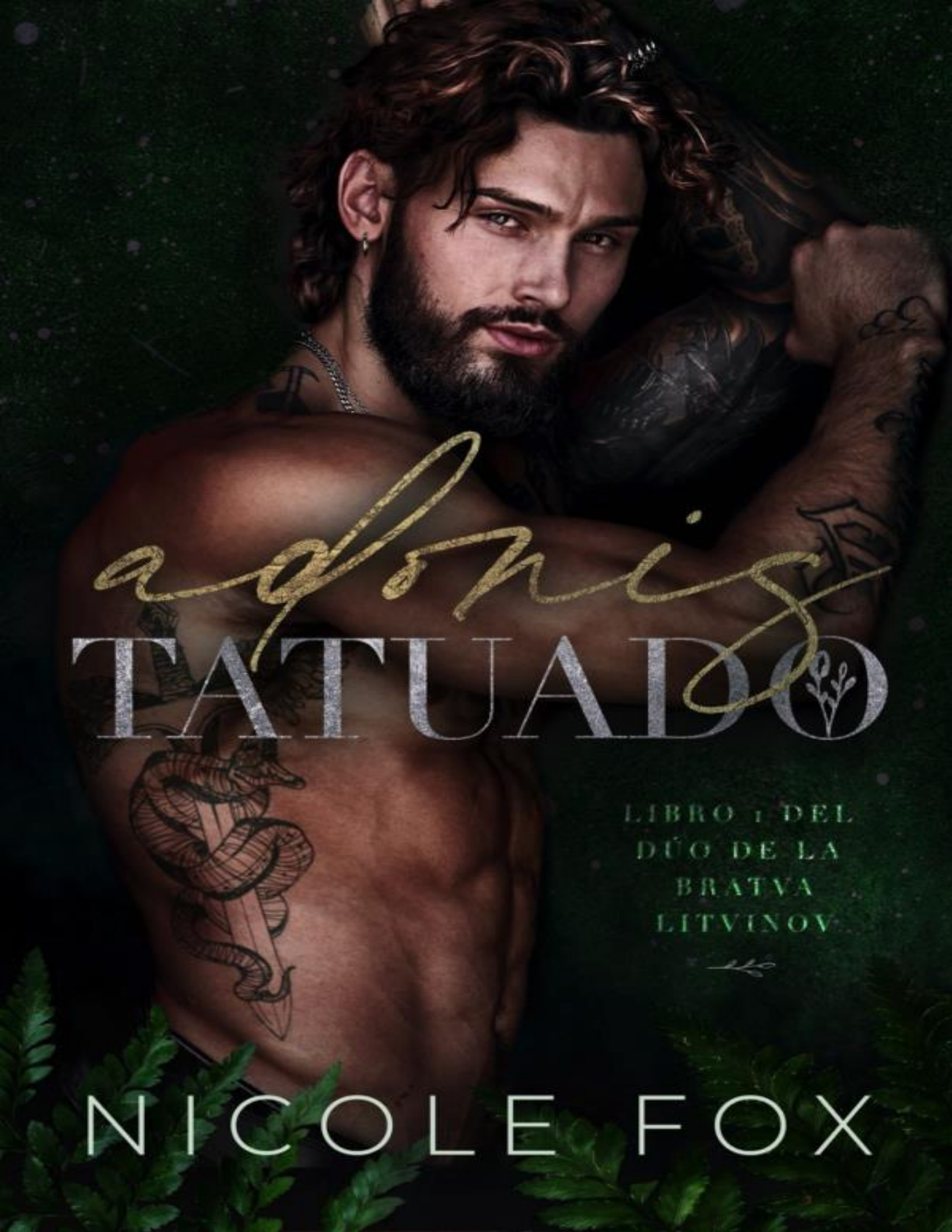

adonis
TATUADO
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA LITVINOV
NICOLE FOX

ADONIS TATUADO

LA BRATVA LITVINOV
LIBRO 1

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Adonis Tatuado

1. Nova
2. Nova
3. Samuil
4. Nova
5. Nova
6. Nova
7. Nova
8. Samuil
9. Nova
10. Samuil
11. Nova
12. Nova
13. Nova
14. Nova
15. Samuil
16. Nova
17. Nova
18. Samuil
19. Samuil
20. Nova
21. Nova
22. Nova
23. Samuil
24. Nova
25. Nova
26. Samuil
27. Nova
28. Samuil
29. Nova
30. Nova
31. Nova
32. Nova
33. Samuil
34. Samuil
35. Samuil
36. Nova
37. Samuil
38. Samuil
39. Nova
40. Nova
41. Samuil

42. Nova
43. Nova
44. Nova
45. Nova
46. Nova
47. Samuil
48. Nova
49. Samuil
50. Nova
51. Nova

Copyright © 2024 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Groza

Crueldad de Cachemira

Ruina de Cachemira

La Bratva Kuznetsov

Malicia Esmeralda

Vicios Esmeralda

La Bratva Egorov

Inocencia enredada

Decadencia enredada

La Bratva Novikov

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

La Bratva Zakrevsky

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

ADONIS TATUADO

BRATVA LITVINOV - LIBRO 1

Mi mejor amiga le envió una nota de voz al desconocido buenorro...

De mí diciendo que quiero subirme a él como a un árbol.

Y él lo. Acaba. De. Contestar.

En realidad, la culpa es del perro.

Si este gran danés sin adiestrar que paseo tuviera modales, nunca habría acabado aquí:

Con mi correa enrollada alrededor del hombre más guapo que he visto nunca.

Por suerte para mí, el tipo se comporta.

(Aunque su chiste de que “los perros se parecen a sus dueños” es demasiado exacto para ser gracioso cuando Rufus empieza a follarle la pierna).

Me deja su tarjeta de visita y una sonrisa que me hace temblar las rodillas.

Todavía me estoy pellizcando cuando mi mejor amiga y yo reanudamos nuestro paseo.

—Me parece que estabas derretida por él —acusa.

Sin pensar y un poco nerviosa por toda la experiencia, respondo—: Rodearía su cintura con las piernas apretando más fuerte que esa correa.

AHÍ es cuando me revela que había estado grabando mi respuesta.

AHÍ es cuando me dedica la sonrisa más diabólica que he visto nunca y me dice—: De nada.

Y AHÍ es cuando me da mi teléfono y me revela...

Que le envió la grabación.

Tengo el corazón en la garganta cuando aparecen esos tres puntitos...

Luego, un texto.

"***DEMUÉSTRALO***"

Adonis Tatuado *es el libro 1 del dúo de la Bratva Litvinov. La historia concluye en el libro 2,* ***Atenea Tatuada****.*

1

NOVA

Esto no es un simulacro.

Repito: esto no es un simulacro.

Mi perro está tratando de montar la pierna del hombre más sexy que he visto nunca.

No es mi perro, técnicamente hablando: es el cliente más reciente de mi lista de paseos. Pero a todos los efectos, es mi responsabilidad mientras dure nuestro paseo por Lincoln Park. Por la concentración con la que Rufus le está machacando la pierna a este pobre hombre, esta pequeña parada solo añadirá un par de minutos al paseo.

Rufus aún no ha escuchado ni una sola de las órdenes que le he dado en todo el día. Está demasiado ocupado corriendo detrás de las ardillas y casi matándome con su cola asesina, así que esta muestra de concentración ininterrumpida es sencillamente admirable.

¿Y yo?

Como la nueva empresaria experta que soy: ¿qué estoy haciendo al respecto?

Nada de nada.

Me quedo helada en el sitio, viendo horrorizada cómo Rufus se folla un traje que parece haber costado más que toda mi matrícula universitaria.

En mi defensa, también estoy intentando retener a los otros tres clientes que tienen un mejor dominio del consentimiento o una peor capacidad para zafarse de sus correas, o ambas cosas. Patsy, Snide y Blue me mordisquean las piernas, excitados por la huida de su último camarada.

Por eso recurro a mi mejor amiga y socia, con la esperanza de que su personalidad responsable compense mi sensacional falta de energía de mujer alfa.

—¿Hope? —chillo.

Pero Hope está apartada del grupo de perros ladradores, contemplando con abierta admiración la escena de pesadilla que se desarrolla ante nosotras.

—¡Santo cielo, es guapísimo!

No es la compañera de fechorías solucionadora de problemas que esperaba.

Pero lo entiendo. Esto es abrumador. No solo el numerito cachondo de Rufus, sino también la víctima.

Di lo que quieras de Rufus, pero el perro tiene un gusto excelente. El hombre al que está asaltando es ancho de hombros y moreno, con unos ojos plateados y una mandíbula de la que Miguel Ángel estaría celoso. Lleva su traje azul marino oscuro de una forma que todo hombre desea, pero que pocos pueden realmente.

Incluso con mi atención comprensiblemente dispersa, el único pensamiento que se repite en mi cabeza es: *Entiendo al perro*.

Demonios, ahora mismo me gustaría ser Rufus.

—¿Qué hacemos? —siseo.

Hope sale de su aturdimiento y responde—: ¡Haz algo!

Mi primer instinto es decir: *No puedo* y huir del parque con los perros que no se están enfrentando a un extraño. Pero Hope es algo más que mi mejor amiga en este caso; también es mi nueva socia. Si quiero que fusione su empresa de asistencia personal con mi incipiente empresa de paseo de perros, tengo que demostrarle que soy digna de confianza.

Así que empujo las tres correas restantes hacia las manos de Hope y avanzo a trompicones, dispuesta a fingir que tengo alguna idea de cómo recuperar el control de un Rufus desbocado.

Pero la víctima de Rufus elige este momento exacto para pararse.

Santo cielo.

El hombre era imponente sentado, pero hay altos y hay *altos*. Se eleva por encima de mí y de Rufus, un auténtico gran danés por derecho propio.

—Parece que has perdido el control de tu perro.

Evito sus impresionantes ojos plateados y, en su lugar, centro mi atención en el can. —¡Rufus! —mi voz pretende ser autoritaria, pero se queda a medio camino entre un juguete chirriante y un ataque de pánico—. Para ahora mismo.

A Rufus le debe de gustar el voyeurismo, porque lo monta aún más fuerte.

Echo un vistazo rápido al gran danés humano para ver si le impresiona tan poco como a mí mi vacilante control.

Spoiler: Efectivamente, no está impresionado.

Su rostro bien podría estar esculpido en mármol: cejas arqueadas, mandíbula apretada. Frío, hermoso y totalmente indiferente. Estudio las duras esquinas, netamente por razones científicas, por supuesto, intentando decidir si esto lo divierte o si está redactando mentalmente la demanda

que llevará a Hope's Helpers a la bancarrota.

Entonces, el hombre chasquea los dedos.

—Rufus —gruñe. Su voz es una oscura promesa que hace que me aprieten los muslos—. Siéntate.

Rufus se queda inmóvil. Sus ojos adorablemente conmovedores se vuelven hacia su homólogo humano. Con un pequeño gemido de disculpa, se suelta de la pierna del hombre y aparca su enorme culo en el suelo.

Miro al perro con incredulidad.

Escuchó.

Escuchó de verdad.

En realidad, no sé por qué me escandalizo. Si ese hombre me diera una orden, yo también obedecería. *Siéntate. Quieta. Habla. Desvístete.*

Me sentaría donde él me dijera.

Rufus gimotea, probablemente resentido porque la atención del hombre está fija en mí.

Esos ojos ardientes y plateados son realmente increíbles. Hacen que sea difícil concentrarse. ¿Qué es lo que estaba haciendo?

Ah, claro.

Estaba en el proceso de una fuerte humillación.

—Lo siento muchísimo. Que vergüenza tan grande. Es mi primer día paseándolo y yo... —cometo el error de mirarlo a los ojos.

Santo Dios en el cielo. El hombre es literalmente dos cabezas más alto que yo. Tendría que conseguir una escalera solo para alcanzar sus labios. Aunque no sé por qué necesitaría llegar a sus labios.

Eso es mentira.

Por supuesto que lo sé.

Solo hay una razón por la que querría alcanzar esos labios. Y esa razón es tan inocente como las insinuaciones de Rufus hace un momento.

—Subestimé lo fuerte que es —miro la pierna derecha de su traje. La tela, antes inmaculada, ahora está arrugada y llena de babas y pelos de perro—. Dios mío. Te ha vuelto un desastre, ¿verdad?

Lo único que puedo pensar es que, si esto le hubiera ocurrido al sargento de la policía de Chicago Tom Pierce, el hombre me estaría gritando en la cara mientras se “encarga” de Rufus. Mi padre no es lo que considerarías “comprensivo”. O “indulgente”. O “amable”. No tolera a los

animales.

Por lo demás, tampoco tiene mucha tolerancia con la gente. Diablos, si pudiera echar a los humanos al más allá de las mascotas y llamarlo “muerte piadosa”, lo haría en un santiamén.

Justo el tipo de persona a la que quieres que la policía de Chicago ate con un arma de servicio y envíe a la comunidad, ¿verdad?

Entierro profundamente ese trauma infantil e intento centrarme en el dios griego que tengo delante. Pero, entre el horror de la situación, su aspecto criminalmente atractivo y la forma en que guarda un inquietante silencio mientras me mira, me sale una urticaria por estrés. Noto cómo el picor se me extiende por el pecho y me sube por el cuello.

—Estaré más que encantada de llevar esos pantalones a la tintorería por ti. De hecho, insisto —le tiendo la mano, haciéndome cargo por fin.

Contempla mi mano extendida y enarca una gruesa ceja. —¿Quieres que me quite los pantalones?

Después de todo, quizá una muerte piadosa no sea tan mala idea.

—¡No! Yo nunca... Claro que no. Eso no es en absoluto lo que...

Y entonces, hace lo último que yo esperaba.

Sonríe.

Su rostro cincelado se quiebra en una sonrisa perfecta: dientes blancos y nítidos en medio de una espesa barba negra y un hoyuelo en la mejilla derecha, como un besito de los dioses que, obviamente, intervinieron en cada detalle de su creación.

Tengo que agarrarme literalmente al respaldo del banco para mantenerme erguida.

Al parecer, Rufus está de acuerdo, porque se encabrita sobre sus patas traseras e intenta hacer cumbre con el hombre como si fuera el Everest.

—¡Rufus! No, para...

—Siéntate —otra vez aquella voz. Puro terciopelo oscuro envuelto en acero. No deja lugar a interpretaciones erróneas.

Una palabra y Rufus vuelve a obedecer a regañadientes.

—Tienes que enseñarme cómo lo haces —murmuro, fulminando con la mirada a Rufus, que aún solo tiene ojos para su nuevo humano favorito.

—Solo tienes que demostrarle quién manda. Tienes que ser el alfa.

—Rufus me saca al menos sesenta kilos —señalo secamente—. Creo que los dos sabemos quién es el alfa.

Chasquea la lengua. Un sonido cargado de desaprobación, que no debería excitarme, pero lo

hace. —No se trata de tamaño físico. Se trata de fuerza de carácter.

Desplazo mi mano medidora desde mi cabeza hasta algún lugar de su estratosfera. —Creo que al menos se trata un poco del tamaño...

Se ríe entre dientes y mi corazón hace una acrobacia que no había experimentado desde que Miles Hertz me eligió su Julieta en décimo curso.

Pensé que había superado ese tipo concreto de estupidez adolescente.

Parece que no.

—De nuevo, lo siento mucho —insisto, con la esperanza de salir de esta interacción al menos con algo de mi dignidad intacta—. Pero, mirándolo por el lado bueno, Rufus no se calienta con la gente fácilmente.

—¿Me estás diciendo que debería sentirme halagado? —su gran mano baja hasta la cabeza de Rufus, e intento no imaginarme esos dedos en otra parte—. Bueno, agradezco tu entusiasmo, Rufus, pero no suelo practicar sexo en público en una primera cita.

—Entonces, no deberías invitarme a salir.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me paralizo.

¿De verdad acabo de decir eso?

¿En voz alta?

¿A este sueño húmedo andante?

Los ojos plateados del hombre brillan con una aterradora mezcla de sorpresa y diversión, que me hace rezar para que el pavimento se abra y me trague entera. —¿Ah, sí?

Me paso una mano por la cara en un intento de ocultar mi furioso rubor. —¡No! No quería decir eso así. Me ha salido mal... ¡Solo era una broma!

—Seguro que sí —ronronea. Su tono sugiere que no se cree ni una sílaba.

Me muerdo la lengua para no gritar: *¡nunca he practicado sexo en un parque público!* Tal y como están las cosas ahora, probablemente lo malinterpretaría como una invitación.

Hago un mapa de la anchura de sus hombros y de los guantes de béisbol que llama manos, y no sé... quizá sea una invitación...

Pero no. Definitivamente, no. Mala idea. La peor idea. El tipo de idea que acaba con mi ficha policial en las noticias nocturnas.

Vuelve a acariciar a Rufus, rascándole detrás de la oreja hasta que su pata empieza a golpear el suelo. —La próxima vez que saques a pasear a este ogro, un collar de cuero tachonado podría darte más control.

—¿Cuero tachonado? —repito, intentando alejar las imágenes de esposas y cuerdas de bondage y

una figura alta y ancha acechando cada vez más cerca—… Oh, no necesitaré recurrir a eso. Rufus es un buen chico. Guardo los látigos y las cadenas para los malos.

—En ese caso, ¿tienes un collar de mi talla?

Suenan sirenas de advertencia en mi cabeza. *Coqueteo detectado. Abortar misión.*

Tiene cero sentido. Los hombres que lucen como él no flirtean con mujeres que lucen como yo. Hago los cálculos, buscando cualquier otra forma de interpretar sus palabras combinadas con ese hoyuelo devastador. No encuentro nada.

Trago saliva con el corazón atronador alojado en mi garganta. —Si pides entrenamiento privado, tendré que consultar mi agenda. Pero, desde mi punto de vista pareces bien educado.

—Está claro que no me conoces muy bien —se mete la mano en el bolsillo del abrigo y saca una elegante tarjeta de visita negra—. Toma. Por si encuentras un hueco en tu agenda.

Cojo la tarjeta, mirando fijamente las inclinadas palabras doradas grabadas en relieve en el grueso papel.

SAMUIL LITVINOV: Director General del Grupo Litvinov

—¿Quieres que saque a pasear a tu perro? —suelto—. ¿O a ti?

Espero que me arranque la tarjeta de las manos, que se dé cuenta de que ha cometido un terrible error al desperdiciar una cartulina en perfecto estado con una mujer que no puede controlar a un gran danés cachondo. En lugar de eso, suelta una carcajada que me recorre la espalda como miel caliente. —Supongo que tendrás que llamarme para averiguarlo, señorita...

—Nova. Nova Pierce.

—Nova —murmura, y que me jodan si mi nombre ha sonado así antes, como chocolate negro y promesas rotas—. Ha sido un placer inesperado conocerte hoy.

Da un paso atrás. Rufus suelta un gemido patético.

Lo entiendo. Tengo que contener un gemido.

—Pórtate bien, Rufus. Pero quizá no demasiado bien —esos ojos árticos atrapan los míos por última vez, ardiendo con algo que hace que se me enrosquen los dedos de los pies en mis zapatillas raídas—. Los perros malos se llevan toda la diversión.

2

NOVA

—¡Deberías haberte visto la cara! —Hope se sujeta los costados mientras ríe, con lágrimas cayendo por sus mejillas—. Como si tu cerebro hubiera sufrido un cortocircuito en el momento en que su entrepierna entró en tu espacio personal.

—Si se parece en algo a tu cara cuando lo viste, seguro que fue divertidísimo —le arrebato las correas de la mano y salgo dando zancadas por la avenida Michigan como si me persiguieran mis malas decisiones—. La diferencia es que tú no te humillaste delante de él. ¿A dónde fuiste? Me abandonaste.

Me alcanza, secándose las lágrimas de los ojos. —No quería interrumpir ese adorable encuentro.

—Eso no fue un encuentro. Era una escena de una cinta de formación de RRHH sobre acoso sexual —miro a Rufus, que trota tristemente a mi lado, echando de menos a su nuevo amigo.

Samuil Litvinov. Siento su tarjeta de visita ardiendo en mi bolsillo trasero.

—Le gustaste.

Aunque mi corazón da un pequeño vuelco ante la idea, suelto una carcajada. —Estaba siendo civilizado, lo cual es un milagro en sí mismo. Debería haber llamado a la policía.

—¡Exactamente! ¡Un gran danés le estaba follando la pierna, Nova! Y no solo se comportó como un perfecto caballero, sino que te dio su tarjeta porque... —espera a que termine la frase, pero lo hace ella misma cuando me quedo mirándola sin comprender—. ¡Porque le gustaste, tontita!

Me muerdo el labio inferior. —Eso no lo sé.

—Pásame su tarjeta.

Apretando las correas, saco la tarjeta del bolsillo. En el momento en que abandona mis dedos, quiero arrebatársela.

Las cejas perfectamente arregladas de Hope se alzan ante la gruesa cartulina y el relieve dorado. —Qué elegante —luego, lee la tarjeta y se le salen los ojos de las órbitas—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Incluso los perros se vuelven hacia nosotras, repentinamente en alerta máxima.

—¡Samuil Litvinov! ¿*El* Samuil Litvinov?

—Um... ¿Se supone que debo reconocer el nombre? ¿Es un actor o algo así? ¿Debería buscarlo en Google?

—Tendrías un montón de resultados, eso seguro —Hope me arrebata la tarjeta nuevamente y le da la vuelta como si buscara pistas en el mapa del tesoro—. Nombrado tres años seguidos el empresario joven más sexy de Chicago. Se hizo millonario a los veintisiete años. Tiene como un billón de negocios en todo el mundo. Y se rumorea que tiene conexiones con la mafia rusa, lo que, sinceramente, no hace más que mejorar el paquete.

Gruño y pongo los ojos en blanco. —Así que en realidad no es famoso. Solo quieres que sea el protagonista de tus sueños húmedos de romance mafioso.

—A todo el mundo le gustan los chicos malos —ella no lo niega.

Siento un cosquilleo en la piel cuando recuerdo las palabras de despedida de Samuil. Técnicamente, estaba hablando con Rufus, pero aquellos ojos grises como la tormenta estaban clavados en los míos.

Los perros malos se llevan toda la diversión.

—¿Por eso solo sales con vendedores y representantes farmacéuticos?

—Salgo con ellos por los descuentos y los medicamentos gratuitos —bromea Hope—. Pero supongo que el Grande y Malo Sr. Litvinov tendrá mucho más que ofrecer que jarabe barato para la tos sin receta cuando lo llames.

—¡No voy a llamarlo, Hope!

Me da un golpe en el brazo, lo bastante fuerte como para dejarme una marca. —¿Por qué demonios no? Por algo te dio su tarjeta.

—Probablemente tenga un perro al que quiere que saque a pasear —pero incluso yo puedo oír lo débil que suena eso—. Eran puros negocios.

—Claro, porque todas *mis* reuniones de trabajo acaban con discusiones sobre quitarse los pantalones.

Quiero arrastrarme hasta la alcantarilla más cercana y morir. —¿Has oído eso?

—Lo he oído todo, amiga, y nada fue ni remotamente profesional. Estabas flirteando. Con F mayúscula.

—¡No quería que nos pusieran una demanda el primer día que empezáramos a trabajar juntas! —las palabras salen más estridentes de lo que pretendía—. Solo estaba siendo amable y ofreciéndome a pagar su factura de la tintorería, eso es todo.

—Si eran negocios, ¿por qué no le diste nuestra tarjeta? —una sonrisa socarrona se dibuja en sus labios—. Está claro que es el tipo de hombre que subcontrata sus tareas domésticas. Tiene amigos ricos e importantes a los que podría habernos presentado.

¿Es demasiado tarde para saltar a lomos de Rufus y cabalgar con él hasta su casa? —Yo... no lo pensé.

—No estabas pensando en nada, ¿verdad? —Hope me guiña un ojo.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad estaría bien.

Levanto los brazos. —Oh, vale, de acuerdo. No estaba pensando en negocios en absoluto. Solo pensaba en que me gustaría tener una excusa para follarme cualquier parte de él que tuviera a mano.

Hope echa la cabeza hacia atrás con una carcajada que atrae las miradas de todos los perros y de unos cuantos corredores inocentes. No puedo evitar unirme a ellos. Sobre todo, cuando Rufus emite otro quejido lastimero que suena sospechosamente como que está de acuerdo.

Una vez superada la histeria de colegiala, le doy una palmadita en la cabeza a Rufus. —Vale, han sido los quince minutos menos profesionales de mi vida. Así que volvamos al juego y devolvamos estos perritos a sus dueños antes de que se produzcan más folladas no consentidas. Ya he tenido bastantes delitos por un tiempo.

Conseguimos dejar a Patsy, Snide y Blue sin mencionar a Samuil Litvinov ni la tarjeta que Hope olvidó convenientemente devolverme. Probablemente esté planeando llamarlo ella misma y, sinceramente, bien por ella. Dios sabe que yo no tengo agallas después de lo que acaba de pasar.

Solo cuando nos acercamos a las puertas dobles de latón de la mansión de piedra gris de nuestro cliente más reciente, el tipo de lugar que hace que mi apartamento parezca una caja de cartón detrás de un Wendy's, Hope vuelve a hablar de él.

—¿De verdad no vas a llamarlo?

Saco la llave de repuesto de mi sujetador deportivo y abro la puerta principal. Rufus entra a toda prisa y casi me derriba por las rodillas.

—¿Qué sentido tiene, Hope? No puede salir nada de esto.

—¿Cómo vas a saberlo si no lo intentas?

—Solo lo sé, ¿vale? —sigo a Rufus hasta una cocina que pertenece a Architectural Digest—. Samuil y yo existimos en universos diferentes. Apenas somos de la misma especie.

—No puedes hablar en serio —Hope rodea la isla de mármol de dos acres mientras lleno el cuenco de agua de porcelana de Rufus—. No vas a dejar que tu delirante falta de autoestima determine si vuelves a llamarlo o no, ¿verdad?

Hago como que reflexiono un momento. —Creo que sí.

Dejo el cuenco y veo a Rufus atacarlo como si se muriera de sed. El agua me salpica los pies mientras acaricio su cálido lomo. —Follar con desconocidos calientes es un arduo trabajo, ¿eh, chico?

—Llama a Samuil y podrás averiguarlo por ti misma.

Pongo los ojos en blanco. —Una vez más para los de atrás: Está fuera de mi alcance. No voy a servirme en bandeja de plata para que me rompan el corazón.

—Olvídate de tu corazón. Deja que el hombre rompa otras partes de ti —los ojos de Hope se centran en mi entrepierna, porque la sutileza nunca ha sido su carta de presentación. Siento la necesidad de cubrirme.

Después de vaciar su cuenco de agua, Rufus da zarpazos a las puertas francesas que dan al jardín de la azotea. Quito el pestillo y lo dejo salir, agradecida por la distracción. —No me va el sexo casual.

Esa es la verdad, a pesar de lo que le dije en el parque. Ahora que lo pienso, el comentario sobre el sexo en público fue probablemente la razón por la que me dio su tarjeta. Básicamente, tenía un cartel parpadeante sobre mi cabeza que decía: *Por favor, móntame y házmelo de formas extrañas y exóticas.*

Hope y yo seguimos a Rufus hasta la azotea, un oasis privado que se extiende por la mitad del piso, rebosante de flores y que ofrece una vista de Chicago que hace que me duela el pecho.

¿Este? Este es el mundo de Samuil. Cristal y acero y horizonte.

Hope se acomoda en una mesa de hierro forjado situada bajo una enorme sombrilla y levanta los pies. Yo me mantengo nerviosa a un lado. —¿Deberíamos acomodarnos? Nuestras instrucciones eran dar de comer a Rufus, dejarlo jugar en el jardín y luego irnos.

—Ya. ¿Y qué se supone que debemos hacer mientras él vaga por el jardín? ¿Permanecer en posición de firmes? Hace un gesto de impaciencia hacia la silla vacía que tiene al lado—. Anda. El oficial papá no te detendrá por descansar un poco.

El hecho de que “Oficial Papá” sea exactamente el lugar donde nacieron mis maneras de seguir las normas me da aún más ganas de sentarme. —Este cliente parece muy quisquilloso.

Rufus está ocupado olisqueando rosales en el rincón más alejado del jardín.

Hope resopla. —Tengo noticias para ti, nena. Hope's Helpers se dedica a ofrecer asistencia personal a gente con más dinero que modales. Son *todos* unos quisquillosos.

Me siento de mala gana. —Recuérdame otra vez por qué quieres que salga con alguien con más dinero que modales.

—¿Quién ha hablado de salir? —los ojos de Hope brillan peligrosamente—. Te sugiero que vivas un poco. Que te diviertas un poco. No puedes dejar que Rufus viva todas las aventuras.

—Admito que no es *poco* tentador.

—¿Hablas en serio? —Hope se sienta más erguida, oliendo la sangre en el agua.

—Está bueno. Tú lo sabes; yo lo sé. No le des más importancia.

—¡Pero sí hay que darle importancia! —argumenta—. Es el primer hombre por el que muestras verdadero interés. Y estás en un periodo de sequía.

—No ha sido tan malo...

—Cariño, había nieve en el suelo la última vez que tuviste una cita. La nieve del invierno pasado.

—Dios —entierro la cara entre las palmas de las manos—. Tienes razón.

—Siempre tengo razón.

Me deslizo más profundamente en la incómoda silla. —Sinceramente, la parte de no salir ha sido bastante agradable, pero... echo de menos el sexo.

—Claro que sí. ¿Qué joven normal de veintiséis años no lo haría? —su sonrisa se vuelve maliciosa—. Y si no vas a hacer uso de la tarjeta que te dio Samuil, al menos puedes hacer uso de él de otras maneras.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... —hace un montón de gestos groseros con la mano que no entiendo—. Usar al hombre. Si no en la vida real, al menos en la fantasía. Tienes un vibrador, ¿verdad?

—¡Asco! ¡Hope!

Hope gesticula con las manos para ignorar mi reacción. —Esa imaginación tuya es un desperdicio si solo la utilizas para cosas sensatas como planes de negocio y objetivos profesionales. Tienes que usarla para volverte loca.

—Eso es más tu terreno de juego que el mío.

—Bueno, entonces es hora de probar algo nuevo —cruza las manos sobre el regazo y me mira con fingida seriedad—. Piensa en mí como tu sensei, tu guía personal de fantasía para esta noche.

—Odio todo esto.

—Es una fresca tarde de verano —su voz baja, sensual, suave—. Estás en un ático precioso, elegante y espacioso, como este... —mira el llamativo jardín y todas sus gordas estatuas de querubines con una mueca—. Pero ya sabes, con buen gusto.

Resoplo, pero Hope sigue adelante, impertérrita. —Estás sola. ¿O no? ¡No! Te das la vuelta y te encuentras cara a cara nada menos que con Samuil Litvinov.

—Estoy fascinada.

—Cierra los ojos —responde Hope—. No voy a hacer todo el trabajo pesado aquí.

Cierro los ojos, aunque solo sea para que esto acabe antes. Pero, cuando la brisa me besa la cara, me inclino hacia ella. Imaginao que es el tacto de otra persona.

—Solo están Samuil y tú. Su metro ochenta. Puro pecado. Esos hombros anchos y sus ojos clavados en ti como si fueras su próxima comida. Ahora depende de ti, Nova. ¿Qué quieres hacer?

Mi corazón golpea como un tambor de guerra entre mis muslos. —Me tiro desde este tejado.

—¡Mentirosa! —Hope me da una bofetada en el brazo—. Casi consigues que nos demanden y ni siquiera te has molestado en pasarle nuestra tarjeta a uno de los hombres más ricos de Chicago. Lo menos que puedes hacer es seguirme el juego.

—¡Bien! Bien. ¿Qué hago? Le doy el tratamiento Rufus y lo monto hasta el fin de los tiempos.

Hope se ríe entre dientes. —Vale, allá vamos, pero te estás saltando la parte buena. Rebobinemos un poco.

La fantasía se construye más fácilmente de lo que me gustaría admitir. Casi puedo ver su silueta llenando la puerta, dominando cada centímetro de espacio.

Incluso en mis sueños, me cuesta mirarlo a los ojos.

—Soy yo quien tiene el control —susurro—. Él me sigue.

Quisiera tocarlo. Del mismo modo que quería agarrarle del brazo en el parque solo para sentir lo robusto que era.

Pero todavía no...

—¿Y después? —incita Hope.

—Y entonces... —me muerdo el labio—. Cuando está delante de mí, me desnudo. Me mantengo fuera del alcance de su mano, desnudándome lentamente para que pueda apreciar mi cuerpo. Intenta agarrarme, pero no se lo permito. De hecho, le ordeno que se desnude. Solo cuando su traje, su camisa y sus calzoncillos estén en el suelo... Solo entonces podrá tocarme. Una vez desnudo, le pongo una mano en el pecho y lo acompaño hacia el sofá.

Empequeñecería el pequeño sofá de mi salón. Todo mi apartamento parecería una casa de muñecas con él dentro. Yo parecería tan frágil en sus manos.

—Lo empujo hacia abajo y me subo encima de él, a horcajadas. Le recorro el cuerpo con las manos. Podría estar esculpido en mármol.

—Apuesto a que está marcado —interviene Hope.

—Oh, como los mismos dioses —confirmo sin abrir los ojos—. El hombre tiene unos músculos que avergonzarían a Hércules. Cuando termino de explorar, mi mano desciende y le agarra la polla.

—¿Es grande?

—Enorme. Me preocupa que no quepa, pero me agarra por las caderas y me arrastra hacia él. Lo cojo entero.

Tengo el cuerpo caliente y la respiración agitada. Debería parar, pero estamos tan cerca del final.

—Lo monto con fuerza, y él me anima, susurrándome al oído todo lo que aún tenemos que probar.

—¿Y cruzas la línea de meta? —presiona Hope.

—Dos veces. No, tres veces, antes de que explote dentro de mí. Pero recién empezamos —decido, con los ojos abiertos—. Aún no he terminado con él.

Hope sonríe ante su teléfono, escribiendo a toda velocidad. —Apuesto a que no.

Algo pica en mi cabeza. Una vaga sensación de que algo va mal. —¿Qué haces?

—Solo estoy enviando un pequeño mensaje —dice, tranquila y despreocupada.

Es entonces cuando mi mirada se posa en la tarjeta de visita de Samuil que tiene sobre el muslo derecho.

Oh.

Mi.

Dios.

—Hope... —mi voz está estrangulada—. ¿Qué acabas de hacer?

Se oye un pequeño silbido familiar, el sonido revelador de un mensaje enviado, y entonces Hope da la vuelta a su teléfono para que yo pueda ver la pantalla...

Incluido el archivo de audio que acaba de enviar.

Me da un encogimiento de hombros, libre de culpa. —Cuando Samuil haga realidad tu fantasía, podrás agradecérmelo. Acepto efectivo o cheque.

3

SAMUIL

—Tengo malas noticias.

Cuando Myles pronuncia esas cuatro palabritas, mi primer instinto es imaginarme que aplasto su cara con un disco de hockey. No lo suficiente para matarlo. Solo lo suficiente para que se calle. Se está convirtiendo en una fantasía familiar estos días, porque todo lo que mi jefe de seguridad parece traerme últimamente es un desfile interminable de problemas.

Myles ha sido para mí más un hermano que mi hermano de verdad desde nuestros días de hockey en Dartmouth. Pero, ahora mismo, todo lo que veo es otro mensajero al que quiero disparar.

Debe percibir mis pensamientos asesinos, porque se pasa una mano por el corte como si se protegiera el cráneo. —Se trata de Lev Danovic.

—Déjame hacer una puta conjetura —me reclino en la silla, con el cuero crujiendo bajo mi peso, preparándome para jugar a un divertido jueguito que yo llamo *¿Qué coño más puede salir mal?* —. Como Danovic es el mayor cliente del Grupo Litvinov, y tú luces como alguien que se ha tomado un batido de proteínas meado, apuesto a que esas serpientes de Andropov están intentando robarme la gallina de los huevos de oro.

—Ding ding ding —la mueca de Myles me dice todo lo que necesito saber—. Tú ganas.

Ni de coña.

Lev Danovic no es un cliente cualquiera. Es un titán del petróleo moscovita con los dedos metidos en todos los grandes pasteles, desde Rusia hasta Estados Unidos. Este hombre me ha convertido en el multimillonario más joven de Chicago. Perderlo sería como perder un miembro. Un miembro muy rentable.

—Según mis fuentes —continúa Myles—, ya se ha reunido dos veces con un representante de Andropov. Y... —hace un gesto de dolor, como si las siguientes palabras le dolieran físicamente —, ha aceptado una tercera.

De repente, el aire de mi despacho en el último piso es muy tenue. Si fuera cualquier otra empresa la que intentara robarme a Danovic, casi aceptaría el reto.

Pero el Grupo Andropov no es un rival cualquiera.

Son el enemigo número uno.

Estos cabrones llevan buscando mi destrucción desde antes de que yo tuviera algo que mereciera la pena destruir. Luchan sucio, luchan mal y nunca se detienen.

Me parece bien. Yo escribí el libro sobre la pelea sucia.

Pero estos hijos de puta se engañan a sí mismos si creen que me van a quitar ni un solo trozo de mi mesa.

—Así que se está planteando abandonar el barco.

—No podemos estar seguros...

—Déjate de estupideces, Myles —espeto, cubriendo de hielo cada sílaba—. Nadie acude a tres reuniones a menos que esté buscando un nuevo sugar daddy. ¿Quién es su representante?

Myles tamborilea los dedos contra la rodilla que le rebota, señal inequívoca de que tiene más noticias desagradables que dar.

—Supongo que debería haber empezado con esta parte, porque son las malas noticias de verdad. Lo de Lev era más una preparación para el remate.

—Myles... ve al puto grano.

Suspira y mete la mano en la chaqueta. —Parece que tienen nuevos talentos en nómina —desliza una foto brillante por mi mesa.

Miro fijamente la imagen granulada.

Y se me cuaja la sangre.

—Katerina —incluso su nombre en mi lengua me revuelve el puto estómago—. Por supuesto. Es de suponer que la zorra seguiría encontrando nuevas formas de arruinarme la vida incluso después del divorcio. No pudo destruirme desde dentro, así que toma la ruta escénica para clavarme el cuchillo en la espalda.

—Sobre eso... —Myles saca más fotos de su chaqueta y las extiende por mi escritorio.

Cojo la foto que tengo más cerca, otra imagen borrosa de mi exmujer, pero esta vez, está despatarrada sobre la fea mesa de hierro forjado de su jardín de la azotea...

Con las piernas alrededor de la cabeza de mi hermano.

—Encantador —vuelvo a arrojar la imagen al escritorio con una mueca arrugada—. Pero no sé por qué crees que me importa. Su sórdido culebrón perdió su valor de conmoción hace mucho tiempo. Por lo que a mí respecta, se merecen el uno al otro. Yo digo que les dejemos en paz.

—O —sugiere Myles—, los colgamos de su propia cuerda. Esta mierda es munición, Sam. Podemos utilizarla.

Arqueo una ceja. —¿Ah, sí?

Se inclina hacia delante, con el rostro enrojecido por la emoción. —Ahora tenemos todas las pruebas que necesitamos para presentárselas a tu padre, Sam. Cuando le enseñemos estas fotos, no podrá negar que no solo Katerina trabaja para el enemigo, sino también Ilya.

Lanzo una carcajada que no tiene nada de humor. —No conoces a Leonid Litvinov como yo. Lo único más grande que su ego es su punto ciego cuando se trata de su precioso hijo menor.

Myles hace un gesto salvaje hacia las fotos. —Solo tienes que mirar...

—Lo único que demuestran es que mi hermano se folla a mi exmujer —le corto—. Ahora que he despojado a Katerina de sus acciones en el Grupo Litvinov, es libre de montarse en el carrusel que quiera, ya sea el circo de Andropov o la fea cara de mi hermano.

—Sí, pero...

—Ilya es el orgullo de mi padre —le recuerdo a Myles—. Su niño de oro. Su segunda oportunidad de ser padre sin todo el desorden de una primera esposa drogadicta. No va a ver la verdad de repente solo porque le traiga fotos bonitas. De hecho, viniendo de mí, solo conseguirá que hinque más los codos.

Myles aprieta la mandíbula y los nudillos se le clavan en los muslos. —Ilya no puede salirse con la suya.

—No pienso dejar que Ilya se salga con la suya —barro las fotos en una pila ordenada y se las devuelvo a Myles—. Añádelas a la creciente colección de pruebas contra mi querido hermanito. Se acerca el momento de atacar, pero no es ahora.

—¿Y qué pasa con Danovic?

Me encojo de hombros, el gesto calculado y frío. —A veces hay que sacrificar una pieza para ganar la partida. Estoy jugando a largo plazo, Myles.

Myles despliega los puños con una exhalación cansada. —Espero que sepas lo que haces.

Levantándome de la silla, planto las manos sobre el escritorio y me inclino hacia delante. —No volveré a dejarme sorprender por esos dos. Cuando acabe con Ilya, será para siempre.

~

UNA HORA MÁS TARDE, el sudor me resbala por la cara mientras me deslizo por el hielo. Respiro con dificultad, pero no es suficiente. El entrenamiento no vale una mierda a menos que esté al borde de un paro cardíaco.

Atravieso el hielo en busca del disco más cercano, imaginando que es la cabeza de Ilya mientras me enrosco y lanzo un disparo fulminante a la red. Cada jugador que se atreve a interponerse en mi camino es la agria desaprobación de mi padre. Hago arder la pista bajo mis patines, imaginando que es Katerina la que yace debajo de mí, hecha trizas.

Fue idea de Myles venir a la pista, pero no estoy seguro de dónde está hasta que oigo que alguien aplaude desde las gradas.

Myles está sentado detrás del área de penalti, sin equipo y con el pelo húmedo por la ducha. Floto hacia él a través de la pista.

—¿Cuándo te has duchado?

—Hace media hora —sonríe—. Tenía algunos demonios que exorcizar. Además, no me apetecía que me volvieran a mirar el hombro hasta la semana que viene.

Probablemente debería disculparme, pero ambos sabemos que no lo haré. Myles sabía a lo que se apuntaba cuando propuso el hockey. Sabe cómo juego.

Me uno a él en las gradas, despojándome de la ropa a medida que avanzo. Mi camiseta está empapada de sudor, pegada a cada músculo como una segunda piel. Vacío la mitad de mi botella de agua sobre la cabeza y dejo que se deslice por mi pecho antes de beberme el resto.

—Entonces —Myles se echa hacia atrás, estudiándome con esos ojos demasiado observadores —. ¿Has drenado los problemas con tu hermano o tenemos que hablar de ello?

A Myles no se le escapa nada. Es una cualidad admirable para mi jefe de seguridad.

Como mi amigo, lo hace insufrible.

—No hay nada que drenar —me restriego una toalla por la cara—. Ya suponía que Ilya y Kat seguían follando. Ahora tengo pruebas. ¿Por qué iba a importarme una mierda?

—Porque una vez los quisiste a los dos.

La carcajada que brota de mi garganta es lo bastante aguda como para cortar un cristal. —Pensé que sí. Ahora no estoy tan seguro. Ilya estuvo ahí desde el principio, solo que no lo vi.

Ese recuerdo está grabado a fuego en mi mente. Estábamos en Moscú durante el verano e Ilya, cuando se enteró de que iba a la pista a ver a Kat, me rogó acompañarme. Pensé que era para jugar al hockey. El hielo era el único hilo que nos unía a mí, a mi hermanastro y a nuestro padre. El único lugar en el que teníamos puntos en común.

Me equivoqué de lleno.

Tuvieron que pasar tres años de matrimonio para que me diera cuenta de que, mientras yo me machacaba tratando de impresionar a todo el mundo, Kat, mi padre, e incluso Ilya, mi hermano, se movían a mis espaldas.

Si yo no hubiera sido el hijo mayor, probablemente se habría casado con él. Tal como estaban las cosas, se conformó con la herencia que venía con mi anillo mientras se montaba en secreto la polla de mi hermano.

Me tomó por tonto.

No soy el tipo de hombre que perdona eso.

Myles se levanta y me da una palmada en el hombro con una mano que es simpatía y advertencia a partes iguales. —Han tenido una buena racha, hermano, pero todo acabará pronto.

—Cuenta con eso —me crujo el cuello de lado a lado—. Me aseguraré de que así sea.

Myles se marcha, pero yo evito la ducha durante un rato. Cuanto más tiempo permanezca en este páramo helado, más tiempo podré fingir que el mundo exterior no existe.

Saco el teléfono y me preparo para el nuevo infierno que me espera en la bandeja de entrada. Tal vez una carta de despedida de ese traidor de Danovic.

En su lugar, hay un mensaje de un número desconocido.

Mi primer instinto es borrarlo. Probablemente sea otro spam que intenta venderme una ampliación de la garantía del coche. Pero no tengo prisa por reincorporarme a la civilización, así que lo abro.

Una grabación de voz. Tres minutos de duración.

Dudo. Mi pulgar se cierne sobre el botón de reproducción. Tengo una historia jodida con esta mierda. Algunas cosas no están hechas para ser vistas. No están hechas para ser oídas. Tres minutos son solo tres minutos, pero sé mejor que nadie que no se necesita mucho tiempo para arruinarlo todo.

Bastan unos minutos para cambiar tu vida.

Bastan unos minutos para quemar todo lo que conoces.

Pero: a la mierda. El pasado ya pasó y me niego a ser su prisionero.

Pulso reproducir.

—*...le daría el tratamiento Rufus y lo monto hasta...*

Incluso a través del altavoz metálico, reconocería esa voz en cualquier parte. La referencia a Rufus no hace más que confirmarlo.

Subo el volumen y me inclino un poco más.

—*...y, cuando está delante de mí, me desnudo.*

Cuanto más habla, más duro me pongo. La pequeña Nova Pierce tiene planes para mí, y el calor que sube bajo mi piel a cada palabra parece ansioso por seguirle el juego. Podría dejar que tomara las riendas por una noche, siempre y cuando yo también tuviera mi turno.

La grabación termina demasiado pronto. Inmediatamente retrocedo, deteniéndome al azar solo para volver a oír esa voz jadeante.

—*Pero acabamos de empezar. Aún no he terminado con él.*

Puede que yo tampoco haya terminado con la pequeña paseadora de perros.

Puede que solo esté empezando.

4

NOVA

—¡Voy a matarte! Con M mayúscula. Y con A mayúscula. Toda la palabra en mayúsculas —grito—. Porque estoy hablando jodidamente en serio.

Hope, mi mejor amiga que pronto morirá, tiene la audacia de bostezar. —Son las siete de la mañana, Nova. ¿Podemos programar mi ejecución para una hora más razonable?

—Me. Respondió.

El silencio crepita entre nosotras cuando el cerebro de Hope comprende por qué voy a M-A-T-A-R-L-A exactamente. —¿Quién? ¿Qué? Espera... ¿Estamos hablando de quien creo que estamos hablando?

—¿El hombre al que enviaste mi fantasía sexual? Ese, sí —camino a través de los dos metros que separan la pared de mi dormitorio de la puerta del cuarto de baño—. De ahí el asesinato. El tuyo, concretamente.

—Santo... —de repente, suena mucho menos somnolienta—. ¿Qué ha dicho?

—Ni idea. Vi su nombre en mi pantalla, gracias por introducirlo como contacto en mi teléfono, por cierto, psicópata, y luego cogí el teléfono para gritarte. Evidentemente.

—¿Me estás tomando el pelo? —la voz de Hope sube una octava—. ¿Me despiertas a las tantas para amenazarme de muerte y ni siquiera has leído el mensaje?

—¡Claro que no! —chillo—. ¿Qué parte de que le enviaste un archivo de audio en el que le decía que quería subirme a él como a un árbol no entiendes?

Hope solo se ríe, completamente inmune a mi pánico. —Ya que me has despertado, ahora tienes que pagar el peaje. Dime qué te ha dicho.

—Probablemente sea una orden de alejamiento.

—No, eso sería entregado en mano.

—Hablas como alguien familiarizada con el proceso.

—¿Sabes qué? —responde—. Si juntar a dos personas que obviamente están locas la una por la otra con un pequeño archivo de audio está mal, entonces yo no quiero estar bien. *Arrésteme, agente. Lo hice en nombre del amor*.

—No fue amor —me rechinan los dientes—. ¡Y no le gusté!

Puede que anoche repitiera o no nuestra conversación una docena de veces, diseccionando cada pequeño bocado en montones de *"No le intereso"* y *"Me desea"*, pero nunca le diré a Hope qué bando ganó. Eso solo la animaría, y lo último que necesita mi mejor amiga es que la animen. Los hombres como Samuil Litvinov no se ganan la vida con chicas que pasean perros.

—¿De verdad? —la voz de Hope destila escepticismo—. Entonces, ¿por qué te envió un mensaje?

No tengo respuesta para eso.

—Eso es lo que pensaba. Ahora voy a volver a dormir otros quince, y luego tengo que prepararme para un nuevo cliente. Mándame un mensaje con lo que dice el amante cuando te crezcan un par.

—Espero...

—Teamochaooooo.

Me cuelga y me quedo mirando el teléfono como la bomba de relojería que es.

De hecho, me tiembla la mano cuando la paso por encima de la pantalla.

—Dios, contrólate —murmuro. Aprieto los dientes, me trago el nudo en la garganta y abro el texto.

SAMUIL: No sabía que el tratamiento de Rufus formara parte de tus servicios. Para futuras referencias, Rufus no es mi tipo. Su paseadora, en cambio...

Mi corazón revolotea como un colibrí drogado.

Está coqueteando conmigo. *Coqueteando* conmigo de verdad. Hope tenía razón.

Mi visión se difumina tras un velo de estrellas, y de repente nos veo a los dos, caminando cogidos de la mano por Lincoln Park.

Ridículo. Basta ya.

Un mensajito tonto y ya me estoy poniendo literalmente años por delante. Me limpio las manos sudorosas en los vaqueros e intento pensar en una respuesta apropiada, coqueta, ingeniosa y efervescente sin esfuerzo.

Es más difícil de lo que parece. Sobre todo, porque tengo cero cartas bajo la manga cuando se trata de hombres. Las intromisiones terriblemente inapropiadas de Hope me han llevado más lejos con un hombre que ninguno de mis propios intentos. Es triste.

Ni siquiera estoy segura de querer enredarme con alguien como Samuil Litvinov. Quiero decir,

¿quién no querría estar “enredada” con él? Pero una relación con el hombre más rico de la ciudad suena complicada.

Por otra parte, mi vibrador ha estado trabajando horas extras últimamente, y la cara de ese hombre pertenece a un museo. Probablemente no sea el momento de ponerse quisquillosa.

Antes de pensar demasiado, escribo una respuesta.

NOVA: A Rufus se le partirá el corazón. Le gustaste mucho.

No, guardo el pánico para *después* de haber enviado el mensaje.

¿Fue eso demasiado despreocupado? ¿Demasiado ansioso? ¿No lo suficiente? Por eso estoy perpetuamente soltera.

Miro fijamente su mensaje y mi respuesta, leyendo y releyendo hasta que me doy cuenta de que tengo un trabajo que hacer. Tengo exactamente ocho minutos para cruzar dos manzanas y atender a mi primer cliente del día.

Me pongo un abrigo ligero y cojo mi bolso, salgo corriendo de mi desordenado apartamento y corro a recoger a Trixie.

Estoy a punto de llegar cuando suena mi teléfono y me detengo bruscamente, lo que me hace recibir miradas fulminantes de los trajeados que caminan detrás de mí. Refunfuñan y se quejan, pero yo estoy demasiado ocupada sacando el móvil como para preocuparme por sus desplazamientos matutinos.

SAMUIL: ¿Fue el único?

Sonrío tanto que me duelen las mejillas.

Prácticamente me duele el cuerpo por responder de inmediato, pero un año alejada del juego de las citas no ha cambiado la única regla fundamental que sé que es cierta: no puedes estar demasiado disponible.

A nadie le gusta pescar peces muertos, dice siempre Hope. *Los hombres quieren algo con un poco de meneo.*

No me gusta ser el pez en la analogía, pero no se equivoca. Así que, en lugar de contestar de inmediato, me guardo el móvil, cojo a Trixie y me dirijo al parque Jackson. Mientras tanto, le doy vueltas a posibles respuestas.

Solo cuando nos hemos instalado en nuestra ruta habitual me permito responder. Escribo y borro al menos una docena de mensajes antes de sacar una foto de Trixie, con su único ojo bueno reluciente y la lengua torcida saliéndole por un lado de la boca, como siempre.

NOVA: En absoluto. Rufus les ha hablado de ti a mis otros clientes. Trixie también está interesada. Tal vez quieras vestirte más discretamente si pasas por el Parque Jackson. No quiero sobreestimularla.

Me cuestiono a mí misma en el momento en que el mensaje de texto se pierde en el éter.

¿Parezco ingeniosa o me estoy esforzando demasiado? ¿Estará Samuil sentado en su despacho en este momento, encogiéndose al ver lo desesperada que estoy?

Mi teléfono vuelve a sonar.

SAMUIL: Jesús, ¿qué le pasa a ese perro?

Me echo a reír. En mi opinión, esta mestiza adoptada es preciosa, pero no todo el mundo encuentra tan encantadores como yo su sobremordida y el ojo que le falta.

NOVA: Trixie no se atiene a los cánones de belleza convencionales. Eso es lo que me gusta de ella. Es auténtica.

En contra de mi buen juicio, escribo un segundo mensaje antes de que pueda responder.

NOVA: Es dulce y cariñosa y nunca se folla a desconocidos en los bancos del parque, aunque se sienta atraída por ellos. ¿No tiene eso algún mérito?

Y la ansiedad hace su entrada triunfal. *Eso ha ido demasiado lejos. Eres un pez muerto, Nova. Eres un pececillo sin vida, escamoso, húmedo y jadeante…*

SAMUIL: No sé. Las mujeres que persiguen lo que quieren tienen su encanto.

El corazón me da un vuelco, y casi choco con un corredor que pasa por allí. Acabo aparcando el culo en un banco para poder desaparecer con seguridad en mi teléfono.

NOVA: Trixie es del tipo tímido. Muy recatada.

SAMUIL: Por muy interesante y "auténtica" que sea Trixie, me interesa más conocer a la mujer que la pasea.

Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que me sorprende no haberme hecho sangre.

NOVA: ¿Qué te gustaría saber de mí?

SAMUIL: ¿Arrancar perros gigantes de transeúntes inocentes es tu profesión a tiempo completo, o hay algo más a lo que te dedicas?

NOVA: Detener las agresiones de perros a humanos es solo un proyecto paralelo que me apasiona. Pero, desde hace dos meses, pasear perros es mi profesión a tiempo completo.

SAMUIL: ¿Por qué hiciste el cambio?

Hay algo en su tono, incluso a través de un mensaje de texto, que me hace reflexionar. No es el juicio habitual que recibo cuando le digo a la gente que me gano la vida paseando perros. Habría pensado que estaría demasiado ocupado contando sus miles de millones o lo que coño hagan los multimillonarios todo el día para fijarse en mí. Pero esto es... curiosidad. Interés genuino.

Quizá por eso escribo la verdad, en lugar de mi habitual desviación.

NOVA: Porque me encantan los animales. Los perros en particular. Lo que ves es lo que hay y lo aprecio. La gente mentirá, herirá, juzgará y traicionará, pero un perro nunca fingirá ser

algo que no es.

Llevé nuestras bromas a aguas accidentalmente profundas en menos de diez mensajes. Eso tiene que ser un récord personal de velocidad para arruinar el ambiente.

Pero a Samuil no parece importarle.

SAMUIL: Tienes razón. Los animales son simples.

Mis dedos rozan la cicatriz en relieve de mi muñeca, blanca como la plata y lisa después de todos estos años. Un recordatorio permanente de que nada en la vida es sencillo.

NOVA: Yo no diría eso. Pero sí diría que son directos. Los perros que ladran más alto y muerden más fuerte son los que más daño han sufrido.

SAMUIL: ¿Hablas por experiencia?

NOVA: Algo así.

SAMUIL: Quizá algún día me lo cuentes. Con unas copas, preferiblemente.

Se me eriza el vello de la nuca. Incluso Trixie ha dejado de olisquear para mirarme con la cabeza ladeada. Es casi como si percibiera el cambio que se está produciendo en mi interior.

El optimismo cauteloso es un juego totalmente nuevo, aunque la pizca de miedo profundo sigue siendo dolorosamente familiar.

La respuesta inteligente sería no. La respuesta segura sería no.

Pero nunca he sido especialmente inteligente cuando se trata de cosas bellas que puedan hacerme daño.

NOVA: Quizá...

Una palabra. Cinco letras cargadas. Mil posibilidades, cada una más aterradora que la anterior.

Me levanto, tirando suavemente de la correa de Trixie. Ella me sigue sin vacilar, confiando plenamente en que la guiaré adonde tengamos que ir. Los perros son así: te seguirán hasta el infierno si te quieren lo suficiente.

Mientras nos alejamos del parque, mi teléfono permanece en silencio en mi bolsillo. Pero puedo sentirlo ahí, cargado de promesas y advertencias. Como un collar a la espera de ser atado a mi cuello.

La cuestión no es si Samuil Litvinov devolverá el mensaje.

La cuestión es si seré capaz de soportar lo que ocurra cuando lo haga.

5

NOVA

Mi teléfono me acosa desde la mesa de la cafetería, con la pantalla oscura y silenciosa, como el traidor que es. Lo he consultado diecisiete veces en los últimos cuatro minutos. No es que lleve la cuenta.

—¿Esperas una llamada de alguien, cariño?

Dejo caer el teléfono sobre mi regazo de inmediato. La culpa me quema las mejillas cuando me encuentro con la mirada cómplice de mi abuela. —Lo siento, es que... estaba coordinando con nuevos clientes.

La abuela me dedica una sonrisa cariñosa y yo se la devuelvo, sintiéndome muy culpable. Nunca le miento. Es una de las únicas personas de mi vida que se ha ganado ese nivel de honestidad.

Hasta que Samuil Litvinov empezó a ocupar todas las neuronas libres de mi cerebro.

—¿La fusión va bien, entonces? —pregunta la abuela, cogiendo la mantequilla.

Me aferro al cambio de tema como si fuera un salvavidas. —Muy bien. Hope ha sido increíble compartiendo su lista de clientes conmigo. He traído dos clientes nuevos: una golden retriever llamada Maude y un galgo llamado Malti.

—Mi primer perro fue un golden retriever —sus ojos se iluminan con el recuerdo—. Unos animales maravillosos.

Por eso la quiero. Mientras los ojos de los demás se desorbitan cuando empiezo a hablar de criaturas de cuatro patas, la abuela se inclina. Hasta hace unos años, su casa era más un santuario que un hogar: una puerta giratoria de rescates y perros callejeros que me llenaba el corazón.

Era mi tipo de caos.

—Echo de menos tener unas criaturitas de peluche cerca —suspira.

—Oye, no renuncies aún a ese sueño —estiro la mano por encima de la mesa, cubriendo su delicada mano con la mía—. Algún día me compraré una casa y vendrás a vivir conmigo.

Entonces, podremos tener todas las mascotas que queramos y nadie podrá impedírnoslo.

Esos familiares ojos azules, la única parte de ella que el tiempo no ha tocado, me estudian con una mezcla de amor y resignación. —Cariño, no querrás vivir con una anciana.

—¿Qué anciana? —hago ademán de mirar a mi alrededor, protegiéndome los ojos con la mano mientras entrecierro los ojos a media distancia—. No veo a ninguna en esta mesa. Solo estamos nosotras dos: mujeres jóvenes y atractivas dispuestas a embarcarse en la siguiente fase de sus vidas.

Mi teléfono suena y mi corazón da un patético aleteo. Me clavo las uñas en la palma de la mano para no mirarlo.

La abuela se ríe. —Eres un encanto, pero ya soy certificadamente vieja. No quiero que planees tu vida en torno a mí. Mi sitio está en una residencia de ancianos.

Echo un vistazo al comedor de Legacy Retirement Village. Hay imitaciones de ventanas pintadas en las paredes beige, con pájaros pintados posados en los alféizares y esponjosas nubes blancas flotando. Es bonito, pero la abuela se merece algo más que vistas falsas y puré de patatas demasiado batido para cenar.

Me cuesta mantener la sonrisa, pero lo consigo.

Apenas.

—Tu sitio es conmigo. Con la familia. Este lugar está bien de momento, pero no te pongas demasiado cómoda. Te sacaré de aquí muy pronto.

La abuela me sacude la cabeza. —No te pareces en nada a tu padre.

—Gracias a Dios —lo más cerca que quiero estar es compartiendo la mitad de su ADN.

Se ríe y señala el menú. —Pídeme el salmón si viene la camarera. Voy al baño.

En el momento en que la abuela desaparece en el baño, me abalanzo sobre mi teléfono. El nombre de Samuil en mi pantalla envía un torrente de endorfinas directamente a mi cerebro de lagarto. Llevamos seis días enviándonos mensajes y el subidón es cada vez mayor.

Hay flirteos, pero, sobre todo, Samuil quiere saber cosas de mí. Lo más sorprendente de todo: es casi como si estuviera realmente interesado en saber quién soy como persona.

SAMUIL: ¿A qué chucho cachondo vas a pasear hoy?

NOVA: En realidad, a ninguno. Es mi día libre.

SAMUIL: ¿Y has esperado hasta ahora para decírmelo?

Miro hacia el baño, pero aún no hay rastro de la abuela.

SAMUIL: Si no me dices cuándo estás libre, me veré obligado a invitarte a comer de último momento. Lo haré, pero me hace parecer un hombre sin planes. Por suerte para ti, Chez Andre siempre me reserva una mesa. Puedo reunirme contigo allí dentro de una hora.

El teléfono casi se me cae de la mano. Tanteo para salvarlo antes de que se estrelle contra el suelo. Volver a leer el mensaje no hace que parezca más real.

Me invitó a salir.

¡Samuil. Litvinov. Me. Invitó. A. Salir!

Delante de Dios y del par de gallinas ancianas del rincón más alejado, con una vista tan mala que cuando llegué pensaron que era su enfermero de dos metros, bailo alegremente como el pez vivo que soy.

Vuelvo a la realidad cuando veo a la abuela acercándose a nuestra mesa. Si fuera cualquier otra persona, dejaría marcas de derrape en mi camino al Chez Andre. Chocaría con el Papa para llegar a este almuerzo.

Pero no puedo dejar a la abuela.

Volteo la cámara y hago una rápida instantánea del menú de papel que tengo delante y se la envío con mi respuesta.

NOVA: Hoy no puedo. Voy a comer con mi abuela. Creo que me voy a decantar por la delicia de puré de patatas. He oído que es más fácil para la vieja dentadura postiza.

Mencionar a la abuela en un mensaje de texto es un gran paso. Abre la puerta a la conversación *"¿Cómo es tu familia?"*. En ese momento, tendré que decir: *"Unos absolutos imbéciles. Todos menos la abuela"*. No es exactamente un tema fácil para una primera cita.

SAMUIL: Entonces, te veré en otro momento.

Se me revuelve el estómago. No sé muy bien qué esperaba, pero su respuesta me parece un poco... ¿insípida?

Como si realmente no le importara si aceptaba o no.

Como si tal vez yo solo fuera uno de los muchos nombres de su libretita negra y ahora pudiera pasar al siguiente.

—¿Va todo bien, cariño? —pregunta la abuela, deslizándose de nuevo en la silla frente a la mía.

Trago el incómodo nudo que tengo en la garganta. —Por supuesto.

—Te ves azul. ¿Alguien está poniendo azul a mi chica? —levanta un puño tembloroso en el aire, como si estuviera dispuesta a subir al cuadrilátero por mí—. Señálamelos, cariño, y déjame verlos.

Si supiera frente a quién se sentará Samuil esta noche en Chez Andre en vez de frente a mí, le apuntaría a la abuela. Probablemente a alguna rubia alta y con aspecto de sauce que nunca huele a perro mojado. La abuela acabaría con ella en tres golpes.

Pero me limito a sacudir la cabeza. —Eres la mejor. ¿Lo sabías?

—¿Crees que no lo sé? Lo he oído todo en mi vida —descarta mi comentario con un pequeño

rubor—. En cuanto a la comida, iba a pedir una delicia de puré de patatas, pero me siento atrevida. Quizá pida patatas fritas.

—Te dije que aún eres joven y vibrante, abuela. Las papas fritas son cosa de jóvenes.



—ERES DÉBIL. Débil y patética y... ¡débil! —me reprocho.

Mi reflejo en la pantalla del portátil asiente en silencio mientras dejo a un lado el libro que he estado fingiendo leer durante la última hora.

Hace una semana me prometí a mí misma que, en lo que respecta a Samuil, me mantendría alejada de Internet. Todo lo relacionado con Samuil debería aprenderse de forma orgánica, mediante mensajes de texto, llamadas y charlas postcoitales con la almohada.

Pero, en algún momento de las siete horas transcurridas desde su último mensaje, perdí la maldita cabeza.

Tomo un sorbo de mi vino barato y, con un ojo entrecerrado, tecleo el nombre de Samuil en Google. La rueda de mi antiguo ordenador gira y gira y entonces...

—¿Tres millones de resultados? —el vino me salpica el pantalón del pijama de un dólar y me sobresalto.

Como la detective que soy, me dirijo directamente a la pestaña "Imágenes". El sonido que sale de mi boca está entre un gemido y un silbido de lobo.

Es un mar de Samuil. Samuil con trajes perfectamente entallados, Samuil haciendo donativos a organizaciones benéficas, Samuil tomando un poco de sol extranjero en la playa con una camiseta que cubre parte, pero no toda la mercancía.

Bastan unos segundos de desplazamiento para determinar que ese hombre no podría hacerse una mala foto aunque lo intentara.

Por supuesto, las fotografías no hacen justicia a sus ojos plateados: ninguna cámara podría captar la forma en que esos iris plateados te queman el alma. Pero es indiscutible que Samuil Litvinov es la perfección andante, parlante y probablemente propietario de una isla privada.

Y me ha estado mandando mensajes toda la semana.

Estoy dispuesta a acabarme esta botella de vino para celebrarlo, pero, cuanto más me desplazo, más triste y deprimente se vuelve la bebida.

Al tercer artículo, en el que se reflexiona sobre su estado sentimental y se ofrecen cronologías de sus muchas conquistas, no puedo evitar jugar a Comparar y Desesperar.

Las mujeres que lleva del brazo son diosas esculturales con zapatos de diseño y pómulos hundidos. Actrices, modelos, bailarinas, cada una más hermosa que la anterior.

Y luego estoy yo. Metro sesenta en un buen día, con curvas que no sabrían lo que es ser esbelta ni aunque les mordieran el culo.

Justo cuando creo que he tocado fondo, el universo decide sacar su equipo de excavación. La última foto del artículo es una imagen granulada de un paparazzi con una leyenda en negrita debajo: ***Samuil Litvinov, fotografiado con su entonces esposa.***

¿“Esposa”?

La está protegiendo de los paparazzi, con una mano agarrada a la suya mientras la otra bloquea las cámaras. Tiene la cara gacha, pero el cabello rubio y espeso y el vestido de gasa de seda dejan claro que es tan hermosa como todas las mujeres que Samuil ha tenido a su lado.

Una búsqueda más en Google y podría saber su nombre, su edad, su índice de masa corporal.

Pero mis dedos vacilan sobre el teclado.

En algún lugar, bajo la bruma del vino de baja graduación y el odio a mí misma, aún me queda algo de autoconservación. ¿Qué voy a conseguir buscándola aparte de patear mi ya desinflada autoestima?

No necesito eso. No lo necesito a él.

Una hora más tarde, cuando mi teléfono se ilumina con su nombre, me quedo mirando el mensaje durante lo que me parece una eternidad.

Luego, lo borro sin contestar.

6

NOVA

Han pasado ocho días desde que dejé de mandar mensajes a Samuil, y cinco desde que él se rindió y dejó de mandarme mensajes.

Que es lo que yo quería... ¿no?

Entonces, ¿por qué me siento como si acabara de alejarme de los números ganadores de la lotería?

—¡Rufus! —digo con mi voz más severa—. Siéntate.

Rufus ladea la cabeza, como preguntando: *¿Hablas en serio?* Entonces, casi como si sintiera lástima por mí, deja caer su gigantesco culo sobre mi alfombra de segunda.

Sinceramente, es un poco condescendiente.

Tengo que decirlo: no me siento muy alfa.

—Buen chico —le rasco detrás de las orejas mientras él ruge, satisfecho. —Hemos hecho algunos progresos, ¿verdad?

Se supone que hoy es mi día libre, pero el dueño de Rufus me hizo una petición de paseo de última hora y no pude negarme. En parte es que no podía rechazar el dinero. La mayor parte es que necesito desesperadamente una distracción.

Rufus hunde su húmeda nariz bajo mi palma, reclamando mi atención. Su cola se mueve de un lado a otro, casi volcando el jarrón de cerámica de la mesita.

—Nada dice “distracción” como la destrucción de mi apartamento del tamaño de una caja de zapatos —murmuro. A riesgo de otro movimiento de cola del tamaño de una bola de demolición y de perder mi café a medio terminar, me dirijo a la puerta y agarro su correa—. ¿Un paseo?

Elijo Rogers Park exclusivamente por el lago Michigan. No hay nada mejor que una buena y larga carrera junto al agua a primera hora de la mañana. Rufus parece estar de acuerdo, porque tira cada vez con más fuerza cuanto más nos acercamos a la orilla.

—Tranquilo, amigo —gruño mientras el gran danés se tensa contra la correa—. No te me pongas así ahora. Estábamos haciendo algunos progresos.

Busco en el bolsillo las golosinas de adiestramiento, pero ni siquiera eso consigue calmarlo. Se queja y gimotea, y su fornida cola me golpea la pierna como si Babe Ruth creyera que le debo dinero.

—¡Rufus! —tiro más fuerte de su correa—. Cálmate, chico.

Las palabras ni siquiera han salido de mi boca antes de que se suelte y despegue como si alguien lo hubiera lanzado desde un cañón.

—¡Rufus! —me protejo los ojos del resplandor del agua. Una pobre ardilla está a punto de tener el peor día de su vida.

Entonces, veo hacia *quién* corre Rufo.

Se me para el corazón.

—No —el susurro es menos una advertencia que una incredulidad de que esta sea mi vida.

Esto no puede estar pasando.

Otra vez no.

Ahora no.

Consigo dar unos débiles pasos hacia delante mientras Rufus acorta la distancia entre él y el objeto de su afecto. Solo puedo pensar en una cosa:

La factura de la tintorería de Samuil va a estar por las nubes.

Rufus suelta un ladrido que parece un grito de guerra mientras se acerca. Samuil se vuelve con el teléfono pegado a la oreja, pero es demasiado tarde.

Con un salto que desafía la gravedad y que no debería ser posible para una criatura de su tamaño y densidad, Rufus se lanza sobre Samuil. Hay un momento horrible, congelado en el tiempo, que honestamente pertenece al ala renacentista del Louvre: Rufus, suspendido en el aire, con los miembros extendidos, la lengua fuera, la encarnación literal de la pura alegría canina... y luego Samuil, alto, oscuro, irresistible, levantando una mano para hacer algo, cualquier cosa, pero ya es demasiado tarde. La Capilla Sixtina se quedaría corta ante esta obra de arte.

Entonces, el tiempo vuelve a su cauce.

Las garras gigantescas de Rufus golpean el pecho de Samuil y yo grito mientras los dos caen de espaldas al lago.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda —la inútil retahíla de maldiciones sale de mi boca mientras corro hacia la orilla, sabiendo ya que es demasiado tarde para salvar nada: ni mi dignidad, ni mi trabajo, ni el traje de mil dólares que actualmente está empapado con la mitad del lago Michigan.

Rufus alterna entre hacer círculos en el agua fangosa y atacar a Samuil con afecto baboso, lamiendo el agua que gotea por la cara de Samuil.

De nuevo, no puedo culparlo.

—¡No! —grito, tanto por mi bien como por el de Rufus—. ¡Rufus, para!

Rufus vuelve a mirar por encima del hombro un segundo, como preguntando: *¿Y qué demonios vas a hacer tú al respecto?*

Para ser justos, es una buena pregunta. Estoy fuera de mi liga. Literalmente. El agua ya me llega a las espinillas, y nunca he sido una buena nadadora.

Cuando Samuil empieza a ponerse en pie, Rufus se da vuelta y lo derriba con una nueva oleada de amorosas lamidas en la cara.

—Vas a hacer que nos pongan una orden de alejamiento, tú... —me abalanzo sobre el cuello de Rufus, pero me esquiva y, con sus enormes zarpas, remueve el barro mientras cambia de rumbo y se dirige a la orilla.

Me rindo ante Rufus y, en su lugar, ofrezco una mano a Samuil. —Lo siento muchísimo. Por favor, déjame ayudarte...

Antes de que pueda terminar mi frase, el tirano de largas extremidades y pelo corto que, hasta hace unos momentos, era mi nuevo cliente favorito, da un amplio giro a la deriva en el agua y estrella su trasero de gran danés justo contra mí.

Yyy vamos de bajada.

Mis pies resbalan en las rocas y choco directamente contra Samuil. Su brazo me rodea la cintura por puro instinto, y ambos caemos en el segundo asalto.

Esta vez, conmigo encima de él.

Grito mientras chapoteamos y enseguida me recompensan con un bocado de la mejor agua del lago de Chicago. Siento la tentación de deslizarme bajo la superficie y no volver jamás. Si me queda algo de dignidad, no sobrevivirá al paseo de la vergüenza hasta la orilla.

Pero Samuil no me da la opción de vivir el resto de mi vida como una ninfa del lago. Me levanta, reduciéndonos los dos a una maraña de ropas empapadas y miembros mojados mientras nos sentamos. Mis manos revueltas se apoyan en su pecho, en sus muslos y en otras partes de él que me niego a nombrar por miedo a que, si no muero ahogada, muera de vergüenza.

—Lo siento —murmuro repetidamente—. Lo siento mucho.

Finalmente, me despego del cuerpo duro, firme y empapado de Samuil y me pongo de rodillas.

Se sacude el agua de los ojos y se incorpora. Contengo la respiración, esperando las amenazas de pleito legal o daño corporal.

En cambio, dice—: Nunca he conocido a alguien tan decidido a quitarme la ropa.

Lo dudo.

Esquivo el instinto de decir cosas que luego atormentarán mis sueños y paso directamente al modo de gestión de crisis. —Esta vez tienes que dejarme pagar la tintorería. Insisto.

De repente, Samuil me alcanza. Me paralizo como Bambi en la trayectoria de un camión Mack. *¿Me va a estrangular? ¿Me va a regañar? ¿Me va a dar un revolcón en el lago? Sinceramente, todo es justo.*

Pero sus dedos me apartan un mechón de pelo mojado de la cara con una suavidad devastadora.

Ahora puedo verlo claramente, lo que no ayuda en nada a mis nervios. Incluso empapado y cubierto de barro, está guapísimo.

También me sonríe. Para ser un hombre al que un perro gigantesco y su torpe paseadora acaban de estropear su segundo traje caro en dos semanas, no parece demasiado disgustado.

Me incorporo a la fuerza y le ofrezco una mano. —Toma. Deja que te ayude.

En el instante en que su mano está en la mía, mis arruinados zapatos de andar por casa resbalan en una roca y me desplomo contra su pecho. Otra vez.

—Por el amor de Dios —la asquerosa agua del lago se cuela en mi boca mientras gimo—. Esto es un nuevo fondo.

Samuil me aparta de él y se levanta con gracia depredadora. Luego, se quita la chaqueta arruinada, dejando al descubierto la camisa blanca de vestir que lleva debajo.

Dulce madre de Dios.

La tela se adhiere a cada cresta y valle de los incontables músculos de su cuerpo. Las gotas de agua trazan caminos por su pecho que hacen que se me seque la boca a pesar del litro de baba lacustre que acabo de tragar.

A pesar de todo, me siento agradecida con Rufus. Él hizo posible esta visión. Una especie de artista por derecho propio, si lo piensas de verdad.

Samuil me tiende la mano. —Cógeme la mano.

La luz del sol brilla a su alrededor, resplandeciendo dorada en las gotas de agua que se aferran a las puntas rizadas de su pelo. Me siento como si un dios me sacara de las profundidades del lago.

Me pone de pie con facilidad. Por una fracción de segundo, creo que está a punto de besarme. Bastaría con una ligera inclinación, un aliento compartido y entonces...

Rufus se interpone entre nosotros, separándonos a empujones mientras da otra vuelta vertiginosa y embarrada por la orilla.

Momento arruinado.

Gracias, Rufus.

Rápidamente paso a sacudir el agua de mis leggings para que Samuil no vea mi decepción. —Gracias —una brisa fresca sale del agua y me estremezco, aunque no estoy convencida de que sea por el frío.

—Te ofrecería mi chaqueta… —Samuil sostiene la prenda empapada entre los dos—, pero dudo que te sirviera de mucho.

—Mi a-apartamento está a solo cinco minutos a pie de aquí —parloteo—. Eres más que bienvenido a venir y asearte.

—Otra treta para quitarme la ropa, por lo que veo —arquea una ceja y otro escalofrío me recorre la espalda.

—Si prefieres que no, yo completamente...

—Te sigo.

Mi atención vuelve a centrarse en él. —¿Hacia dónde?

No puede estar aceptando mi oferta, ¿verdad? Seguro que tiene un helicóptero preparado para lanzarle un Armani nuevo de un momento a otro.

Pero nada en su cara dice que esto sea una broma. Silba a Rufus y chasquea los dedos. Como por arte de magia, la bestia buena para nada, podrida hasta la médula y adorablemente tierna se acerca a toda velocidad y se detiene delante de nosotros.

—Siéntate —ordena Samuil, y Rufus se sienta perfectamente en posición de firmes, como si llevara haciéndolo toda la vida.

Con el danés neutralizado, Samuil vuelve a centrar su atención en mí. —A tu apartamento. Si la oferta sigue en pie.

—Claro. Por supuesto. Vamos a mi apartamento —pronuncio las palabras en voz alta con la esperanza de que la realidad cale hondo, pero no. Sigue pareciendo una locura. De todos modos, le indico con la mano que caminemos—. Sígueme.

Dos veces en dos semanas he conseguido empapar al hombre más peligroso de Chicago. Las dos veces lo ha manejado con una gracia inexplicable. Ahora, me sigue hasta mi apartamento.

¿Qué podría salir mal?

Una mirada por encima de mi hombro revela a Samuil siguiéndome unos pasos por detrás, con la ropa mojada amoldada a un cuerpo que pertenece a un museo. O a mi dormitorio.

Dirijo la mirada hacia delante antes de que me descubra.

Todo. Todo puede salir mal.

Y, que Dios me ayude, creo que lo deseo.

7

NOVA

Estoy tan concentrada en la humillación mundial de aquella pequeña exhibición en el lago que no pienso en todas las futuras humillaciones potenciales que se acumulan en el camino hasta que estamos ante la puerta de mi apartamento.

¿Cuándo fue la última vez que ordené?

¿Mi sujetador sigue colgando del armario encima de la estantería para secarse?

¿Y si mi portátil está de algún modo abierto a mi historial de búsquedas de la semana pasada, y descubre exactamente hasta dónde llegué en la madriguera del conejo de "fotos de Samuil Litvinov sin camiseta"?

Esta vez, realmente me planteo rescindir la oferta. *Olvídalo. Busca otro lugar donde secarte. Adiós para siempre.*

Pero es demasiado tarde. Ya estamos aquí.

Así que desbloqueo la puerta y la abro de un empujón. —Bueno, esto es. Caja de zapatos, dulce caja de zapatos.

Samuil se empuja literalmente por la puerta, y pensar que yo creía que mi estudio era pequeño solo con Rufus dentro. Ni siquiera estoy segura de que quepamos todos, pero de algún modo nos las arreglamos.

El atroz perro delincuente se lanza inmediatamente a mi sofá regalado. Salpica barro y agua del lago por todas partes mientras se siente como en casa.

—Este apartamento va a oler a perro mojado durante los próximos tres meses —digo con una mueca.

Rufus, como el villano que es, se limita a recostar la cabeza sobre las patas cruzadas y a dirigirme los ojos de cachorro más dulces que el mundo haya visto jamás.

Solo puedo suspirar. —Ese perro podría cometer el crimen perfecto, te lo juro.

Samuil no dice nada, pero solo porque está recorriendo mis estanterías con la cabeza inclinada hacia un lado para poder leer los lomos. Entre los libros y encima de ellos hay facturas sin pagar, un viejo envase de comida china para llevar y... sí, ahí está. Mi sujetador. Colgando de la *Biblia Infantil Ilustrada* que me regaló la abuela cuando tenía cinco años.

Si Dios existe, ahora mismo se está partiendo de risa.

—No es exactamente el Taj Mahal, pero... es nuestro hogar.

—Creo que es prudente no vivir en una tumba —se detiene ante mi sujetador morado de encaje el tiempo suficiente para fijarse en todos los detalles raídos antes de darse vuelta—. Un apartamento es una opción mejor.

Tardo un segundo en comprender lo que quiere decir. Me sale una risa nerviosa. —Ya. Solo quería decir que... es pequeño. Perdona.

—Ya te has disculpado bastante sin añadir tu apartamento a la mezcla, *krasavitsa*.

—¿Cómo me acabas de llamar?

—Nada malo —se ríe entre dientes, pero sigue sin ofrecerme una traducción.

Serpentea hacia la pared de la ventana del apartamento, donde sé que encontrará la pila de novelas obscenas que actualmente hacen las veces de pata de mi sillón roto. El día de hoy ya ha sido bastante humillante, así que le corto el paso.

—Mi dormitorio está por ahí —hago un gesto hacia la puerta del rincón como si fuera una presentadora de televisión.

—No das vueltas, ¿verdad?

Me arden los oídos. —Eso no es lo que yo... Mi baño está en mi...

—Solo estoy bromeando, Nova —su mano pasa como un fantasma por la parte baja de mi espalda mientras me guía por mi propio apartamento—. Después de ti.

En el breve y, sin embargo, interminable paseo por el salón, catalogo los horrores que está a punto de ver. La cama deshecha, aún más libros tirados en el lado del colchón donde teóricamente podría dormir un segundo ser humano, aunque será bastante obvio que eso no ha ocurrido en muchas lunas, y una semana de bebidas en la cama que me dio pereza limpiar.

Quiero disculparme antes de tiempo, pero es demasiado tarde.

Cuando entramos en mi habitación y veo mi cajón de la ropa interior abierto, con unas bragas de abuela del tamaño de un paracaídas colgando del pomo, me muerdo la lengua hasta saborear la sangre.

—Acogedor —murmura Samuil, casi para sí mismo.

Esa es sin duda una palabra para describirlo.

Chillo hasta detenerme ante la puerta del baño. Su cuerpo choca con el mío, un muro de puro

músculo que hace saltar chispas de electricidad a través de mi ropa húmeda por la lluvia. Me doy la vuelta. —Dame un segundo.

Abre la boca, pero ya me estoy colando por la rendija y cerrándole la puerta en las narices.

Y, tal como pensaba, la caja de tampones que Rufus saqueó esta mañana sigue esparcida por el suelo. Junto con, *Jesucristo por favor ayúdame*, mi vibrador y un bote de lubricante.

Comienzo la limpieza más rápida de la historia moderna. Soy un borrón de miembros a lo Scooby-Doo, y acabo de meter toda la porquería en el pequeño cubículo abarrotado que hay debajo del fregadero cuando Samuil grita—: ¿Va todo bien?

—¡Va muy bien! —chillo, asomándome detrás de la cortina de la ducha para asegurarme de que no he dejado ningún pelo pegado a la pared de la ducha.

Está limpio. Gracias a Dios por las pequeñas misericordias.

—El agua tarda un minuto en calentarse —advierto—. Y la ducha es un poco pequeña, incluso para mí. Puede que ni siquiera quepas por todo... Todo tú —el calor me sube por el cuello—. Además, mi champú es barato, así que probablemente tenga productos químicos que harán que se te caiga el pelo. Pero al menos puedes aclararte...

—Nova.

Es el mismo tono que utilizó antes para refrenar a Rufus.

En mí funciona igual de bien.

Me vuelvo hacia él, dolorosamente consciente de que estamos apretados en un espacio reducido. No hay forma de que pueda moverme sin tocarlo.

—No me importa nada de eso. Respira hondo.

Luego, se quita la camisa mojada por encima de la cabeza.

Vaya. Ya no creo que pueda respirar

Ni toda la búsqueda en Google del mundo podría haberme preparado para la visión real, en carne y hueso, del pecho desnudo de Samuil. Mi lengua es un bulto seco e inútil en mi boca mientras contemplo sus abdominales de granito, las líneas cinceladas de sus oblicuos.

Desvío la mirada de su cuerpo a su cara, lo que solo hace que me ardan más las mejillas. —Perdona. Me apartaré de tu camino. Solo necesito...

Intento pasar a su lado, pero no se mueve. Permanece obstinadamente frente a la única salida mientras se desabrocha los pantalones.

¿Dónde acaba la definición? Sus oblicuos siguen y siguen y siguen...

¡Ojos arriba, pervertida!

—Toallas limpias —chillo, esforzándome por recordar mi lengua materna ante tanta piel

espléndida—. Hay toallas limpias... en alguna parte. Pero debo irme.

Traducción: por favor, muévete para que pueda salir del baño sin rozarte.

El calor se acumula en mi vientre y parece extenderse hacia el sur, pero eso no impide que mis pezones intenten tallarse a través del material ceñido de mi camiseta de entrenamiento. Quiero esperar que Samuil no se dé cuenta, pero capto que sus ojos pasan de mi pecho a mis ojos y sé que no hay nada que este hombre no vea.

—Nova...

Su voz es cálida, atrayente. No puedo evitar acercarme. Me pone una mano en la muñeca y nuestros ojos se encuentran. Los suyos están fundidos, me queman hasta la médula.

—Tienes frío —su voz retumba en mis huesos—. Quítate la ropa mojada.

—¿Quién intenta desnudar a quién ahora? —esbozo una risa a medias, pero Samuil no sonríe—. Estoy bien. Puedo esperar...

—Ahora.

Es una orden. Ni siquiera intento resistirme.

Me quito la camiseta de tirantes con dedos temblorosos y la tiro al cesto de la ropa.

Engancha un dedo en la cintura de mis leggings. —Estos también.

—En realidad no tengo tanto frío.

—No te lo estaba preguntando, Nova.

No puedo pensar en el siguiente paso. A dónde lleva esto, no lo sé, pero quiero obedecerle. Necesito obedecerle. Me gusta la confianza acerada de su voz, y la forma en que me observa sin pestañear mientras me despojo de los leggings por una pierna y luego por la otra. Caen en el cesto con una bofetada húmeda.

Ni siquiera finge que no mira. Sus ojos ardientes atraviesan mi piel.

—Quítate también las bragas.

Pero ahora estoy congelada. Estoy inutilizada por sus manos y su atención y por el peso de lo que todo esto significa.

Los dedos de Samuil rozan mi cadera. —¿Preferirías que lo hiciera por ti?

No se molesta en esperar a que le responda, lo cual es bueno, porque he olvidado todas las palabras que significan *Por el amor de todo lo que es bueno y puro en este mundo, no te detengas; sigue adelante.*

Su mano se desliza por debajo de la cintura y me rodea, enroscándose contra mi culo. Luego, me empuja contra él, atrapando mis labios con los suyos.

La cabeza me da vueltas. Mi ritmo cardíaco alcanza nuevas y peligrosas cotas. Su lengua se

desliza en mi boca, saboreando y provocando, y corro el riesgo de caerme.

Pero es imposible que me caiga, no cuando Samuil me estrecha así contra su cuerpo. Sus manos se deslizan por mis curvas, arrastrando nuestros cuerpos hasta que ambos gemimos entre besos embriagadores y empalagosos.

Enrosco los dedos en su pelo húmedo y, de repente, ya no estoy en el suelo.

Solo cuando mi culo desnudo aterriza en el borde del lavabo me doy cuenta de que ya no llevo bragas. Se quita los pantalones mientras me besa la mandíbula y el cuello. Mientras rodea con sus labios mis pezones llenos de piedrecitas y desliza su mano entre mis piernas.

Samuil gruñe cuando encuentra entre mis muslos la prueba de lo mucho que deseo esto, pero estoy demasiado ida para que me importe. Me agarro a su hombro y grito cuando desliza un grueso dedo dentro de mí.

Gimo con cada fracción de él dentro de mí, rodando las caderas mientras me folla con un dedo y luego con dos. Me aferro a su cuello y lo beso, aunque solo sea para no gritar. Lo último que quiero ahora es que Rufus se preocupe y eche la puerta abajo.

El beso se vuelve voraz. Sin restricciones, con las lenguas entrelazadas y los latidos del corazón fundidos. Para cuando nos separamos, jadeantes y sin aliento, estoy rechinando contra su mano y gimoteando como...

Bueno, Rufus.

Mi cuerpo se tensa. El calor de mi interior crece y crece hasta que quiero llorar. Estoy desesperada por él.

—Por favor —respiro contra sus labios.

Con una sola pasada de su pulgar por mi centro, me derrumbo.

Sigo apretando sus dedos cuando se desliza fuera de mí.

—Vamos, pequeña *krasavitsa* —gruñe en lo que estoy segura que es ruso—. Estás sucia. Es hora de limpiarte.

Me levanta como si no pesara nada y me acuna contra su pecho mientras se mete en la ducha. El agua ya está caliente; debe haberla abierto en algún momento, aunque no recuerdo cuándo. Me da la vuelta y me inclina.

Me aferro al grifo con manos resbaladizas y clavo los dedos de los pies en la alfombrilla de goma mientras la polla de Samuil se desliza contra mí, adelante y atrás y adelante y atrás, sin entrar todavía.

Se me escapa un gemido, pero es maravilloso lo poco que me importa. Por fin, no hay nervios, ni vergüenza, ni ningún pensamiento más allá de lo bien que se siente contra mí.

Podría acabar felizmente así... hasta que por fin presiona contra mí.

Es entonces cuando me doy cuenta de que necesito más. A todo él.

Me llena lentamente, dejando que me adapte a su tamaño, que, como el resto de él, es absurdamente enorme. —Puedes tomar más de mí —gruñe—. Un centímetro cada vez. Ábrete para mí como una buena chica, Nova. Sé que puedes.

Apoyo las manos en la pared de la ducha y vuelvo a apretarme contra él, llevándolo más adentro.

—Maldición —gruñe, retorciéndome el pelo para arquearme la espalda.

Al principio me folla con ternura, pero no pasa mucho tiempo antes de que sienta que pierde el control. Sus dedos se clavan en mi piel mientras tira de mí contra él, una y otra vez. Más salvaje. Más errático.

No quiero que esto termine. Mi corazón se eleva y cae en picado cuanto más me acerco al borde. Precisamente por eso no quería involucrarme con alguien como Samuil Litvinov.

Aún no hemos terminado y ya sé que me ha arruinado para todos los demás hombres.

—Así es, nena —retumba, deslizando la mano por mi cadera para jugar con mi clítoris—. Vente otra vez. Sé mi niña buena y córrete.

Unos puntos negros motean los bordes de mi visión mientras el orgasmo más potente que he experimentado nunca me atraviesa. Me rodea el pecho con un brazo y me levanta contra él para que pueda penetrar hasta el fondo de mi puta alma.

Siento su aliento caliente contra mi cuello mientras se estremece... y él pulsa dentro de mí con un gemido.

Escucharlo desmoronarse es casi mejor que mi propia liberación. Es una procesión interminable y asombrosa de sacudidas y gruñidos y su calor floreciendo en lo más profundo de mí.

Incluso cuando termina, no me deja marchar. No del todo. Permanecemos cerca, enredados, las líneas borrosas donde empieza uno de nosotros y comienza el otro.

Luego, casi a regañadientes, me besa el lateral del cuello y el hombro mientras se desliza fuera de mí. Más calor recorre mis piernas. La última gota de agua caliente limpia las pruebas de lo que hemos hecho.

En silencio, Samuil me enjabona el pelo con champú y me extiende jabón corporal por la piel. Me lo enjuaga. Ninguno de los dos dice una palabra.

Solo hay una toalla en el armario de encima del inodoro, así que la compartimos. Primero me seca a mí, luego a sí mismo, después me ayuda a ponerme el albornoz antes de volver a vestirse con su camiseta y sus pantalones húmedos.

Aun así, nadie habla.

Aún me tiemblan las piernas mientras lo acompaño por mi dormitorio y mi salón hasta la puerta. Cuando llegamos, me detengo y me hundo los dientes en el labio, insegura de qué decir.

Por favor, no te vayas está en la punta de mi lengua, justo al lado de *No te atrevas a rogarle que se quede*. Sé que no debería decir lo primero. Este no es el tipo de momento para eso. No es el

tipo de hombre para eso.

Le mantengo la puerta abierta, esperando a que diga algo, lo que sea, que me asegure que esto no es el final después de semanas de preparación.

Samuil se detiene en el umbral. —La próxima vez que te mande un mensaje... —su voz es suave, pero autoritaria—, responderás.

Se ha ido antes de oírme decir—: Vale.

8

SAMUIL

—¿Qué, en nombre de *La Sirenita,* te ha pasado?

Myles me mira boquiabierto. Sus ojos recorren de arriba abajo mi arruinado traje Brioni y luego por encima de mi hombro, siguiendo el rastro de pisadas embarradas que se extienden por los suelos de mármol italiano de mi mansión.

Mi ama de llaves va a llorar cuando vea el desastre. Menos mal que le pago lo suficiente para pagarse una terapia.

Le arrojo mi teléfono encharcado. —Voy a necesitar que hagas un reinicio completo.

Luego sigo caminando, obligando a Myles a seguirme. Atravesamos a zancadas el atrio y entramos en el salón orientado al oeste, ignorando firmemente las miradas aceradas de mis antepasados que nos observan desde sus retratos al óleo en las paredes. Esos hijos de puta siempre me dan escalofríos.

En el salón, sin embargo, las ventanas del suelo al techo enmarcan una vista de los jardines esculpidos de abajo. Una vista un poco menos chocante que la de viejos aristócratas rusos con el ceño fruncido. En un día normal, la vista me parece apacible. Ni siquiera mi alma negra y arrugada desprecia la visión de la vida floreciendo en los rosales.

Pero hoy está jodidamente lejos de ser “normal”.

Era un día extraño incluso antes de que aquel perro me golpeara como un puto Chevy con los frenos cortados. Volvía a casa de una reunión que me dejó intranquilo de una forma que rara vez siento.

Angelo Boyko... no hay ni una maldita cosa en la que confíe de ese bastardo, ni su propio nombre. Hay tres tipos de hombres que intentan acabar con la Bratva: los idiotas, los agentes federales y los muertos.

Boyko podría ser las tres cosas. Su encuentro “casual” conmigo esta mañana apestó a gobierno federal metiendo las narices donde no le llaman. Pero, federal encubierto o no, su oferta era interesante: ayudarlo a destruir a los Andropov, y ciertas... *actividades*... mías quedarían

enterradas.

Una oferta tentadora para un hombre de mi posición. No soy tonto: cubro mis huellas, no dejo pruebas y, cuando entierro un cadáver, se queda allí hasta que se pudre en la nada. Pero en mi profesión, nunca se puede decir que no a una buena póliza de seguros.

La pregunta es: ¿cuánto me costará esta?

Myles inclina mi teléfono hacia un lado y gotea agua turbia del puerto de carga. —¿Has decidido darte un baño completamente vestido en el lago Michigan o algo así?

Resoplo. —Sin el "algo así".

Hace una pausa, con el rostro repentinamente desencajado. —¿Me estás tomando el pelo?

—Fue contra mi voluntad —explico, despojándome de la chaqueta y tirándola a un rincón como el trapo de seis mil dólares que es ahora—. Me empujaron.

—¡Te lo dije, maldición! —ruge inmediatamente—. ¡Lo sabía! Te lo dije. Te lo dije un millón de malditas veces y no me hiciste ni puto caso. No deberías meterte con esos espías federales de mierda, hermano. Aunque digan que están acabando con los Andropov. A veces, el enemigo de tu enemigo es solo tu enemigo.

Me quito la camisa y me llega un olor: agua de lago mezclada con algo más dulce. El champú de Nova. Mi polla se estremece al recordar cómo sabía, cómo se sentía envuelta a mi alrededor hace menos de una hora. Aún me hormiguean los labios con sus jugos, los oídos con el calor de sus muslos envolviéndome la cabeza. Las marcas que dejé en ella ya se habrán oscurecido hasta volverse moradas.

Bien.

—Boyko es de fiar —digo, dejando a un lado los pensamientos sobre Nova.

—¡No tienes ni idea de quién es! —grita Myles—. El KGB, el FBI, la planta de Andropov... elige a la gente que quiera destruirte. Podría ser cualquiera de ellos.

—¿Crees que nací ayer? Sé cómo manejar a hombres como él.

Myles se deja caer en un sillón de cuero y se pasa una mano frustrada por el corte. —Bien. Digamos que este tipo es de confiar. Supongamos que realmente es un agente clandestino del gobierno de una agencia de tres letras y que realmente va tras el anillo de armas de los Andropov. ¿Qué le impide venir a por nosotros?

Le clavo una mirada que haría mearse encima a hombres adultos. —Mis negocios están limpios. Déjalo que investigue.

Eso es mentira y ambos lo sabemos. Nada del Grupo Litvinov es limpio, pero he pasado años construyendo una fachada que haría llorar de frustración al FBI. Pueden buscar todo lo que quieran. Nunca encontrarán lo que hay enterrado bajo la superficie.

Eso, a menos que alguien lo lleve directamente a ella.

Aprieto la mandíbula. La lista de sospechosos es larga y sigue creciendo. Katerina. Mi hermano. Mi propio puto padre, que me vendería en cuanto encontrara la forma de poner a Ilya al mando. Cualquiera de ellos podría señalarme con el dedo, si el precio fuera justo.

Hay cosas que se aprenden por las malas: la sangre no es más espesa que el agua. Solo deja una mancha más grande.

Myles se hunde más en su silla. —Sigue sin gustarme. No me gustan los federales y, digas lo que digas, sé que a ti tampoco.

—Pueden ser útiles. A veces.

Si las cosas salen como espero, Angelo Boyko me será muy útil. Se suponía que nuestro almuerzo en un restaurante ucraniano de Rogers Park iba a ser la parte más emocionante de mi día. Pero nunca habría imaginado lo que me depararía el resto de la tarde.

Tiendo mi chaqueta húmeda sobre el respaldo de un taburete y Myles frunce el ceño. —Volveremos a tener esta conversación. Pero, de nuevo con mi primera pregunta: ¿por qué demonios estás empapado? ¿Quién te ha empujado?

—¿Recuerdas al gran danés y a su paseadora de hace un par de semanas?

Myles se ríe. —¿El que quería follarte los sesos? ¿Cómo podría olvidarlo?

Es un punto de hilaridad en este confuso desastre de día que su descripción funcione igual de bien tanto para la mujer como para el perro. Probablemente sea bueno que Myles no sepa de la nota de voz de Nova.

Lo miro fijo, esperando a que haga la conexión.

Por fin se enciende la bombilla. —Estás de broma —entonces, su sonrisa se marchita y frunce el ceño—. Quizá debería vigilar a esta chica. Asegurarme de que no es una espía.

—Realmente te estás volviendo más y más paranoico con la edad, Hagerty.

—Me pagas para que sea paranoico —Myles planta las manos en las rodillas—. Es un poco conveniente que esta mujer aparezca milagrosamente en tu vida no una, sino dos veces, en las últimas dos semanas, ¿no crees? Huele a montaje.

—¿No puede hacer que el perro se siente, pero puede ordenarle que folle piernas? —sacudo la cabeza—. Quítate el sombrero de papel de aluminio, hombre.

—¡Podría haber sido orquestado! Quizá te roció con algún tipo de feromona que pone en marcha a los perros. *Eau de Perré de Calvin Klein*, o algo así.

No puedo contener la risa, ignorando la mirada sucia que Myles me lanza.

—¡Cosas más raras han pasado! —insiste.

—Nada tan raro como tú.

—Tienes enemigos por todas partes, Sam —mueve un dedo regañón en mi dirección—. No

puedes permitirte confiar en una desconocida.

—Hablemos ya de todas las personas que me han traicionado, ¿te parece? —empiezo a contarlas una a una—. Mi mujer. Mi hermano. Mi padre, en cuanto averigüe cómo desheredarme. Con una familia así, ¿quién necesita preocuparse por los extraños?

No puede rebatir mis argumentos extremadamente válidos, pero eso no impide que apriete la mandíbula. —Es solo que no me gusta la sincronización. ¿Qué sabes realmente de esta mujer?

—Sé que es sencilla. Directa.

Nova dijo algo durante una de nuestras primeras conversaciones de texto que se me ha quedado grabado. *Los perros que ladran más alto y muerden más fuerte son los que más daño han sufrido.*

Esas son las palabras de alguien a quien han herido antes. Vi la prueba en la profunda cicatriz que rodeaba su muñeca, en la línea plateada que cruzaba su cadera y que tracé mientras estaba enterrado dentro de ella, haciéndola gritar mi nombre como una plegaria.

La visión de aquello despertó algo oscuro y primitivo en mi pecho. Hizo que una parte de mí, la parte que hace que los hombres buenos crucen la calle cuando me ven llegar, deseara cazar a todos los que alguna vez le hicieron daño y pintar de rojo las calles de Chicago con sus remordimientos.

—Has visto a la mujer exactamente dos veces —me recuerda Myles—. Y, a juzgar por esa mirada que tienes ahora mismo, te la has tirado al menos una vez.

Era un secreto que pensaba guardar, pero Myles es mi jefe de seguridad por una razón. Tiene una forma de ver la verdad de las cosas.

—¿Qué otra cosa íbamos a hacer después de quitarnos la ropa mojada? —pregunto inocentemente.

Myles frunce el ceño. —¿Dónde estabas?

—En su casa. Rogers Park.

Myles casi se da un latigazo al ponerse en pie. —¿Rogers Park? ¿El mismo barrio donde conociste al federal?

—Pura coincidencia.

—Sabes muy bien que no podemos permitirnos creer en las coincidencias —frunce los labios—. Deja que investigue los antecedentes de esta mujer. Solo para estar seguros.

No me haría daño. Y, sin embargo, me encuentro reticente a pesar de todo. —No te molestes. Es una pérdida de recursos.

—Que me den por el culo —murmura, incrédulo—. De verdad te gusta la chica.

—No seas ridículo —le doy la espalda y me dirijo a la barra que hay en un rincón del salón. Si voy a mantener esta conversación, me gustaría estar al menos medio borracho—. Nos hemos

mensajeado un poco las últimas semanas. Eso es todo. No es una amenaza.

—Seguro que también pensabas eso de Katerina.

Me sirvo un poco más de whisky del que quería. Y mi voz, cuando emerge, es más airada de lo que pretendía. —Tenía dieciocho años cuando conocí a Katerina. No siempre fue Satanás con Louboutins.

—Yo estaba por aquí entonces, por si lo habías olvidado. También era el único de los tres que no estaba cegado por unas tetas precoces y un don para el maquillaje. Créeme, hermano: siempre tuvo cuernos y una guadaña.

Tomo un sorbo de whisky. El líquido ardiente me abrasa al tragarlo, pero me ancla de nuevo al momento.

Myles se levanta y se apoya en la barra, con su "cara de intervención". —Déjame preguntarte esto: ¿piensas volver a ver a esta mujer?

Estoy tentado de decir que no, aunque solo sea para que esta inquisición concluya rápidamente. Pero mentir sería la salida de los cobardes.

—Lo más probable.

—¿Quieres una relación con ella?

Aprieto los dientes. —Sabes que no me gustan las relaciones. Ya no.

—Eso pensaba. Pero eso fue antes de que te hicieras amigo por correspondencia de una paseadora de perros de Roger's Park. Si vas a volver a verla, tienes que...

—No necesito hacer nada —gruño, sorprendiéndonos a ambos con la intensidad de mi reacción —. Veré a Nova todo el tiempo que quiera. Que no sea como las actrices insípidas y las modelos anoréxicas con las que solía salir no significa que esto sea diferente. No pretendo...

Lo que pretendo o no, queda sin decir cuando el vaso de cristal que tengo en la mano se hace añicos. Los fragmentos que gotean sangre y whisky llueven sobre el mármol. A decir verdad, apenas siento el pinchazo. Es una señal tenue, perdida entre el bramido de rabia posesiva que me recorre las venas.

La sangre que gotea de los cortes vale más que el licor con el que se mezcla. He sangrado por el imperio, por la familia, por venganza. Pero ¿sangrar por ella? Eso es nuevo. Es peligroso.

Mi cuerpo detesta la idea de que Nova sea solo otra mujer a la que me follo y olvido. Ya se ha metido bajo mi piel.

Y es exactamente por eso por lo que necesito alejarme de ella.

Reduzco mi voz a un gruñido. —Cuidado, viejo amigo. Hay líneas que ni siquiera tú deberías cruzar.

Myles se limita a cruzar los brazos sobre el pecho y suspirar. La mayoría de los hombres se asustan de mi ira cuando la dejo salir de su jaula. Myles Hagerty es mi mejor amigo porque no

podría importarle menos.

Normalmente, eso es bueno.

Hoy en día, es muy molesto.

—Puede que esas otras mujeres fueran “insípidas y poco interesantes” —dice en voz baja—, pero entendían el juego. Firmaron acuerdos de confidencialidad sin pestañear antes de que las llevaras a ninguna parte. ¿Ella está preparada para eso?

—A eso me refiero exactamente: no pienso llevar a Nova a ninguna parte. No es una cualquiera. No es una novia trofeo. Es una distracción, nada más.

Pero, incluso mientras digo esas palabras, recuerdo cómo se arqueó debajo de mí, cómo maulló, cómo gimió, cómo se derritió. Se corrió por mí prácticamente a la orden.

Mierda, quiero volver a oír esos sonidos salir de sus labios.

Myles carraspea y yo salgo de mis pensamientos para encontrarme con él mirándome con los labios apretados, como si percibiera lo que yo acabo de comprender.

En lo que respecta a Nova Pierce, aún no me he saciado.

9

NOVA

Llevo esperando en este banco de bronce el tiempo suficiente para que mi culo se fosilice.

Lincoln Park está repleto del tipo de gente que tiene tiempo para pasear un martes a las 10 de la mañana: niñeras con cochecitos de mil dólares, parejas de jubilados con ropa deportiva a juego y demasiados corredores luciendo cuerpos que claramente tienen etiqueta de entrenador personal.

Pero ninguno de ellos es la persona que he venido a ver.

Compruebo mi teléfono por millonésima vez.

NOVA: llega tarde.

HOPE: ¿Quién, yo? ¿teníamos planes?

NOVA: no, tú no, tonta. La Srta. Alekseeva. Llevo aquí 45 min. ¿me voy?

La respuesta de Hope es inmediata, como si hubiera estado pendiente de su teléfono, esperando a que yo cediera.

HOPE: NO TE ATREVAS. Esta mujer tiene conexiones que podrían hacernos ganar o perder.

NOVA: ¿así que me quedo aquí sentada como una idiota?

HOPE: como una idiota *profesional*. y Nova? no hagas eso que haces.

NOVA: ¿qué cosa?

HOPE: esa cosa en la que te pones a juzgar a la gente rica que trata a sus mascotas como accesorios.

NOVA: jamás

HOPE: literalmente lo hiciste ayer. dos veces.

Me meto el teléfono en el bolso antes de seguir discutiendo. Hope me conoce demasiado bien.

Pero, en mi defensa, ¿quién se gasta ocho mil dólares en un gran danés y luego contrata a otra persona para que lo pasee? Los psicópatas esos.

Justo a tiempo, un ladrido familiar retumba en el parque.

Rufus viene saltando hacia mí, ciento treinta kilos de puro caos, completamente sin correa. Lo que significa que su dueño debe estar cerca.

Pero, antes de que pueda identificar al psicópata en cuestión, Rufus se abalanza sobre mis piernas como un tren de mercancías peludo, casi derribándome por las rodillas. Su cola va y viene como un bate de béisbol.

—Hola, grandullón —susurro, rascándole detrás de las orejas—. ¿Dónde está tu...?

Las palabras mueren en mi garganta.

Porque *mierda*.

Una mujer emerge de entre dos robles centenarios y, de repente, entiendo por qué me hizo esperar cuarenta y cinco minutos. La belleza tan absurda tarda tiempo en elaborarse.

Flota sobre la hierba vestida de Lululemon de los pies a la cabeza. El sol de la mañana le da en el pelo, rubio y liso como la lluvia, y parece que lleva un halo. Todos los hombres que pasan corriendo casi se parten el cuello al intentar verla bien. Uno incluso choca con un árbol.

Ella no se da cuenta.

O tal vez solo esté acostumbrada a dejar destrucción a su paso.

Sus ojos azules glaciales se posan por fin en mí, y siento que mido unos cinco centímetros. Son el tipo de ojos que podrían congelar el infierno. Supongo que probablemente lo han hecho.

—¿Nola? —pregunta, su tono sugiere que mi nombre no merece el esfuerzo que supone pronunciarlo.

—Nova —corrijo, obligándome a ponerme más erguida—. Nova Pierce. Encantada de conocerla, Srta. Alekseeva.

Le tiendo la mano. Me mira como si le estuviera ofreciendo un animal atropellado.

—Katerina —balbucea, mirando ya su teléfono—. Hope habla muy bien de ti.

Rufus me da un cabezazo en la cadera, gimoteando para llamar la atención. Su dueña ni siquiera le dirige una mirada. Ocho de los grandes por un perro al que ni siquiera mira.

Me muerdo la lengua con tanta fuerza que saboreo la sangre. *Recuerda lo que dijo Hope. No juzgues.*

Aunque esta mujer sea exactamente el tipo de cliente que me hace querer gritar contra la almohada todas las noches.

—¿Caminamos? —pregunta Katerina, aunque ya está haciendo clic en su iPhone cubierto de

cristales, esperando claramente que la siga.

Rufus y yo intercambiamos una mirada.

Va a ser una mañana larga.

—Está progresando mucho con las órdenes básicas —digo, trotando para seguir el ritmo de Katerina—. Sobre todo con los modales con la correa. Aunque ayudaría si...

—¿Has oído hablar de Daytona Dog Spa?

Hago una pausa y parpadeo ante el giro de 180º de la conversación. —¿La escuela de obediencia?

—Mm —teclea algo rápido en su teléfono—. Cobran diez mil al año. Muy exclusivo. El chihuahua del alcalde va allí.

Por supuesto que sí.

—Rufus no necesita...

—Estoy pensando en matricularlo —me mira durante aproximadamente medio segundo—. Para que se entrene *de verdad*.

No hay palabras para describir lo mucho que me molesta eso. Para empezar, lo dice como si todo el trabajo que hago con él no valiera nada. Y, de acuerdo, no ha sido un camino de rosas, pero soy buena en lo que hago y Rufus es un manazas y medio, y es bastante grosero por su parte menospreciarme sin siquiera mirarme a los ojos.

En segundo lugar, habla de "entrenamiento" como hacen todos los estirados condescendientes: como si el perro fuera un robot que funciona mal, no un ser vivo con alma y personalidad. Si se molestara en mirarlo, aunque solo fuera un segundo, vería lo lleno de amor que está.

—En realidad es muy inteligente —vuelvo a intentarlo—. Solo necesita constancia y...

—Te necesitaré seis días a la semana en vez de cuatro —su tono deja claro que no es una petición—. Los mismos horarios. Paseos más largos.

Rufus empieza a tirar hacia una ardilla, lo que me da una excusa para hacer una pausa y ordenar mis pensamientos. Y mi temperamento.

—Tendría que comprobar mi agenda...

—Estupendo, gracias.

Observo cómo desliza su teléfono en una pequeña bandolera de diseño. Por fin, *por fin*, mira a su perro. Pero ni siquiera con asco. Solo apatía. No le importa lo suficiente como para despreciarlo.

—Es que es tan... enérgico —suspira, como si fuera un defecto de carácter—. Yo tampoco he tenido tiempo de pasearlo últimamente. He estado en París, Nueva York, Milán...

Ella sigue. Yo dejo de escuchar. Mientras tanto, Rufus prácticamente vibra de alegría solo por

haber encontrado un palo.

Pienso en el cuenco de comida vacío que vi en su entrada la semana pasada. En la cama para perros sin usar, todavía envuelta en plástico de fábrica. La forma en que Rufus prácticamente explota de felicidad cada vez que alguien, cualquiera, le presta atención.

Ocho mil dólares. Y no le sobran ni ocho minutos.

Pero la voz de Hope resuena en mi cabeza: *No lo eches a perder.*

Así que me trago mi orgullo, mi dignidad y lo que parece una bandada entera de pájaros enfadados.

—Puedo pasearlo los seis días.

Un destello de movimiento al otro lado del parque me llama la atención, y mi corazón hace ese estúpido aleteo antes de darme cuenta de que no es más que otro trajeado que se dirige al trabajo.

No él.

No Samuil.

Gracias a Dios, porque lo último que necesito ahora es que Rufus vuelva a perder la cabeza por su fetiche con Armani.

Pero, ahora que he bajado la guardia, los recuerdos me inundan. *Sus manos recorriendo mi cintura en mi pequeño cuarto de baño. La forma en que gruñía contra mi cuello. Cómo me levantó como si no pesara nada y...*

—¿Me estás escuchando?

El tono cortante de Katerina me devuelve a la realidad. Me mira como si fuera algo pegajoso en la suela de sus zapatillas de diseño.

—Perdona, estaba pensando en el horario de entrenamiento de Rufus —miento, con la cara ardiendo. No estaba pensando en absoluto en cómo sentía la boca de Samuil Litvinov en mi...

—Como te decía —continúa, ya de vuelta a su teléfono—, necesitaré que recojas sus nuevos suplementos del Veterinario Gold Coast. Cuestan trescientos dólares el frasco, así que procura que no se te caigan.

Solo puedo suspirar. Llega un momento en que alguien tan repulsivo se vuelve divertido, ¿no? ¿Como una caricatura divertida de una mala persona? Eso espero. No tengo suficiente odio en mi cuerpo hacia ella.

Rufus choca su cabezota contra mi cadera y yo le rasco detrás de las orejas. Al menos alguien aquí me aprecia.

—Llévatelo —ordena Katerina, poniéndome en las manos la correa Gucci de Rufus—. Tengo una llamada con Tokio dentro de diez minutos.

Ya se está alejando, con su perfecta melena rubia ondeando como un anuncio de champú, cuando

se vuelve.

—Ah, ¿y Nova?

Mi nombre suena mal en su boca, como si probara algo amargo. —¿Sí?

—Espero la excelencia de las personas que empleo —su sonrisa es todo hielo y advertencia—. No me gustaría tener que decirle a Hope que su pequeña aventura empresarial no está a la altura.

La amenaza resbala por mi piel como el aceite. —Por supuesto, Srta. Alekseeva.

Se va antes de que termine de hablar, sin dejar más que una estela de perfume caro y malestar.

Rufus gimotea a mi lado, con la cola caída. Me arrodillo a su lado, apretando la cara contra su cálido pelaje.

—No te preocupes, colega. Lo solucionaremos.

Mi teléfono zumba y lo saco del bolsillo para leer el mensaje.

HOPE: ¿cómo te fue???? ¿fuiste agradable???

NOVA: define "agradable"

HOPE: oh, dios

NOVA: relájate. Me comporté como un ángel perfecto

HOPE: ¿y?

NOVA: y tu cliente VIP es tan cálida como un volcán. O mejor como... oh, no sé... como la clamidia.

HOPE: JAJAJAJAJ. ¿pero mantenemos el trabajo?

NOVA: sí. Lo tenemos.

No le hablo de las sutiles amenazas. Ni del modo en que los ojos de Katerina me recordaban a un cristal roto y ensangrentado. O de cómo todos mis instintos me gritan que es una idea terrible.

Algunas cosas es mejor no decirlas.

10

SAMUIL

—¿A dónde vas en pleno día?

Me calzo las zapatillas de correr. —Si no eres capaz de sumar dos más dos, hombre, no voy a ayudarte.

A Myles no le hace gracia. Desplaza su peso, bloqueando la puerta de mi despacho. —No deberías ir corriendo a ninguna parte. Tienes una reunión con Danovic dentro de diez minutos.

—Tenía. En pasado —me enderezo, encontrándome con su mirada—. Y ahora, los Andropov la tienen.

Por segunda vez en otros tantos días, Myles se desploma en el sillón orejero de cuero que hay frente a mi escritorio. —Maldición.

Muchos otros hombres se han desplomado allí igual que él y han maldecido igual que él. Por lo general, me suplicaban clemencia de un tipo u otro.

Pero Myles no es como ellos. Ha sido mi mano derecha desde nuestros días de gloria en Dartmouth, cuando aún fingíamos ser atletas universitarios normales en lugar de lo que realmente somos.

Monstruos con trajes de diseño.

—Sabíamos que esto iba a pasar —le recuerdo.

—Eso no lo hace menos frustrante —se pasa las palmas de las manos por la cara—. ¿Te dio alguna razón?

—Solo cosas genéricas. *"Los Andropov me hacen una oferta que no puedo rechazar"*. *"Tengo que ir donde está el dinero"*. Puto bla, bla, bla.

—Ese desagradecido *svoloch*. Como si tú no le hubieras hecho ganar millones solo en los últimos años. ¿Le has hecho una contraoferta?

—No tiro buen dinero tras malas apuestas —me aprieto los cordones y me pongo en pie,

estirando unos músculos que ya se crispan en busca de liberación. De violencia—. Danovic tomó su decisión. Ahora tiene que asumir las consecuencias. Este puente está quemado.

—¿Y sus contactos? —pregunta Myles—. Llegó al Grupo Litvinov con una cartera completa.

Me encojo de hombros. —Algunos se irán con él; otros no. No puedo controlarlo.

—Tienes esa mirada, Sam. Además, vas a salir a correr —se agarra a los brazos de la silla para bracear—. ¿Esto es el final o has decidido, después de años diciendo lo contrario, que en realidad te gusta correr?

—Mi padre llegará dentro de tres días.

—Mierda. Así que esto es el fin. ¿Cuándo te has enterado?

—Justo después de mi reunión con Danovic.

—Doble mierda. ¿Qué le vas a decir antes de que llegue? ¿Lo vas a preparar para lo que se va a encontrar?

—¿Y darle tiempo para planear mi asesinato? —suelto una risita sombría—. Paso.

Perder a Lev Danovic se presentará como una culpa enteramente mía. Una viñeta más en la lista de razones por las que mi padre cree que no estoy capacitado para dirigir.

Si me importara una mierda su opinión, me preocuparía de verdad.

Por suerte para ambos, hace mucho, mucho tiempo que dejó de importarme.

—Estaba pensando que quizá le darías la otra noticia que tenemos —en caso de que no esté siguiendo su línea de pensamiento, aunque siempre lo hago, Myles lo aclara—. Hay filtraciones dentro de nuestro círculo íntimo, Sam. Ambos sabemos de dónde vienen. Leonid también debería saberlo.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —Ya hemos tenido esta conversación antes, Myles. No es el momento de sacar a Ilya.

—¡Él es la razón de que estemos con mierda hasta el cuello! —grita Myles—. ¿Por qué tienes que llevarte tú la peor parte?

—Porque ese es mi papel en esta familia. Yo soy el saco de boxeo; Ilya es el príncipe heredero. No voy a enfrentarme a mi hermano pequeño hasta que sepa que saldré vencedor. Estoy moviendo mis piezas a largo plazo, ¿recuerdas?

Myles aprieta los dientes. —Parece que has estado moviendo piezas por demasiado tiempo.

—Tienes que aumentar tu resistencia, amigo —le doy una palmada en el hombro mientras me dirijo a la puerta—. Como yo. Aún estás a tiempo de ponerte los cordones y acompañarme a correr.

Arruga la nariz. —Prefiero purgar mis demonios en el hielo. He reservado la pista para esta noche. ¿Te apuntas?

Le levanto el pulgar mientras salgo por la puerta. Quemaré parte de mi mal humor en esta carrera, pero quedará mucho para más tarde.

Este pozo de rabia es jodidamente profundo.



CORRER ES para animales de presa y personas con algo que demostrar.

No soy ni lo uno ni lo otro.

Y, sin embargo, aquí estoy, recorriendo el Sendero del Lago como cualquier otro imbécil corporativo que intenta convencerse de que moler su cartílago hasta hacerlo polvo le hace de algún modo más hombre.

Puedo con el hockey cualquier día. Puedo con la brutal satisfacción de estrellar a alguien contra las tablas. Puedo con la sangre sobre hielo.

Pero me obligo a correr, porque correr es para lo que evolucionaron los humanos. Lo que nos separa de las bestias que pretendemos no ser. Antes de que inventáramos las acciones y los bonos y los zapatos de cuero italiano, perseguíamos a nuestra presa hasta que se desplomaba de agotamiento.

Tengo la intención de hacer lo mismo.

Estoy en mi segunda vuelta cuando los veo.

Al principio, lo único que registro es ese gigantesco muro de pelo que es Rufus, brincando por la hierba como si la gravedad fuera opcional. Luego, la veo a ella. A Nova. Lleva unos diminutos pantalones para correr que hacen que su culo parezca una invitación al pecado, y el pelo se le cae del moño desordenado mientras intenta controlar a su bestia.

Algo en mi pecho se afloja. Algo oscuro y feo se desenrosca.

Avanzo hacia ella antes de poder detenerme, anticipando ya el entusiasta saludo de Rufus. Ya estoy pensando en cómo usarlo como excusa para volver a ponerle las manos encima.

Luego, se vuelve.

Y mi mundo deja de girar.

Porque Nova no está sola.

Está con mi exmujer.

Reconocería esos mechones rubios y ese culo huesudo de Pilates en cualquier parte. No puedes estar casado con la diablesa de Chicago sin volverte sensible a su singular aroma a azufre y Chanel.

Estoy acostumbrado a la traición. Katerina se aseguró de eso.

Pero esta me sigue dejando de piedra.

Se suponía que Nova era mía... pero está en un parque, riéndose de algo que dice mi exmujer. Y nunca me dijo ni una palabra.

No cuando nos conocimos.

Ni en ninguno de los cientos de mensajes que hemos intercambiado desde entonces.

Antes de que me descubran, me agacho detrás de un árbol, justo al lado del sendero, con todo el cuerpo frío y rígido a pesar de la sangre que palpita en mis venas. *¿Por qué ella?* me pregunto una y otra vez. *¿Por qué coño tenía que ser ella?*

Mis dedos ya están marcando a Myles antes de que mi cerebro se ponga al día.

—Tenías razón.

—Normalmente la tengo —hace una pausa—. ¿En qué esta vez en particular?

—Nova —odio que esas sílabas salgan de mi lengua—. Trabaja con Katerina.

—Pues que me parta un rayo —los papeles crujen en el fondo—. ¿Estás seguro?

—Ahora mismo las estoy viendo caminar como las mejores putas amigas en el parque —incluso Rufus, ese traidor, se mueve entre ellas como si fueran viejos amigos. Como si esto fuera normal. Como si mi mundo no se estuviera desmoronando—. Prepara al equipo. Esto acaba hoy.

Cuelgo antes de que pueda responder, con los ojos fijos en la escena que tengo ante mí.

Katerina se ha alejado, pegada al teléfono como siempre. Nova se queda atrás con Rufus, riendo mientras descubre su propia cola por enésima vez.

Es tan suave con él. Tan cuidadosa. Tan jodidamente perfecta haciéndose la inocente.

Fui un idiota por no verlo antes.

Nada en esta vida es aleatorio. Ni que Rufus me eligiera para jorobarme aquel día. Ni volver a encontrármela. Ni la forma en que se desnudó para mí en su apartamento, toda tímida y recatada, todo ese *esto es nuevo para mi.*

Todo una puta mierda.

Las señales estaban ahí. Solo que no quise leerlas.

Me pregunto si Katerina sabía que su pequeña espía llevaría la actuación de método al siguiente nivel. Si aprobó que Nova me montara en la ducha. Probablemente no. Kat siempre fue posesiva conmigo, incluso después de follarse a mi hermano.

Mis manos se cierran en puños, las uñas se clavan en las palmas al desgarrar los cortes del vaso de whisky que destrocé ayer. Pero el dolor es bueno. Me afianza. Me recuerda quién soy.

Lo que soy.

Lo que soy capaz de hacer.

Mientras las mujeres avanzan, yo acecho detrás a una distancia prudencial. Katerina rara vez levanta la vista de su teléfono, lo cual tiene sentido: nunca ha tenido mucho respeto por nadie de su nómina. Nova parece contentarse con ir a la retaguardia con Rufus.

Cuando llegan a la entrada del parque, Kat despide a Nova con un movimiento de sus dedos manicurados. En cuanto se va, Nova baja los hombros. Inclina la cara hacia el sol y sonríe.

Me siento identificado. Es la misma ligereza que sentí cuando finalmente aparté a Katerina de mi vida. Cuando dejé de fingir que éramos cualquier cosa menos lo que éramos: un error envuelto en ropa de diseño y empapado en dinero manchado de sangre.

Envío a Myles mi ubicación, con los pulgares fijos en la pantalla a pesar de la rabia que corre por mis venas. A pesar de las ganas de rodear la garganta de Nova con mis manos y apretarla hasta que me cuente cada puto detalle de su plan.

Pero ya no soy ese hombre. No soy el chico que resolvía los problemas con los puños detrás de la pista de hockey. No soy el marido que dejaba que los celos nublaran su juicio.

Soy algo mucho peor.

Soy paciente.

En cuanto me aseguro de que Katerina se ha marchado, empiezo a correr hacia Nova, ya preparando mi aproximación. ¿Intentará hacerse la interesante? ¿Pondrá excusas? ¿Se le llenarán los ojos de oro cuando se dé cuenta de que sé lo que ha hecho y con quién?

Solo hay una forma de averiguarlo.

11

NOVA

Katerina se escabulle, lo que ya hace de este el mejor momento de mi día.

Entonces, Rufus levanta las orejas y mueve la cola lentamente, lo que significa problemas.

Sigo su mirada y…

Santa.

Mierda.

Pensaba que Samuil tenía un aspecto devastador en traje. Pero verlo correr, todo abdominales ondulados y músculos bañados en sudor... Pura tortura. Su pelo castaño dorado está despeinado por el viento, sus piernas esculpidas devoran el suelo como si fuera el dueño de cada centímetro de suelo de Chicago que pisa.

Lo cual, seamos sinceros, probablemente sea así.

Saludo con la mano antes de poder contenerme, sonriendo como una idiota.

Entonces, recuerdo que actualmente estoy a cargo de un gran danés cachondo con problemas de control de impulsos.

Me giro para mirar a Rufus. —Nada. De. Montar.

Ladea la cabeza y juro que oigo las dos neuronas de su cráneo rebotando como un salvapantallas de Windows. Es mi ser favorito sobre la Tierra, pero no es Einstein.

—Rufus —levanto el puño en lo que se supone que es la señal manual de “siéntate”, pero que suele desencadenar algo más parecido al twerking. Se excita tanto que no puede mantener físicamente el culo en el suelo.

La diosa de la suerte me tiene hoy en el punto de mira porque, milagro tras milagro, Rufus se sienta. ¡Y se queda quieto! ¡Alabado sea el cielo!

Resisto el impulso de aplaudir para no volver a irritar a Rufus. Si la tendencia continúa, nos

enredará a Samuil y a mí con su correa y escalará el árbol más cercano como un oso pardo. En lugar de eso, le ofrezco un chorro constante de golosinas de adiestramiento. —Buen chico, Ru-Ru. Buen chico. ¿Quién es el niño más bueno?

Su cola golpea cada vez más fuerte, haciéndome saber que Samuil está cerca. Me doy la vuelta con una sonrisa, dispuesta a mostrar mi último éxito de entrenamiento...

Hasta que veo la cara de Samuil.

Nunca lo había visto así. Ni en la vida real ni en ninguna de las miles de imágenes de Google por las que me he desplazado.

El hombre que avanza a grandes zancadas hacia nosotros no es el mismo que ayer me folló hasta dejarme sin sentido. No es el que me hizo reír con observaciones secas sobre los hábitos de follar de Rufus.

Esto es algo totalmente distinto.

Alguien peligroso.

Conozco esa mirada. Crecí con esa mirada. Está grabada a fuego en mis huesos desde la infancia, codificada en mi ADN: la expresión de un hombre a punto de desatar el infierno.

Samuil no solo está enfadado.

Es un asesino.

Retrocedo un paso y luego otro. Busco el teléfono a tientas, aunque no tengo ni idea de a quién llamaría para denunciar esto, ni siquiera de qué denunciaría. *"¿Ayuda, el multimillonario que ayer me reordenó las entrañas parece dispuesto a enterrarme en su cementerio privado?"*.

Rufus se levanta delante de mí como un escudo peludo, su enorme cuerpo se desenrolla centímetro a centímetro mientras Samuil se acerca acechante.

Sin apartar la mirada de mí, Samuil tiende una mano a Rufus. —Siéntate.

El traidor deja caer el culo al suelo al instante. Si no estuviera a punto de mearme de terror, estaría tomando notas.

—¿Samuil? ¿Qué...?

—Te vienes conmigo —con un movimiento fluido que denota demasiada práctica, me libera tanto del teléfono como de la correa de Rufus. Se mete el teléfono en el bolsillo mientras con la otra mano me rodea la muñeca.

Corre, grita mi cerebro. *Lucha. Grita. Haz algo.*

Samuil es grande, pero estamos rodeados de testigos. Observadores de pájaros con sus prismáticos apuntando al cielo. LARPers blandiendo espadas de espuma en el prado como caballeros de la Mesa Redonda en rebaja.

Grita, vuelve a suplicar esa voz. *Por el amor de Dios, grita.*

Pero no puedo.

Vuelvo a tener catorce años, estoy congelada en mi sitio mientras la rabia de mi padre llena cada átomo de aire de la habitación. Mi cuerpo conoce esta danza.

Quédate quieta. Quédate quieta. Sobrevive.

Samuil ni siquiera parece darse cuenta mientras me arrastra hacia delante como si no pesara nada.

Tropiezo detrás de él, esforzándome por seguir el ritmo que impone. No mira hacia atrás. No reconoce mi existencia más allá del fuerte apretón que me da en la muñeca.

Quiero respirar, pero no puedo. Vamos demasiado deprisa. Mi cabeza está demasiado confusa. El mundo gira como un caleidoscopio de terror, todo luz fracturada y sombras retorcidas.

Vuelvo a tropezar con mis propios pies y un sollozo patético escapa de mis labios resecos. Finalmente, Samuil vuelve a mirar.

Sé lo que está viendo. La misma cara que he visto en el espejo de mi cuarto de baño innumerables veces.

Rostro ceniciento. Labios sin sangre. Urticaria furiosa que me recorre los brazos y el cuello.

Su rabia fundida parece descongelarse. No lo suficiente para que se convierta en el Samuil que yo creía conocer, pero sí lo suficiente para que cambie de rumbo y me conduzca a un banco.

Me obliga a recostarme en el asiento y se pone en cuclillas frente a mí. La mano que coloca sobre mi muslo es sorprendentemente ligera.

—Ataque de pánico —balbuceo. Es lo máximo que va a conseguir de mí en este momento. Sinceramente, son unas tres sílabas y media más de las que creía que era capaz de pronunciar.

Mi corazón late tan deprisa que estoy segura de que va a explotar. Moriré aquí mismo, en este banco. Quizá le pongan mi nombre. Una bonita placa para conmemorar cómo me quemé espontáneamente a causa de un trauma y las feromonas.

—Respira, Nova —sus manos suben y bajan por mis muslos, el ritmo constante contrasta con la furia que hierve en sus ojos.

Poco a poco, vuelvo a sentir mi propia piel. Estoy en mi cuerpo, aún húmedo por el sudor y tembloroso, pero aquí.

Samuil coge mi mano y la coloca sobre el cuello de Rufus. Me obliga a pasar los dedos por su suave pelaje hasta que soy capaz de hacerlo yo misma.

—Mira la mancha blanca del cuello de Rufus. Concéntrate en ella.

Es mi lugar favorito: una pequeña mancha de pelaje blanco en forma de corazón.

Así que me centro en ella.

Y que me aspen: ayuda.

Todo se reduce a esa mancha de pelaje blanco. Mis dedos rastrean sus bordes, contando los trazos, memorizando la forma. Uno... dos... tres... Hasta que la estática de mi cabeza se reduce a un sordo rugido.

Pero la paz es un lujo que aparentemente no merezco hoy.

Porque, en el milisegundo en que mi respiración se aproxima a algo parecido a la normalidad, Samuil me vuelve a poner en pie y me guía hacia el lado oeste de Lincoln Park. Al menos ha ralentizado el paso. No tengo que tropezar con mis pies intentando seguirle el ritmo y puedo concentrarme en mi respiración. Inspirar y espirar, inspirar y espirar. Pan comido. Es casi como si lo hubiera estado haciendo toda mi vida o algo así.

Entonces, doblamos una esquina. Un todoterreno negro está parado en la acera, con dos hombres enormes flanqueando la puerta trasera abierta.

Así, respirar vuelve a ser difícil.

Uno de los hombres coge la correa de Rufus, y no sé qué dice de mí que es *entonces* cuando por fin encuentro mi voz.

—No. ¡No pueden...!

Pero sí que pueden.

Lo hacen.

Cargan a un Rufus extremadamente confundido en la parte trasera del coche y me suben al asiento trasero. Veo cómo las manos de Samuil me abrochan y aprietan la correa.

Ayer, sus manos estaban sobre mi piel, suaves, cálidas e increíbles.

Ahora, bien podrían estar cerrándose en torno a mi garganta.

La puerta se cierra y no entiendo nada. ¿Se trata de algún tipo de operación de tráfico? ¿Fue ayer mi prueba para ver si tengo lo que hay que tener? ¿Valen mis riñones una buena cantidad en el mercado negro?

Mi estómago se revuelve y mi almuerzo amenaza con reaparecer.

Samuil se desliza en el asiento de al lado y da dos puñetazos en el techo. El vehículo se aleja del bordillo y se incorpora al tráfico.

Cualquier esperanza de gritar pidiendo ayuda se evapora. Estamos solos en esta tumba rodante, él tiene mi teléfono y mi voz se hace la dormida en algún lugar de mi pecho.

Piensa, Nova. Si esto fuera una película de terror, ¿qué le gritarías a la heroína que hiciera? Intento ver adónde vamos, seguir los giros, pero las ventanillas están ennegrecidas. Parece que nos movemos hacia el oeste, pero eso no significa exactamente nada para mí.

Samuil se vuelve por fin para mirarme. Su expresión podría congelar el mismísimo infierno.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Katerina Alekseeva?

12

NOVA

—¿Quién?

Le he oído; de verdad. No puedo creer que estemos hablando de ella después de que me arrastrara, en pleno ataque de pánico, por Lincoln Park.

—Katerina Alekseeva —repite con un impecable acento ruso. Unos ojos plateados me clavan en el asiento de cuero como una mariposa en una colección—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ella?

—No lo sé. Unas semanas, supongo. Desde que empecé a pasear a Rufus.

—No finjas que se trata del perro —se ha ido el hombre que me hizo gritar su nombre en mi cuarto de baño. En su lugar, se sienta un desconocido con ojos de verdugo.

Inclino la cabeza, canalizando el cachorro confuso que llevo dentro. —¿Te han robado el cuerpo? ¿Es una especie de invasión alienígena? —me giro para mirar a Rufus, que me mira con la misma expresión de desconcierto desde la tercera fila—. ¿De qué otra cosa podría tratarse? Soy paseadora de perros, Sam. Paseo perros.

Sus fosas nasales se agitan. Veo cómo su mano se aprieta contra la rodilla, prácticamente deseosa de violencia. Dios sabe que lo he visto antes, pero no en él. —¿Cuándo se te acercó?

Catalogo cada detalle suyo como si estuviera resolviendo un rompecabezas que podría salvarme la vida. Estoy desesperada por que vuelva a transformarse en el hombre encantador al que no le importaba que le estropeara los trajes, que se reía de mis bromas y me tocaba como si fuera preciosa.

Pero, desde donde estoy sentada ahora, ese hombre no era más que una hermosa mentira.

—Ella no se acercó a mí —digo, midiendo cada palabra—. Ya estaba en la lista de clientes de Hope, buscando asistencia personal. Entonces, me uní al equipo de Hope y empecé a pasear a Rufus. Hoy fue la primera vez que vi a esta mujer. Es una clienta importante, y...

—Seguro que sí —murmura en un tono ácido.

—¿Qué coño está pasando? —ne limpio las palmas sudorosas contra los vaqueros, esperando a que responda, a que tenga sentido, a que *algo* de esto tenga algún puto sentido.

Pero... nada. Grillos. Se queda mirando al frente, como si yo no estuviera aquí.

Suelto una carcajada amarga. —Ya me lo imaginaba. Hemos cruzado el parque arrastrando el culo, ¿pero ahora no tienes nada que decir? —de nuevo, espero una reacción. Esta vez, cuando me ignora, estallo—. ¡Sam!

—¿Cuánto te paga?

Frunzo el ceño. —Teniendo en cuenta la mierda que me ha hecho pasar Rufus las dos últimas semanas y el tamaño de su casa, ni de lejos suficiente.

Su cabeza gira hacia mí. —¿Has estado en Greystone?

Se me eriza el vello de los brazos. *¿Cómo sabe dónde vive?* —Eh, sí. ¿Y tú?

—¿Y esperas que me crea que solo la has conocido hoy?

—¡Es verdad!

—Kat no deja entrar a cualquiera en su casa.

La forma en que dice su nombre me dice todo y nada al mismo tiempo. La conoce, pero ¿cómo?

—¿Qué está pasando? —en este punto, se lo pregunto al universo. El hombre que está a mi lado no está muy por la labor de dar respuestas.

Sus labios se aprietan en una línea cruel. —¿Qué quiere de ti?

—Dios mío —me señalo la cara—. Paseadora de perros —luego, vuelvo a Rufus—. Perro. No sé cómo explicarlo más claramente. Katerina está ocupada y es rica, y está claro que no tiene ningún interés en cuidar ella misma de Rufus, así que ahí es donde los plebeyos como yo entramos en la ecuación.

Se vuelve para mirar por la ventana. El músculo de su mandíbula trabaja como si intentara escapar de su cara.

—Sam —intento, bajando la voz—, por favor, dime qué está pasando.

No se molesta en mirar hacia atrás mientras responde. —Haces bien tu papel, Nova. Casi me engañas. Pero no volveré a caer en tu inocencia.

No me toca, ni siquiera me grita, pero Samuil Litvinov maneja las palabras como otros las armas. Y sabe exactamente dónde clavarlas para hacerme sangrar.

Parpadeo para contener las lágrimas e intento comprender cómo he llegado hasta aquí. Mejor aún, cómo voy a salir.

Después de pasar por todas mis opciones, la friolera de ninguna, Samuil pregunta—: ¿Qué le has contado de mí?

—¡Nada! Nunca hablamos de ti. A la única persona a la que se lo conté fue a Hope. A nadie más... —me muerdo la lengua.

Quizá no debería decirle al hombre que acaba de secuestrarme que nadie más sabe que él y yo estamos relacionados. Quiero decir, ¿quién se lo creería siquiera? Hope apenas podía creerlo, y fue testigo de nuestro primer encuentro con sus propios ojos.

Hace dos noches, pensé que me había ganado la lotería. Ahora, me pregunto si he ganado un billete de ida a mi propio funeral.

—Esto te resultará mucho más fácil si cooperas conmigo.

—¿Es una amenaza? —la confianza que he ganado en los últimos diez minutos es tan precaria como mi voz en este momento. Me aclaro la garganta e intento que ambas sean un poco más sólidas—. Te he dicho lo que sé: Katerina es una clienta. Hoy he quedado con ella para hablar de Rufus. Yo paseo a Rufus. Eso es todo.

Mis palabras no lo convencen.

Ese puño suyo permanece cerrado sobre su regazo. Y, aunque está medio vuelto hacia mí, puedo ver lo suficiente de ese brillo oscuro en sus ojos como para empezar a hacerle la horrible pregunta que solía hacerle a mi padre...

¿Cuánto falta para que esté dispuesto a utilizarlo?

—¿Quién eres? —el susurro me raspa la garganta—. ¿Quién eres realmente?

—Alguien a quien no quieres mentirle.

El pánico vuelve. Me araña la garganta, me oprime el pecho. Hope mencionó algo sobre que los Litvinov estaban implicados en la mafia, ¿no? Por supuesto, lo había dicho con un chillido y una risita. Como si fuera algo bueno.

Trajes bonitos y coches oscurecidos y, ¡champán y caviar en las galas! ¡Qué divertido!

Nota para mí misma: si no me asesinan y me entierran en una tumba poco profunda, dile a Hope que los mafiosos no son lo que parecen.

El sexo fue fenomenal.

¿El secuestro? No tanto.

El todoterreno se detiene bruscamente. Si no fuera por el cinturón de seguridad, estaría besando el respaldo del asiento delantero. Antes de que pueda recuperar el aliento, Samuil sale del vehículo.

Entonces, mi puerta se abre de par en par, y me encuentro mirando directamente a esos ojos plateados, repentinamente desalmados.

—Fuera.

Me muevo como si estuviera en piloto automático. Ni siquiera se me ocurre la idea de huir.

¿Dónde podría ir para que alguien como Samuil no me encontrara? Dentro de una iglesia, tal vez, porque tengo la sensación de que podría caerle un rayo si intentara seguirme allí dentro. Por lo demás, no tengo otra opción, y no hay ninguna iglesia a la vista.

Así que, tragando grueso, agacho la cabeza y lo sigo hasta el imponente edificio de apartamentos de la Costa Dorada que solo he visto en fotos del horizonte.

El vestíbulo huele justo como pensaba: popurrí y evasión fiscal. Samuil teclea un código que me oculta con una mano, llamando a un ascensor privado. El interior está revestido de cromo pulido, lo que me ofrece una vista de 360 grados de mí misma, pequeña y temblorosa, con paredes de músculos con gafas de sol a ambos lados.

El ascensor va directo al ático: sorpresa, sorpresa.

No tengo más que unos segundos para echar un vistazo al palaciego apartamento antes de que me conduzcan por un largo pasillo a una habitación con ventanales que dan al lago.

Un paso dentro y la puerta se cierra tras de mí. No necesito probar el picaporte para saber que está cerrada.

No sé por qué, pero me siento vulnerable sin Samuil a mi lado. No es que estuviera de mi lado, pero al menos era el malo conocido.

El hombre que tengo delante es un completo desconocido.

—Tú debes de ser Nova Pierce —es guapo de una forma tosca. Es ligeramente más bajo que Samuil, pero tiene músculos. Sus bíceps se tensan contra la camiseta negra, como si estuvieran tramando una fuga. No son músculos de gimnasio, son músculos que te parten por la mitad.

—¿Quién eres tú?

Sonríe y señala un sofá de ante. —Myles. ¿Por qué no te sientas?

—Preferiría no hacerlo.

—No quiero que te desmayes —explica—. Pareces un poco inestable.

—Ser secuestrada a plena luz del día puede hacer que a una mujer le flaqueen un poco las rodillas.

No niega mi acusación. En realidad, no parece molestarle lo más mínimo. —Me parece justo. ¿Tienes sed?

En realidad, sí. Pero lo fulmino con la mirada. —No quiero una bebida. Lo que quiero es irme.

—Claro, claro, ya llegaremos a eso —se acerca con aire despreocupado, como si eso fuera a disimular que me está cortando las vías de escape—. Primero tienes que responderme a unas preguntas.

—Ya he respondido a todas las preguntas de Samuil. No tengo nada más que añadir —me tiemblan de nuevo las rodillas y bajo a regañadientes al sofá. Estoy pendiendo de un hilo.

—Escucha, comprendo que esto es abrumador. Comprendo que quieras irte.

—Estupendo. Me alegro de que coincidamos. Solución fácil: déjenme ir.

—Por desgracia —suspira—, no es tan sencillo.

—Secuestrar a mujeres inocentes rara vez lo es.

Se pasa una mano por el pelo recortado. La verdad es que no es un hombre feo, tanto en la versión "agradable a la vista" como en la versión "no parece que esté activamente interesado en destriparme" de la frase.

—Ese es el problema: el tipo de personas que se relacionan con Katerina Alekseeva rara vez son inocentes.

—¡Por el amor de Dios! —las palabras estallan de mí—. ¿Cuántas veces más tengo que decirlo? Katerina es una clienta de negocios. ¡Y mi "negocio" es pasear putos perros! Nuestra clientela es rica, quisquillosa y probablemente muy turbia. Pero, mientras no estén metiendo globos de cocaína por el culo a sus perros, no es asunto mío. Me pagan por pasear perros. Fin de la historia.

El hombre ladea la cabeza. —Eres muy convincente.

—Es fácil ser convincente cuando dices la verdad.

—Entonces, ¿no te importará que te investiguemos un poco?

Me pellizco el puente de la nariz, intentando aliviar el dolor de cabeza que siento. Estoy medio tentada de chasquear los talones y empezar a murmurar *No hay lugar como el hogar, no hay lugar como el hogar*.

Myles guarda silencio unos segundos, estudiándome detenidamente. Luego sonríe, comprensivo. —Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado... no sería la primera vez.

Levanto la vista y parpadeo, sin estar segura de haberlo oído bien. —¿Estás... de acuerdo conmigo? ¿Estás diciendo que me dejarás marchar?

—Suponiendo que tus antecedentes estén limpios, no tengo motivos para retenerte aquí.

El corazón me salta a la garganta. —¡Bien! Estupendo. Adelante, adelante. No tengo nada que ocultar.

—Maravilloso —se golpea las rodillas con las palmas de las manos mientras se pone en pie—. Deja que te acompañe a tu habitación.

—No necesito una habitación. Puedo esperar aquí mientras compruebas mis antecedentes.

Hace una mueca de disculpa, pero hay algo en sus ojos que me dice que está disfrutando con esto. —Me temo que nuestro proceso va a durar más que unas horas.

Debería haberlo visto venir. Debería haberlo intuido.

La letra chica del contrato.

Tarde o temprano, siempre llega.

—¿Cuánto tiempo más?

Me preparo. ¿Doce horas? ¿Veinticuatro? ¿Quizá cuarenta y ocho, si es fin de semana?

—Dos semanas, por lo menos.

Me agarro al brazo del sofá. Mis uñas se hunden lo suficiente como para dejar cicatrices permanentes en el lujoso tejido. —¿Dos semanas?

—Por lo menos.

—¿Vas a tenerme prisionera aquí durante dos malditas semanas?

—Por lo menos.

—Deja de hacer eso —grito—. ¡Deja de repetirte! Di algo útil, como por qué demonios tardan tanto en comprobar antecedentes.

—Porque, aunque las pruebas de antecedentes, las grabaciones de vigilancia, los datos telefónicos y las huellas en línea salgan limpias, nuestro equipo de abogados tendrá que redactar toda una puta tonelada métrica de acuerdos de confidencialidad para que los firmes antes de poder reanudar tu vida normal.

Corro verdadero peligro de hiperventilar.

O vomitar.

O desmayarme.

Quizá las tres. A eso lo llamamos “bingo” en el juego de los ataques de pánico.

Por alguna razón, “huellas en línea” es la parte que realmente se me ha quedado grabada. Todas esas fotos de Samuil sin camiseta... por las horas que pasé desplazándome...

Debería preocuparme por mi vida, no por mi dignidad.

Pero siempre he sido una buena multitarea.

—Solo quiero irme a casa —gimoteo.

Myles me dedica una sonrisa tensa y comprensiva. —Durante las próximas dos semanas, esta es tu casa.

Sus palabras caen como una cuchilla de guillotina, cortando el último hilo de esperanza al que me había aferrado.

Bienvenida a la Prisión del Ático, Nova.

Espero que sobrevivas a la estancia.

13

NOVA

Me despierto de golpe.

Literalmente.

Me levanto tan deprisa que me caigo de la cama y me golpeo la cabeza con la mesilla de noche.

Excepto que no es *mi* mesilla de noche. No tiene la chapa agrietada de donde la metí a presión por las estrechas puertas de mi antiguo edificio de apartamentos. Tampoco está mi vital selección de vasos de agua medio llenos, que van desde los de hace unas horas hasta los de origen desconocido.

Esta extraña mesilla de noche es de madera oscura y brillante, rematada únicamente por un elegante despertador digital. Los duros números rojos parpadean inútiles ceros ante mí. Dado el cielo oscuro que puedo ver a través de las ventanas del suelo al techo a mi izquierda, sé dos cosas con certeza.

Uno: es tarde.

Dos: lo que ha ocurrido esta tarde no ha sido una pesadilla alimentada por una merienda de medianoche.

Miro a mi alrededor en busca de pistas, porque me gustaría saber más de dos cosas con certeza. La habitación es criminalmente escasa, pero ese parece ser el aspecto que buscaba el diseñador. Todo es bajo, líneas horizontales y minimalismo. Debe ser la habitación a la que Myles se ofreció a acompañarme.

No que yo recuerde que me haya acompañado a ningún sitio.

Al parecer, me salté la hiperventilación y el vómito y pasé directamente al desmayo.

Estupendo. Simplemente genial.

Utilizando el borde de la cama para levantarme sobre unas piernas temblorosas, reviso mi cuerpo en busca de signos evidentes de microchip o de un hígado perdido.

Pero no hay nada. Nada todavía, debería decir. No sé en qué andan estos locos.

La alfombra blanca de felpa amortigua mis pasos mientras me arrastro hacia la puerta, aunque dudo que ocurra nada en este ático sin que Samuil lo sepa. Probablemente tenga cámaras en los conductos de ventilación, y sensores de movimiento en los zócalos.

Espero encontrar mi puerta cerrada con llave, rodeada de trampas explosivas o alambre de espino o lo que sea que los psicópatas ricos usan hoy en día como seguridad doméstica.

Pero se abre con sospechosa facilidad. Sin resistencia. Sin alarmas.

No soy tan estúpida como para pensar que eso significa libertad.

Este es uno más de sus juegos.

Avanzo despacio por un pasillo hasta que oigo el rumor de unas voces. Una de ellas pertenece al mismísimo diablo, profunda y dominante, familiar de una forma que me hace sentir vergüenza.

—...¿qué coño significa eso? —el gruñido de Samuil me produce un escalofrío no deseado.

—Significa lo que he dicho: Ahora lo entiendo —es Myles, su mano derecha, con una sonrisa americana que no le llega a los ojos—. Lo que significa que también entiendo por qué puede ser difícil mantenerla aquí. Tenemos alternativas.

Me aprieto contra la pared, deseando que mi respiración se calme. Mi corazón late con tanta fuerza que me preocupa que lo oigan resonar en estas paredes inmaculadas.

Estoy tan ansiosa como horrorizada por saber cuáles podrían ser mis “alternativas”. Por lo que he visto, se me ocurre cualquier cosa, desde una mazmorra húmeda y densa hasta un complejo turístico con todo incluido. Samuil parece tratar con duras yuxtaposiciones.

—¿Crees que debería dejarla marchar?

Me tapo la boca con una mano antes de que mi desesperada esperanza pueda salir de mí. La libertad ni siquiera estaba en mi lista mental de posibilidades, archivada en algún lugar entre “improbable” y “cuando el infierno se congele”.

—Podría ser la mejor manera de descubrir lo que trama realmente —sugiere Myles—. Podemos ponerle un equipo de vigilancia las veinticuatro horas del día, pinchar todos sus dispositivos, controlar sus movimientos. No podrá hacer un queso a la plancha sin que lo sepamos.

Frunzo el ceño. ¿Jaula dorada o correa invisible? Ninguna de las dos es especialmente atractiva, pero una viene con mi propia cama y la posibilidad de volver a ver a la abuela.

—Podría ser la forma más rápida de determinar si trabaja para los Andropov.

¿Los Andro qué? Me acusan de cosas que ni siquiera puedo pronunciar.

—No —decide Samuil—. La quiero aquí, donde pueda vigilarla.

Sus palabras se deslizan por mi espina dorsal, una mezcla de amenaza y promesa que me eriza la piel. Nada de eso debería afectarme. Nada de él debería afectarme ya.

Pero así es.

Un pesado silencio llena el aire antes de que Myles vuelva a hablar. —¿Estás seguro de que no hay motivos ocultos?

—No me fío de ella.

Contengo un bufido. *Sí, claro*. De los dos, ¿*soy yo* la que no es de fiar? Lo dice el mismísimo Sr. Déjate Seducir Y Secuestrar.

Si alguien debería tener problemas de confianza aquí, soy yo.

—Yo tampoco confío en ella —dice Myles—. Pero puedes seguir sin confiar en ella desde la distancia, mientras esté vigilada. Lo que no puedes hacer tan fácilmente desde la distancia es follártela. ¿Es porque de hecho te la has follado?

El calor inunda mi cara. ¿Fue eso real? ¿O estaba intentando, literalmente, sonsacarme información? Siento que necesito una ducha. Una ducha larga y caliente, y luego algo de tiempo a solas para pensar en cada detalle de nuestra interacción y poder examinarlo todo desde ángulos nuevos e interesantes.

No es momento para eso, Srta. Libido.

Acerco la oreja a la pared, desesperada por oír su respuesta.

—No.

Una palabra. Dos letras. No debería doler, pero duele.

—Vale, de acuerdo. ¿Es porque quieres seguir follándotela?

Mis uñas se clavan en las palmas de mis manos. Sea cual sea su respuesta, no me importa. Me ha secuestrado. Que el rico y guapísimo psicópata quiera o no volver a bailar sin pantalones es irrelevante. No me acuesto con secuestradores. Para mí personalmente es un límite infranqueable.

Aún así, me encuentro conteniendo la respiración, esperando su respuesta.

—No —su voz es de hielo—. Es porque la vi con mi mentirosa y tramposa exmujer. Y a mi mentirosa y tramposa exmujer le gusta usar a mujeres como Nova para que le hagan el trabajo sucio.

¿Mujeres como Nova? ¿Qué demonios se supone que significa eso? ¿Farsantes suaves y sofisticadas?

Entonces, mi cerebro procesa por fin la parte un poco más importante de esa frase.

Exmujer.

Katerina Alekseeva, la dueña de Rufus, una de las clientas más quisquillosas de Hope y la Abeja Reina de Chicago al estilo de *Gossip Girl*...

...es la exmujer de Samuil Litvinov.

Quizá si no hubiera estado buscando obsesivamente fotos de Samuil en la playa, habría encontrado algunas más de él con su puta *mujer*. Tal como estaban las cosas, solo vi una. No podía verle la cara, pero el pelo rubio, el cuerpo musculoso...

Todo encaja.

Me siento mal.

—Da la órden y Katerina se habrá ido —ofrece Myles despreocupadamente, como si estuviera sugiriendo dónde pedir el almuerzo—. También puedo hacer que parezca un accidente.

El silencio que sigue se alarga lo suficiente como para erizarme la piel. Realmente lo está considerando. El hombre al que dejé que me tocara, me besara, me follara, está contemplando el asesinato mientras toma el café de la mañana.

—No —dice finalmente Samuil, pero su tono deja claro que no se opone a la idea, solo al momento. ¿Qué, en el nombre de *El Padrino*, está pasando ahí dentro?— Si la desaparecemos ahora, empezaría una guerra prematura con los Andropov. No, esperaremos.

No dice “no” al asesinato de su exmujer. Solo “todavía no”. Qué recatado.

La conversación cambia de repente a... ¿ruso? Definitivamente ruso. Los dos hombres van y vienen, las voces suben de volumen hasta que Samuil finalmente gruñe en inglés—: Bien. Dispara a ese cabrón de Yakov en la cabeza y acaba de una vez. Estoy harto de limpiar sus desastres.

Esto ya no es un maratón nocturno de películas con Hope. Ya no estamos tiradas en su sofá, bebiendo vino y enamorándonos de los chicos malos de la ficción.

Esto es real.

Y estoy tan fuera de mi liga que ni siquiera estoy en el equipo.

Mis pies se mueven antes de que mi cerebro se ponga al día, alejándome de las voces que acaban de ordenar casualmente la ejecución de un hombre. La gruesa alfombra amortigua mi retirada, pero los latidos de mi corazón son tan fuertes que estoy segura de que pueden oírlos de todos modos.

Vuelvo a mi habitación, mi celda, y cierro la puerta. Como si una simple cerradura pudiera detener a los hombres que hablan de asesinatos como la gente normal habla del tiempo. Me deslizo por la pared, rodeando las rodillas temblorosas con los brazos.

—Sigo viva —me susurro a mí misma.

Pero ¿durante cuánto tiempo?

Si Samuil decide que sé demasiado o que doy más problemas de los que valgo, estaré tan muerta como ese Yakov, sea quien sea. *RIP Yakov. Mejor suerte en la próxima vida, amigo.*

Mis opciones son patéticamente limitadas. La abuela apenas puede ir sola al baño después de la

operación. No arrastraré a Hope a esta pesadilla: es demasiado buena, demasiado pura para esta oscuridad. Lo que solo deja un nombre en mi triste lista de posibles salvadores.

Sargento Tom Pierce.

El problema es que, aunque pudiera hacerme con un teléfono, no me imagino nunca llamándolo para pedir ayuda.

Miro la cicatriz descolorida, las marcas de dientes apenas perceptibles que forman una pulsera de malos recuerdos alrededor de mi muñeca.

Incluso ahora, con la muerte respirándome en la nuca, la idea de llamarlo me pone físicamente enferma.

No, no puedo hacerlo. Si hay que elegir entre mi padre y Samuil Litvinov...

Me arriesgaré con el malo por conocer.

Al menos, este malo es honesto sobre lo que es.

Hago una mueca y me escabullo hacia el baño. El tiempo se detiene mientras te duchas, o al menos así lo he sentido siempre, y no me importaría pasar unos momentos en el purgatorio para ordenar mis pensamientos.

La ducha tiene azulejos de obsidiana, sacados directamente del manual de diseño de un supervillano. Intento fingir que no me gusta lo rica que me hace sentir. Con los ojos cerrados, permanezco bajo el chorro hasta que me arde la piel. Luego me froto con el jabón corporal que aguarda en los elegantes recipientes de cristal, con la esperanza de eliminar el olor a miedo antes de que pueda penetrar en mis poros.

Me estoy secando con la toalla, envuelta en el vapor de la ducha y empezando a sentirme casi humana de nuevo, cuando su voz rompe mi paz temporal.

—Nova.

Me quedo paralizada, agarrando mi toalla como si fuera una armadura. Lo único que puedo ver a través de la niebla son sus manos. Las mismas manos que ordenaron ejecuciones. Las mismas manos que han cartografiado cada centímetro de mi piel. Su voz, cuando vuelve a ronronear, solo me recuerda que es la misma que utiliza tanto para bromear sobre asesinatos como para susurrar guarradas contra la curva de mi garganta.

—¿Qué quieres?

—Tenemos que hablar.

Me ciño bien la toalla y me pongo tan erguida y desafiante como puedo. —¿Sobre qué? ¿Del tiempo? ¿Tu programa de asesinatos de la semana?

Se oye un golpe suave cuando se apoya en la puerta. El vapor se disipa lo suficiente para que pueda verle los ojos. La mitad de su cara. La cruel torsión de su boca. —Eres lo bastante inteligente para saber por qué estás aquí. Y por qué no puedes irte.

—¿Porque la ley no se aplica a los hombres como tú?

—Porque la ley no te protegerá de lo que viene.

Su certeza me eriza la piel. Hombres como él, hombres como mi padre... Todos están tan jodidamente seguros de saber qué es lo mejor.

—Tu teléfono está aquí —dice, dejando algo sobre la encimera de mármol del lavabo—. Llama a quien necesites. Pero debo advertirte: si dices una palabra sobre tu situación, se unirán a ti aquí. Para siempre.

La amenaza me envuelve la garganta como un garrote. —¿Estás amenazando a mis amigos? —exclamo.

Suspira, un sonido como el del agua del océano agitándose bajo los icebergs. —Estoy haciendo lo que debe hacerse. Si me dices la verdad sobre todo, dentro de dos semanas no tendrás nada de qué preocuparte y todos tus seres queridos estarán a salvo. Si no es así... bueno, algunas cosas escapan incluso a mi poder.

—Gracias por el resumen de tu turbio y mierdoso manual de instrucciones —digo bruscamente —. ¿De dónde has aprendido tus técnicas intimidatorias? ¿De *Better Call Saul*?

Samuil se limita a reírse. —Parece que tienes hambre. La cena estará servida dentro de treinta minutos. Nos vemos allí.

Sin esperar mi respuesta, se da vuelta y se va.

Permanezco en mi sitio hasta que se va. Los latidos de mi corazón resuenan en mi garganta. Solo cuando sus pasos se desvanecen recupero el teléfono con dedos temblorosos. Su colonia perdura en el aire, oscura, cara y peligrosa.

Ignoro el olor mientras abro la pantalla de inicio. Tengo tres llamadas perdidas de Hope.

Dos de mi abuela.

Y una de mi padre.

Y no puedo pedir ayuda a ninguno de ellos, porque, si lo hago, el mismísimo demonio que agita la muerte como una porra vendrá por ellos igual que ha venido por mí.

¿Cree que puede soltar esa bomba y luego colgarme comida en la cara y que obedeceré como Rufus?

Que se joda esta situación.

Que lo jodan a él.

No quiero su cena, no quiero sus amenazas y, desde luego, no quiero su simpatía. Si tengo que quedarme aquí sentada dos semanas para proteger a mis seres queridos, de acuerdo.

Pero no se lo voy a poner fácil.

14

NOVA

Mi huelga de hambre ha empezado mal.

Estoy encerrada en mi habitación, pero resulta que a la cobertura del móvil no le importan demasiado los cerrojos. Mi teléfono zumba con fotos de Samuil: pollo satay empapado en salsa de cacahuete, pad thai reluciente de aceite y lima, y un vaso de vino blanco lo bastante grande como para nadar en él, todo artísticamente colocado frente al horizonte de Chicago.

Solo puedo culparme a mí misma. Le entregué al bastardo el libro de jugadas de mi propia perdición.

Cuando me envió un mensaje aquella primera semana para preguntarme cuál sería mi última comida en esta tierra, pensé que era para llevarme a una cita bien planificada. Nunca pensé que sería para que él la convirtiera en mi verdadera última comida.

Mi teléfono vuelve a zumbar.

SAMUIL: ¿Segura que no quieres comer? Hago un pad thai buenísimo.

Resoplo, rodando sobre mi espalda en el colchón blando como una nube. La idea de que Samuil Litvinov cocine algo es irrisoria. Aunque la comida de la foto parece casera, con trocitos de cacahuetes machacados esparcidos justo en su punto y hierbas frescas aún de un verde brillante...

NOVA: Prefiero cenar con el mismísimo Satanás que partir el pan contigo.

SAMUIL: Satán es un terrible compañero de cena. No tiene modales en la mesa.

Contra mi voluntad, mis labios se crispan. Tiro el teléfono sobre la cama, a unos metros de mí. Me niego a dejarme arrastrar a un intercambio de mensajes coquetos con el hombre que me tiene prisionera. Eso es lo que me ha metido en este lío.

No me importa que esta prisión tenga unas vistas de cinco estrellas y un colchón de espuma viscoelástica: una prisión es una prisión, por muy bonita que sea.

Sin embargo, cuarenta y cinco minutos después, la vista de cinco estrellas empieza a parecer una

comida de cinco platos. Los rascacielos se transforman en bocadillos de charcutería y largas brochetas de kebab cargadas de suculento pollo y ternera perfectamente chamuscados.

Casi como si estuviera vigilando mis pensamientos, mi teléfono emite un mensaje.

SAMUIL: ¿Quieres unirte a nosotros?

La pregunta va acompañada de una foto de Rufus tumbado en el regazo de Samuil, con la lengua fuera y una sonrisa perruna.

—¡Traidor! —siseo a la pantalla.

NOVA: Si yo le importara de verdad a Rufus, estarías hecha pedazos en ese piso lujoso tuyo.

SAMUIL: Los perros son excelentes jueces de carácter.

NOVA: Deja de mandarme mensajes.

Lo hace.

Luego, me paso la siguiente media hora mirando el móvil, esperando a que vuelva a mandarme un mensaje.

Porque la cárcel es aburrida y, al parecer, aún no he tocado fondo.

El silencio se alarga, solo roto por el suave zumbido del aire acondicionado central y los sonidos lejanos del tráfico de Chicago cincuenta pisos más abajo. Al final, renuncio tanto a la comida como a Samuil y me meto bajo las sábanas.

Me acurruco bajo unas sábanas que parecen nubes contra mi piel, decidida a ignorar tanto el rugido de mi estómago como al hombre que cree que puede comprar mi conformidad con comida tailandesa y fotos de perros. El sueño llega sorprendentemente fácil en la cama de este desconocido, arrastrándome antes de que pueda preguntarme por qué.

Es entonces cuando las pesadillas me encuentran.

~

EL PERRO VA A DESPERTAR A PAPÁ.

Escucho el crujido de las tablas del suelo, pero solo oigo los ladridos. —Calla, Morrie —le ruego, acercándome a la ventana—. Deja de ladrar.

Pero Morrie tampoco me oye. Hace fuerza contra la cadena metálica que lo mantiene atado a la valla del vecino. El sol caliente de la mañana se refleja en su pelaje pálido, haciendo brillar las vetas de sangre seca donde el collar lo ha dejado en carne viva.

Es demasiado ruidoso. Papá ha llegado tarde a casa. Hoy tiene que dormir. Si no lo hace...

Morrie ladra más fuerte, con un sonido seco y chirriante. Oigo lo sedienta que está. Veo su cuenco de agua volcado junto a la valla.

Me calzo las zapatillas por encima del pantalón del pijama, el amarillo canario que me regaló la abuela por mi séptimo cumpleaños. Luego, lleno un termo metálico hasta el borde con agua fría del grifo y me dirijo con cuidado de puntillas a la puerta principal.

Papá me dijo que me quedara dentro, pero esto no le importaría. Ni siquiera se enterará.

En cuanto salgo del porche, atravieso corriendo el camino de entrada hasta la casa del Sr. Cooper. Tiene las luces apagadas y las cortinas bien cerradas.

—¡Morrie! —llamo en un susurro elevado—. Te he traído agua.

Morrie levanta las orejas. Sus ojos se posan en mí y gruñe.

Entonces, me doy cuenta de que su pata delantera está sangrando. La cadena de acero está enroscada alrededor de su pata, clavándose en su piel.

—Pobrecita. Pobre angelito —digo lo mismo que dijo la abuela cuando me caí y me despellejé las rodillas el día que me llevó al parque.

Doy otro paso, pero Morrie vuelve a gruñir. De algún modo, parece más fuerte que sus ladridos. Tiene los dientes descubiertos y el rabo bien metido entre las piernas.

—Por favor, Morrie —le suplico—. Estate quieta. Papá me ha dicho que "se ocupará de ti" si vuelves a despertarlo.

No sé lo que significa, pero sé que no es bueno.

Avanzo unos pasos, con la botella de agua izada como una bandera blanca. —Puedo ayudar —repito una y otra vez—. Puedo ayudar.

Conozco a los animales. La única razón por la que se enfadan es porque tienen miedo. Morrie no está realmente enfadada conmigo. Solo siente dolor y eso la asusta.

Tengo que ser valiente.

Soy valiente.

Me agacho y agarro la cadena que rodea la pata de Morrie. Sus gruñidos aumentan. Es cada vez más fuerte, pero casi lo he conseguido. Si consigo soltarla...

—¡NOVA!

Doy un tirón, muy rápido, tirando de la cadena enredada en la pierna de Morrie, y Morrie gruñe.

Un dolor cegador me atraviesa la muñeca cuando sus dientes me aprietan con fuerza. Caigo sobre la hierba húmeda y siento más dolor. Esta vez, en la cadera.

—¿Qué te dije de que te mantuvieras alejada de ese puto animal, niña? —ruge papá, apareciendo de entre las sombras como un monstruo.

—¡No, papá! —el dolor me desgarra, pero no es nada comparado con el terror que me araña el

pecho—. Por favor...

Su enorme cuerpo tapa el sol de la mañana, apestando a Jack y a malas decisiones. Mi valiente y compasivo corazón de siete años se hace añicos cuando agarra la cadena de Morrie con manos que nunca han conocido la delicadeza.

—Mete el culo dentro antes de que te enseñe de verdad lo que les pasa a las niñas que no escuchan.

Me gotea sangre de la muñeca sobre el pijama amarillo canario, el regalo de cumpleaños de la abuela, ahora estropeado como todo lo que toca papá. Intento levantarme, pero me derrumbo. Mis piernas no funcionan bien.

Entre lágrimas, lo veo arrastrar a Morrie hacia su camión. El mismo camión que utiliza para llevarse los otros problemas del barrio. Los que nunca vuelven.

—¿A dónde la llevas?

—Control de animales —escupe—. Como eres demasiado estúpida para seguir unas normas sencillas, ese perro va a ir a un sitio donde nunca lo encontrarás.

No se molesta en mirar atrás mientras sigue llevándose a Morrie. —Ha sido culpa mía —murmuro en voz baja. O papá no me oye o no le importa—. Solo estaba asustada...

La puerta del camión se cierra de golpe. Los ojos de mi padre están vacíos cuando por fin se encuentran con los míos.

Lo último que veo es la mirada desesperada de Morrie desde la plataforma del camión, observándome con un perdón que nunca me daré a mí misma mientras papá se aleja, llevándose consigo el último resquicio de mi creencia infantil de que el amor puede salvar cualquier cosa.

ME DESPIERTO GRITANDO el nombre de mi padre.

La habitación está completamente a oscuras, excepto por un trozo de luz del pasillo que atraviesa mi cama. Una enorme sombra llena mi puerta: Samuil. La pesadilla de mi pesadilla.

Debería aterrorizarme más de lo que me aterrorizó el sueño. Él es el verdadero monstruo aquí, el que realmente me tiene prisionera en esta jaula dorada a cincuenta pisos por encima de Chicago.

Pero mi cuerpo es un traidor.

Responde a su fuerza silenciosa, a la forma en que llena el espacio sin moverse, sin hablar. A la forma cuidadosa en que me observa, como si supiera exactamente lo que es despertarse atrapado en recuerdos que no te dejan marchar.

Me tiemblan las manos. Mi corazón no se detiene. Y odio, odio que una parte rota de mí quiera que se acerque.

Sus pasos son silenciosos sobre la gruesa alfombra mientras se acerca, porque por supuesto que lo son. Los hombres como Samuil no hacen ruido a menos que lo decidan. No muestran debilidad a menos que sirva para algo. No ofrecen consuelo a menos que quieran algo a cambio.

Me aprieto contra el cabecero, intentando poner distancia entre nosotros, aunque mi cuerpo traicionero anhela cerrarla. A la luz del pasillo, capto el brillo depredador de sus ojos. La forma en que sus hombros llenan el espacio. La forma cuidadosa en que se sostiene, como si temiera que salga disparada si se mueve demasiado deprisa.

Tiene razón. Puede que la tenga.

—¿Puedo tocarte? —pregunta Samuil con esa voz gruñona que hace que todo suene tanto a promesa como a amenaza. Vacila y añade—: Solo por comodidad.

Las palabras cuelgan entre nosotros como un lazo. Como una promesa. Como algo mucho más peligroso que cualquiera de esas cosas. Sus labios envuelven cada sílaba como seda oscura, y odio cómo mi piel se eriza en respuesta. Cómo mi cuerpo recuerda sus manos sobre mí hace solo unos días, antes de que supiera lo que era.

Quiero mandarlo al infierno. Quiero recordarle que el consuelo de mi secuestrador es la definición del síndrome de Estocolmo.

En lugar de eso, asiento.

Porque la verdad es que lo necesito. Lo necesito a él. Necesito algo que me enraíce antes de caer completamente en una espiral de pánico.

Su mano se posa en mi espalda, moviéndose en círculos lentos y firmes. Clínicos. Impersonal. Como si calmara a un animal asustado.

Pero funciona. Mi respiración se estabiliza bajo su contacto.

—Siento —dice al cabo de un momento—, que mis acciones te hayan provocado pesadillas.

Se me escapa una risa amarga. —No todo gira en torno a ti y a tu imperio, Samuil.

Su mano se detiene en mi espalda. Durante un largo momento, el único sonido es nuestra respiración en la oscuridad. Espero que vuelva, que me recuerde que, en este lugar, en este momento, todo gira en torno a él y a lo que decida hacer conmigo.

En cambio, su voz es suave y pensativa. —No. No todo —su palma se desliza hasta descansar entre mis omóplatos, cálida y firme—. Pero algunas cosas sí. Tu seguridad, por ejemplo.

—Mi encarcelamiento, querrás decir.

—Si así es como decides verlo —hay algo casi cansado en su tono. Como si estuviera cansado de ser el villano de esta historia, aunque él mismo haya escrito el guion.

Me recorre un temblor, quizá restos de adrenalina de la pesadilla, o simplemente la tensión infinita de estar aquí, de no saber nunca a qué atenerme con él. Su mano se mueve en respuesta, reanudando esos enloquecedores círculos en mi espalda.

—Háblame del sueño —dice tras otro rato de silencio.

Casi me río. Casi le digo que se vaya al infierno. Pero, en la oscuridad, con la pesadilla aún pegada a mi piel como telarañas, se me escapa la verdad.

Estúpida. Tan estúpida. Pero no puedo contenerme.

—Cuando tenía siete años —susurro a la oscuridad—, aprendí lo que ocurre cuando intentas salvar algo que mi padre quiere destruir.

No es toda la verdad. Omito cómo mi padre volvió a casa del refugio y me hizo comprender lo que les ocurre a las cosas, a las personas, que le desobedecen.

Solo lo suficiente de la historia para que Samuil piense que soy sincera, para que crea que se ha ganado mi confianza.

Pero entonces, su pulgar encuentra la cicatriz de mi palma, la que dejaron los dientes del perro antes de que mi padre se lo llevara. Traza el tejido levantado con una suavidad que me deshace.

Ese contacto me aterroriza más que sus guardias armados. Más que los cerrojos de las puertas y la larga caída desde las ventanas de su ático. Porque no es calculado, ni cruel. Es simplemente... tierno.

—Tu padre —dice Samuil en voz baja, sin dejar de acariciarme la cicatriz—. Utilizaba el miedo para controlarte.

No es una pregunta. Y hay algo en su voz, reconocimiento, tal vez, que me hace preguntarme qué cicatrices lleva que yo no pueda ver.

La oscuridad nos envuelve como un confesionario, y lo oigo respirar para compartir su propia historia.

—Mi padre hacía lo mismo. Tenía mastines —dice Samuil, con la voz enronquecida por los recuerdos—. No como mascotas. Como armas.

Puedo oír el cálculo detrás de este ofrecimiento. Un intercambio estratégico de vulnerabilidad destinado a atraerme, a hacerme confiar en él. Pero hay algo crudo en su voz que parece real.

—Los entrenaron para ser despiadados —continúa. Su pulgar no ha dejado de trazar mi cicatriz —. Para atacar a la orden. Para matar si era necesario. De niño me aterrorizaban —su risa es oscura y hueca—. Se habrían derretido por ti, creo. Tal como eres con los perros... habrías visto más allá de lo que mi padre hizo de ellos.

—¿Como si tú te derretiste por mí? —desafío, porque, al parecer, tengo ganas de morir—. ¿Tú también eres despiadado, Samuil?

Su risa esta vez es miel oscura, peligrosa y dulce. —Probablemente —sus dedos se tensan ligeramente sobre mi muñeca—. Pero no intentes domarme. No te gustará lo que ocurra.

La amenaza en su voz debería hacerme huir. En lugar de eso, me atrae más, como una polilla a una llama hermosa y mortal.

Su dedo se detiene en mi cicatriz. El silencio se extiende entre nosotros, espeso por todas las cosas que no decimos. La oscuridad hace que sea demasiado fácil olvidar quiénes somos el uno para el otro: captor y cautiva, depredador y presa. Demasiado fácil fingir que este momento existe al margen de todo lo demás.

—Deberías temerme —dice al fin, con voz áspera—. No buscar consuelo en mis brazos.

—Te tengo miedo —la confesión se me escapa antes de que pueda detenerla—. Solo que no de la forma que tú crees.

Se le corta la respiración. En la franja de luz del pasillo, veo que su expresión cambia: hambre y vacilación luchan en esos ojos grises como tormentas. Como si estuviera librando la misma batalla que yo.

—Dímelo —exige en voz baja.

—Temo que... —se me quiebra la voz. Trago saliva y vuelvo a intentarlo—. Tengo miedo de lo mucho que quiero confiar en ti. Incluso sabiendo lo que eres. Lo que podrías hacerme.

Su otra mano se acerca a mi cara y me roza el pómulo con el pulgar. La ternura de ese contacto hace que me duela el pecho. —¿Y qué soy yo, pequeña?

—Peligroso —susurro—. Hermoso —se me cierran los ojos mientras su pulgar recorre mi labio inferior—. Todo de lo que debería huir. Todo de lo que no puedo huir.

El beso, cuando llega, me pilla desprevenida.

En un momento me advierte que me aleje, y al siguiente, su boca está en la mía, caliente y hambrienta y con sabor a peligro. No a comodidad. Ni a romance. Puro deseo envuelto en sombras.

Debería apartarlo. Debería recordar que es mi captor, que probablemente solo sea otra forma de controlarme. Pero su beso habla un lenguaje que mi cuerpo entiende mejor que mi cerebro: el de la necesidad, el calor y el olvido.

Sus manos me acunan la cara como si fuera algo precioso, aunque su boca me reclame como si fuera algo poseído. La contradicción me deshace.

Cuando por fin se retira, estoy sin aliento y abierta en canal. Me hace apoyar la cabeza en su pecho, donde los latidos de su corazón marcan un ritmo constante en mi mejilla.

Dejo que el cansancio me arrastre, sabiendo que me odiaré por la mañana, sabiendo que este momento de debilidad me costará caro.

Pero, ahora mismo, en la oscuridad, me permito fingir que esto podría ser real.

¿Y por qué no podría serlo? Su cuerpo tocando el mío es real. Su calor floreciendo debajo de mí es real. La fuerza de sus brazos cuando me mantienen cerca es muy, muy real.

Lo último que registro antes de que la inconsciencia me reclame es el roce de sus labios contra mi sien. Tan suave que podría ser mi imaginación. Tan tierno que tiene que ser mentira.

El sueño se apodera de mí antes de que pueda oírlo marcharse.



LA MAÑANA GOLPEA COMO una bofetada. Samuil se ha ido.

En su lugar, una mujer rusa de rostro severo me ofrece café con fuerte acento y me informa que —El Sr. Litvinov volverá para cenar —como si esto fuera normal. Como si fuera una invitada y no una prisionera.

El ama de llaves se cierne sobre mí, observándome con ojos penetrantes que no pasan nada por alto. Es mayor, tal vez sesentona, con el pelo gris acero recogido en un moño severo y unas manos que parecen demasiado fuertes para su pequeña estatura. Su vestido negro y sus zapatos sensatos gritan eficiencia. El tipo de persona que se gana la vida guardando secretos.

—Comerás —dice ella, sin preguntar—. El señor Litvinov insiste.

Claro que sí. No puede tener a su prisionera consumiéndose. Probablemente sea malo para el negocio.

Acepto el café, pero ignoro los pasteles que ha colocado en el carrito. Huelen de maravilla, a mantequilla, azúcar y todo lo que me suele gustar. Pero ahora tengo el estómago demasiado revuelto para comer.

La realidad de mi situación se vuelve nítida cuando me levanto y recorro el ático con Rufus apretado contra mi pierna. Hombres tatuados con ojos muertos han brotado de la noche a la mañana como setas después de la lluvia. Están por todas partes: uno mirando el móvil junto al ascensor privado, otro leyendo "despreocupadamente" un periódico en la terraza, un tercero holgazaneando en la cocina, sospechosamente cerca del bloque de cuchillos.

Cuento cuatro relucientes cámaras nuevas solo en el salón. Cinco en el pasillo. Las ventanas del suelo al techo ofrecen una vista de Chicago que me recuerda exactamente lo lejos que estamos.

Lo aislados. Lo atrapados.

Lo de anoche parece un sueño febril. El consuelo que encontré en los brazos de Samuil se transforma en algo feo a la dura luz del día. Porque nada ha cambiado. Sigo siendo su prisionera, y dos semanas bien podrían ser para siempre cuando tu vida pende del capricho de un hombre malo.

Si Samuil, o cualquiera de sus lacayos, decide que soy un estorbo, desapareceré. Nadie sabrá qué le ocurrió a la mujer tonta que se esfumó de Lincoln Park. Me convertiré en otra leyenda urbana, otro cuento con moraleja sobre confiar en el hombre equivocado.

¿Y lo peor? ¿La parte más peligrosa?

Ahora sé lo que se siente al desearlo. Ansiar su contacto aun sabiendo que podría destruirme.

Solo ese conocimiento podría hacer que me mataran.

15

SAMUIL

La confianza es la hoja más afilada que jamás se haya fabricado, y anoche Nova me abrió en canal sin siquiera intentarlo.

No puedo dejar de repetirlo: sus deditos enroscándose en mi camisa, su mejilla ardiendo contra mi pecho, la forma en que instintivamente buscó consuelo en mí, en mí, de entre toda la puta gente, durante su pesadilla.

Como si fuera alguien que sabe ser amable.

Como si yo fuera digno de ese tipo de fe ciega.

No esperes nada de mí, le advertí.

Debería haberme dado esa advertencia a mí mismo.

El recuerdo de su vulnerabilidad me persigue mientras miro sin ver los informes trimestrales. Se me ha enfriado el café, mi teléfono lleva horas zumbando con mensajes ignorados, y solo puedo pensar en lo fácil que fue burlar mis defensas.

Lo que significa que, o bien es auténtica de una forma que nunca he encontrado, o bien es la jugadora más peligrosa a la que me he enfrentado nunca.

Mi exmujer escribió el libro sobre el uso de la inocencia como arma. Prefiero cortarme la mano a que vuelvan a tomarme por tonto.

—Tienes un aspecto horrible —observa Myles desde la puerta de mi despacho—. ¿Es hora de tomar una decisión sobre la chica?

Gruño sin compromiso mientras cojo el abrigo y me dirijo al ascensor. Pero tiene razón: necesito respuestas. Necesito saber si veo con claridad o si solo veo lo que quiero ver.

Eso significa que es hora de hacerle una visita a Kat.

He planeado este almuerzo como el ataque táctico que es. Avec no es solo el restaurante de moda de Chicago: es nuestro antiguo campo de batalla, donde Kat y yo solíamos librar una guerra entre

plato y plato. Cuando era tan estúpido como para confundir su hambre con amor.

Mi chófer me lleva a la puerta principal del restaurante, una reluciente fachada de cristal negro y oro ornamentado. El viento de Chicago se cuela por las puertas tras de mí mientras entro a grandes zancadas.

La camarera me reconoce enseguida y se apresura a hacerme pasar. Elijo mi posición con precisión militar: mesa esquinera, de espaldas a la pared, perfecta línea de visión hacia la entrada. Un general preparándose para la aproximación de su enemigo.

Me siento y miro el reloj. 12:47. Katerina llegará exactamente a las 13:15, porque llegar elegantemente tarde forma parte de su armadura.

A mi alrededor, la multitud que almuerza se agolpa, su parloteo es un rugido sordo que no hace nada por ahogar el estruendo de mi pecho. No son nervios. Anticipación. Por una vez, no soy yo quien se dirige a una emboscada.

Ella sí.

Cuando Katerina aparece en la puerta, el tiempo se estira como un tafetán. Lleva ese vestido rojo que me hacía agua la boca y me picaba en las manos. El que sabe que la hace parecer el mismísimo pecado.

Pero ahora algo es diferente. Porque todo lo que veo es cálculo en cada pliegue y costura. La desesperada exhibición de una mujer que ha perdido su poder y lo sabe.

Aún no me ha visto. Me permito saborear estos últimos segundos antes de que comience la batalla.

Kat arma su andar al acercarse, cada chasquido de sus tacones es una bala dirigida a mi libido. Su perfume característico me golpea primero: esa empalagosa mezcla de vainilla y jazmín que usó durante todo nuestro matrimonio. El recuerdo olfativo me golpea directamente en las tripas, pero en lugar de deseo, me provoca repulsión. Solo puedo pensar en el aroma limpio de Nova, como la luz del sol calentando la hierba recién cortada. Como algo real.

—¿Me echas de menos? —ronronea Kat mientras se detiene en el borde de la mesa.

La miro fijamente. —Solo cuando se me acaban las pesadillas.

Frunce el ceño mientras baja con elegancia hasta el asiento vacío. Ojos masculinos la miran desde todos los rincones de la sala. Solo puedo compadecerme de esos pobres desgraciados. Recuerdo cuando sus encantos funcionaban conmigo.

—Tienes buen aspecto —murmura, alargando las manicuradas garras por encima de la mesa—. El éxito te sienta bien.

—Y, sin embargo, estás haciendo todo lo posible para que eso se detenga.

Vuelve a fruncir el ceño. Solo por un instante, se le encrespa el labio. —Sammy, ¿Qué conspiraciones te has metido en la cabeza ahora?

Dejo que sus dedos floten a escasos centímetros de los míos, saboreando su creciente incertidumbre. —Dímelo tú. ¿Cómo va el trato con Andropov?

Su risa se rompe como el cristal barato. —No tengo ni idea de lo que estás hablando, cariño.

El "cariño" es su secreto, lo ha sido desde que la conocí. Pero siempre se le ha dado bien mentir, hacer que los hombres vean lo que quieren ver. Observo sus ojos, esos estanques ámbar que solían ahogarme. Ahora solo veo aguas poco profundas que esconden rocas afiladas.

—¿En serio? —mantengo la voz informal, incluso aburrida—. Porque su repentino interés por las posesiones europeas de Litvinov parece sospechosamente bien informado.

Toma un sorbo de agua deliberadamente, pero capto el ligero temblor de su mano. —Si tienes problemas para contentar a tus clientes, eso no es asunto mío.

Tiene los hombros demasiado rectos, la sonrisa demasiado afilada. Trata de encontrar su equilibrio, de comprender por dónde voy a atacar. Prácticamente puedo verla haciendo cálculos detrás de esos ojos fríos.

—Hablando de cosas que son tuyas, he encontrado algo —dejo que las palabras cuelguen entre nosotros como un cebo.

Sus cejas perfectamente perfiladas se fruncen. —¿Oh? ¿Y qué sería eso?

En lugar de contestar, cojo el móvil. La forma en que aprieta los dedos alrededor de su vaso de agua es sutil: no lo notarías si no estuvieras prestando mucha atención.

Pero yo estoy prestando atención. Siempre lo estoy.

Deslizo el teléfono por el mantel blanco, como si estuviera repartiendo la mano ganadora en el póquer. Se reproduce el vídeo: Rufus desparramado por mi sofá de cuero como si fuera el dueño del lugar, con su cabeza gigante apoyada en el regazo de Nova mientras ella le rasca detrás de las orejas.

Estudio el rostro de Kat, catalogando lo que no hay. No hay ninguna madre preocupada exigiendo la vuelta de su bebé peludo. Ni preguntas sobre la seguridad de su paseadora. Ni siquiera un atisbo de preocupación por el hecho de que su perro de raza de ocho mil dólares esté retenido como rehén.

Solo esa familiar curvatura del labio, la que siempre precedía a sus cortes más crueles.

—Quédate con el estúpido chucho —se echa el pelo hacia atrás, toda pretensión de seducción desaparece—. De todas formas, siempre ha preferido tu armario. Probablemente sintió un espíritu afín, otra bestia tonta que no puede olvidar el pasado.

Las palabras pretenden herir, pero revelan mucho más de lo que ella pretende. Porque una mujer que realmente se preocupara por su perro no diría eso. No reaccionaría así.

—Deberías haberme dicho que me traías aquí para hacerme perder el tiempo —escupe—. De todas formas, los martinis saben a pis.

Luego, se va. Sus tacones de aguja apuñalan el suelo como puñales mientras se marcha.

Pero, cuando se marcha, la verdad me golpea con la fuerza de un puñetazo fulminante: dos golpes devastadores en rápida sucesión.

Uno: la total falta de preocupación de Kat por Nova. Ni rabia por un empleado robado, ni indicios de un plan que haya salido mal.

Lo que significa que Nova casi seguro que no trabaja para ella. Probablemente nunca lo hizo.

Dos: La marcada diferencia entre ellas. Nova sabe dónde le gusta a Rufus que le rasquen. Le canta cuando cree que nadie la escucha. Comparada con Kat, que lo descarta como si fuera el bolso de la temporada pasada, es una maldita santa.

El alivio me golpea tan fuerte que casi se me doblan las rodillas. Me agarro al borde de la mesa, estabilizándome contra el peso de lo que siento. Lo que esto significa.

De repente, el aire del restaurante me parece espeso, irrespirable. Pongo sobre la mesa dinero suficiente para cubrir las dos facturas y una generosa propina, no porque Kat merezca esa cortesía, sino porque me niego a dejar que afecte siquiera a este pequeño detalle de mi vida.

De vuelta a la oficina, cierro la puerta y enciendo el ordenador. En cuanto lo pongo en marcha, las imágenes de seguridad se reproducen en mi monitor en nítida alta definición, como un retorcido programa de telerrealidad en el que yo soy a la vez productor y público cautivo.

Muestra a Nova acurrucada en mi sofá, leyendo en voz alta a Rufus lo que parece un manual de adiestramiento canino. Su risa cuando le lame la cara hace que algo en mi pecho se apriete dolorosamente.

Pero verla así desencadena algo más oscuro. Un niño pequeño sentado en el estudio de su padre, obligado a ver imágenes granuladas de su madre cogiendo dinero, renunciando a sus derechos, alejándose sin mirar atrás.

Mira, decía mi padre mientras pinchaba la pantalla y me hacía mirar, con su aliento caliente de vodka cuando se abanicaba contra mi cuello. *Mira lo que hacen las mujeres cuando confías en ellas.*

El recuerdo me golpea como ácido en la garganta cuando Myles aparece en mi puerta, tableta en mano.

Cierra la puerta tras de sí, con una expresión cuidadosamente neutra. Lleva conmigo el tiempo suficiente para leer mis estados de ánimo y saber cuándo debe andarse con cuidado.

—Tengo los informes de antecedentes que querías —dice, desliza la tableta sobre mi mesa—. No hay nada inusual en las finanzas. Pero hay algo raro en el momento en que Hope’s Helpers empezó a hacer negocios con Kat.

Levanto la vista de Nova, que está tumbada en la pantalla. —Explícate.

—La aceptaron como cliente justo después de que finalizara tu divorcio. Podría ser una coincidencia, pero... —deja la palabra en suspenso.

—Pero tú no crees en las coincidencias.

—Creo que hay que ser minucioso —corrige—. Mi voto es que deberíamos ampliar la vigilancia sobre Hope's Helpers. Profundizar en su conexión con Katerina.

En la pantalla, Nova está acurrucada con Rufus, ambos dormitan. Su rostro es apacible, despreocupado. Hermosa de una forma que me hace doler el pecho.

La oferta de Myles me pone físicamente enfermo. Porque de repente me veo convertido exactamente en lo que juré que nunca sería: un hombre que enjaula lo que dice proteger. Que convierte la confianza en un arma, el amor en una prueba.

Nova no se merece esto. No merece ser observada, grabada, reducida a píxeles en una pantalla que pueda rebobinarse y analizarse en busca de traiciones.

Y, sin embargo, ¿qué clase de tonto sería si depositara mi fe en ella?

Voy de un lado a otro, de un lado a otro, luchando con pensamientos que no puedo domar. ¿Confiar o no confiar? Eso siempre ha tenido una respuesta jodidamente obvia en mi vida: nunca, nunca lo hagas.

Pero ahora... Con ella...

Maldición. No sé.

—Haz lo que quieras —le digo a Myles—. Hazme saber lo que encuentres.

Me mira con curiosidad, pero luego se encoge de hombros y se marcha sin decir nada más.

Cierro la ventana de vigilancia con un chasquido agudo. Persiste el fantasma de la expresión pacífica de Nova, una acusación más condenatoria que cualquier prueba que mi padre haya reunido jamás.

La confianza es una puta cuchilla. La cuestión es: ¿a quién va a cortar más?

16

NOVA

Cuando pulso el botón de llamada, sé que es el acto de una mujer desesperada. Una mujer desesperada y enloquecida, encarcelada por una aventura de una noche en un ático que se extiende a lo largo de nueve mil metros cuadrados de cielo de Chicago. Mi única compañía es un gran danés sin adiestrar que parece compartir la afición de su dueño temporal a los juegos de dominación.

Estoy loca. Tengo que estarlo. No hay ninguna otra razón por la que me sometería al guante de explicarle a Hope dónde he estado y por qué no he respondido a ninguno de sus mensajes, cada vez más preocupados, ni a sus docenas de llamadas telefónicas de los últimos dos días.

Una vez me fui sola al cine y no le contesté durante los noventa minutos de *Love, Actually*. Cuando volví a llamar, se había puesto en contacto con mi jefe, mi casero, el chico de la tienda de panecillos, la abuela e incluso mi padre, como si alguna vez hubiera sabido algo acerca de dónde estaba.

Hago un gesto de dolor cuando suena la línea.

Una vez.

Dos veces.

Entonces…

—¡¿Dónde demonios has estado?! ¡Pensé que estabas muerta!

La voz de Hope alcanza un tono que hace que Rufus ladee la cabeza, probablemente preguntándose si están torturando a uno de los suyos en algún lugar de la ciudad.

—En primer lugar, lo siento muchísimo.

—Esa no es una respuesta, Nova Charlotte Pierce. Ni siquiera es el puto principio de una respuesta —hago otra mueca de dolor. Cuando Hope usa su voz comercial, ruedan cabezas. Debería haber guionizado esta conversación, haberme escrito algunas tarjetas—. ¿Dónde estás ahora? Porque no es en tu apartamento, lo he comprobado. Ni con tu abuela, también lo he

comprobado. Tampoco estás...

—Por favor, dime que no has llamado a mi padre —aprieto los dedos contra el cristal frío de las ventanas que van del suelo al techo, suplicando en silencio a cualquier deidad que pueda estar escuchando.

—¡Claro que no he llamado a tu padre! Intentaba encontrarte, no perder el tiempo con ese imbécil encarnado —prácticamente puedo oír sus ojos en blanco a través del teléfono—. Pero esa sigue sin ser una respuesta. ¿Estás herida? ¿Estás en peligro? ¿Tienes problemas?

Samuil acunándome en sus brazos anoche y besándome suavemente pasa por mi mente.

Sí, tengo un gran, gran problema.

—Yo... no diría eso.

Más que nada porque, si lo hago, la acorralarán y la meterán en este ático conmigo. Siendo egoísta, suena bastante divertido. Si alguien puede animar una situación con rehenes, es Hope.

Pero soy mejor amiga que eso.

—No dices nada —acusa—. Estoy a una mala excusa de asumir que te han cogido y llamar a la policía para denunciar tu desaparición.

—¡No puedes hacer eso!

—Dame una buena razón.

—Porque no estoy desaparecida, no estoy herida y no corro ningún peligro. Son tres razones —la última es una gran mentira, pero estoy en modo control de daños. Tengo que impedir que Hope se ponga en contacto con la policía.

—De acuerdo. Dejaré en pausa lo de llamar a la policía, pero no lo descartaré del todo hasta que me digas dónde estás. Ahora mismo.

Aquí es donde las notas serían útiles. Un poco de previsión podría haber suavizado las cosas. Tal como está todo, digo lo primero que se me pasa por la cabeza. —Voy a estar fuera de la ciudad. Durante las próximas dos semanas. Así que alguien va a tener que cubrir mi horario hasta que vuelva.

Si salgo viva de este ático, claro.

Aunque consiga salir, puede que no tenga un trabajo al que volver. Hope es mi mejor amiga, pero hay límites. Se arriesgó a fusionar su negocio con el mío, y ahora mismo parezco el eslabón más débil de todos.

—¿Estás molesta? —chillo.

Hope respira hondo. —Eso depende. Si las siguientes palabras que salen de tu boca no son “Samuil Litvinov me llevó a Turcas y Caicos durante dos semanas de sexo salvaje y '*oh, Dios, más duro*' en la playa', entonces sí, estoy jodidamente molesta. Porque ese tipo de vacaciones sexuales es la única excusa que podrías tener para hacerme esto.

—Umm...

Hago una pausa para debatir mis opciones, que son pocas. Mentirle a Hope es como tragar cristal, pero la verdad la pondría en peligro. Una de nosotras debería estar fuera para mantener las cosas en marcha.

Así que, por el bien del futuro empresarial de Hope, miento. —Puede que las cosas entre Samuil y yo se hayan... calentado más rápido de lo que esperaba.

No pensé que me secuestraría hasta al menos la tercera cita, pero oye, ¿qué puedo decir? Tuvimos una conexión instantánea.

Hay un instante de vacilación antes de que Hope suelte otro grito desgarrador.

Rufus gimotea. Estoy de acuerdo.

—¡Santo cielo! ¡Es cierto! De verdad. ¡Estás de vacaciones sexuales con Samuil Litvinov! Estás completamente perdonada por todo —declara, con la excitación crepitando en la línea—. ¿A dónde te ha llevado? ¿A San Bartolomé? ¿A las Maldivas? Zorra, ¿estás en Bali?

Echo un vistazo al ático palaciego. —No tanto —admito—. Pero las vistas son increíbles.

Si Samuil me hubiera traído aquí después de una primera cita normal, quizá una cena, unas copas, un paseo por el parque donde nos conocimos, me habría cortejado como es debido. Podría haberme convencido para realizar algunas actividades bastante subidas de tono delante de aquellas ventanas que van del suelo al techo.

En lugar de eso, mantengo la ropa puesta y la guardia alta.

—¡Estoy tan emocionada por ti! —trina Hope—. Y pensar que estuve preocupadísima por ti todo el día. No sabía que te habías ido a hacer locuras con el soltero más sexy de Chicago.

—Nadie está haciendo locuras.

Unos arrumacos nocturnos y un besito no son “locuras”.

—Hm. Bueno, entonces odio decirte esto, nena, pero no parece que estés disfrutando correctamente estas vacaciones sexuales.

—¡Porque no son vacaciones sexuales!

—Todavía no, pero aún estás a tiempo —insiste—. Todo lo que tienes que hacer es usar adecuadamente al apuesto multimillonario que tienes en tu cama. En serio, NoNo, tienes que ser atrevida. He visto viejos vídeos de Sam jugando al hockey, y el hombre sabe manejar su palo…

Algo dentro de mí se rompe, como una goma elástica demasiado tensa. —¡Samuil Litvinov puede coger su palo y metérselo por el culo!

Las palabras resuenan en la cavernosa habitación y recuerdo, demasiado tarde, que está escuchando. Que cada sílaba está siendo grabada y analizada.

Bueno, a la mierda. Los hombres como él huelen el miedo.

No le daré esa satisfacción.

De hecho, si supiera dónde están las cámaras de seguridad de esta sala, me pondría directo en el centro de la toma.

—De lado —continúo—. Y que ni siquiera todos sus miles de millones puedan encontrar un médico lo bastante experto para sacárselo.

Un silencio sepulcral llena la línea. —Vaya. Eso ha salido de un lugar oscuro.

Chica, no tienes ni idea.

Me hundo en la alfombra junto a Rufus y acaricio su cabeza peluda. —Creo que me he equivocado al irme con él.

—¿Es porque no estás corriéndote?

—¡No siempre se trata de sexo, Hope! —sobre todo, porque tener sexo caliente definitivamente no es nuestro problema. Sí me he corrido por mi cuenta, de acuerdo. Y él me ha hecho correr. Tres veces seguidas.

—¿Estás haciendo una NOVAtada?

Frunzo el ceño. —¿Acabas de utilizar mi nombre como verbo? Quiero decir, mierda, eso no es un verbo, pero ya me entiendes.

—Solo porque tienes la mala costumbre de autosabotearte.

Se me cae la mandíbula. —¡Claro que no!

—Oh, vamos, Nova. Has echado por tierra todas las relaciones en las que has estado desde que te conozco. O eliges a imbéciles, o eliges a hombres buenos a los que dejas en cuanto las cosas empiezan a ponerse serias.

—Pete y yo estuvimos juntos casi un año.

—Y te estuvo engañando durante la mayor parte de ese tiempo —me recuerda.

—Quiero decir... que no es del todo falso.

—¡Exacto! —grita Hope—. ¿Quién se olvida de algo así? Alguien que ha salido con demasiados tipos alfa sin cerebro, esa persona.

—Samuil es la definición literal de un tipo alfa sin cerebro. El rey de ellos, en realidad.

—¿Es ese el problema, entonces? ¿Te trata mal? Si te hace daño, lo mataré. Es grande, pero alquilaré una excavadora para que podamos cavar un agujero para su cuerpo del tamaño adecuado.

La feroz protección de su voz hace que me ardan los ojos. Si supiera. Pero no puedo justificar mi desaparición durante dos semanas si le cuento la verdad sobre mi cautiverio.

—No, no me ha tratado mal.

—¡Ajá! —grita como una científica loca—. Así que esto no tiene nada que ver con él y todo que ver con el hecho de que podría ser perfecto para ti.

—Acabo de conocerlo. Es un poco pronto para empezar a lanzar palabras como “perfecto”.

Aunque pueda pasar por alto el secuestro y el largo y sórdido historial delictivo, hay otras cuestiones de compatibilidad que considerar. ¿Se pega atracones de series o las saborea? ¿Necesita algo dulce después de cenar? Porque un hombre que no comprende la naturaleza sagrada del postre es un hombre en el que no puedo confiar.

—Lo que significa que aún es pronto para decidir que esto no funciona —responde ella—. Tienes que darle una oportunidad.

Aprieto los dientes para mantener la verdad enterrada muy, muy dentro. —Veré cómo transcurren las próximas dos semanas y te haré una llamada al final, ¿de acuerdo?

No menciono que tengo que sobrevivir las próximas dos semanas a pesar de todo, y que la única persona que hará una llamada cuando todo acabe será Samuil.

¿Viviré? ¿Moriré? Solo Samuil puede decidirlo.

Sintoniza el episodio de la semana que viene.

El suspiro de Hope susurra a través del teléfono. —Vale. Pero, por favor, por el amor de Dios y de mí y de todo lo que está bien en el mundo... fóllale los sesos mientras tengas oportunidad. Estaría mal dejar que ese cuerpo se desperdiciara.

Reprimo una carcajada. Se moriría si supiera lo de nuestro encuentro en el baño. —Lo tendré en cuenta. Gracias, Hope. Eres una jefa increíble. Y una amiga aún mejor.

—¡Y no lo olvides! ¿Necesitas que haga algo por ti mientras estás fuera?

—Una cosa, en realidad —digo, abalanzándome sobre la oferta—. La abuela. Tiene clase de educación física todos los jueves. Suelo ir a verla después. ¿Te importaría vigilarla por mí mientras estoy fuera?

—¡Por supuesto! Me encanta esa vieja zorra. Considéralo hecho.

—Y para que la historia no se tuerza... —casi me parto de risa histérica, porque esta historia tiene varios giros más que torcidos—. Por lo que respecta a la abuela, estoy de viaje de negocios.

Hope suelta una risita. —Hecho. Tu abuela de setenta y cinco años no se enterará por mí de tu sucio viaje con el rey del inframundo.

—¿Te he dicho que eres la mejor?

—Sí, pero no dudes en seguir con los elogios. Espero una cesta de fruta y un informe completo y detallado cuando vuelvas —dice Hope—. Oh, espera. ¿Cómo fue tu reunión con Katerina? Desapareciste del radar antes de que me pusiera al corriente.

—Bastante, eh... bastante tranquila —miento, bajando la mirada hacia el perro de Katerina, que en estos momentos está babeando mis calcetines—. Fue exactamente como dijiste que sería.

—¿Una puta de pies a cabeza, entonces?

—Una puta completa.

—Al menos tiene buen gusto para los perros —añade Hope.

Sí, perros.

Y hombres.

La verdad me pesa en el pecho cuando termino la llamada, preguntándome cuántas mentiras más tendré que contar antes de que esto termine. Cuántas traiciones más cometeré en nombre de la supervivencia.

Detrás de mí, la ciudad brilla a través de las ventanas como si no pasara nada. Como si no estuviera atrapada en este castillo de cristal con un monstruo que viste trajes de Armani y lleva la violencia en las venas.

Pero los monstruos, estoy aprendiendo, vienen en todas las formas. Algunos llevan insignias. Algunos llevan ropa de diseño.

Y algunos, como yo, llevan las mentiras como una armadura y rezan por ser lo bastante fuertes para sobrevivir.

17

NOVA

Acabo de despedirme de Hope cuando Rufus se levanta como el suricato más grande del mundo.

No necesito adivinar lo que eso significa. En cuestión de segundos, se estará tirando a su secuestrador favorito. Pero, antes de que pueda salir corriendo del salón, Rufus salta sobre mi pecho, me tumba de espaldas en el sofá y me inmoviliza con sus patas carnosas mientras ladra a la puerta principal.

—¡Rufus! —resoplo, librando una batalla perdida con lo que bien podría ser un caballo sobreprotector.

Solo se separa de mí cuando Samuil aparece en la entrada. En cuestión de segundos, Rufus está recibiendo mimos en las orejas como el traidor simpático que es.

—¿Has oído hablar alguna vez de hacerte el duro, Rufus? —murmuro en voz baja.

Samuil desliza una mano en el bolsillo de sus pantalones azul marino, probablemente de algún diseñador italiano de lujo cuyo nombre no sabría pronunciar. Soy dolorosamente consciente de que aún llevo puesto el pijama, ese tan mono con nubecitas que me hace parecer una niña de doce años.

—¿Qué tal el día? —retumba.

—Oh, me lo pasé bomba. Todas las puertas cerradas, los ominosos guardias de seguridad y la falta total de libertad... Tendría que haber pedido el paquete de secuestro antes. ¡Qué vida!

La boca de Samuil se tuerce como si reprimiera una sonrisa. Lo que me da ganas de encontrar un palo de hockey y hacer realidad lo que le dije a Hope.

Rufus salta para que le presten más atención, pero un chasquido de dedos de Samuil lo hace sentarse como si se presentara a una audición para *Best in Show*.

—¿Ahora ni siquiera tienes que darle indicaciones verbales? —intento mantener la mandíbula desencajada, pero las horas que Rufus y yo pasamos practicando infructuosamente su adiestramiento de obediencia parecen ahora una farsa. El adorable cabroncete no me respeta.

Samuil ignora mi pregunta. Su atención se va hacia el pasillo donde se oyen voces. Aparecen cuatro hombres construidos como casas de ladrillo, llevando entre ellos una caja que podría albergar a un pequeño elefante... o, si tuviera que adivinar, a un perro muy mimado.

Tiro de los pies hacia el sofá, no dispuesta a arriesgar los dedos de los pies bajo aquella monstruosidad. —¿Qué se supone que es eso?

El temblor de mi voz se debe a que no estoy convencida de que no sea para mí. Resulta que este cautiverio podría empeorar mucho, muy deprisa.

—Es para Rufus —dice Samuil, con esos ojos oscuros brillando—. A menos que prefieras...

—No. Parecen las dimensiones perfectas de Rufus.

Sonriendo, Samuil silba y arrastra a Rufus en dirección a la caja, dejándolo oler cada centímetro de la misma, por dentro y por fuera. Entonces, su cola empieza a golpear la puerta.

—Creo que le gusta —observo.

—Debería. Es la mejor caja que el dinero puede comprar.

La madera reluce, rica y brillante. Dondequiera que se unan los bordes, no puedo verlos. Parece sin uniones. —Por muy bonita que sea, una jaula sigue siendo una jaula.

—A Rufus no parece importarle —como ejemplo: el traidor está tan metido en su nueva prisión que solo se le ve la cola que mueve salvajemente.

Cruzo los brazos, canalizando cada gramo de ira justa que puedo reunir. —Rufus no es un símbolo de estatus. No es un accesorio de lujo para que dos mocosos ricos y malcriados que quieren hacer una declaración al mundo se lo pasen de un lado a otro.

La boca de Samuil se tensa en un violento tajo. Se me erizan todos los pelos de los brazos. —Si me estás comparando con Katerina, te sugiero que no lo hagas.

—Entonces, no actúes como ella y no lo haré.

—No tengo nada en común con esa maldita mujer.

Vaya, vaya. Parece que he tocado un nervio y lo he pinchado con un tenedor oxidado.

—No es de extrañar que su matrimonio se estrellara si no tienen nada en común —digo, echándome hacia atrás con falsa despreocupación—. Entonces, ¿para qué te casaste con ella?

Vuelve a fingir que examina la caja. De algún modo, siento que sigue observándome. —Es una larga historia.

Traducción: Vete a la mierda, niñata.

Por desgracia para Samuil, eso solo hace que quiera cavar más hondo, encontrar la herida y echarle sal.

—¿Has informado a tu exmujer de que tienes su perro? —pregunto dulcemente—. Porque te

digo ahora mismo que no voy a caer por secuestro de perros.

—Ella lo sabe —dice simplemente Samuil.

Espero más, pero al parecer, el rey de la brevedad ha dicho lo que tenía que decir.

—¿Y...? —pulso, sin poder evitarlo—. ¿Te ha demandado por la custodia?

El bufido de Samuil destila burla. —Por favor. Está contenta de que le quite a Rufus de las manos. Debería cobrarle el favor.

Katerina no parecía especialmente unida a Rufus, pero eso parece frío incluso para sus estándares de reina de hielo. —¿De verdad no le importa?

—No es lo que se dice una "persona de animales". Ahora que lo pienso, tampoco le gustan mucho las personas.

—Quizá tengan algo en común después de todo.

Sus ojos se dirigen a los míos. —No estamos aquí para hablar de mí ni de mi vida personal.

—No, estamos aquí porque te niegas a creer que no estoy confabulado con tu esnob exmujer. Si me van a encarcelar por culpa de esa mujer, lo menos que puedes hacer es hablarme de ella.

—No estás en posición de exigir nada, *krasavitsa*.

—¡No, tienes razón! Solo estoy en condiciones de que me encierren en casa de un multimillonario imbécil que se aprovecha de animales indefensos y de empresarias en apuros. Pero cuando lo dices así, parece que no tengo nada que perder.

Samuil se gira para mirarme de nuevo. Basta un paso para cruzar el espacio que nos separa. De repente, el oxígeno de la habitación desaparece. Y la luz también, porque la apaga cuando se eleva sobre mí. Soy dolorosamente consciente de lo grande que es, y de lo fácil que le resultaría estirar esos últimos centímetros y ponerme las manos encima.

Peor aún, soy consciente de la pequeña y vacilante parte de mí que desearía que lo hiciera.

—La posición en la que podrías encontrarte es aquella en la que el *pakhan* enseña a su sabelotodo cautiva exactamente para qué sirve esa boca.

Oh.

Mi.

Señor.

Esa pequeña y parpadeante parte de mí arde un poco más incluso con su gélida mirada sobre mí.

Pero que me aspen si dejo que lo vea. ¿Quiere ser un idiota? Pues bien. Yo también puedo serlo.

Así que levanto la barbilla y respondo bruscamente—: Ya veo por qué fracasó tu matrimonio, si esa es tu idea de los juegos preliminares.

—Si quieres una lección de preliminares, estaré encantado de complacerte —gruñe, y algo en su tono hace que me tiemblen las rodillas—. Pero no creo que estés preparada para ese tipo de educación.

Doy un paso atrás, casi cayendo sobre el brazo de ese maldito sofá. El corazón me martillea contra las costillas como si intentara escapar, lo que sería un movimiento inteligente, la verdad.

—¿Qué pasa, corderito? —gruñe mientras avanza—. ¿No tienes nada inteligente que decir ahora?

Nada que no saliera accidentalmente muy, muy mal.

La boca de Samuil se divide en una sonrisa que me niego a encontrar atractiva. —Me imaginé. Ahora, si me disculpas, voy a darme una ducha y luego a cenar. Puedes acompañarme.

—¿Una ducha? —respiro antes de poder contenerme.

Eso sorprende incluso a Samuil. Sus ojos recorren mi cuerpo antes de tragar saliva. —Si te metes desnuda y dispuesta en mi ducha, desde luego no seré yo quien te lo impida.

Pero yo sí.

Me abriré paso entre los guardias y me arrojaré por la barandilla antes de dejar que eso ocurra. Porque mi dignidad, mi autoestima, toda mi moral, todo eso desaparecería. ¿Qué me quedaría por vivir?

Con las mejillas encendidas, lo empujo y me refugio en mi habitación.

Me salto la ducha y la cena, aunque solo sea para no meter la pata y decir algo aún más vergonzoso que las piezas ingeniosas que ya le he dado.

Pero, poco después de medianoche, mi puerta cruje al abrirse y Rufus entra a zarpazos en mi habitación. Se acurruca en la cama a mi lado y lo rodeo con los brazos.

—Me sorprende que no estés con Sam —le digo acusadoramente, acurrucándome en su cuello.

Me mira por encima del hombro, y juro que sus grandes ojos marrones responden: *Podría decirte lo mismo.*

18

SAMUIL

Hasta los siete años, solo tenía una imagen de mi madre.

La encontré encajada en el fondo de un cajón del despacho de mi padre, muy apartada, unos años antes. No tenía nombre ni explicación, pero lo sentí en lo más profundo de mi pecho: la conexión.

Tenía el pelo oscuro con ondas color miel, igual que el mío, y los ojos plateados, igual que los míos.

Siempre me había preguntado por qué Ilya tenía una madre y yo no. Al menos tenía la foto. Una instantánea perfecta de la mujer que me dio la vida. Sonreía e irradiaba alegría, y yo podía fingir que, dondequiera que estuviera, seguía siendo feliz. Y que tal vez, algún día, volvería a por mí.

Entonces, mi padre me encontró mirando la foto una noche a altas horas de la madrugada.

Sus ojos azules se astillan como el hielo cuando me la arrebata de las manos. Sus fosas nasales se agitan y sus dientes rechinan. Por un momento, se parece a Reaper, el más feroz de todos sus perros.

No por casualidad, también es su favorito.

—¿De dónde has sacado esto? —no espera a que responda—. Era joven aquí. Dulce. Te encanta que te mire, ¿verdad? Claro que sí. Parece inocente.

Asiento como el niño asustado que soy, demasiado congelado para formar palabras reales.

Lo siguiente que recuerdo es que tira el portarretratos al suelo. El cristal se hace añicos. Sus ojos se clavan en los míos mientras se inclina hacia mí, demasiado cerca, malditamente cerca. Los cigarrillos y el vodka impregnan su aliento mientras exhala una palabra—: Error.

Me arrastra del brazo por el pasillo, abre la puerta de su despacho y me arroja al sillón de cuero del rincón. Miro la habitación con asombro. He estado aquí antes, pero siempre con las luces apagadas. Siempre han sido unos segundos robados, dentro y fuera, antes de que pudieran atraparme.

Ahora tengo tiempo para asimilarlo todo.

Pero solo puedo concentrarme en mi padre mientras abre su escritorio y saca una cinta de vídeo.

—Que esto te sirva de lección, muchacho. Tus ojos siempre te engañarán cuando se trate de mujeres. Puede que pareciera un ángel, pero, bueno... compruébalo tú mismo.

Introduce la cinta en el vídeo. Al principio, estática. Como nieve sucia. Luego, aparece una mujer en la pantalla. Es delgada como un hueso y tiembla en el centro del encuadre. Su pelo cuelga en marañas lacias y grasientas alrededor de su rostro hueco.

Pero cuando levanta la barbilla, veo los mismos ojos plateados de mi foto.

A mi madre.

—P-por favor —suplica con voz ronca—. Por favor, Leonid. Estoy sufriendo.

La voz de mi padre retumba en los altavoces. Me estremezco instintivamente, aunque su versión actual se cierne silenciosa a mi lado. —Tú te lo has buscado. Eres esclava de tus adicciones, Natalya.

—Solo una vez más —suplica, con los labios agrietados y sangrantes—. Un poco más de dinero, y entonces... me desintoxicaré. Volveré.

—Escúchame —su voz se vuelve suave, lo que de algún modo la empeora—. Te ofreceré una elección.

Mi madre se queda quieta, aparte del constante temblor de sus manos.

—Te daré veinte mil dólares para que los utilices como mejor te parezca...

—¡Me lo llevo! —suelta, con los ojos desorbitados—. Lo quiero.

—...pero nunca volverás a ver a tu hijo.

Se me revuelve el estómago. No tengo qué preguntarme cuál fue su elección. Toda mi vida me he preguntado dónde estaba mi madre y por qué se marchó.

Ya lo sé.

No me siento mejor.

—Solo tiene dos años, Natalya. Es un bebé —continúa mi padre—. Nunca volverás a verlo. No te permitiré volver.

Sus ojos van y vienen como los de un animal atrapado. La plata de sus ojos se ha apagado hasta convertirse en un gris sin vida. Entonces:

—De acuerdo.

La pantalla se queda en negro. El silencio resuena en mis oídos.

—Querías saber quién era tu madre —dice Leonid, arrodillándose ante mí—. Así era ella, muchacho. Te entregó por poco dinero y ni una sola vez miró atrás.

Me miro las manos. Si me muevo, podría romperme.

—Mírame, muchacho.

No tengo elección. Arrastro mi mirada hacia la suya. Cuando abro la boca, de mi garganta brotan sollozos crudos en lugar de palabras.

—Niño estúpido —su gruñido atraviesa mi dolor—. No malgastes tus lágrimas en ella. Nunca derramó ni una puta por ti. La próxima vez que llores por tu madre drogadicta, te haré volver a ver este vídeo. ¿Me oyes?

Asiento obedientemente.

No tengo elección.

Veintisiete años después, estoy sentado en mi despacho, viendo una cinta de otra mujer.

Nova nunca lo creería, pero odio vigilar todos sus movimientos. Detesto buscar señales de engaño y traición, siempre preparándome para el siguiente cuchillo en mi espalda.

Cuando la veo cruzar la pantalla, paseándose de una habitación a otra como un pájaro enjaulado, solo veo a mi madre.

—¿Cuánto tiempo has estado estudiando detenidamente ese material?

No he oído entrar a Myles. Cierro la pantalla del portátil mientras él se desplaza detrás de mí.

Una cosa es que me torture viendo a Nova moverse por su prisión dorada. Otra cosa es que Myles también la espíe.

—Solo estoy siendo minucioso.

No es mentira. Conozco cada puto segundo de su mundo despierto. Nova se pasa la mayor parte del día intentando adiestrar a Rufus, que parece divertirse haciendo exactamente lo contrario de lo que ella le pide hasta que se ríe y le da una golosina de todos modos. Entre medias, hace caso omiso de la comida que le he enviado y se cocina ella misma, ignora a la criada que le pago y limpia lo que ensucia, y llama a su abuela y a Hope.

Para cualquier otra persona, observarla sería alucinante. Pero yo no puedo apartar los ojos, por mucho que lo desee.

—¿Y? —Myles se apoya en la pared de cristal, con los brazos cruzados—. ¿Cuál es el veredicto?

Mi mandíbula se cierra con fuerza. Debería sentirme victorioso por mis siguientes palabras, pero en su lugar algo oscuro y dentado me desgarra el pecho. —Cada vez parece más que es inocente.

—Un peón más —suspira, como si todo esto fuera tan previsible—. Una vez más, tienes a un inocente pajarito atrapado en la palma de tu mano.

—“Inocente” —murmuro—. No creo que exista tal cosa.

—Quizá no para ti, ni para mí. Pero no todo el mundo tiene el armario lleno de esqueletos.

Cruzo los brazos sobre el pecho, las manos se cierran en puños lo bastante apretados como para dejar medias lunas en las palmas. —Algunas personas los entierran en el patio trasero. Pero todo el mundo los tiene. Que una persona parezca inocente no significa que lo sea.

El rostro demacrado de mi madre pasa ante mis ojos. Era imposible, por supuesto, pero parecía empeorar cada vez que mi padre me ponía el vídeo.

Cada vez que me sentaba delante de la pantalla, ella se descomponía ante mis ojos. Empecé a odiar verla. Me había engañado. La foto sonriente de ella joven y hermosa había sido una mentira, puro humo y putos espejos, y yo me lo había tragado.

La odiaba por haberme dejado.

La odiaba más por hacerme albergar la esperanza de que volvería.

—¿Sam...?

Parpadeo y vuelvo al momento con un pequeño movimiento de cabeza.

Myles me mira con desconfianza. —¿A dónde has ido?

—A ningún sitio bueno —admito, aclarándome la garganta—. Sé que dije que quería ir al hielo esta noche, pero he cambiado de opinión. No iré.

Me observa con demasiada atención. —¿Estás seguro? Nunca es buena señal cuando fallas a los planes.

—Estoy bien.

—¿Tienes planeado algo más?

Lo ignoro, porque la verdad es que ya no sé qué demonios estoy haciendo. Me levanto y cojo el teléfono y el abrigo. —Quiero un informe de inteligencia sobre Hope’s Helpers para el fin de semana.

Tengo la mano en el pomo de la puerta cuando Myles habla. Su voz es tan baja que casi no la oigo. —Sabes, Nova no es tu madre, Sam.

Esto me pasa por contratar a los mejores. Myles me ve incluso cuando yo no quiero.

Dudo solo un segundo.

Luego, salgo como si no hubiera oído nada de lo que dijo.

19

SAMUIL

Siempre he luchado contra mis demonios sobre el hielo. Hay algo en el frío, el mordisco inflexible del acero contra la pista, que me tranquiliza.

Y, sin embargo, mientras camino las siete manzanas que separan el edificio del Grupo Litvinov de mi ático, lo que busco es calor.

Su calidez.

Ninguna mujer se me ha metido en la piel como Nova Pierce. Ni siquiera Katerina, aunque esa serpiente hizo todo lo posible por colarse.

Por otra parte, nadie a quien le quede una sola sinapsis funcional en el cráneo acusaría jamás a Katerina de ser “cálida”.

—¿Dónde está? —ladro nada más salir del ascensor.

Rolland, el soldado jefe de guardia, se pone en posición de firmes. —Su habitación con el perro, señor. La última vez que lo comprobé.

Ahí es donde estaba también la última vez que yo lo comprobé.

Pero el perro en cuestión avanza por el pasillo, con la lengua fuera de la boca, sin Nova a la vista.

—¿Dónde está, Ru? —le doy unas palmaditas detrás de las orejas, pero está demasiado ocupado metiendo su cabeza entre mis piernas para servirme de algo.

Como si yo fuera el sabueso, sigo su olor a miel por toda la casa. Recorro los caminos que la vi recorrer en la grabación de seguridad, pero no está en ninguna parte. Incluso su habitación está vacía.

Para cuando vuelvo al salón, ya estoy abriendo puertas a tirones y preparado para empezar a desgarrar cojines. Este lugar es una puta fortaleza. Es imposible que haya escapado.

Me arrodillo delante de Rufus, encontrándome con sus ojos. —¿Dónde está, muchacho?

Llévame hasta ella.

Puede que espere algún momento a lo Lassie en el que el chucho demuestre realmente que sirve para algo más que para destruir trajes perfectos.

Pero solo ladea la cabeza y gimotea.

—Maldición —le doy una palmadita en la cabeza al perro y cojo el teléfono para llamar...—. Maldición —gruño de nuevo, guardándome el teléfono en el bolsillo.

Myles ya me sugirió que dejara marchar a Nova. Puede que incluso tuviera razón, aunque guardaré esa opción para no explorarla nunca. Seguro que no voy a llamarlo para darle la satisfacción de un "te lo dije" en una puta bandeja de plata.

Rufus gimotea y me da un codazo en la mano, pero yo estoy ocupado calculando las probabilidades de que Nova suba como una araña treinta pisos de piedra pulida sin que la vean ni salpique el pavimento. Se me revuelve el estómago al pensarlo.

Frustrado por mi falta de atención, el perro se aleja dando saltitos. Da vueltas alrededor de su jaula una y otra vez, con la cola golpeando la alfombra. Luego, se queda fuera de la puerta cerrada y emite un suave y excitado *guau*.

Me acerco a grandes zancadas para abrir la maldita cosa y poder pensar en paz, pero cuando me inclino...

—Tienes que estar de coña —suspiro, divisando la curva de un culo que conozco íntimamente metido en la parte trasera de la caja.

Dormir la siesta en una jaula para perros puede que sea lo más acorde con la marca que ha hecho Nova Pierce desde que la conocí. También es la prueba de que nunca podría trabajar con Katerina ni con el Grupo Andropov. Kat preferiría que la encontraran en un ataúd.

—Nova.

Se agita y se estira como un gato bajo la luz del sol. Su espalda se arquea de un modo que me hace pensar en unirme a ella en esa jaula tan cara. Estaría apretada, pero tengo algunas ideas para hacer que funcione.

—Te dije que era la mejor caja que el dinero puede comprar —digo entre dientes.

Abre los ojos y se levanta de golpe, golpeándose la cabeza contra el techo de madera con un sonido satisfactorio.

—¡Ay! —se frota el cráneo y me mira a través de la puerta entreabierta. Se ruboriza—. ¿Qué posibilidades hay de que te marches y olvides que me has encontrado aquí dentro?

—Si no estabas contenta con tu alojamiento, Nova, podías haberlo hablado conmigo.

Suspira como si yo fuera el irrazonable en esta situación. —Me lo tomaré como un "ni de puta coña".

—Chica lista —le tiendo la mano. Para mi sorpresa, la coge y me deja que la ponga en pie—.

¿Quieres explicarme por qué dormías la siesta en una jaula de perro?

—Buscaba un cambio de aires. El cautiverio hace que la gente haga locuras.

—Llevas tres días y ya estás intercambiando camas con el perro. ¿Debería pedirte un collar, ya que estamos?

Sus ojos se dirigen a los míos, ardientes. —Como tratas al perro mejor que a mí, pensé que merecía la pena intentarlo. Al menos ve el sol cuatro veces al día en sus paseos.

—Hay un balcón.

Se gira hacia las ventanas como si nunca se hubiera fijado en la vista de pared a pared del horizonte de Chicago. —Vaya, tienes razón. ¿Cómo me lo he perdido? ¿Quién necesita libertad cuando tú has proporcionado tan generosamente un trozo de hormigón de cinco por ocho? Eres un verdadero humanitario, Samuil Litvinov.

Me trago una sonrisa de satisfacción. Su lengua afilada me hace cosas que no debería.

Chasqueo los dedos. —De acuerdo. Vámonos.

—¿Qué?

—Que no se diga que Samuil Litvinov no es flexible. Coge tu abrigo.

Su frente se arruga de sospecha. —¿Es algún tipo de truco?

—Sí, es el truco atrozmente malvado de mantenerte caliente mientras paseamos al perro.

—Yo... ¿puedo pasear a Rufus?

—Eres una profesional. Me parece apropiado. Solo un consejo de negocios para ti: intenta que esta vez no lo secuestre ningún apuesto desconocido.

Ella frunce el ceño. —Imbécil.

—Lo que oí fue: “Gracias por ser tan complaciente, Samuil. No solo eres injustamente atractivo, sino también atento”.

—Prefiero quedarme en el cajón para siempre antes que hacerte un cumplido —replica ella—. Haces que mi encarcelamiento sea ligeramente más habitable. Yo no despejaría todavía un lugar en la repisa de la chimenea para tu Premio Nobel.

—De acuerdo —me giro hacia la puerta—. Quédate en tu jaula entonces. Yo mismo sacaré a pasear a Rufus.

—¡Espera! Yo... —resopla enfadada—. Cogeré mi abrigo. Dame dos minutos.

Se reúne conmigo en los ascensores en uno.

Nova hace todo lo posible por parecer hosca y disgustada mientras el ascensor nos baja y cruzamos el vestíbulo, pero, en cuanto salimos por las puertas giratorias, no puede ocultar su excitación.

Echa la cabeza hacia atrás e inspira profundamente. —¿Hueles eso?

—¿Hormigón manchado de pis y gasolina?

Sacude la cabeza. Una sonrisa se desliza por su rostro. —Huele a otoño. A hojas crujientes y frío en el aire.

Tiene razón. El cielo está cubierto de ese azul otoñal descolorido, con el naranja quemado y el rojo cobrizo de las hojas de los árboles. Por un momento, la ciudad parece más hermosa que nunca.

—Solo huelo a orina —luego me alejo dando zancadas, dejando a Nova a mi paso.

Al final me alcanza, aunque mis zancadas empequeñecen las suyas. Agarra con fuerza la correa de Rufus, pero por primera vez en su historia, se comporta de maravilla. Cada vez que una paloma se acerca demasiado o la gabardina de algún paseante rápido lo azota en la oreja, basta un silbido agudo para redirigir su atención y mantenerlo a raya.

Cuando encontramos un banco en el parque para perros, suelta a Rufus, pero yo le sujeto firmemente el collar. —Si te follas algo, te pongo la correa y te llevo a casa. O te portas bien o te encierro, amigo mío.

Le doy una buena rascada detrás de las orejas antes de echarlo. Deja caer el hocico al suelo y se lanza a por la ardilla más cercana.

—Es extraño lo locamente enamorado que está de ti ese perro.

—Lo normal.

Resopla. —Claro. Porque todo el mundo está enamorado de ti, ¿no? —baja la voz unas octavas, haciendo lo que debe de ser su muy ofensiva imitación de mí—. *“Soy rico y guapo y escribo textos pasables, así que ¿quién no se moriría por montar este muslo fornido?”*.

—En realidad, iba a decir que, cada vez que Katerina disciplinaba a Rufus con un atizador de hierro, él se refugiaba en un montón de mi ropa en mi viejo armario —digo—. Pero gracias por llamar “fornidos” a mis muslos. Supongo que lo dijiste en el sentido más halagador posible.

Nova se queda boquiabierta. —Dios mío... Se acostumbró a tu olor. Se sintió reconfortado por tu olor.

—Por eso estaba tan entusiasmado cuando se cruzó conmigo aquel día en el parque. Creo que era su forma de agradecerme que estuviera a su lado.

Su mirada se desvía hacia donde Rufus está aterrorizando a una ardilla, con las patas delanteras apretadas contra el tronco de un árbol mientras ladra amenazas a la pobre criatura.

—Te quería incluso antes de conocerte —resopla, moviéndose en el banco. El movimiento la acerca más a mí, lo suficiente para que su calor se filtre a través de mi ropa—. Las noticias deberían enterarse de esto. Podrían ser la historia optimista del día.

—¿El maltrato y el secuestro de perros te hacen sentir bien? No tenía ni idea de que fueras tan

oscura, Nova.

Pone los ojos en blanco. —Que conste que no soy fan de la forma en que te hiciste con él, pero me alegro de que esté fuera de su alcance. Se merece algo mejor que Katerina Alekseeva.

—En eso estamos de acuerdo.

Tras unos momentos de silencio, dice—: Siento haber dicho que eras como ella. Puede que seas un idiota rico y elitista que me mintió y me secuestró, pero al menos eres un idiota rico y elitista que también es amable con los animales.

—Esta noche me estás colmando de cumplidos.

—¿Quieres que ahora me porte mal contigo para equilibrarlo? Podría abofetearte, insultarte con palabrotas.

—No me tientes, Nova Pierce.

Ante eso, sonríe de verdad.

Nos sumimos en el silencio, observando a Rufus a través de los charcos de luz de las lámparas. El aire nocturno tiene un aire invernal, pero el calor de Nova a mi lado arde como una promesa. O una amenaza. A veces, con ella, es difícil distinguir la diferencia.

Compruebo mi reloj. —Hora de volver.

Su sonrisa se desvanece, pero no discute. Y mientras volvemos a casa, me sigue el ritmo, lo bastante cerca como para que nuestros brazos se rocen a cada paso. Cada roce es un recordatorio de lo que ella es: mi prisionera, mi problema, mi tentación.

Y, si no tengo cuidado, podría convertirse en algo mucho más peligroso.

20

NOVA

Por un segundo, pensé que iba a besarme.

—No me mires así —susurro mientras conduzco a Rufus a su jaula. Puede que esté exagerando, pero juraría que sus ojos tienen de repente un cierto aire de *zorra, me has robado a mi hombre*.

Pero no lo robé. Ni por asomo. Lo único que hice fue fantasear, solo un poquito.

Un beso. Eso es todo. ¿Qué tiene de malo un beso?

Solo son dos labios que se encuentran. Biológico, ¿sabes? Seguramente no sería caliente. Seguro que no sería largo ni suave. De ninguna manera sería una colisión de la boca de Samuil contra la mía, que derritiera estrellas y destrozara la Tierra, el tipo de cosa que no solo cruza una línea, sino que la rompe en pedazos y esparce esos pedazos al viento.

¿...Verdad?

De todos modos, no ocurrió. No hubo beso. Gracias a Dios.

Rufus me golpea con la cola al entrar en la jaula, lo que no parece un accidente. Es como si pudiera oír mis pensamientos e intentara decirme que un beso habría hecho añicos la Tierra, pero más bien en el sentido de *Y entonces todos murieron*.

Luego, se acomoda dentro y me presenta su culo, con la cabeza metida en el rincón más profundo y oscuro, como el perro dramático que es.

—No eres su tipo —murmuro, pero la culpa me corroe por dentro. Estiro la mano para rascarlo y él me recompensa con un lametón baboso en la muñeca. El perdón sale barato cuando tienes pelaje y cuatro patas, supongo.

Cierro la caja y doy un paso atrás, solo para chocar con una pared de músculos sólidos. El pecho de Sam me aprieta la espalda. Sus manos me sujetan con un agarre que hace que la electricidad me recorra la piel.

—¿Estás bien? —pregunta.

Ja. La ironía de esa pregunta. Estoy tan jodidamente lejos de “estar bien”.

Estaba pensando en besar al hombre que me arrancó de mi vida como a una mala hierba de su puto jardín. Eso no grita exactamente “bien” o “bien adaptada”.

Pero al darme la vuelta, tampoco puedo dejar de mirarle la boca. ¿Qué demonios sé yo?

—Nova...

El corazón me palpita en el pecho. Estoy segura de que él también puede oírlo. Lo miro a los ojos y el pánico me atraviesa. —Debería irme a la cama.

—Puede que esté un poco apretado con Rufus ya dentro —comenta con cara seria.

Se me escapa una carcajada, disolviendo una fracción de la tensión que crepita entre nosotros. —Creo que dejaré que Rufus se quede con la jaula. La he probado, pero resulta que no estoy hecha para la vida de perrera.

—Me alegro de que hayas llegado a esa conclusión por tu cuenta. No quería tener que pedir otra.

—Ja. Ja. Ja. Alguien se ha vuelto comediante esta noche.

—En realidad, no soy nada de eso.

Sam me rodea para cerrar la puerta del cajón y su pecho roza mi espalda. El contacto, por leve que sea, hace que la electricidad me recorra la espina dorsal.

Pero incluso una vez cerrado el cerrojo, él no se aparta inmediatamente, y yo tampoco. No me muevo. No puedo moverme.

Hemos pasado de un territorio peligroso a algo nuclear. Un paso en falso y ambos arderemos en llamas.

¿A quién quiero engañar? Pasamos del “cuidado” hace mucho puto tiempo.

Su aliento se abanica contra mi cuello, cálido e íntimo. —Comparte mi cama.

—¿Eres o no eres un comediante? —pregunto débilmente.

No se ríe. —No más cajas —continúa, todavía tan cerca que puedo sentir el rumor de sus palabras contra mi espalda—. No más habitaciones de invitados —su mano se apoya en los barrotes de la jaula, encerrándome entre el frío metal y su calor—. Se acabó eso de acostarte con el perro.

Por un momento, casi me rindo. Casi dejo de lado veintiséis años de lecciones duramente aprendidas sobre los hombres que se creen dueños del suelo que pisan.

Pero es lo que tiene crecer con policías en la familia. Aprendes pronto que autoridad no equivale a rectitud. Que a veces los hombres más temibles son los que dicen protegerte.

Sam es diferente. O al menos, quiero que lo sea. Pero lo he observado estos últimos días, he visto con qué naturalidad el mando recae sobre sus hombros. Con qué facilidad le llega el control.

Y precisamente por eso no puedo ceder.

Porque he pasado toda mi vida construyendo algo que es mío. Una vida en la que elijo en quién confiar, a quién ayudar, a quién dejar cerca. Donde los animales rotos y las ancianas asustadas saben que pueden contar conmigo. Que estaré con ellos. Que seré real.

Si dejo que Sam me arrastre a su cama sin condiciones, sin demostrar que me ve como algo más que un cuerpo caliente conveniente o una amenaza potencial para la seguridad, perderé eso. Me perderé a mí misma.

Así que giro para enfrentarme a él, con el corazón atronando pero la columna vertebral recta. Su calor y su tamaño me abruman, pero me he enfrentado a pastores alemanes agresivos y a la ira de mi padre. Puedo soportar la intensidad de Samuil Litvinov.

—Compartiré tu cama si me tratas como a una mujer, como a una igual, no como a una rehén en cualquier jodido juego al que estemos jugando.

Su expresión se ensombrece y aprieta la mandíbula. —Esto no es un juego —se acerca y se eleva sobre mí hasta que su sombra me engulle por completo—. Nada de esto ha sido un juego.

—Tienes razón —digo, negándome a echarme atrás, aunque su colonia haga estragos en mis sentidos—. Esta es mi vida. Y, si quieres compartirla, tienes que demostrar que entiendes lo que eso significa.

Aprieto la palma de la mano contra su pecho, sintiendo cómo su corazón golpea contra mi mano como si intentara liberarse. La mayoría de la gente confundiría ese ritmo con ira, pero estoy empezando a leer las partituras del lenguaje corporal de Samuil Litvinov.

Esto es algo totalmente distinto.

—Mañana por la mañana quiero desayunar con mi abuela y pasar por la oficina —inclino la cabeza hacia atrás para encontrarme con esos ojos de nube de tormenta—. Ven conmigo. Demuéstrame que respetas quién soy fuera de estos muros.

Contengo la respiración, observando su rostro mientras estudia el mío. Espero resistencia. Espero que me recuerde que sigo siendo técnicamente su prisionera hasta que su equipo me dé el visto bueno. Espero que haga algún comentario cortante sobre cómo el director general más poderoso de Chicago no desayuna con ancianitas.

En cambio, me sorprende.

—Hecho —dice simplemente.

La palabra cuelga entre nosotros, cargada de posibilidades. Busco en su rostro señales de burla o manipulación, pero no encuentro ninguna. Solo esa intensidad que me hace sentir que soy la única persona en su mundo.

Este sentimiento es peligroso. Más peligroso que cualquiera de sus amenazas u órdenes. Porque por un momento, solo un momento, le creo de verdad. Creo que me ve como algo más que una amenaza potencial para la seguridad o una cómoda compañera de cama.

La risa brota antes de que pueda detenerla.

—Si hubiera sabido que era tan fácil negociar contigo...

—No lo hagas.

Su mano me coge la barbilla y el mundo se estrecha en ese punto de contacto. Firme, pero no áspero: todo lo que Sam no debe ser.

—No confundas mi acuerdo con debilidad —su pulgar me roza el labio inferior y se me entrecorta la respiración—. Quiero conocer tu mundo, Nova.

Se acerca más, hasta que estoy de espaldas contra la caja de Rufus. El metal está frío a través de mi camisa, pero Sam... Sam es todo calor.

—Pero no te equivoques —su voz baja, más áspera—. Cuando por fin vengas a mi cama, no será por regateos ni negociaciones.

El corazón me retumba contra las costillas cuando se inclina hacia mí y sus labios casi rozan mi oreja. —Será porque ninguno de los dos soporta estar en otro sitio.

Quiero discutir. Quiero mantener cierta apariencia de control. Pero mi cuerpo me traiciona y se arquea ligeramente ante su calor, buscando más de esa conexión eléctrica que chispea entre nosotros cada vez que estamos cerca.

Sus ojos se oscurecen al darse cuenta y, por un momento, pienso que me besará. Quiero que me bese, aunque eso demuestre lo contrario.

En lugar de eso, se aparta lo suficiente para encontrarse con mi mirada, dejándome ver el hambre crudo en ella. La promesa.

Su mano se aparta de mi cara, pero el fantasma de su contacto perdura y quema.

—La habitación de invitados es tuya esta noche —su voz vuelve a ese timbre controlado, pero algo fundido sigue acechando debajo—. Dulces sueños, pequeña luchadora.

Lo veo alejarse. Mi corazón late triunfal y frustrado a partes iguales. A cada paso que da, algo en mi pecho se aprieta más y más.

El chasquido de la puerta de su habitación resonando en el ático debería sentirse como una victoria. Conseguí lo que quería: que se cumplieran mis condiciones, que se respetara mi autonomía.

Entonces, ¿por qué tengo la sensación de haber perdido algo esencial?

Por primera vez desde que empezó este extraño baile, me pregunto si ambos nos estamos involucrando más de lo que ninguno de los dos pretendía.

En su jaula, Rufus deja escapar un suspiro dramático.

Sí, colega. Pienso lo mismo.

21

NOVA

No puedo apartar los ojos de la única mano que tiene en el volante.

Sobre todo porque, después de lo de anoche, es la única parte de él que puedo mirar sin estallar en llamas.

—Sigue mirándome la mano y puede que me vea obligado a mostrarte alguno de sus otros talentos mientras conduzco —gruñe, haciéndome dar un respingo en el asiento.

Escondo la cara para que no vea lo rojas que están mis mejillas. —No estaba mirando.

—Nova —la forma en que dice mi nombre, como chocolate negro derritiéndose en su lengua, debería ser ilegal—. Has estado embobada desde que salimos del ático.

—Me estaba asegurando de que cumplías las leyes de tráfico —murmuro, cruzando los brazos sobre el pecho—. Dijiste que eras un delincuente.

—Sí, pero un delincuente con un código —sus labios se curvan—. Siempre pongo las luces de cruce antes de girar.

Quiero decir algo perverso e inteligente, pero mi cerebro sufre un cortocircuito cada vez que recuerdo lo de anoche. Nos acercamos tanto al borde del acantilado, al punto de no retorno, que mi pecho sigue haciendo extraños garabatos cada vez que lo pienso. Su olor, sus ojos, todo tan cercano y personal y consumiendo cada jodida parte de mí que es un milagro que no haya entrado en combustión espontánea...

Y ahora, aquí estoy, llevándolo a conocer a mi abuela como una adolescente enamorada. Pensarlo me aprieta el pecho. La abuela no es solo mi familia: es mi ancla, mi estrella polar, la única persona que me ha querido incondicionalmente desde que nací.

Nunca he llevado a un hombre a conocerla. Ni una sola vez.

Lo pedí anoche. De hecho, lo pedí expresamente. Entablé una *puta negociación literal* con un puto *jefe mafioso literal* para conseguir exactamente este resultado.

Así que explica el pánico que me traga entera. Seguro que yo no puedo.

Aparcamos en Legacy Retirement Village, y la ansiedad me sube por la garganta. Agarro el antebrazo de Sam antes de que pueda abrir la puerta. —Espera.

Vuelve hacia mí esos ojos de bronce, con una ceja oscura levantada.

—¿Estás seguro de esto? —pregunto, odiando lo pequeña que suena mi voz—. Quedar con la abuela... no es casual. Al menos, no para mí.

—¿No estás preparada?

—No, yo... —trago saliva con dificultad—. Es que... ella es todo para mí. La única persona en la que he confiado de verdad.

Su expresión se suaviza durante una fracción de segundo antes de que su arrogancia habitual vuelva a su sitio. —Entonces, será mejor que no la hagamos esperar.

Respiro hondo y asiento. Debo estar perdiendo la cabeza.

O tal vez ya la perdí. La perdí en el momento en que este hombre peligroso y hermoso irrumpió en mi vida con sus sonrisas afiladas y sus manos amables.

Pero entonces, para añadir sobresalto a mi pánico, Samuil me rodea la cintura con una de esas manos suaves en cuestión, y me empuja a través de la puerta principal.

Ya no hay vuelta atrás.

—Tu perro parece tener otras ideas sobre la agenda —dice Sam secamente cuando Rufus nos abandona inmediatamente en el vestíbulo para regodearse en la atención de residentes y visitantes por igual.

El gran danés está en el cielo, aceptando caricias y golosinas como el desvergonzado adicto a la atención que es. Todas las personas mayores que pasan tienen que pararse a arrullarlo, y él se lo traga, con sus patitas bailando excitadas por el suelo de baldosas.

—Adelante —me dice Sam, con la boca torcida en las comisuras—. Yo me encargaré de la mariposa social.

Dudo durante una fracción de segundo, pero me vence la necesidad de ver cómo está la abuela. Mis tacones chasquean contra el suelo mientras me apresuro hacia la sala común, ensayando lo que voy a decir. *Solo un amigo. Nada serio. Definitivamente, no el hombre que anoche me inmovilizó contra una jaula y me susurró al oído promesas sucias sobre lo que ocurriría cuando… no “si”, sino cuando, me acercara a su cama.*

En cuanto la veo sentada en la sala común en una silla de ruedas, se me cae el estómago.

Todos los pensamientos sobre Sam se evaporan.

—¡Abuela! —la palabra me sale de la garganta—. ¿Por qué estás en una silla de ruedas?

Se sobresalta y una delicada mano vuela hacia su pecho. —¿Nova? ¿Qué estás...?

—¿Qué ha pasado? —caigo de rodillas junto a su silla y agarro sus manos entre las mías. Las siento tan pequeñas, tan frágiles. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Cuándo se volvió quebradiza mi fuerte y vibrante abuela?

—Pensé que estabas de vacaciones —se desvía, pero veo la culpa en sus ojos.

—Y yo que pensé que sabías andar.

Ella saluda despectivamente. —Oh, sí que puedo. Es que me he cansado.

—Abuela.

Se le escapa un suspiro. —No es nada grave, cariño. Me di una vueltecita hace dos días y me hice daño en la cadera. La silla es temporal. Solo durante una semana.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se me quiebra la voz—. ¿Y por qué Hope no dijo nada cuando te visitó ayer?

—No te atrevas a culpar a Hope —la abuela me mueve un dedo—. La hice prometer que no te preocuparía. Por fin te estabas tomando un tiempo para ti y no quise estropearlo.

Abro la boca para discutir, pero un ladrido familiar y estruendoso me interrumpe. Rufus entra en la habitación como si fuera su dueño y se dirige hacia la abuela. Pero, en lugar de su habitual rutina de excavador, se acerca a ella con suavidad, apoyando la cabeza en su regazo con sorprendente ternura.

—Hola, guapo —dice la abuela, con la cara iluminada—. Eres un encanto.

No puedo evitar soltar un bufido. —No dejes que te engañe. Es una amenaza.

—No le hagas caso —le dice a Rufus, rascándole detrás de las orejas—. Solo está malhumorada porque no le conté lo de mi caída.

—Ya lo creo que estoy de mal humor.

—Dale un respiro a la mujer, Nova. Intentaba protegerte.

Y ahí está el otro niño hermoso.

Sam se apoya en la pared como si fuera su dueño, todo poder enroscado en ropa informal. La suave camiseta azul se extiende por su pecho de una forma que me hace agua la boca. Los pantalones oscuros abrazan sus muslos y, por un momento, solo puedo pensar en cómo se sentían esos muslos abrazando mis caderas anoche.

—¿Y quién eres tú, cariño? —pregunta la abuela, pero capto el brillo cómplice en sus ojos.

Sam se aparta de la pared con gracia depredadora y extiende una gran mano. —Samuil Litvinov. Soy el dueño de este buscador de atención sobredimensionado que actualmente babea sobre su regazo. Es un placer conocerla, Sra. Hogan.

—Llámame Serena —la abuela le coge la mano y le bailan los ojos. Luego, se vuelve hacia mí con una mirada que presagia problemas—. ¿Nova ha traído a un chico para conocerme?

—Un amigo —interrumpo rápidamente—. Samuil y yo somos amigos.

Amigos. Incluso sabe a mentira. Los *amigos* no hacen lo que hicimos anoche. Los amigos no gruñen votos oscuros, ni amenazan con casi besos que nos desharían a los dos de formas imposibles de arreglar.

No somos amigos.

Ni siquiera un poco.

Sam se deja caer en la silla junto a ella, como un rey que reclama su trono, con aquellas largas piernas extendidas ante él. Todas las mujeres de la habitación, desde las residentes hasta las enfermeras, se quedan mirando. No las culpo. Yo también.

—Tengo muchas preguntas —la abuela sonríe.

—Oh, Dios —gimo.

—Déjame adivinar —interviene Samuil con suavidad—. Quieres saberlo todo sobre Rufus. Pues es un buen punto de partida, porque fue él quien me presentó a tu nieta. Por así decirlo.

Me hundo en una silla, atrapada entre ellos como una pelota de ping-pong. Durante los siguientes veinte minutos, apenas puedo articular palabra. Sam tiene a la abuela comiendo de su mano, contándole historias que la hacen reír hasta que se seca las lágrimas de los ojos.

El muy cabrón está encandilando a mi abuela. Y lo hace sin esfuerzo.

—Bueno, es la hora de comer de esta vieja —anuncia por fin la abuela, dando una palmada. Sus ojos brillan con picardía—. Pero aún no he terminado contigo, Samuil. Se quedarán a comer. Insisto.

Se me cae el estómago. Conozco ese tono. Es el mismo que usó cuando me convenció para que adoptara un gato de tres patas en el instituto. El mismo que usó cuando me convenció para que montara mi propio negocio en lugar de trabajar en la empresa de seguridad del amigo de mi padre.

Es su voz de *"sé lo que es mejor para ti"*. Y, ahora mismo, ella cree que Sam es lo mejor para mí.

Mierda.

¿Cuál es la peor parte? Observarlo con ella, ver cómo se inclina cuando ella habla, cómo mantiene a Rufus tranquilo sin ni siquiera pensar en ello, cómo sus afilados bordes parecen suavizarse solo una fracción...

Empiezo a pensar que puede tener razón.

Sin embargo, solo puedo culparme a mí misma. Cometí un error al traerlo aquí, al dejar que encandilara a mi abuela, al no solo permitirle sino invitarlo a entrar en mi mundo como su fuera parte del suyo.

Ahora, no es tan fácil odiarlo. Antes era un secuestrador. Una mala idea. Una distracción. Un

pecado.

Sin embargo, al cabo de veinte minutos, de repente es el hombre que hace reír a mi abuela, que se da cuenta de que su vaso de agua está vacío y se lo rellena sin que se lo pida, que me mira como si quisiera devorarme entera, pero le habla con auténtico respeto.

¿Cómo demonios se supone que voy a mantener mis muros en pie cuando él los está desmantelando sistemáticamente, ladrillo a ladrillo?

Incluso mientras veo cómo lleva a la abuela hacia el comedor, con su enorme cuerpo empequeñeciendo la silla de ruedas, me duele el pecho. Esto no es a lo que me había apuntado. Una noche de placer en la ducha de mi estrecho apartamento no debía convertirse en... esto.

Pero cuando me devuelve la mirada, con una pequeña sonrisa privada jugueteando en sus labios, me doy cuenta de que tal vez sea demasiado tarde para detenerlo.

Ya estoy cayendo.

Y algo me dice que el aterrizaje va a doler mucho.

22

NOVA

—¿Quieres decirme por qué estás haciendo pucheros, o tengo que adivinarlo?

—No estoy haciendo nada —levanto la barbilla, desafiante. El cuero del Aston Martin de Samuil cruje cuando me muevo, negándome a establecer contacto visual.

—"Dice, haciendo pucheros" —su voz profunda retumba divertida, el muy cabrón—. Me gusta Hope.

—Mhmm —la palabra sale amarga y cortante—. Y definitivamente tú le gustas a ella.

El eufemismo del puto siglo. Mi traidora mejor amiga, la que se supone que es inmune a las sandeces masculinas, prácticamente tropezó consigo misma adulando al soltero más peligroso de Chicago. La misma mujer que una vez obligó a un hombre a escribir una disculpa formal a su madre por enviarle fotos de pollas no solicitadas acaba de entregarle a Samuil Litvinov su corazón en bandeja de plata.

Todo porque soltó un chiste sobre su software de contabilidad y se ofreció a conseguirle un descuento en un nuevo programa.

—Le gusté a tu mejor amiga —tuerce el cuchillo, porque claro que sí—. ¿Eso es lo que te tiene tan alterada?

Rufus gimotea, dándome un golpecito en el hombro con su nariz húmeda. Le rasco detrás de las orejas, agradecida por tener al menos un alma leal en este coche.

—No me molesta que le gustes a Hope.

—Claro —resopla—. No solo te molesta: te está matando. Nunca has odiado nada más.

Me rechinan los dientes. —Quiero hablar de otra cosa.

—Vale, hablemos de tu abuela. También le gusté. Me lo susurró cuando nos íbamos —su voz baja una octava, goteando satisfacción—. También me dijo algo sobre un anillo familiar. Me dijo que le dijera si quería...

—¿Te ofreció su anillo de boda? —las palabras me estallan, haciendo que Rufus se estremezca —. ¡Hemos estado allí dos horas! ¡Ni siquiera te conoce! Apenas *yo* te conozco. ¿En qué estaba pensando esa vieja senil? ¿Qué le dijiste?

Sus labios se curvan en una sonrisa perversa mientras se inclina sobre la consola. —Te lo dije.

Oh. Soy idiota.

No hubo oferta de anillo. Solo Samuil, demostrando lo mucho que me molesta que haya encantado a todo mi mundo en el lapso de una mañana.

—Nunca te habría dejado acompañarme si pensara que te las ganarías a todas.

—¿Celosa?

Sí. Dios, sí. La admisión me pesa en el pecho y se niega a ceder.

Pongo los ojos en blanco. —Confundida, en realidad. Hope ha odiado a la mayoría, no, a todos mis novios. No veo por qué tú deberías ser tan diferente.

—Para empezar, no soy tu novio.

Las palabras calan más hondo de lo que deberían, teniendo en cuenta que tiene razón. No somos nada el uno para el otro. Nada excepto captor y cautiva, jugando a la normalidad mientras sus hombres nos persiguen con armas cargadas.

—Correcto. Eres mi captor —digo, para recordármelo a mí misma tanto como a él—. Pero no puedo anunciarlo exactamente sin hacer que encierren conmigo a mi abuela y a mi mejor amiga, ¿verdad?

Samuil mira fijamente hacia delante, irradiando la arrogancia despreocupada de un hombre que nunca ha encontrado un obstáculo que no pudiera derribar o comprar.

—Eres bueno en esto, ¿verdad? —acuso.

—Probablemente —le tiembla la mandíbula—. Pero tendrás que ser más concreta.

—En encantar a la gente.

Se encoge de hombros, el movimiento es líquido y grácil. —Las cosas avanzan más suavemente cuando le gustas a la gente.

—O cuando creen que les gustas, pero en realidad no te conocen. Y en secreto, solo estás esperando para secuestrarlos en un parque y convertirlos en tus cautivos.

No muerde el anzuelo. Solo asiente. —Sí, eso también. Se cazan más moscas con miel que con vinagre.

Le echo un vistazo: va vestido de manera informal, con pantalones sueltos y una camiseta ajustada, el pelo ingeniosamente despeinado y la barba perfectamente cuidada. Es imposible conciliar esta versión de él con el hombre que me empujó dentro de ese todoterreno negro.

—No todo el mundo funciona así —las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas—. Mi padre solo opera con vinagre.

—Teniendo en cuenta lo que me has contado de él, no me sorprende.

Me retuerzo las manos en el regazo. Nunca hablo de mi padre. Jamás. Pero hay algo en Samuil que me saca el veneno, secreto a secreto.

—¿Visita a menudo a la abuela?

Intento no fijarme en la ligereza con la que habla de ella, como si tuviera derecho a reclamar esa familiaridad. —Cada dos meses, sobre todo con fines administrativos —tengo las uñas destrozadas. Me las mastico de todos modos—. Paga las facturas y comprueba que toma la medicación que él paga. Solo quiere que su dinero rinda. Eso es todo.

La cabeza de Rufus se apoya en mi codo. A veces, creo que entiende más de lo que podría entender cualquier humano.

—Después de que la abuela sufriera su segunda caída, se mudó con mi padre y conmigo —el recuerdo me quema los ojos—. No pasó mucho tiempo antes de que empezara a buscarle un ancianato.

Los nudillos de Samuil se blanquean contra el volante. —Supongo que no eras partidaria de ponerla allí.

—En cuanto a residencias de ancianos, la suya está bien —se me quiebra la voz, y me odio por mostrar esta debilidad delante de él—. El personal es agradable. Ha hecho amigos. Pero...

La emoción me sube por la garganta. Me la trago. —Ella es de la familia. No debe estar en una residencia. Debe estar conmigo.

Rufus gimotea. Aprieto un beso contra su hocico, agradecida por la excusa de ocultar mi cara. —Pero tengo un plan. Cuando mi negocio despegue, ahorraré y alquilaré un piso de dos habitaciones. Entonces, la abuela podrá mudarse conmigo.

—Yo pensaba que paseabas perros por amor a los perros —ahora sus burlas son diferentes, más suaves en los bordes.

Rasco a Rufus detrás de las orejas. —Me encanta. Esto es mucho mejor que la serie de trabajos sin futuro que tenía antes. Cuando Hope y yo decidimos unir nuestras pasiones, lo sentí como el destino —mis labios se tuercen—. Pero el destino no paga las facturas. Estas cosas llevan su tiempo. Me esperan un par de años más, como mínimo.

—Oh, no lo sé. Eres testaruda. Si alguien puede hacerlo, eres tú.

—Gracias... creo —le lanzo una mirada para disimular cómo sus palabras calientan algo en lo más profundo de mi pecho—. Por supuesto, estaría mucho más avanzada si no estuviera confinada en tu apartamento durante las próximas dos semanas. Además, me has costado un cliente.

Dirijo mi pulgar hacia Rufus, que inmediatamente empieza a lamerlo para obtener golosinas

inexistentes.

—Sigues siendo la paseadora de Rufus —me recuerda, aparece ese hoyuelo exasperante—. Como beneficio añadido, tendrás que tratar conmigo como su dueño en lugar de Katerina.

—Es una ligera mejora —la admisión raspa mi orgullo en carne viva—. Solo espero que esto no le cueste un cliente a Hope. Puede que Katerina sea una zorra, pero es una zorra rica. Paga bien.

Samuil descarta mi preocupación con un elegante movimiento de muñeca. —Lo que dije antes iba en serio. Si Katerina abandona sus negocios con Hope, yo la contrataré.

Me invade el recuerdo de su promesa anterior. La forma en que se sentó en la silla del despacho de Hope como un rey en su trono, ofreciéndose despreocupadamente a sustituir a un cliente rico por diez más. —Mi exmujer no está hecha para cuidar de otros seres vivos —dijo, haciendo que Hope se riera como una colegiala—. Estuvo más que dispuesta a dejar que le quitara a Rufus de las manos. Pero no te preocupes, creo que quiere seguir con tu servicio de ayudante. Si no es así, llámame. Te conseguiré diez clientes más.

Vi cómo los ojos de Hope se iluminaban como si le hubiera tocado la lotería. Samuil podría haberle dicho que soltara a Katerina en el acto y ella lo habría hecho con una sonrisa. Demonios, podría haberle dicho que se sentara, se quedara quieta y se diera la vuelta, y ella habría estado dando volteretas antes de que él terminara la frase.

—Tienes un argumento convincente.

—Probablemente por eso le gusté tanto a Hope —sus ojos captan los míos en el espejo retrovisor, oscuros y cómplices.

Siento calor en el estómago. Desvío la mirada hacia la ventana, viendo pasar borrosamente los monumentos de acero y cristal de Chicago.

Nos acercamos a su edificio. Uno de sus hombres espera en la acera: otro traje perfectamente confeccionado que oculta una musculatura cuidada y una pistola enfundada.

La realidad se derrumba como un cubo de agua helada.

Puede que Samuil encandile a las ancianas por la mañana y se gane a las mejores amigas escépticas por la tarde, pero dirige un ejército de asesinos que ejecutan su voluntad sin rechistar.

Cuando por fin decida que soy un lastre, no habrá ningún encanto. Solo fría eficacia.

Y no tendré ninguna oportunidad.

23

SAMUIL

Mi ratoncito me está torturando.

Ella no lo sabe, o tal vez sí, y esto es una especie de cruel venganza por mi buen comportamiento de hoy. Lo único que sé es que verla ir de cita en cita con esos vaqueros pintados y ese trozo de algodón blanco al que llama camisa ha sido el infierno más dulce.

He tenido que hacerme el simpático. He tenido que ser encantador. Tuve que mantener las manos quietas mientras cada célula de mi cuerpo gritaba para reclamar lo que es mío.

En cuanto entramos en el ascensor, se acabó lo de ser bueno.

Nova jadea cuando la aprisiono contra la pared, enjaulándola con mi cuerpo. Se derrite contra mí al instante, sus caderas buscan las mías, esos labios suaves se separan al respirar. Pero como es Nova, mi obstinada y luchadora Nova, frunce el ceño. —Hay todo un ascensor, Sam. No tenemos por qué estar uno encima del otro.

—No, no hace falta —le planto la mano en la cadera, observo cómo agita las pestañas, siento cómo se le entrecorta la respiración. Pura jodida tentación—. Pero me he portado bien todo el día. Estoy harto de contenerme.

—¿Te estabas conteniendo?

La genuina sorpresa en su voz me hace querer mostrarle exactamente cuánto me he estado conteniendo. Si pudiera ver lo que me hace, entendería por qué es un milagro que no la haya doblado sobre la mesa en el almuerzo y escandalizado a una cafetería llena de observadores ancianos.

Ahora, por fin estamos solas, aparte de Rufus, que tira de su correa, ansioso por atravesar las puertas del ascensor, y estoy tan empalmado que es doloroso. La cogeré aquí mismo, en la alfombra del vestíbulo, si es necesario. Dadas las numerosas muestras públicas de afecto de Rufus, no está en posición de juzgar.

Pero, cuando las puertas se abren, Rufus no entra en el ático como de costumbre.

Gruñe.

—¿Ru...? —Nova se inclina a mi alrededor para ver cómo está el perro. El roce de su cuerpo contra el mío hace que la electricidad crepite por mis venas, pero ni siquiera ese contacto puede ahogar las campanas de alarma de mi cabeza.

Rufus nunca ha gruñido. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando las ardillas y las palomas se le echan encima en el parque.

Pero ahora tiene los pelos de punta, los dientes enseñados y, de repente, soy plenamente consciente de lo enorme e intimidante que puede llegar a ser.

También está claro que algo va muy, muy mal.

Entro en el vestíbulo y extiendo la mano hacia Nova y el perro. —Quédate aquí.

El problema es que, por muy grande que sea Rufus, sigue siendo un cachorro con el control de impulsos de un cachorro. En cuanto paso a su lado, arranca la correa del agarre de Nova con una fuerza aplastante y carga contra el apartamento, ladrando como un demonio desatado.

—¡Rufus, no! —Nova corre tras él.

Maldiciendo, los sigo a los dos, deteniéndome en la puerta del salón cuando veo lo que ha desencadenado los instintos protectores de Rufus.

De pronto, me conformo perfectamente con dejar que el perro se encargue de esta situación.

Alguien tiene que darle una lección a mi hermano.

Ilya se recorta contra el horizonte de Chicago, con las manos metidas en los bolsillos y el pelo peinado hacia atrás con suficiente producto como para abastecer a una pequeña peluquería. Se da vuelta y tropieza hacia atrás contra el cristal cuando se enfrenta a treinta kilos de gran danés gruñón. Su frente se arruga cuando lo reconoce. —¿Qué coño hace aquí el perro de Kat?

El hecho de que Rufus conozca a Ilya hace que este momento sea infinitamente más dulce. El perro es realmente un excelente juez del carácter.

Rufus baja la cabeza con otro gruñido y se acerca, con las orejas gachas en posición de ataque.

Y mi hermano saca su pistola.

Ilya siempre ha sido un tirador de mierda, así que apuesto por Rufus en este combate. Pero, antes de que pueda ordenar al perro que se retire, Nova pasa a mi lado como una bala.

—¡No le dispares! —se lanza entre el arma y Rufus, con los brazos levantados como un escudo —. ¡Solo es un cachorro!

A Ilya le importa una mierda. Conozco la historia de mi hermano, tanto con los perros como con las armas. Al haber crecido en la misma casa que yo, los perros de nuestro padre lo aterrorizaban tanto como a mí. Y siempre le ha picado el dedo en el gatillo: una mezcla volátil de impulsividad y autoconservación.

La visión de Nova en su punto de mira anula todo lo demás.

Cargo y me pongo delante de ella, bloqueándola por completo. —Baja el arma, Ilya.

No lo hace. Tampoco aparta los ojos de Nova. —¿Quién es?

—Ilya —gruño—, baja la puta pistola o lo haré yo por ti.

Rufus elige este momento para soltar otro gruñido largo y amenazador.

Ilya se estremece.

No vacilo. Embisto contra mi hermano, golpeándolo con una fuerza brutal. Lo agarro por el brazo de la pistola, pero no antes de que el arma se dispare.

El disparo estalla en el ático. Los cristales se hacen añicos. Nova grita.

Nada más importa mientras clavo mi codo en la cara de mi hermano, desarmándolo con un movimiento salvaje.

En el instante en que el arma abandona su mano, me giro para ver cómo está Nova. Pero ha desaparecido. —¿Nova?

Me vienen imágenes a la cabeza: Nova desangrándose. Un agujero en su pecho. La luz desvaneciéndose de esos ojos dorados. Yo arrodillado sobre su cuerpo roto mientras mi mundo se derrumba.

He visto morir gente antes. Demasiada para contarla. Mucha por mi propia mano.

Pero no Nova. Nunca Nova.

Entonces, oigo su suave voz y la veo agachada en un rincón junto a la jaula de Rufus. El cachorro tiembla por el disparo, pero los dos están ilesos.

El alivio que me inunda es asombroso. No me había dado cuenta de que me estaba ahogando hasta que pude volver a respirar.

—Llama a Myles —le ordeno—. Dile que venga ya.

Antes de que pueda responder, levanto a Ilya del suelo por el brazo y lo arrastro hasta el balcón.

—Suéltame —ladra, pero no lo suelto hasta que lo arrojo literalmente contra una de las tumbonas. La madera gime bajo su peso.

Me coloco entre él y la puerta. Lo arrojaré por encima de la barandilla antes de volver a dejar que se acerque a Nova. —¿Qué coño crees que estás haciendo?

Ilya se lleva la mano a la nariz, donde la sangre le corre por la boca y la barbilla.

—La has roto, maldición —se queda mirando la sangre que recubre sus dedos como si necesitara una confirmación visual—. Me has roto la nariz.

—Un hueso roto es mejor que una bala en el cerebro. A menos que prefieras probar la alternativa

—agito la pistola delante de él—. Podemos comparar las opciones, si quieres.

Ilya mira el arma y luego a mí. Se lleva la mano al regazo y estalla en carcajadas, las carcajadas desquiciadas de alguien que nunca se ha enfrentado a consecuencias reales.

Se tapa una fosa nasal y sopla, rociando de sangre la alfombra del balcón. —Es monísima. ¿Tiene nombre?

Aprieto la mandíbula. Sé que Ilya se da cuenta. —Es la paseadora del perro.

—¿Es esa la historia que andas contando? —la diversión que baila en sus ojos me lo dice todo: no se lo cree.

—A diferencia de ti, yo no pierdo el tiempo en conversaciones inútiles, Ilya. ¿Por qué estás aquí?

—Ha pasado un tiempo, hermano —dibuja la palabra como si fuera veneno—. Habría pensado que te alegrarías de verme.

—Estás pensando en nuestro padre. Nunca me alegro de verlo.

Ilya sonríe. —Hablando del diablo, ¿lo has visto últimamente?

Sacudo la cabeza. —No ha venido a verme, y yo no salgo corriendo solo porque él chasquee los dedos. Ese es tu trabajo.

Ilya hace ademán de ensanchar la sonrisa, pero sus ojos se tensan en ese viejo y familiar patrón. —Ah, es el precio de ser el favorito, supongo.

—Estoy a punto de tirarte por el balcón si no me dices qué haces aquí.

—Entonces, ¿hemos terminado de ponernos al día? —saca un teléfono desechable del bolsillo y me lo pasa por la mesa—. Me parece bien. Adelante, echa un vistazo.

La pantalla ya está iluminada con una foto: una instantánea de Katerina en el parque. Está sentada en un banco, junto a un hombre de mediana edad con mechones grises en el pelo oscuro. La mira como si fuera su próxima comida.

Deslizo el dedo hacia la izquierda y encuentro más fotos de Katerina con el mismo hombre. En restaurantes. En esquinas. Fuera de hoteles.

—¿Se supone que debo saber quién es? —mantengo la voz deliberadamente aburrida.

—Pensé que tal vez, pero... supongo que no —la sonrisa de Ilya se vuelve maliciosa—. Es policía.

Hay más en esta historia. Odio tener que esperar a que mi hermano reparta las piezas como si fueran migas de pan. —Vale. ¿Y?

Ilya se regodea en esta fugaz muestra de poder. Se pasa los dedos por detrás de la cabeza y cruza las piernas. —¿No vas a ofrecerme un trago? Es lo menos que puedes hacer después de romperme la nariz... otra vez.

—Suéltalo.

Ilya pone los ojos en blanco. —¿Por qué no traes a tu descarada noviecita para que se una a nosotros? Me gustaría conocerla mejor.

El rojo entra en mi visión y lucho contra el impulso de volcar la mesa sobre mi hermano. —Nunca vas a hablar con ella.

—Ooh, protector.

Me meto las manos en los bolsillos para ocultar las ganas que tengo de cerrarlas en puños. —Dime por qué estás aquí o te presentaré al perro. ¿O quizá ya se conocen?

Se le escapa la sonrisa. El pánico relampaguea tras sus ojos. Intenta encogerse de hombros, pero su mirada se desvía hacia la puerta corredera de cristal, como si esperara que Rufus la atravesara y le arrancara la garganta.

—Estoy aquí para darte un pequeño consejo fraternal —dice—. No se puede confiar en las mujeres.

Le devuelvo el teléfono con las fotos de Katerina. —¿Es esta tu forma de decirme que Katerina se ha hartado por fin de ti y ha cambiado tu polla por la de este *mudak*? Me sorprendería, pero... la conoces tan bien como yo.

A Ilya no parece molestarle lo más mínimo que le recuerde lo que hizo con Katerina a mis espaldas. —¿Quién era yo para negárselo después de que me rogara y suplicara que me la follara como tú no podías? —se encoge de hombros, como si la elección no hubiera sido suya—. En fin, basta ya de tanta mierda machista. Es muy cansador, ¿sabes? El hombre de la foto con Kat es policía. También tiene dos hijos en el cuerpo. Es el negocio familiar.

—¿Por qué coño debería importarme quién...?

—Se llama Tom Pierce —continúa, irradia una satisfacción engreída mientras se reclina en la silla—. Por otra parte, quizá ya sepas todo esto. Porque, por lo que parece... —sus ojos se deslizan hacia el ático—, te acuestas con su hija.

Una frase. Es todo lo que hace falta para hacerme ver las conexiones entre todos los puntos ante los que he estado tan jodidamente ciego.

La reacción de Nova ante los policías en el parque. La forma en que corrió. El pánico en sus ojos. La mención casual de que tenía familia en el cuerpo, de que había cortado los lazos con ellos, de que no quería volver a verlos.

Por supuesto.

Por. Supuesto.

Pero no le doy a Ilya la satisfacción de ver mi reacción. Mantengo mi rostro tallado en piedra mientras lo miro fijamente.

—Lárgate —digo en voz baja—. Y, si vuelves a apuntarla con un arma, acabaré contigo.

Hermano o no.

Una sonrisa se dibuja en su rostro ensangrentado. —¿Ves? Por eso tenía que decírtelo. La familia cuida de la familia —se levanta y se alisa la chaqueta—. Saluda a Nova de mi parte. ¿O debería decir, a la hija del agente Pierce?

Lo miro marcharse, con la mano tensa sobre su pistola.

Solo cuando oigo cerrarse las puertas del ascensor me permito procesar lo que esto significa.

Para mi negocio. Para mi seguridad.

Para nosotros.

24

NOVA

Solo cuando veo a Samuil de pie en la puerta me doy cuenta de lo aterrorizada que estaba de que no volviera. El disparo aún resuena en mi cabeza. Su derribo del tirador se repite detrás de mis párpados como el fragmento de una película de terror.

Me lanzo sobre él, hundiendo la cara en su pecho. Tardo un momento en darme cuenta de que sus brazos no me rodean.

Retrocedo, examino su cara y luego su cuerpo, buscando heridas: rasguños, moratones, agujeros de bala. Me quedo sin aliento cuando lo miro a los ojos. Nunca los había visto tan oscuros, tan tormentosos. Como nubes de tormenta a punto de romperse.

—¿En qué coño estabas pensando? —las palabras salen de su garganta.

Reproduzco los últimos minutos: el hombre con el pelo engominado, el brillo metálico de la pistola, el chasquido agudo del disparo. Samuil es quien ha abordado a un hombre armado, ¿pero está enfadado conmigo?

—Yo no he hecho nada.

—Te has puesto delante de una puta pistola, Nova —se dirige hacia mí, luego se aleja. Su rabia es una fuerza física en la habitación—. ¡Saltaste delante de una maldita pistola por un puto perro!

Rufus suelta un gemido patético e intenta hacer un túnel bajo mi cama. Es demasiado grande para caber, así que su cabeza desaparece mientras su parte trasera cae tristemente al suelo.

—Acabas de herir sus sentimientos —susurro, con voz queda.

—¿Sabes lo que hiere de verdad? Un puto disparo —me aprieta el brazo con la mano y me empuja contra su pecho. Sus dientes rechinan como si intentara aplastar granito—. No vuelvas a ponerte delante de una pistola.

—Samuil —digo con voz ronca—, me haces daño.

Me suelta la muñeca como si le quemara. La visión de las huellas rojas y furiosas que florecen en

mi piel parece resquebrajar su rabia.

Se aparta, pasándose los dedos por el pelo. —*Blyat'*

Esto no puede tratarse solo de mí. El hombre, fuera quien fuera, quería lastimar a Rufus. Quería matarlo. No me disculparé por impedirlo.

—Solo un cobarde apunta con un arma a un animal indefenso —digo en voz baja—. No me arrepiento de lo que hice.

Se gira hacia mí, con los ojos plateados ardiendo. —¡Una pistola no es un puto juguete, Nova!

—¡Me di cuenta después de la primera docena de veces que me han apuntado con una, Sam!

Se queda paralizado, inmóvil de una manera sobrenatural. —¿Qué?

Me muerdo el interior de la mejilla en carne viva. —Ya te lo he dicho: mi padre era policía. Tenía mal genio y acceso a un arma. Así que, sí, estoy familiarizada con lo que se siente estar en el lado equivocado de una.

Los ojos de Samuil se encienden, pero su boca permanece cerrada. Aprovechando su silencio, le doy otro repaso.

—¿Estás herido? No estaba segura...

—¿Me preguntas si *yo* estoy herido?

—Ya sé que yo no lo estoy. Y Rufus también está bien. Lo he comprobado —bajo la cama, el culo de Rufus se contonea mientras probablemente destroza uno de mis zapatos, pero después de la tarde que acabamos de pasar, por mí, puede demoler todo mi armario—. Aunque no puedo hablar por su salud mental.

Sam me coge de la mano y me arrastra cerca, desviando mi atención del perro. —Quiero saber si estás bien, Nova.

No sé si es la sorpresa de estar cerca de él, o la suavidad con la que susurra mi nombre, pero de repente se me llenan los ojos de lágrimas.

Todo iba tan bien.

—Mierda —Intento apartarme de él, pero me atrapa.

En lugar de dejar que me esconda, me palmea los hombros. —¿Sabes lo que me aterroriza, Nova?

Sacudo la cabeza, intentando apartar la mirada mientras se me escapan las lágrimas.

—La idea de que te desangres en mis brazos porque decidiste jugar a ser una heroína —sus dedos se clavan en mí—. ¿Tienes idea de lo que eso me haría?

—No intentaba...

—Mírame.

Levanto la cara húmeda. —Tú también corriste delante de la pistola.

—¿Crees que me importa una mierda mi propia seguridad en comparación con la tuya? —el músculo de su mandíbula salta—. ¿Crees que mi vida o mi dolor o cualquier cosa en esta maldita ciudad me importa más que mantenerte a salvo?

—Sam…

—Dime por qué lo has hecho.

—¡Porque no podía ver cómo otra persona hacía daño a algo indefenso! —las palabras salen a borbotones—. No podía quedarme ahí mientras... mientras...

—¿Mientras qué?

—Mientras alguien mayor utilizaba su poder para causar dolor —se derraman más lágrimas—. No volveré a quedarme ahí de pie. No puedo.

—Ah, *moya malen'kaya* —toda la rabia desaparece de su voz. Me levanta como si no pesara nada, acunándome contra su pecho—. Proteges a todos menos a ti misma.

Me lleva al sillón junto a la ventana y me acomoda en su regazo. Su mano me aprieta la espalda con firmeza.

—E-estoy muy bien —balbuceo, odiando lo pequeña que suena mi voz—. Esto es... tonto.

—Estás en estado de shock. No es ninguna tontería —su pulgar aparta una lágrima—. Y ahora estás a salvo. Te tengo.

Pero es una tontería. He estado aquí antes. Crecí aquí. Ya debería estar acostumbrada.

Cuando por fin se secan las lágrimas y creo que puedo mantenerme en pie sin temblar, me muevo para deslizarme. Sam me mantiene inmóvil. Su mano traza lentos círculos en mi espalda, cada vez más amplios, hasta que sus dedos rozan mi cintura, mi cadera con cada pasada. Su pulgar roza el broche de mi sujetador, y un calor diferente chispea entre nosotros.

—¿Quién era ese hombre? —mi voz rompe el silencio de la oscura habitación, donde la noche se ha instalado en la ciudad, con la luz amarilla derramándose desde millones de ventanas hacia el cielo.

La mano de Sam se endurece en mi cintura. —Se llama Ilya. Es mi medio hermano.

—¿Ese era tu hermano? —rebusco en mi memoria, intentando ver más allá de la pistola para encontrar algún rastro de Sam en el hombre que comparte su sangre.

—No nos llevamos exactamente bien —añade.

—La pistola fue una especie de señal. Pero... no entiendo...

—Hay muchas cosas que no entenderás sobre mí y mi familia, Nova —me interrumpe—. Y hay aún más que no puedo contarte.

Quiero saberlo todo: cada rincón oscuro, cada secreto retorcido. Pero me muerdo la lengua. He visto lo que se dice en Internet sobre Samuil Litvinov. Millones de personas hurgan en su vida, desesperadas por conocer cada sórdido detalle. Me niego a formar parte de la horda.

En lugar de eso, me hundo más contra su cuerpo, haciéndole saber que no pasa nada si no puede contármelo todo. Pero también le hago saber que, si quiere... puede hacerlo.

Lo entiende. Cada palabra que no digo.

—Mi padre nos enfrentó desde el principio —me dice en el pelo—. Ilya y yo somos su legado más que sus hijos, y quiere que gane el mejor. Eso no le impide apilar la baraja cuando le conviene.

—¿Qué significa eso?

—Ilya siempre ha sido su favorito. Pero, como hijo mayor, soy su heredero directo. Ilya, su madre e incluso mi padre siempre han estado resentidos conmigo por eso.

No puedo imaginar a nadie decepcionado con Samuil. Un Samuil fuerte, firme y demoledor.

Sus ojos atrapan los míos, plateados y brillantes a la luz de la luna. Podría ahogarme en ellos.

—¿Dónde está tu madre?

En el momento en que la pregunta sale de mis labios, esos ojos se oscurecen. Se da vuelta. —Se ha ido.

Eso es todo lo que ofrece, y lo dejo ahí.

Ya tengo suficientes secretos propios encerrados en lugares oscuros. Por mucho que lo de hoy me haya aterrorizado, hay una parte arruinada y rota de mí que reconoce la ira y la violencia. Una parte que se siente cómoda con ellas.

Intento otra pregunta, con la esperanza de atraerlo de nuevo hacia mí. —¿Por qué ha venido hoy aquí tu hermano?

—Quería que supiera que está vigilándome.

Sus ojos se desvían hacia la ventana, como si esperara ver a alguien mirando hacia atrás. Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Vigilándote? O...

—No dejaré que nada ni nadie te haga daño.

Es respuesta suficiente. Samuil no es el único que tiene sus ojos puestos en mí, aunque, ahora mismo, los suyos son los únicos que me importan.

—No puedes prometérmelo, Sam —susurro—. Nadie puede.

Sé de primera mano cómo las mejores intenciones se convierten en pesadillas.

Su mandíbula se aprieta, afilando esos crueles pómulos. —Te protegeré, Nova.

Me levanta en brazos y me lleva hasta la cama. Lento, cuidadoso, cada paso sincronizado con cada respiración. Como si pudiera hacerme añicos si no tiene cuidado.

¿Es así como se siente la seguridad? No tengo mucha experiencia con esa sensación, pero me siento cálida y firme. Incluso cuando Samuil chasquea los dedos y conduce a Rufus fuera de la habitación, dejándome sola, sé que volverá.

Cuando lo hace, cierra la puerta detrás de sí.

Mi corazón golpea contra mis costillas, pero permanezco inmóvil mientras Samuil me acecha. Observo, hipnotizada, cómo sus dedos me quitan la ropa antes de despojarse de la suya hasta el extremo de la cama.

El colchón se hunde bajo su peso cuando sube, con una rodilla plantada entre mis muslos. La luz de la luna se refleja en las cicatrices que dibujan su pecho y sus brazos.

Cada una es una historia que aún no conozco. Un capítulo de él que no conozco.

Las trazo con las yemas de los dedos, queriendo memorizar cada línea. Mis manos se deslizan por sus hombros hasta su espalda, tirando de él para acercarlo.

Cuando me separa, empujando profundamente, mis dedos se hunden en los músculos de su torso. Respiro agitadamente cuando me llena por completo de una sola y devastadora embestida.

—Nova... —suspira mi nombre contra mi cuello.

Esta es la balanza de la fealdad anterior. Así es como se equilibra la balanza. Y cuando Sam pasea sus labios por mi garganta, dejando suaves y desesperados besos a su paso, pienso que la fealdad podría merecer la pena.

Sus manos fijan mis caderas a la cama mientras me penetra, lenta y profundamente, arrancándome un orgasmo en el espacio de unas pocas respiraciones.

A medida que el calor se extiende y me aferro a su cuerpo contra el mío, me doy cuenta de que me siento segura con Samuil.

Quizá sea un error. Quizá estoy delirando.

Pero es imposible sentir otra cosa mientras él está dentro de mí.

—Sam —jadeo cuando me pone de lado y me penetra por detrás. Sus brazos me enjaulan contra su pecho, su piel me quema la espalda—. Por favor... por favor...

Ni siquiera sé lo que estoy suplicando.

Ya me ha dado más de lo que soñaba pedir.

25

NOVA

Me despierto sola en la cama de Sam.

Mi mano busca automáticamente su calor antes de que mi cerebro se dé cuenta. Las sábanas de su lado están frías.

Pero, vamos, claro que lo están. La vulnerabilidad de anoche, las confesiones susurradas, la forma en que me abrazó mientras compartía mis miedos más oscuros, fue una anomalía. Una grieta en su armadura que probablemente ya esté soldada.

Me levanto y voy arrastrando los pies por el pasillo, con el albornoz ceñido a la cintura. Está casi todo oscuro, aunque algo de penumbra gris antes del amanecer se cuela entre las persianas y a través de la claraboya.

Estoy casi en la cocina cuando oigo un ruido detrás de mí y doy media vuelta. Para mi sorpresa, la puerta del despacho de Samuil está abierta de par en par, en lugar de herméticamente cerrada y con triple cerradura como de costumbre.

La curiosidad se apodera de mí. Pego un ojo a la delgada rendija.

Él está allí. Sentado detrás de su mesa, irradiando una tensión que me revuelve el estómago. Sus dedos vuelan por la pantalla del teléfono mientras envía mensajes, con la mandíbula tensa y los hombros rígidos.

Cuando se da cuenta de que estoy en la puerta, sonrío.

Pero su expresión no se suaviza.

—Vístete —dice, bajando de nuevo los ojos—. Vamos a salir.

La orden, porque eso es exactamente lo que es, me eriza la piel. Había empezado a creer que era algo más que su prisionera, pero tal vez fue estúpido por mi parte. Una noche emocional no borra la dinámica de poder entre nosotros.

Sigo siendo la paseadora de perros que mantiene bajo llave.

Sigue siendo el hombre que puede hacer que Chicago baile a su son.

Abro la boca para protestar, pero entonces vuelve a levantar la mirada. Y esta vez, algo en sus ojos grises como el acero me hace detenerme.

—Hay algo que quiero enseñarte —añade en voz baja.

La dulzura de su voz es la misma de anoche, cuando trazó mis cicatrices en la oscuridad y me dijo que era valiente.

Así que, en contra de mi buen juicio, accedo.

Voy y me visto rápidamente. Cuando salgo, se reúne conmigo junto al ascensor. Pero, en cuanto me acerco, me da la espalda. No puedo fingir que no me escuece, aunque tampoco sé explicar por qué.

El trayecto de bajada es silencioso. También lo es el trayecto desde el ático hasta dondequiera que vayamos, aunque no me ha dado ninguna pista de lo que podría ser.

Hay algo que quiero enseñarte. Podría ser cualquier cosa. Podría ser una mugrienta chabola asesina del South Side, o un maldito unicornio que compró para el zoo de Chicago.

Myles nos sigue en otro todoterreno negro, porque, al parecer, un simple paseo matutino requiere un completo dispositivo de seguridad. Miro por la ventanilla mientras Sam sortea el tráfico de Chicago, con las manos firmes en el volante y el perfil esculpido en granito.

Entonces, veo los escaparates familiares de mi antiguo barrio, y el corazón me da una patada contra las costillas.

—¿Por qué estamos en Irving Park? —pregunto, incorporándome. Cuando la mandíbula de Sam solo se tensa, presiono más—. ¿Planeas darme una vuelta por los lugares de mis traumas infantiles? Porque tengo que decir que es una cita rara.

Le tiemblan los labios, pero mantiene la vista en la carretera. —Hablas más cuando estás nerviosa.

—Y tú hablas menos cuando estás tramando algo —replico—. Lo cual es impresionante, teniendo en cuenta que normalmente eres casi mudo.

Giramos por una calle que me oprime el pecho. Conozco cada grieta de estas aceras. Cada toldo descolorido. Esta era mi ruta de escape cuando mi casa se volvía demasiado sofocante: más allá de la bodega de Mario, a la vuelta de la esquina de San Viator y directo a...

Oh.

El convoy de todoterrenos negros se detiene ante el edificio de ladrillo desgastado del Refugio de Animales de Chicago. Mi santuario. El lugar que me salvó cuando me estaba curando del ataque del perro, cuando huía de casa de mi padre, cuando necesitaba un lugar donde volcar mi amor que él no utilizara como arma.

¿Cómo conoce Sam este lugar?

Y lo que es más importante: ¿por qué me ha traído aquí?

Sam apaga el motor, pero no se mueve para salir. En lugar de eso, vuelve hacia mí esos ojos grises como la tormenta.

—Este es tu lugar favorito de Chicago —me dice. No es una pregunta.

Se me hace un nudo en la garganta. —¿Has estado haciendo tus deberes sobre mí?

—Siempre —su brusquedad no debería acelerarme el pulso, pero lo hace—. Fuiste voluntaria aquí todos los sábados durante ocho años. Empezaste cuando tenías quince años. Caminabas cinco kilómetros en cada dirección porque tu padre no quería traerte.

El hecho de que conozca esos detalles de mi pasado, detalles que nunca le conté, debería aterrorizarme. En lugar de eso, me siento atrapada entre las ganas de abofetearlo y las ganas de preguntarle qué más sabe de la chica que fui.

—Si esto es una especie de juego de poder...

—Nova —me corta, con voz suave pero firme—. Vamos dentro.

Echo un vistazo por el retrovisor lateral. Myles ha colocado su todoterreno para bloquear la calle, mientras otros dos tipos de seguridad que no reconozco ya están haciendo un control del perímetro. Es como asistir a una operación militar solo para visitar a un grupo de mascotas sin hogar.

—¿Qué pasa con el séquito? —pregunto—. ¿Te preocupa que unos chihuahuas agresivos se lancen a por el gran jefe Bratva?

Su boca se tuerce. —Te sorprendería lo que algunas personas harían para llegar a mí.

Sale del coche y se acerca a mi lado, abriéndome la puerta con esa cortesía del viejo mundo que siempre me desconcierta. Como si yo fuera algo precioso que hay que proteger, no una prisionera a la que escoltan hasta su próxima celda.

Aunque esa celda sea mi lugar favorito del mundo.

La puerta principal del refugio suena como siempre, desatando la familiar cacofonía de ladridos y maullidos que solía ser mi banda sonora favorita. Susan Chen, la directora del refugio que lo dirige desde que yo era una adolescente asustada en busca de refugio, levanta la vista del mostrador.

—¡Nova! Mi dulce angelito, tienes exactamente el mismo aspecto que recuerdo de cuando... —su rostro se ilumina con su habitual calidez, y luego se congela cuando Sam entra detrás de mí—. Oh. Sr. Litvinov. No lo esperaba hoy.

El cambio en su comportamiento es un rasguño brutal en el expediente. Se ha ido la mujer conversadora que solía compartir su almuerzo conmigo y contarme historias sobre cada animal. En su lugar, hay alguien casi dolorosamente profesional, con la columna vertebral recta como una regla.

—Señora Chen —Sam asiente y, de algún modo, incluso ese pequeño gesto lleva el peso del mando—. ¿Cómo van las reformas?

¿Reformas? Escudriño el vestíbulo, viéndolo realmente por primera vez. Ahora que lo menciona, los signos de novedad están por todas partes. El linóleo desgastado que recuerdo ha sido sustituido por baldosas limpias. En las paredes hay perreras nuevas, con el metal reluciente. Incluso el aire huele más fresco.

Es entonces cuando lo veo. La placa de bronce montada junto a la zona de admisión:

Chicago Animal Haven

Renovado gracias al generoso apoyo del Grupo Litvinov.

Dirijo la cabeza hacia Sam. Me está mirando, su expresión es ilegible excepto por una ligera tirantez alrededor de los ojos.

—Soy propietario del edificio desde hace tres años —dice con naturalidad, como si comentara el tiempo—. Y antes de que preguntes, no, no es rentable. El alquiler que pagan apenas cubre los servicios.

Lo dice sin un ápice de emoción, como si fuera una transacción comercial más. Como si no acabara de revelar que ha estado apoyando en silencio mi refugio seguro mucho antes de conocerme.

De alguna manera, eso hace que signifique mucho más.

—Deja que te enseñe esto —dice Susan, pero mira a Sam para pedirle permiso. Cuando él asiente, ella nos lleva más allá de las zonas públicas hasta la sección de cuarentena, donde guardan los casos más difíciles.

Los ladridos se intensifican a medida que avanzamos por el pasillo. Siempre me ha gustado esta parte: ver el progreso de los difíciles, de los que todos los demás han abandonado. No puedo evitar murmurar nombres de perros que hace tiempo fueron llevados a casa por familias felices. No puedo evitar imaginármelos en interminables patios traseros, persiguiendo a interminables niños felices y viviendo interminables vidas felices.

Susan camina a mi lado. Verla de nuevo es increíble. En otras circunstancias, me gustaría sentarme en charcos de cachorros y reír y contar historias con ella como hacíamos antes.

Pero hoy algo es diferente. Los animales reaccionan ante la presencia de Sam como si presintieran exactamente lo que es: un depredador entre depredadores.

Nos detenemos ante la última perrera. Detrás de la verja reforzada, una mezcla de labrador con un nudo de cicatrices en el pecho empieza a emitir en voz baja un estruendo de advertencia.

—Pobrecita —dijo Susan—. Se llama Ruby. La encontramos en una casa abandonada. Ha tenido una vida dura. Demasiado dura. Pero es dulce de corazón, de verdad lo creo. Solo necesita el amor adecuado. Espero que...

Se interrumpe cuando Sam se acerca a la jaula.

La perra se queda totalmente quieta.

Se me corta la respiración. Conozco esa quietud. Es el mismo modo en que me quedo callada cuando Sam entra en una habitación: no por miedo, sino por reconocer algo primario. La capacidad para la violencia no siempre equivale al deseo de utilizarla. A veces, significa comprender la necesidad de proteger lo que es tuyo.

—La llave —dice Sam en voz baja.

Susan empieza a protestar, pero él le tiende la mano y ella se calla. Sus manos tiemblan cuando le pasa la llave. Las de él no tiemblan en absoluto.

Desbloquea la puerta. Contengo la respiración. Igual que todos los demás perros del edificio.

El perro se acerca lentamente, con la cabeza gacha. Luego, en un movimiento que hace jadear a Susan...

Ruby se deja caer y le enseña la barriga a Sam.

Veo a Sam agacharse y poner una mano enorme sobre el torso lleno de cicatrices del perro. Su tacto es suave, pero puedo ver la fuerza letal que mantiene cuidadosamente atada. Igual que puedo ver el momento en que la perra lo acepta como alfa.

—Nos la llevaremos —dice Sam, y no es una petición—. Ten preparado el papeleo cuando nos vayamos.

Algo cálido y peligroso se despliega en mi pecho. Se parece mucho a la comprensión. Muy parecido a caer.



EL SOL de la mañana parece engañosamente brillante mientras salimos por la puerta trasera del refugio, con la mano de Sam apoyada ligeramente en la parte baja de mi espalda todo el tiempo. Mi propia mano sujeta un montón de papeles: formularios de adopción para Ruby, que vendrá con nosotros en cuanto el veterinario pase por las instalaciones y le dé el visto bueno.

Ya casi hemos llegado al todoterreno cuando oigo la refriega: zapatillas rozando el cemento, una voz joven que protesta, voces más graves que gruñen amenazas.

Cuando giramos al unísono, veo por qué.

Dos policías tienen a un adolescente apretado contra un coche en el callejón. Mis pulmones se agarrotan al reconocerlos al instante. Conozco a uno de ellos: el agente Martínez. Solía venir a las noches de póquer de mi padre. Llevaba demasiada colonia y fumaba demasiados cigarrillos, lo recuerdo. Siempre me hacía toser cuando exigía que le diera un abrazo.

Martínez me descubre y su cara se ilumina al reconocerme. —¿Nova Pierce? Mierda...

Entonces, sus ojos se deslizan más allá de mí, hacia Sam.

El cambio es instantáneo y visceral. Martínez palidece y retrocede un paso. La mano de su compañero cae del cuello del chico como si se hubiera quemado.

—Sr. Litvinov —balbucea Martínez—. Estábamos... este chico estaba...

—Vete —la voz de Sam es suave. Mortal. Innegable.

Prácticamente tropiezan consigo mismos al retroceder, murmurando disculpas que se dispersan en el viento. El adolescente echa a correr en dirección contraria, sin cuestionarse siquiera su suerte.

¿Yo, sin embargo?

Estoy congelada. No puedo moverme. No puedo respirar.

La visita al refugio cristaliza de repente en algo totalmente distinto. No se trata tanto de que Sam me muestre su lado más tierno, sino de que me demuestre algo.

En su mundo, hasta los perros y los policías corruptos se inclinan.

No estoy segura de si eso me hace sentir más segura o aterrorizada.

La policía y el chico se han ido en cuestión de segundos, pero el pánico permanece. El pecho se me contrae, la visión se me hace un túnel, esa vieja y familiar impotencia me araña la garganta. Odio esto, odio que mi cuerpo me traicione, odio que Sam tenga que volver a verme débil.

Pero Sam no intenta curarme, ni descarta lo que está pasando. Se limita a guiarme hasta el asiento trasero del vehículo que me espera, impidiendo con su enorme cuerpo que nadie vea mi crisis nerviosa. Su mano me toca la espalda, cálida y firme.

—Respira conmigo —murmura—. Inhala por la nariz, exhala por la boca. Buena chica.

Debería erizarme ante los elogios, ante el hecho de que me trate como a uno de los animales rescatados. En lugar de eso, me concentro en el ritmo de su respiración, en el peso de su palma entre mis omóplatos.

Cuando por fin el mundo deja de girar, me doy cuenta de que, de algún modo, he acabado con la cara apretada contra su pecho, su olor mezclándose con los persistentes olores de desinfectante y perro del refugio. La combinación no debería ser reconfortante. Pero lo es.

—¿Por qué me has traído aquí realmente? —pregunto con voz cruda—. ¿Era solo para presumir de tu alcance? ¿Para recordarme que eres el dueño de todo lo que hay en mi mundo?

El pecho de Sam se eleva al respirar hondo. Sus dedos trazan patrones ociosos en mi espalda.

—Porque —dice finalmente, con voz grave e intencionada—, necesitas comprender lo que significa elegir quedarte conmigo. Tanto lo bueno como lo malo.

Me alejo lo suficiente para verle la cara. Su expresión es de granito, pero sus ojos... sus ojos cuentan una historia diferente.

—¿Y si no decido quedarme?

Su mandíbula se tensa. No contesta.

No tiene por qué hacerlo.

Ambos sabemos que no voy a ninguna parte.

~

EL VIAJE de vuelta al ático es tan tranquilo como el de ida, pero sin la tensión persistente. El teléfono de Sam zumba dos veces más, pero él lo ignora, manteniendo una mano firme sobre el volante.

La otra ha encontrado de algún modo el camino hasta mi rodilla, su pulgar traza círculos ausentes que hacen que me hormiguee la piel incluso a través de los vaqueros.

Debería apartarme. Debería recordar todas las razones por las que este hombre es peligroso.

En lugar de eso, me encuentro inclinándome hacia su tacto, igual que empiezo a inclinarme hacia todas las complicadas piezas de él.

El vestíbulo del ático es un borrón de mármol y espejos. En cuanto se cierran las puertas del ascensor, Sam me aprieta contra la pared, su enorme cuerpo bloquea todo lo demás. Pero no me besa. Solo apoya su frente contra la mía y respira.

—¿Estás bien? —pregunta bruscamente.

No sé cómo responder a eso. No sé si alguna vez estaré de acuerdo con la facilidad con la que domina todas las habitaciones en las que entra, con la forma en que los jodidos polis que aterrorizaron mi infancia se escabullen ante su mera presencia.

Pero empiezo a estar bien con lo segura que eso me hace sentir.

El ascensor suena antes de que pueda responder. Desde el interior del ático, Rufus viene saltando hacia nosotros, con todo el cuerpo contoneándose de alegría. La visión me hace reír: este perro enorme y bobalicón que quiere a Sam tan ferozmente como yo empiezo a quererlo.

Entonces, el teléfono de Sam vuelve a zumbar. Esta vez, lo comprueba.

Veo la transformación en tiempo real. La suavidad de sus ojos se va y su mandíbula se endurece como el hormigón. Cuando responde a la llamada de Myles, su voz no tiene nada de la dulzura de hace un momento.

—¿Cuántos? —una pausa—. ¿Y estás seguro de que eran ellos? —otra pausa, esta vez más larga —. No. Nos encargamos de esto a mi manera. Ten al equipo listo en una hora.

Termina la llamada y se vuelve hacia mí. El hombre que rescató a un perro y me sostuvo durante un ataque de pánico se ha ido, sustituido en un abrir y cerrar de ojos por alguien que hace temblar los bajos fondos de Chicago.

—Los Andropov están haciendo movimientos —dice, ya tecleando en su teléfono—. Tengo que

ocuparme.

Se me revuelve el estómago. He oído hablar lo suficiente de la familia rival para saber que esto no son solo negocios: es la guerra. De las que dejan cadáveres en el río Chicago.

Sam debe ver el miedo en mis ojos, porque se acerca y me coge la cara con sus enormes manos. —Volveré —me dice, y aunque no es exactamente una promesa, le creo de todos modos.

Quizá porque, en las semanas que le conozco, Samuil Litvinov nunca me ha mentido. Ha ocultado cosas, sí. Ha guardado secretos que podrían llenar el lago Michigan. Pero nunca ha hecho promesas que no pudiera cumplir.

Es más de lo que puedo decir de las leyes que mi padre juró defender, o del sistema judicial que se suponía que protegía a la gente como yo.

—Ten cuidado —susurro.

Los labios de Sam se tuercen. —Siempre lo tengo, pequeña luchadora —me roza la frente con un beso que parece una marca—. Intenta no montar ninguna revolución mientras esté fuera.

Luego se dirige hacia la puerta, ladrando órdenes a su teléfono, dejándome con un perro ansioso y la sensación de que me estoy enamorando exactamente del tipo de hombre del que debería huir.

Pero quizá sea eso lo que pasa con las caídas: cuando te das cuenta de que están ocurriendo, ya es demasiado tarde para parar.

26

SAMUIL

La victoria sabe a sangre y huele a mierda.

Me apoyo en la ventana de mi despacho y observo cómo el horizonte de Chicago se difumina en el crepúsculo mientras repaso mentalmente cada detalle de la visita de ayer al refugio.

Cada momento había sido orquestado, cada reacción catalogada y analizada. La forma en que Nova tensó los hombros cuando vio a Martínez fuera. La forma en que se le cortó la respiración y se le dilataron las pupilas de puro terror, sin filtro, al ver al antiguo compañero de copas de su padre.

No puedes fingir ese tipo de respuesta de miedo visceral. He visto a suficientes personas intentarlo.

Pero fue la interacción de Nova con Susan, la directora del refugio, lo que lo selló. El respeto genuino en los ojos de Susan cuando saludó a Nova. La fácil familiaridad con la que Nova se paseaba por el lugar, enumerando los nombres y las historias de todas las criaturas dañadas. La forma en que todo su ser se iluminaba cuando hablaba de historias de éxito en rehabilitación.

Tampoco se puede fingir ese tipo de autenticidad. Ni siquiera Katerina, como la manipuladora maestra que es, podría conseguir ese nivel de conexión genuina.

Mis dedos recorren el frío cristal, recordando la calidez de la pequeña mano de Nova en la mía mientras recorríamos las instalaciones. Estaba tan concentrada en los animales que no se dio cuenta de la naturaleza calculada de nuestra visita. No se dio cuenta de que cada momento era una prueba que estaba superando con éxito.

La ha superado.

Mi prueba está aún por llegar.

Porque, ahora que sé que Nova no está jugando conmigo, tengo que decidir qué coño hacer con ella. Y el hambre posesivo que me araña por dentro me sugiere que ya estoy más metido de lo que debería.

No es que no tenga muchas otras cosas que requieran mi atención. Ahora mismo debería estar ocupándome de la tormenta de mierda de Andropov. Tres de mis mejores hombres han caído, sus cuerpos enfriándose en las morgues de Moscú mientras Ilya se desliza por los bajos fondos de Chicago como la serpiente que es.

En lugar de eso, estoy de pie en la puerta de mi habitación como una adolescente enamorada, viendo dormir a Nova.

Está acurrucada alrededor de mi almohada, su pelo oscuro se derrama por el algodón blanco como tinta derramada. Por fin en paz tras horas de pasearse nerviosa. Tardó horas, pero al final, cuando el veterinario se marchó luego de traerla al ático, Ruby se acomodó a los pies de Nova. Sin llegar a tocarla, sin estar preparada para eso, pero más cerca y tranquila de lo que ninguna de las dos tenía derecho a estar.

Rufus se encuentra entre ellas. Protegiendo a una, a la otra o a ambas, es imposible saberlo con certeza.

La visión me produce algo en el pecho que me niego a examinar demasiado de cerca. Algo que me hace querer arrastrarme junto a ella, envolver su pequeño cuerpo y mandar al resto del mundo a la mierda.

Pensamientos peligrosos para un hombre en mi posición.

Mi teléfono vuelve a vibrar. No tengo que comprobarlo para saber lo que dice. Otro cadáver. Otro mensaje que requiere atención inmediata. Otro recordatorio de que no puedo tener cosas normales como una mujer hermosa durmiendo en mi cama.

No mientras mi puto hermano siga respirando.

Pero no puedo moverme. No puedo apartar los ojos del suave sube y baja de su pecho, de la leve separación de sus labios, de la forma en que sus dedos se aferran a mi almohada como si fuera un ancla en una tormenta.

Dios mío. Estoy tan total y completamente jodido.

Un suave sonido escapa de su garganta y sus pestañas se agitan. Me preparo para lo que viene a continuación, sabiendo que la paz de este momento está a punto de hacerse añicos, como todo lo demás en mi vida.

Esos ojos marrón dorado me encuentran en la oscuridad, y la suavidad que hay en ellos se convierte en hierro.

—Lo de ayer fue orquestado, ¿no? —Nova se levanta sobre los codos, y la sábana se desliza hacia abajo hasta acumularse en su cintura—. Susan. Martínez. Todo. Necesitabas ver cómo reaccionaba ante el antiguo socio de mi padre. Que demuestre que no mentía sobre mi pasado.

Solo puedo reírme para mis adentros. Es más lista de lo que nadie cree. Incluido yo.

—Sí —no tiene sentido mentir si ya descifró mis tonterías—. ¿Estás enfadada?

Mi pregunta sale más áspera de lo que pretendía. Me apoyo en el marco de la puerta,

obligándome a permanecer inmóvil cuando todos mis instintos me gritan que vaya hacia ella.

—Una parte de mí quiere estarlo —me mira fijo, con la barbilla levantada en esa inclinación desafiante que me da ganas de besarla y sacudirla a partes iguales—. La otra parte entiende por qué lo hiciste. Y... —un ligero rubor tiñe sus mejillas—. La otra parte se siente aliviada de que por fin me creas.

El alivio desnudo en su voz es abrumador. Odio haber puesto esa incertidumbre en sus ojos, ese miedo. Pero no me arrepiento de haberla investigado. Lo volvería a hacer sin dudarlo.

En mi mundo, la confianza hay que ganársela con sangre y dolor. Nova se la ha ganado. La pregunta para ambos es... ¿qué viene después?

Suspira. Su pecho sube y baja con el movimiento. —Así que conseguiste lo que querías. ¿Tendré ahora lo que quiero?

—Eso depende. ¿Qué quieres, Nova?

Su respuesta es tan inmediata como imposible. —Quiero recuperar mi libertad. Mi trabajo. Mi vida.

Me alejo de la pared y me acerco mientras sigue susurrando. Me cuido de mantener la distancia, aunque cada célula de mi cuerpo grita que la atraiga hacia mí y no la suelte nunca.

—Se acabó tenerme prisionera. No más juegos. No más pruebas.

—Tengo una contraoferta —le digo. Me detengo a unos metros de donde está sentada en el colchón—. Te quedas con mi equipo de seguridad. Vives aquí. Duermes en mi cama. Bajo tus condiciones, ya no eres una cautiva, pero... te quedas conmigo. Para siempre. Porque quieres. Porque yo quiero.

Una pequeña sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Del tipo que dice que ve a través de mis tonterías. —Eso suena menos a condiciones y más a cosas que necesitas.

Es muy perspicaz. Ha descubierto la verdad: que la necesito cerca no solo para controlarla, sino porque pensar en ella en cualquier otro lugar me vuelve homicida.

—Tómalo o déjalo.

Me estudia durante un largo instante, con esos ojos color whisky que ven más allá de mis muros, hacia la oscuridad que hay debajo. Entonces, hace algo que detiene mi corazón.

Me tiende la mano.

—Lo tomo —susurra contra mi boca—. Todo.

Entonces, la agarro y cierro el trato de la única forma que sé: con un beso que nos abrasa a los dos. Porque ambos sabemos que esto no es realmente una negociación.

Es una reivindicación.

Nova me devuelve el beso como si estuviera hambrienta, igualando mi intensidad mordisco a

mordisco, lametazo a lametazo.

Sin sumisión.

Reclamándome también.

—Sam —jadea mientras la beso por la garganta. Su pulso martillea contra mi lengua. Me tira de la camisa, sus pequeños dedos tantean los botones, y yo gruño.

—Fuera —ordeno, tirando hacia atrás lo suficiente para desnudarnos a los dos. La visión de su cuerpo desnudo casi me hace caer de rodillas. Es todo curvas suaves y cicatrices de batalla, confianza y desafío envueltos en un paquete perfecto.

La levanto de la cama y la llevo hasta mi escritorio. Los papeles se desparraman cuando la tumbo, pero ahora mismo los negocios me importan un carajo. No con Nova extendida ante mí como un festín, sus ojos oscuros de deseo y algo más profundo que no estoy preparado para nombrar.

—Por favor —susurra.

Sin más, estoy perdido.

Su súplica enciende algo salvaje en mi interior. Separo sus muslos y caigo de rodillas como un poseso, aspirando su aroma embriagador. Un lametón en el interior de su muslo y ya está temblando.

—¡Sam! —me tira del pelo, exigiendo más. La devoro como un hambriento, mi lengua separa sus pliegues, saborea su esencia. Se retuerce, pero le aprieto las caderas.

No va a ir a ninguna parte.

—Dulce puta perfección —gruño contra su núcleo y gime. Torturo su clítoris con movimientos precisos antes de chuparlo entre mis labios. Se levanta del escritorio con un grito que me hace palpitar la polla.

—No te atrevas a parar —jadea, clavándome los tacones en la espalda. Como si pudiera. Necesito oírla gritar mi nombre, necesito sentir cómo se deshace. Le meto dos dedos hasta el fondo, enroscándolos lo justo. Está tan apretada que es pecaminoso.

Impongo un ritmo despiadado, bombeo con los dedos mientras me deleito en su clítoris. Está a punto, noto cómo se agitan sus paredes, oigo su respiración entrecortada. Pero antes quiero que se desespere.

—Por favor —suplica, retorciéndose—. Sam, por favor.

Ahí está. La chupo con más fuerza y le meto los dedos más deprisa hasta que se corre. Mi nombre se desgarra en su garganta mientras se corre, cubriendo mis dedos y mi lengua con su flujo.

Bebo hasta la última gota antes de levantarme. Está despatarrada sobre mi escritorio, sonrojada y aturdida. Una puta obra maestra.

—Mi turno —ronronea, cogiendo mi cinturón. Dejo que libere mi polla y gimo cuando me acaricia. Su pulgar recorre la punta. Esparce mis líquidos en círculos burlones.

Se echa hacia atrás, tirando de mí con ella. La enjaulo con mis brazos mientras me guía hasta su entrada.

—Fóllame —me ordena, con los ojos clavados en los míos.

Le doy un golpe brutal. Los dos maldecimos por lo bien que me recibe. Empiezo a moverme, pasando de lento y profundo a duro y rápido, reclamándola con cada golpe.

Nova sigue mi ritmo. Me clava las uñas en la espalda mientras yo la aporreo. La piel choca con la piel, mezclándose con nuestros sonidos desesperados. El sudor hace que nos deslicemos juntos como si estuviéramos hechos para esto.

—Más fuerte —exige, con las piernas bloqueadas alrededor de mi cintura. Le doy lo que necesita, embistiéndola hasta que el escritorio gime en señal de protesta. Atrapo entre los dientes un pezón que rebota y lo muerdo.

—¡Sí! —se aprieta a mi alrededor, al borde del abismo. Me agacho para trabajar su clítoris, decidido a sentir cómo se corre en mi polla.

La tomo con fuerza y rapidez, marcándola por dentro y por fuera. La hago mía de la forma más primitiva posible. Me recibe empujando, con las uñas clavadas en mi espalda, las piernas cerradas en torno a mi cintura como si no quisiera soltarse nunca.

Cuando se corre, pronuncia mi nombre como una plegaria. Como una salvación. Como si viera más allá del monstruo al hombre y quisiera a ambos por igual.

Se siente como una victoria.

Se siente como una rendición.

Me parece lo más peligroso que he hecho nunca.

~

EL AMANECER se derrama por la cama como oro líquido, pintando la piel de Nova de tonos miel y ámbar mientras me visto para ir a trabajar. Me mira con esos ojos cómplices que ven demasiado, apoyada en un codo y con la sábana apenas cubriéndole los pechos.

—Tienes la corbata torcida — me avisa, con la voz aún ronca por el sueño y el sexo.

Dejo que la arregle, colocándome entre sus piernas mientras trabaja. Sus dedos rozan mi garganta, un roce que debería hacer que se activara mi instinto de supervivencia. En lugar de eso, me inclino hacia ella como un lobo que acepta un collar.

—Última oportunidad de huir —le digo, necesitando darle esta última salida. Necesito que comprenda exactamente lo que elige al quedarse.

Ella no responde con palabras. En lugar de eso, se pone de rodillas en la cama y presiona su cuerpo suave y cálido contra mi traje recién planchado. Su beso es suave, pero firme. Reclama. Acepta.

Esa cosa primigenia vuelve a rugir en mi pecho. Me ha elegido a mí, monstruo y hombre a la vez. No porque tenga que hacerlo, sino porque quiere.

—Ten cuidado hoy —susurra contra mi boca—. Vuelve a mí.

La aplasto contra mí una última vez, probablemente arrugando el traje. —Siempre.

Mientras me dirijo a la puerta, esa cosa posesiva que llevo dentro gruñe satisfecha.

Ahora es mía. Realmente mía.

Que Dios ayude a quien intente llevársela.

27

NOVA

—¿Hola? ¿Hope? ¿Señorita Hope Levy? —agito un cruasán de chocolate bajo su nariz—. ¿Sigues conmigo?

Hope aparta los ojos de su portátil por quinta vez en los últimos cinco minutos. —Sí, sí. Perdona. Ya estoy aquí.

Sacudo la cabeza. —Una criatura con forma humana que se parece a Hope está aquí, pero tú no debes de ser Hope. Porque la Hope que conozco se habría pedido violentamente este cruasán de chocolate antes incluso de que abriera la tapa.

Para compensar mi ausencia de las dos últimas semanas, y el hecho de que Sam me hiciera llegar quince minutos tarde en mi primer día oficial de vuelta a la oficina de Hope's Helpers, clavándome a la pared de la ducha y comiéndome hasta que lloré, vine armada con pasteles de La Cantina para cortejar a mi mejor amiga y que me perdone mi ausencia.

Hasta ahora, ha mostrado muy poco interés.

Por fin aparta la mirada de la pantalla, pero su habitual sonrisa de megavatios se atenúa en modo ahorro de energía. Antes de que pueda cuestionarla, da un mordisco deliberado al cruasán. —Bien. Ya estoy aquí. Háblame de tus vacaciones sexuales multimillonarias.

—Ahí está —me hundo en la silla frente a su escritorio—. El hecho de que hayas tardado tanto en preguntar es preocupante. Sueles echar espuma por la boca pidiendo detalles sobre mi vida amorosa.

La sonrisa no llega a sus ojos. Pero, antes de que pueda preguntar, se inclina hacia delante. —¿Y? ¿Tiene movimientos supersecretos en el dormitorio que desconocemos los que estamos en el umbral de la pobreza? Apuesto a que la educación sexual en su colegio privado era muy exhaustiva.

—Pensándolo bien... —compruebo el reloj inexistente en mi muñeca—. Vaya, ¿quieres mirar eso? Tengo una cita muy importante para pasear al schnauzer.

—Eso no será hasta dentro de una hora. Deja de intentar librarte de esto y habla conmigo.

¿Cómo van las cosas con Samuil?

La sola mención de su nombre me calienta la cara. Doy un mordisco a mi bollo de queso y fresa para tener tiempo de pensar... en algo que decir. Algo que no sea saltar sobre su escritorio y relatar cada detalle del baño que compartimos anoche. O del viaje en coche del día anterior. O, o, o...

Por otra parte, puede que a Hope le encante. Todo.

—Las cosas con Sam van... bien.

Hope se deja caer en su asiento como si le hubiera disparado. —¿*"Bien"*? Me abandonaste durante dos semanas con un multimillonario buenorro, ¿y vas a sentarte aquí y decirme que las cosas van *"bien"*? No. De ninguna manera. Inaceptable —antes de que pueda responder, cruza el escritorio y me roba el pastel.

—¡Eh!

—Los detalles te devuelven el desayuno. Yo no hago las normas; solo las hago cumplir.

—¡Yo lo pagué!

—Y yo tuve que pasear al gato sin pelo engendrado por el demonio de la Sra. Crenshaw mientras no estabas —da un mordisco vengativo—. La vida no es justa. Habla.

El gato de la Sra. Crenshaw es realmente espeluznante. Además, odia los paseos. Porque, y no estoy segura de que la Sra. Crenshaw y sus gafas de botella de Coca-Cola lo sepan, es un gato. Pero paga una prima para que alguien lleve a su gremlin tembloroso y desnudo por la acera, así que lo soporto.

—Bien —cedo—. Nos acostamos.

Hope descarta mi respuesta con una mano aburrida. —¡Claro que sí! Si llevaras dos semanas sin contestarme los mensajes y me dices que no te acostaste con él, te despediría por principio.

—Necesitamos un departamento de RRHH —murmuro. Pero Hope se limita a agitar mi desayuno secuestrado de un lado a otro, como las manecillas de un reloj. Gruño—. ¡Me voy a vivir con él!

El pancillo cae al suelo con un triste chapoteo.

—¡Se te ha caído!

Pero antes de que pueda utilizar la regla de los cinco segundos, científicamente fundamentada y libre de gérmenes, Hope se lanza sobre el escritorio y me agarra por los hombros. —¿Cómo? ¿Se van a vivir juntos? ¿Viven juntos? ¡¿Con él?!

—Sí, Hope. En general, eso es lo que significa irse a vivir juntos. Él estará allí. Yo estaré allí. A veces, puede que incluso estemos en la misma habitación.

Hope grita.

Los gritos continúan mientras la guío a través de las dos últimas semanas, maniobrando hábilmente en torno al secuestro, la extorsión y el posible asesinato que puede o no haber ocurrido.

Cuando mi recapitulación llega a su fin con solo los aspectos más superficiales de la cena, el viaje a casa y el baño de anoche, Hope suelta un silbido largo y grave. —Perra suertuda, suertudísima. No sé si debería alegrarme por ti o estar tremendamente celosa. En realidad, ya lo he decidido —anuncia—. Las dos. Recuerda lo que te digo, tendrás un anillo en el dedo para Navidad.

Sacudo la cabeza. Mudarme con Samuil ya ha superado la capacidad de mi cerebro para procesar grandes cambios de vida. Si intento pensar en algo más, mis neuronas podrían declararse en huelga.

Pero Hope no tiene esos problemas. Abre su portátil y parlotea sobre los pros y los contras de los diamantes cultivados en laboratorio cuando, de repente, se queda paralizada a mitad de frase.

—¿Hope...?

Desvía la mirada de la pantalla y esboza una fina sonrisa. —Lo siento. Solo comprobaba las reseñas.

—¿Desde cuándo? Crees que las reseñas son diarios públicos para miserables. Nunca las revisas.

—Bueno, las cosas han cambiado durante tu ausencia.

Se me cae el corazón. Hope me dijo que estaría bien sin mí, y me distraje lo suficiente como para creerle. Pero ahora todo indica que debería haberme dado cuenta.

Conozco a Hope. Conozco ese falso temblor en su sonrisa. Sé que se retuerce las manos cuando miente. Sé cuándo está bien y cuándo no.

Y, ahora mismo, está a un dedo del pie de sufrir un colapso mental total.

—Lo siento mucho, Hope. Debería... He estado divagando sobre mí, pero ni siquiera se me ocurrió preguntar qué había pasado mientras no estaba.

Hope se muerde el interior de la mejilla. —Te lo diré, pero no te asustes, ¿vale?

—Demasiado tarde. Estoy asustada. Dime qué está pasando.

—Katerina Alekseeva me hizo una visita hace dos días.

También podría haber dicho que el espectro de la muerte vino flotando para charlar. —¡Hope! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo digo ahora —dice—. Además, he tardado todo este tiempo en recuperarme. Esa mujer es aterradora.

—¿Te ha atacado? —puede que Katerina dé miedo, pero estoy preparada para una lucha a muerte sin cuartel si llega a tocar a Hope.

—Verbalmente. Y emocionalmente. En cierto modo, habría preferido que me pegara. Es alta, pero podría con ella. Probablemente no come carbohidratos desde 2010.

—Se trata de Rufus, ¿no? —la serpiente de la culpa alrededor de mis costillas me aprieta con más fuerza—. Dios, todo esto es culpa mía.

—Bueno, en cierto modo es culpa tuya —admite—. Pero Rufus es solo el aperitivo. El plato principal, lo que realmente la corroe por dentro, es que te estés follando a su ex.

Se me cae la mandíbula. —¿Cómo es posible que lo sepa?

—Seguro que tiene ojos malvados y críticos por todas partes —Hope se encoge de hombros—. En cualquier caso, su problema no es que estés paseando a su perro, sino que estés montando a su hombre.

—Sam no es “su hombre”.

—¿Porque es tuyo? —pregunta con timidez.

Pongo los ojos en blanco, esperando que no note mi rubor. —Céntrate, Hope. ¿Qué quería Katerina?

—Las pelotas de Sam en una bandeja, tu cabeza en un pincho y que el mundo le bese los pies —cuando sigo mirándola sin comprender, suspira—. Venganza, NoNo. Quiere venganza.

—¿Quiere que me despidas?

Hope asiente. —Le dije que se dejara de tonterías, obviamente. Pero entonces amenazó con desatar un infierno en las redes sociales y enterrarnos en gastos legales. He estado pegada a la pantalla, esperando a que su ejército de matones a sueldo descendiera. Y así ha sido. Es un baño de sangre.

Me pongo en pie. —Me voy. Ahora mismo. Escribiré una carta de dimisión con mi propia sangre si es necesario. Llámala y dile que me voy. Tu negocio no puede hundirse por mi culpa-.

—Vuelve a sentar el culo —ordena Hope—. No vas a ir a ninguna parte.

—Pero... la campaña de desprestigio... la demanda...

—Me dio veinticuatro horas para cumplir. Ayer le extendí un cheque que me hizo temblar la mano. Con suerte, será suficiente para que vuelva arrastrándose a cualquier piso de lujo del infierno del que haya salido.

—¿Le has pagado? —jadeo—. ¡Hope! No puedes permitirte...

—No lo hice yo. Lo hizo tu novio.

Las palabras me detienen en seco. —¿Me repites eso?

—Ni siquiera sé cómo se enteró —se encoge de hombros—. Pero, unas horas después de que pasara el huracán Katerina, apareció un repartidor muy sexy llamado Myles, con un cheque en blanco a nombre de Katerina. Dijo que lo había enviado Samuil. También dijo que yo tenía unos

ojos preciosos. Si no estuviera todavía temblando por el terrorismo emocional de Katerina, le habría pedido su número.

—Sam no me contó nada de esto —mis rodillas ceden y vuelvo a caer en la silla.

—Lo deduje por tu mandíbula floja —sacude la cabeza—. Dice mucho de un hombre pagar las deudas de la lista negra de tu mejor amiga y ni siquiera sentirse obligado a utilizarlo para impresionarte.

—Debería habérmelo dicho. ¡Debería habérmelo dicho! Todo este lío existe por mi culpa.

—En realidad, esto existe porque la ex de tu novio es una psicótica. Pero, por suerte para ti, el gusto de Sam mejoró mucho después del divorcio.

Intenta aligerar el ambiente, porque eso es lo que hace Hope: convertir la oscuridad en luz como una especie de alquimista emocional.

Pero no puedo pensar en el pésimo gusto de Katerina ni en el mejor juicio de Sam. Solo puedo pensar en el negocio de Hope ardiendo en llamas.

—Si Katerina se vuelve nuclear, tienes que despedirme, Hope. Tú construiste este negocio desde los cimientos. No puedes dejar que se hunda por mi culpa. No te lo permitiré.

—Cuando… si… ese puente aparece, lo incendiaremos juntas —la sonrisa de Hope se desliza lo suficiente como para mostrar el miedo que hay debajo—. Armadas con horcas en llamas y agua bendita suficiente para ahogar a la reina demonio. Porque de ninguna manera esa bruja frígida va a separar a este dúo dinámico.

Desliza la caja de pasteles hacia mí, pero mi apetito se ha desvanecido. Sam ha intervenido y ha manejado esto como lo maneja todo: con dinero y poder. Y, aunque una parte de mí está patéticamente agradecida, otra siente que acaba de confirmar todos los temores sobre lo que significaría mudarme con él.

Que no soy su igual. Soy algo que tiene que proteger y manejar.

—¿Qué está pasando en esa cabeza tuya? —pregunta Hope en voz baja.

—Sam arregló esto porque podía. Porque es fácil —trazo patrones en la condensación de mi taza de café—. Pero Katerina... esto es personal para ella. Y no creo que un cheque en blanco le haga olvidar que estoy durmiendo en la cama de su exmarido.

—¿Crees que intentará algo más?

—Creo que... —me encuentro con los ojos de Hope—. Creo que Sam pagándole acaba de demostrar que soy exactamente lo que dijo que era: su última adquisición. Y creo que se va a asegurar de que todo el mundo en Chicago lo sepa.

Hope cruza el escritorio y me aprieta la mano. —Entonces, nos encargaremos. Juntas. Como siempre.

Pero, mientras me dirijo a mi primera cita, sus palabras no aportan el consuelo habitual. Porque,

por primera vez desde que iniciamos este negocio, no estoy segura de que la amistad y la determinación basten para protegernos de lo que se avecina.

El mundo de Sam se rige por reglas diferentes.

Y acabo de arrastrar a mi mejor amiga al juego.

28

SAMUIL

Y pensar que dejé Nova por *esta* mierda.

Estoy reconsiderando todas mis decisiones vitales mientras miro fijamente las fosas nasales de Vasily Chernoff en la pantalla de mi portátil. El viejo cabrón tiene la cámara en un ángulo tan bajo que probablemente podría cartografiar sus conductos nasales.

Pero, lo desprecie o no, que sí, sigue siendo cliente de mi negocio. Uno importante.

Y ahora mismo, toda mi fría y cruel atención se centra en asegurarme de que no se lleva sus miles de millones a otra parte.

—Te doy mi palabra de que obtendremos beneficios récord el próximo trimestre. Está hecho, Sr. Chernoff.

—Pareces seguro de ti mismo, Samuil —responde con ese marcado acento ruso que suena como si aplastaran granito—. Pero no sería la primera vez que me prometes la luna y acabo teniendo solo pérdidas.

De hecho, estoy confiado. También estoy molesto, agotado y luchando contra un impulso salvaje de cerrar de golpe el portátil e irme a casa con Nova. De desnudarla y recordarme a mí mismo lo que importa más allá de estas paredes de cristal, acero y mierda.

En su lugar, agracio a Chernoff con una inclinación de cabeza. —¿Cuánto tiempo lleva haciendo negocios con nosotros, Sr. Chernoff?

—Trece años —responde.

Eso ya lo sé. Igual que sé que su mujer se llama Anya, que su amante se llama Svetlana y que su perro se llama Pushkin.

Pero a veces hay que llevar un caballo al agua y prácticamente ahogarlo con las manos antes de que beba.

—¿Y en cuál de esos años tuviste pérdidas?

Entrecierra los ojos ante sus propias notas. —Los cinco primeros fueron increíblemente rocosos, por no decir otra cosa.

—¿Y los ocho últimos?

—Una mejora significativa. Una mejora constante —admite.

—Casualmente, he estado al timón de este barco durante los últimos ocho años.

Chernoff se mece en su silla. —Tienes razón.

—Tengo entendido que has oído algo de... llamémoslo "ruido"... a través de los rumores financieros —junto los dedos—. Pero ten la seguridad, Sr. Chernoff, de que esos rumores no son más que falsedades difundidas por un antiguo cliente descontento. Le interesa llenarse los bolsillos a costa de sus colegas.

Chernoff chasquea la lengua. —Danovic siempre ha sido un hijo de puta egoísta —todavía entrecerrando los ojos, me pregunta—: ¿De verdad fue a ver a los Andropov?

Incluso ahora, ese nombre me provoca una mueca. Pero mantengo la máscara firmemente en su sitio mientras digo—: Se arrepentirá de esa elección más pronto que tarde.

El hombre suelta una risita, que es un sonido inquietante, como el de un jabalí haciendo gárgaras. —Muy bien, Samuil, estoy convencido. Soy tu hombre, como siempre. E ignoraré a cualquier tentadora que el Grupo Andropov intente enviar a mi puerta.

Ante el curioso arqueo de mi ceja, me explica—: La historia es que Lev se dejó convencer por una representante de Andropov muy guapa. Dijo que tenía el cuerpo de una supermodelo.

Y el alma del diablo, si adivino bien su identidad.

—Si toma decisiones empresariales con la polla —digo entre dientes—, prefiero que no invierta su dinero en mi empresa.

Compartimos una sonora carcajada a costa de Danovic, saludamos una vez más a nuestra continuada relación comercial, y luego cierro la pantalla de mi portátil y me doy una merecida palmada en la espalda.

Estoy a punto de concederme un descanso más merecido para poder irme a casa y clavar a Nova debajo de mí cuando suena mi teléfono prepago.

El número es desconocido, pero no necesito adivinar para saber de quién se trata. —Boyko —gruño cuando contesto—. Empezaba a pensar que te habías olvidado de mí.

—¿"Pensar"? —suelta con voz ronca el hombre, con un modulador de voz que transforma sus palabras en algo espeluznante e inhumano—. ¿O "esperar"?

—Tú eliges. ¿Qué quieres?

—Nos vemos en River North High Rise dentro de media hora.

Frunzo el ceño. Nunca ha sido un hombre de muchas palabras, pero hay algo en su impaciencia

que ahora llama mi atención. —Es un aviso con poca antelación. ¿Por qué debería aceptar?

—Porque te lo pido amablemente —responde sin el menor rastro de humor—. Ambos sabemos que podría ser más duro si hiciera falta.

—No me amenaces —escupo—. Eres un fantasma en el viento. No te tomaré en serio hasta que me digas lo que quieres.

—Entonces, aparece y quizá te ponga al corriente.

La línea se corta.

Pongo los ojos en blanco, disgustado. Toda esta pompa, las volteretas innecesarias y la fanfarria apestan a federales. Los agentes secretos viven para el drama como si estuviéramos en la puta televisión.

Aún estoy tentado de ignorar la llamada e irme a casa. Mi polla ya está media dura solo de pensar en Nova, extendida sobre mi cama, gimiendo mi nombre. Han pasado unos días y aún me estoy acostumbrando a volver a casa con ella, de la mejor manera posible.

Boyko puede esperar, ¿verdad?

Pero no. Le haría un flaco favor a mi imperio si dejara al espectro a su suerte. Y, lo que es más importante, me haría un flaco favor a mí mismo.

He vivido mi vida según un código: ganar, por cualquier medio posible. Ganar por encima de todo. Ganar por encima de todos los demás.

Así que, por mucho que se me haga la boca agua con solo pensar en darme un festín con Nova, no puedo dejar que me distraiga de lo que importa.

Dejando a un lado mis sucias esperanzas y sueños para Nova, cojo las llaves del coche y apago la luz de mi despacho mientras salgo.

Myles me mataría por ir solo, pero me encanta la idea de ver su cara cuando se dé cuenta de que ha vuelto a perderse toda la diversión.

Cuando llego a River North High Rise, entro en el oscuro aparcamiento.

En cuanto salgo del coche, mi teléfono prepago emite un mensaje entrante.

DESCONOCIDO: Sal del aparcamiento a pie y reúnete conmigo en el Café Belview de la Tercera.

Más pompa.

Más volteretas.

Sin duda, el FBI.

Diez minutos más tarde, me encuentro a Angelo Boyko meditabundo en el extremo más alejado de la cafetería, lo más lejos posible de las ventanas. Lleva una taza de café intacta entre sus

grandes manos. Es extrañamente anónimo: le miras a la cara y olvidas al instante todo lo que has visto.

—Boyko —saludo, deslizándome en la cabina frente a él.

Inclina su calva cabeza y echa una mirada furtiva por la ventanilla. —¿Viniste solo?

—Habría traído a mis perros, pero les gustan los agentes federales. No querría tener problemas con el gobierno.

Boyko se limita a fruncir el ceño ante la acusación, sin molestarse en confirmarla ni negarla. —Todo lo que necesitas saber es que estoy de tu parte.

Le hago un gesto a la camarera para que se vaya antes de que se acerque a nuestra mesa. No estaré aquí mucho tiempo. —No te necesito a mi lado, Boyko. Creí haberlo dejado claro en nuestra última cita para tomar un café.

—Teniendo en cuenta que estás rodeado de enemigos, yo lo reconsideraría, Samuil —su nariz se mueve como la de un conejo asustadizo—. Necesitarás toda la ayuda posible.

—Tienes razón en una cosa: tengo enemigos. Lo que me ha enseñado a no confiar en nadie —lo miro fijamente para que no se confunda—. Cualquier ayuda que necesite, la obtendré de los míos.

Boyko arquea una fina ceja negra. —A veces, es de los tuyos de quienes tienes que cuidarte.

—Muy críptico. Lo tendré en cuenta.

Suspira. —Intento ayudarte.

—Y yo estoy intentando decirte que te vayas a la mierda. ¿No se entiende? Déjame intentarlo en ruso, *Otvali*. ¿Sigue sin estar claro? ¿Y en francés? *Va te faire foutre*. ¿No? ¿Quizá en alemán? *Verpiss dich*. Mi lenguaje de signos está oxidado, pero puedo intentarlo si sigues teniendo problemas para entender.

La boca de Boyko vuelve a crisparse, frunciéndose como un imbécil. —Bogdan Andrich —entona. Golpea la taza contra la mesa y una oleada de café salpica por los lados.

Eso me tranquiliza.

—De acuerdo —admito—. Tienes mi atención.

—Está en tu nómina en Rusia, ¿me equivoco?

No tengo que confirmarlo. Él ya conoce la respuesta.

Boyko no sonríe: si lo intentara, su rostro forrado probablemente se resquebrajaría. Pero no me cabe la menor duda de que en este momento se siente terriblemente engreído. —Es un topo de los Andropov.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes.

Frunzo el ceño. —Si esta información es cierta, te agradezco. Pero eso es todo lo que vas a conseguir. Me ofreciste un nombre por tu propia voluntad. Eso no significa que recibas una mierda de mí.

Boyko se limita a encogerse de hombros. —Considéralo un favor. Una inversión en nuestro futuro compartido.

—No hay futuro compartido para nosotros, Boyko. No tengo socios. Estoy solo.

—Ningún hombre es una isla, Litvinov. Si tienes los mismos deseos que yo sobre la suerte que quieres que corra el Grupo Andropov, acabar reducido a cenizas, tenemos que trabajar juntos.

Me pongo en pie de repente. —Eres entretenido, Boyko. Agente del FBI o no, me estás gustando.

Antes de que pueda responder, le despeino el cabello ralo y me dirijo a la puerta sin mirar atrás.

En cuanto estoy de vuelta en mi Rolls Royce, hago una llamada a mi hombre principal en Rusia.

—Prepara las cosas —le digo en ruso—. Espera una visita mía.

—¿Cuándo, jefe?

No le contesto. No tengo intención de hacer públicos mis planes de viaje.

Cuando se trata de atrapar a un topo, la mejor baza de que dispongo es la sorpresa.

Y siempre he disfrutado haciendo retorcerse a las ratas.

29

NOVA

SOS. SOS.

Dos metros y medio de zorra psicópata marchan directamente hacia mí, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

¿Dónde hay un botón de expulsión o una nube de humo para desaparecer como un mago cuando lo necesitas?

Katerina ya me ha visto. Incluso desde el otro lado del parque, siento el gélido escalofrío de toda su atención recorrerme la columna vertebral. Rufus también debe sentirlo. El pobre danés tiene la cola tan metida entre las piernas que quizá habría que extirpársela quirúrgicamente.

—No pasa nada, Ru —miento, acariciándole la cabeza y considerando mis opciones.

U, opción, supongo. Singular. Pues lo único que se me ocurre es fingir que no la he visto y caminar poderosamente en dirección contraria.

Desgraciadamente, hay problemas con ese plan.

En primer lugar, los cuatro perros que estoy paseando pueden sentir el miedo que florece en lo más profundo de mi alma y se lanzan en busca de la causa. Mis piernas están enredadas en las correas. Si no me libero y suelto en el parque a una horda de lobos mal adiestrados, no hay posibilidad de una salida rápida.

En segundo lugar, las piernas de Katerina me llegan hasta las axilas. Es como un Slenderman Sexy. Ni siquiera mi huida más rápida sería lo bastante veloz. Y, cuando inevitablemente me alcanzara, probablemente estaría el doble de cabreada de lo que ya va a estar por tener que perseguirme.

En tercer lugar, no quiero que Katerina piense que le tengo miedo.

Que, para que quede claro, sí le tengo. Y mucho.

Pero ella no necesita saberlo.

Y cuarto y último, es demasiado tarde. Katerina agita un brazo sobre su cabeza. Parece un saludo bastante normal, pero probablemente sea alguna señal para el sicario que tiene colgado de un árbol sobre mí. Hago una mueca de dolor, esperando que me caiga un piano en la cabeza.

Pero... nada.

—¡Nola! —llama Katerina, saludando de nuevo.

¿*Está*... sonriendo?

Tiene que ser algo siniestro. Debe sonreír pensando en cómo quedarán impresos en mi pómulo los gigantescos diamantes que incrustan cada uno de sus nudillos. Unas joyas tan grandes no pueden ser solo un adorno; son armas.

Rufus emite un sonido que solo puede describirse como un gemido miserable. Una vez más, es tan condenadamente identificable.

Katerina se detiene delante de mí, sus tacones de cuña chirriando hasta detenerse en el pavimento. —Esperaba encontrarme contigo, Nora.

—Nova —corrijo, aferrando un poco más fuerte las correas que tengo en la mano.

Ruby y los otros dos perros tiran hacia Katerina, ansiosos por que se los presente. Rufus tira en dirección contraria, porque sabe que no debe hacerlo.

—Claro, por supuesto. Nova.

Luego, sonríe.

Otra vez.

A mí.

Espero el estallido de un rayo, o que empiecen a sonar las sirenas antiaéreas. Seguramente, que Katerina me sonría es un presagio del nivel del fin de los días.

Retrocedo unos pasos por puro instinto.

Se va por el desagüe lo de fingir que no me da miedo.

Sin embargo, mientras lo hago, Rufus gruñe.

Katerina le mira y su sonrisa se afila. —Hola, chico.

Alarga la mano para acariciarlo, pero Rufus se agacha entre mis piernas, todo su cuerpo retumba.

Ella simplemente se ríe como si fuera algo gracioso. —Veo que sigues tan tímido como siempre. Perro tonto.

Perro listo sería más exacto. Ojalá fuera socialmente aceptable gruñirle.

Como no es así, apunto a una salida rápida. —Lo siento, pero estoy un poco ocupada —hago un gesto hacia los perros—. Perros que pasear, ¿sabes?

—Estupendo. Te acompaño.

Parpadeo en silencio, pues gritar *¡No!* y hacer la señal de la cruz me parece extremo.

Pasa a mi lado agitando su melena rubia dorada. Nunca había visto a nadie con un aspecto tan fabuloso para un paseo de mediodía por el parque. Su ropa es de alta costura francesa, mientras que la mayoría de la mía procede de *Le Thrift Store*.

Sigo queriendo salir pitando en dirección contraria, pero hago lo que hacen los adultos y la sigo, arrastrando a los cuatro perros conmigo, porque ¿qué otra opción tengo?

El otoño en Chicago es normalmente una época agradable del año: las hojas se vuelven naranjas, el aire se vuelve fresco y refrescante, el cielo tan azul como siempre. Pero ahora parece el telón de fondo de una pesadilla. Katerina tiene una forma curiosa de hacer que las cosas bonitas, las sonrisas, el otoño, parezcan la mierda más malvada que nadie haya soñado jamás.

No pierde el tiempo y va al grano. —He oído que sales con mi exmarido.

—Con el debido respeto, Srta. Alekseeva, no creo que eso sea asunto suyo —mantengo la barbilla alta, aunque el corazón me da vueltas en el pecho.

Espero el mismo tipo de ataque que lanzó contra Hope, pero lo único que obtengo es otra sonrisa aparentemente dulce. —Escucha, Nina, sé que hemos empezado con mal pie, pero estoy aquí porque me preocupa.

—¿Qué cosa? —pregunto. Porque ella no puede estar preocupada por mí.

Continúa sin responder a mi pregunta. —Conozco a Sam desde que era un niño. Prácticamente crecimos juntos. Probablemente sé más sobre él que nadie en la Tierra.

Quiero ser mezquina y señalar que ella no sabe lo que estuvo haciendo conmigo en la cama anoche, pero respiro y me sobrepongo.

Sobre todo, porque el sol que brilla en sus anillos de diamantes me recuerda que no me vería guapa con puntos en la cara.

—Tómalo de alguien que lo sabe: los Litvinov son problemáticos —dice—. Todos están dañados, sobre todo Samuil. Estuvimos juntos más de diez años, así que lo sé todo.

¿Diez años?

Me conformaba con imaginarme a Katerina como una especie de error de una noche de borrachera en Las Vegas. Elvis los casó, se divirtieron durante una semana y luego se les pasó la borrachera y solicitaron el divorcio. Pero, si el matrimonio de Sam con Kat fuera un niño, estaría en cuarto curso. ¡Estaría aprendiendo división!

Ignoro el retorcimiento de mis entrañas y la forma en que su mirada azul hielo me hace estremecer. —Sam está bien.

De repente, Katerina me agarra del codo y me detiene frente a Lake Shore Drive. Por fin ha dejado de sonreír. Gracias a Dios. Empezaba a aterrorizarme más que su mueca habitual. —Deja

a un lado tu encaprichamiento de niña y abre los ojos, Nova. Sé que ahora mismo estás teniendo el mejor sexo de tu vida, pero no dejes que los orgasmos explosivos te conviertan en una tonta.

Se me cae la mandíbula. Aunque mi boca funcionara bien, no sé qué diría a eso.

—Samuil Litvinov puede parecer firme y fiable, pero solo tienes que esperar. En cuanto las cosas se ponen serias, se convierte en el mismo niño roto de siempre. En el fondo, sigue siendo el enano cuya madre drogadicta lo abandonó cuando era pequeño.

La mandíbula sigue cayendo.

La mudez se duplica.

Katerina sonríe triunfal. —Oh, vaya. No te ha hablado de eso, ¿verdad? ¿De cómo su madre lo cambió por dinero para drogarse y nunca más supo de él? Qué pena. Seguro que pensabas que se estaban haciendo muy amigos.

Una parte de mí siente la necesidad de meterse los dedos en los oídos y cantar a pleno pulmón. No es información que deba recibir de la vengativa exmujer de Samuil.

Luego, hay otra parte codiciosa de mí que quiere saberlo todo sobre Sam, venga de donde venga la información.

Katerina prosigue su despreocupada embestida. —Su madre lo destrozó y, como consecuencia, Sam nunca ha confiado en las mujeres. Por eso nuestro matrimonio no sobrevivió. Se volvió posesivo, controlador y cruel. Es solo cuestión de tiempo que veas ese lado de él. Espero que te duela menos que a mí. Esos moratones duraron siglos.

Estuvo casada con él diez años. ¿Cuántas caras de Samuil ha visto? ¿Cuánto mejor le conoce? *¿Le hizo daño de verdad?*

Las dudas se arremolinan en mi cabeza, pero intento acallarlas todas.

Aprieto los dientes. —¿Por qué debería creer algo de lo que me dices?

—Porque es verdad, quieras creerlo o no. El ciclo de violencia continuará y tú formarás parte. Solo pensé que debías saberlo: de mujer a mujer. Considérate advertida.

Rufus se ha aventurado a salir de entre mis piernas, olisqueando a Katerina como si comprobara que es tan horrible como la recuerda. Le tiende la mano para acariciarlo de nuevo, pero sus orejas se aplastan. El gruñido que sale de él es amenazante.

Confío mucho más en el juicio de Rufus que en el de Katerina.

Le retira la mano con una mueca de desprecio. Luego, se mete la mano en el bolsillo y vuelve con un elegante teléfono negro. Me lo entrega. —Cógelo.

—¿Qué es esto?

—Tu línea de emergencia —explica—. Puede que ahora lo desprecies, pero llegará un día en un futuro próximo en que Samuil te mostrará quién es realmente. Estarás demasiado asustada para ir a la policía, así que considera esto como *tu tarjeta para salir de la cárcel* —se revuelve el pelo

por encima del hombro—. Pero, si quieres mi consejo, deberías salir mientras puedas.

Antes de que pueda devolverle el teléfono, se da la vuelta y se aleja.

—¿Qué hago ahora? —miro fijamente a los perros, que me miran como si yo debiera tener todas las respuestas.

Hay un contenedor de basura en el camino, más adelante. Podría tirar este teléfono a la papelera y olvidar que esto ha ocurrido. Estoy tentada de hacerlo.

Pero algo me detiene.

Si Katerina me ha dado este teléfono, debe haber una buena razón. No me hago ilusiones de que tenga algo que ver con ayudarme. Pero tiene razón: conoce a Samuil desde hace mucho tiempo.

Me meto el teléfono en el bolsillo y decido preguntárselo más tarde.

Por ahora, Sam puede ocuparse de los fantasmas de las exmujeres del pasado que lo persiguen, y yo puedo olvidarme de que Katerina Alekseeva existe.

Rufus resopla. No necesito un intérprete canino para saber lo que piensa.

Sí, claro.

Seguro que esa zorra vuelve.

30

NOVA

El estúpido teléfono desechable es como un ancla en mi bolsillo. Me golpea la pierna a cada paso que doy por el vestíbulo. Me sorprende que el ascensor pueda levantarlo a él, a mí y al peso del tamaño de Katerina que llevo sobre los hombros hasta el ático.

Mi visión de preguntar a Sam qué hacer con el teléfono parecía mucho más fácil antes de darme cuenta de que también tendría que explicar lo que dijo Katerina cuando me lo dio.

Hola, Sam. Tu exmujer me dio este teléfono por si alguna vez me golpeas como ella dice que la golpeaste. Divertidísimo, ¿verdad? Además, una idea al azar: ¿cuándo puedo conocer a tu madre?

Estoy tan distraída redactando el discurso que nunca podré dar a Samuil que no veo a Myles de pie en el vestíbulo con una sonrisa llamativa hasta que se aclara la garganta.

Me sobresalto y suelto las correas de los perros por la sorpresa. No pierden el tiempo y se abalanzan sobre él, meneando las colas al mismo tiempo que presionan sus húmedas narices contra sus pantalones.

—¿Por qué merodeas como un psicópata? —exijo.

Suspira. —Realmente estás estropeando la seductora presencia masculina que intento cultivar aquí, Nova.

Planto los puños en las caderas. —Si quieres mi sugerencia: no te quedes justo en el portal de las mujeres esperando a que vuelvan a casa. Los acosadores y asesinos no son muy “seductores” —me doy media vuelta para apartarme de él, como si fuera a ver la silueta del teléfono en mi bolsillo y percibiera al instante mi culpabilidad.

Arquea una ceja y enseguida sé que pensamos lo mismo.

Dice la mujer que vive con Samuil Litvinov.

Salto ese obstáculo conversacional y voy al grano. —¿Qué haces aquí?

—Vengo con un regalo.

—¿Oh?

Eso es todo lo que puedo decir al mismo tiempo que trago, *¿Otro?* Diría que es mi día de suerte, pero un encontronazo con Katerina nunca es buena señal. Un regalo suyo es aún peor.

Myles se desploma. —¿Esto sigue pareciendo de "psicópata"? Porque se suponía que estarías extasiada.

—No me gustan las sorpresas. Ni los regalos, sinceramente.

Aunque no es que haya tenido mucha experiencia con ellos. Papá no era muy dado a las muestras de afecto. La abuela era la única persona que se preocupaba lo suficiente como para regalarme algo que realmente quisiera.

—Vaya —Myles silba y murmura, casi para sí mismo—: Realmente no eres como las otras mujeres con las que sale Samuil.

Me acuerdo de Katerina y del vestido rosa ajustado que llevaba para pasear por el parque. No necesito mirar mis leggings cubiertos de pelos de perro para notar las diferencias.

Tampoco puedo mirar hacia abajo, porque, si veo el bulto de mi bolsillo, Myles sabrá que le oculto algo.

Para que quede claro, no es que lo esté *ocultando*. Simplemente imaginé hablar primero con Sam sobre el teléfono. Me parece extraño hablar con Myles de mis problemas con la exmujer de Sam.

Así que, sí, estoy esperando a mencionar el teléfono desechable por puro respeto a Sam... no porque aún pueda oír la voz burlona de Katerina en el fondo de mi cabeza, diciéndome que me vaya mientras pueda.

Trago saliva. —Sí, soy rara. Súper especial.

Myles resopla, lo que le vale que yo entrecierre los ojos. Levanta las manos en señal de rendición. —En realidad es genial que no te gusten los regalos porque, técnicamente, la sorpresa no es para ti. Es para Serena.

Solo conozco a una Serena, pero sigo retrocediendo. —¿Serena, como... mi abuela?

—La sexy reina plateada —confirma—. La misma.

—De nuevo, repito: *¡¿mi abuela?!*

Myles sonríe, satisfecho. —Sé que es mayor, pero tiene lo suyo. Puedo apreciar los encantos de una mujer a cualquier edad.

Antes de que pueda abrir esa caja de Pandora, Myles se saca dos entradas del bolsillo trasero y las enseña delante de mí. —Entradas para los Blackhawks. Para esta noche.

—¡Dios mío! —chillo, arrancándoselas de las manos para examinarlas—. A la abuela le encantan los Blackhawks. Me llevó a mi primer partido cuando tenía diez años.

Me compró un pretzel blando tan grande como mi cabeza y, aunque estábamos en asientos de primera fila, más cerca de Dios que del hielo, consiguió engatusar a un tipo después del partido para que nos diera uno de los discos.

Puede que Myles tenga razón. La abuela tiene lo suyo de verdad.

—Sam lo ha organizado todo para ustedes dos —explica—. Vayan a cambiarse y luego podremos sacar a esa zorra tentadora de su prisión de ancianos para pasar la noche.

Por primera vez desde que vi a Katerina en el parque, no pienso en los planes retorcidos que podría tener para mí, ni en lo que dijo de Samuil.

Cualquier tipo que envíe a una anciana a un partido de hockey no puede ser el tipo de monstruo que ella describió.

Es ridículo que me preocupara.

Le contaré a Sam lo del teléfono más tarde, después de que la abuela y yo animemos a los Blackhawks a una victoria.



LA ABUELA ESTÁ radiante del brazo de Myles, pero se ajusta nerviosamente la camiseta mientras caminamos hacia el palco privado de Samuil. —Todo el mundo debe estar preguntándose qué hacemos los dos juntos.

—Lo sé —Myles se ríe—. Todos se preguntarán qué demonios he hecho para merecer una mujer tan hermosa como tú a mi lado. Los celos se los comerán.

La abuela se sonroja y pellizca el costado de Myles. Él le devuelve el codazo suavemente, susurrando algo sobre lo guapa que está vestida de rojo.

Si le preguntara a la abuela ahora mismo, diría que Myles ya ha perfeccionado su “seductora presencia masculina”. ¿Quién iba a pensar que sería el mal tercio de este trío?

—No puedo creer que vaya a ver el partido desde un palco privado —me mira por encima del hombro—. La última vez que vinimos a un partido, estábamos tan atrás que apenas podíamos distinguir a los jugadores. ¿Lo recuerdas, Nova?

—Sam quería que ustedes dos tuvieran los mejores asientos de la casa —Myles abre de golpe la puerta del palco y nos hace pasar—. Y así será.

La abuela y yo nos detenemos en el umbral.

—Pensé que estábamos aquí para un partido —me susurra la abuela. Está claro que ha llegado a la misma conclusión que yo: no somos lo bastante ricas para estar aquí.

Me miro a mí misma, preguntándome de repente por qué me he vestido como si el departamento de mercadotecnia de los Blackhawks me hubiera vomitado encima. Elevo una oración silenciosa de gratitud por no haber dejado que el hombre de fuera del estadio me convenciera para pintarme

el logotipo en la mejilla.

—Myles —siseo—, ¿por qué nos has dejado vestirnos así?

Tiene la audacia de parecer confundido con su uniforme de seguridad estándar de pantalón y jersey negros entallados. —¿Qué? Las dos están estupendas.

—Sí, pero estas personas parecen famosos.

—Porque lo son —me susurra burlonamente. Luego, coge a la abuela de la mano—. Deja que te enseñe el local, Serena. Quiero que la gente nos vea juntos.

La abuela suelta una risita y le da una palmada en el brazo a Myles. —Adulador.

Está tan contenta que olvido momentáneamente lo nerviosa que estoy por entrar en una habitación llena de la alta sociedad de Chicago.

Pero, en el momento en que las puertas se cierran tras de mí, me golpea de nuevo.

La habitación huele a poder, si es que eso existe. Es una mezcla embriagadora de colonia cara y comida de lujo. Los hombres son altos, las mujeres llevan tacones, y yo me siento como un hobbit perdido mientras cojo a hurtadillas unas zanahorias de una tabla de embutidos y encuentro un tramo sombrío de pared contra el que acurrucarme.

Supuse que esta noche solo estaríamos la abuela y yo; quizá también Sam y Myles. Imaginaba asientos normales en el estadio, nosotras dos animando junto con el resto de la chusma de Chicago. Anónimo. Fácil. Seguro. No como...

—¿Champán, señora?

Parpadeo ante un camarero con chaleco de traje que sostiene una bandeja de copas de champán delante de mí. Creía que los acontecimientos deportivos eran para beber cerveza, pero acepto una de las copas de todos modos, con un —Gracias —murmurado.

Luego, me apresuro a buscar a Myles y a la abuela antes de que alguien me pregunte qué tenedores usar primero o mi tipo favorito de caviar.

De algún modo, han encontrado el camino hasta la parte delantera de la sección VIP. La abuela está pegada al cristal que da a toda la pista. Es la mejor vista de la casa, y la sonrisa de su cara me dice que lo sabe.

No debería sorprenderme. Samuil Litvinov nunca hace nada a medias.

Incluida la presentación de su nueva novia a la élite de Chicago. Yo habría supuesto que él querría estar a mi lado para esto, fijando las expectativas de la gente y asegurándose de que yo no me emborrachaba descuidadamente con champán gratis y lo avergonzaba.

Pero no está a la vista.

Myles hace un buen trabajo protegiéndonos de los curiosos. No reconozco a nadie, pero la forma en que los saluda me dice que todos están relacionados de algún modo con los intereses comerciales del Grupo Litvinov.

Lo que significa que muchos de ellos probablemente conocen a Katerina Alekseeva.

Dios, realmente encajaría en esta tripulación.

Palmeo distraídamente el teléfono desechable que aún llevo en el bolsillo. No sé por qué lo he traído conmigo. Supongo que por si acaso.

En caso de qué, no lo sé.

—Myles... —me acerco un poco más a él mientras la abuela entabla una conversación con el hombre de su izquierda sobre los Blackhawks que ganaron la Copa en 2015.

—¿Qué pasa? —pregunta con despreocupación, ya apurando una copa de champán.

—¿Cuándo llegará Sam?

Myles comprueba su reloj y frunce el ceño. —En realidad, ya tenía que estar aquí. Debe haber surgido algo.

Vuelvo la vista hacia la puerta y dos mujeres se giran, esforzándose por parecer que no me estaban mirando. Pero, por la forma en que juntan sus cabezas, con sonrisas nerviosas en sus rostros, sé que yo era el tema de su conversación.

—¿Por qué cree la gente que estoy aquí? —pregunto.

—¿Para ver el partido? —adivina Myles encogiéndose de hombros.

Es un hombre, pero ni siquiera él es tan inconsciente. Entrecierro los ojos. —No te hagas el gracioso.

—No puedo evitarlo —sonríe, mostrándome esa sonrisa dentuda—. Es mi superpoder. Por cierto, quizá podrías mencionárselo a Hope.

—Responde a la pregunta. ¿Quién se cree esta gente que soy?

Sin embargo, guardo su interés por Hope para examinarlo más adelante. Lo guardo en la carpeta de *quizá no sea mala idea*.

—Teniendo en cuenta que estás sentada en el palco de Samuil, probablemente piensen que eres su invitada.

Quiero preguntar cuántas “invitadas” ha traído aquí Samuil. ¿Soy la última de una larga lista? ¿Están todas a mi alrededor haciendo apuestas sobre si volverán a verme?

Mi cara se sonroja y agacho la cabeza. —Pero llegará pronto... ¿verdad?

—Oh, um... —Myles comprueba su teléfono y luego mira hacia las puertas—. Claro.

Nada de esa respuesta me tranquiliza, pero entonces empieza el juego.

La abuela y yo gritamos y animamos, cada vez más fuerte a cada minuto que pasa. Hemos cambiado los pretzels y las palomitas por champán, champán y más champán, pero seguimos chocando las copas después de cada gol. Incluso dejo que la abuela me convenza para hacerme

una foto con una estrella de telenovela que no reconozco, pero a la que adora.

Es una buena noche.

Suficientemente buena como para casi poder olvidar que Sam aún no está aquí.

Casi.

31

NOVA

—La abuela bebió hasta el agua de los floreros —gimo, arrastrando los pies hasta Hope's Helpers con mi tercer café de la mañana.

Me sentí tan miserable al despertarme que ni siquiera me importó que Samuil saliera del ático sin despedirse. No necesitaba ver, ni oler, con qué estaba trabajando esta mañana.

Anoche, cuando por fin llegó a casa, aún estaba lo bastante achispada como para no avergonzarme, pero todo quedó al descubierto a la fría luz de la mañana. Puede que ahora vivamos juntos, pero mi aliento de la mañana siguiente le habría chamuscado las cejas. Es un pequeño milagro que aún conserve las mías.

—Necesito que investigues esa bolsa de pastillas sueltas que llevas en el bolso, Hope. Probablemente no quiero nada ilegal, pero... —lo considero un segundo y me encojo de hombros —. En realidad, a la mierda. Probaré lo que sea. Solo haz que pare.

Entro en su despacho y me detengo de golpe.

Porque Hope tiene incluso peor aspecto que yo.

Tiene la cara roja y los ojos hinchados. Me echa un vistazo antes de desplomarse sobre su escritorio, con los hombros temblorosos.

Me apresuro a rodear su escritorio. —Hope, ¿qué demonios?

He metido la pata. Es lo único que se me ocurre. De alguna manera, esto es culpa mía. Lo sé. Siempre lo es.

Se suena la nariz en un pañuelo y lo tira a la papelera. —Por favor, finge que no me has visto así. No quiero perder mi reputación. Se supone que soy dura.

—Ni hablar —la culpa se agita en la boca de mi estómago. Ya me pica una urticaria de estrés en el pecho—. ¿Qué ocurre?

—El desastre que esperaba evitar —gira su portátil hacia mí. Sobre el teclado está el cheque que

envió a Katerina. Y en la pantalla está abierta la página de reseñas de Hope's Helpers. La calificación de cinco estrellas de la que había presumido antes ha caído en picado hasta las dos últimas.

—Esa *zorra* —solo tengo que hojear unas cuantas reseñas para saber quién es la responsable—. Todos estos aparecieron en cinco minutos. Está pagando a la gente para que te destruyan.

—Está jugando a juegos mentales y me está machacando por completo —Hope entierra la cara entre las manos—. Tenemos que empezar a controlar los daños, pero ni siquiera sé por dónde empezar. Llevo toda la mañana recibiendo llamadas preocupadas. La gente cree que secuestro y vendo perros de pura raza para lucrarme. Alguien me ha acusado de dirigir un ring de peleas de perros. ¿Qué demonios? Es una locura.

Lo es, pero las críticas de Katerina lo hacen parecer verosímil.

Se leen como sinceras. Katerina no anuncia que sea una bruja vengativa y psicótica. Parece una clienta leal que ha sido agraviada.

"[...] Por mucho que esperara apoyar a una empresa dirigida por mujeres, a la que he dado buena parte de mi dinero a lo largo de los años, no puedo, en conciencia, dejar que otra persona experimente la traición a la confianza que yo he vivido a manos de Hope Levy".

Dios, la odio... pero es buena.

Se supone que debo consolar a Hope, pero aparte de una palmadita en la espalda a medias y algunas mentiras, no tengo más que la fría y dura verdad. —Hope, todo esto es culpa mía.

Ella se limita a negar con la cabeza. —No es así. Sabíamos que esto iba a pasar.

Sí, así es. Precisamente por eso debería haber sido lo primero que le comenté a Sam cuando llegó a casa anoche.

Se deslizó en la cama, desnudo y duro, y sus labios encontraron los míos en la oscuridad, y todo lo que había estado esperando decirle durante todo el día se volvió brumoso de repente. Entonces, sentí su erección necesitada contra mi muslo.

—Sam... —había murmurado, intentando llamar su atención antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

Pero él lo interpretó de otro modo, porque se zambulló dentro de mí hasta que todo otro pensamiento de mi cabeza se desintegró.

Como no puedo decirle a Hope que su negocio está amenazado porque estaba demasiado ocupada teniendo orgasmos múltiples, me pongo de pie junto a su mesa. —Voy a arreglar esto.

Hope levanta una ceja incrédula. —¿Cómo?

—Bueno... —trago saliva, sin que se forme una respuesta clara a pesar de mi larga pausa—. Yo no lo sé. Pero Sam lo sabrá. Hablaré con él.

HABLAR con Sam resulta mucho más difícil de lo que debería. Pensarías que vivir juntos me daría un poco de acceso, pero te equivocas.

Por eso, una hora, tres llamadas perdidas y siete mensajes de texto sin contestar después, me encuentro ante la intimidante sombra del rascacielos del Grupo Litvinov. Puedo verme acercándome al edificio por las ventanas ultrabrillantes. Una cuarta taza de café y un poco del pintalabios de Hope han ayudado un poco a mejorar mi situación, pero sigo arrastrando las malas elecciones de champán de anoche como una bola y una cadena mientras atravieso las puertas giratorias y entro en el vestíbulo.

Un mostrador de mármol negro asoma a un lado, pero la aburrida mujer que se sienta detrás ni siquiera levanta la vista cuando entro. Con el ejército de seguridad humano y digital que la rodea, no es de extrañar.

De todos modos, el vestíbulo es poco más que un espacio de paso. Todos los caminos conducen al banco de ascensores de latón de la pared del fondo. Las personas que caminan en esa dirección lo hacen con decisión y orgullo. Los zapatos brillantes chasquean contra el suelo de baldosas con confianza y facilidad. Hago todo lo posible por canalizar esa misma sensación con mis zapatillas de tenis manchadas de hierba.

Los tres ascensores van desde el vestíbulo hasta la planta 50 del edificio. No tardaré ni tres minutos en adivinar dónde está el despacho de Samuil.

Marco el piso número cincuenta y espero.

Justo antes de que el ascensor llegue arriba, vuelvo a respirar profunda y tranquilamente. En cuanto se abren las puertas, agradezco el oxígeno. El aire parece un poco menos denso a esta altura.

Aunque eso también podría tener algo que ver con la curiosa pared de oficinistas que me mira.

Hay hombres y mujeres con atuendo profesional dispersos por los pasillos y el vestíbulo, probablemente hablando de acciones y bonos y deberes fiduciarios o de cualquier otra cosa que esta gente discuta.

Otro tema de conversación podría ser mi atuendo. Hoy, el uniforme son unos leggings negros y una sudadera extragrande en la que se lee: ***Lo siento, no puedo. Tengo planes con mi perro.***

Fingiendo que no me doy cuenta de sus miradas críticas, me dirijo al escritorio de la recepcionista, en el rincón. Al igual que la mujer de abajo, esta no levanta la vista hasta que prácticamente me inclino sobre su puesto de trabajo.

—¿Diga? —me aclaro la garganta y trato de no hacer el gesto de levantar la voz que, según todos los blogs de chicas empoderadas, transmite inseguridad—. ¿Vengo a ver al Sr. Litvinov? Quiero decir, estoy aquí para ver al Sr. Litvinov.

Sus ojos pasan de la pantalla del ordenador a mí, y luego bajan hasta mi sudadera.

—Es importante —añado antes de que pueda llamar a seguridad para que saquen a la indigente del edificio.

—Seguro que sí —responde con frialdad—. Pero nadie tiene acceso al Sr. Litvinov sin cita previa.

Aprieto los dientes. El hombre estuvo dentro de mí anoche, por el amor de Dios. Seguro que existe una jerarquía para ese tipo de cosas.

—Escucha... —busco su nombre en la placa—, Marnie. No tengo cita porque no la necesito. Soy la novia del señor Litvinov.

Nada que no sea pura desesperación podría haberme inducido a utilizar ese título con este aspecto. En cuanto a las primeras impresiones, esta va a quedar grabada. Con fuerza.

Pero parece que es la palabra mágica, porque las cejas depiladas de Marnie se le clavan en el nacimiento del pelo cuando coge el teléfono.

—¿Eres la novia del Sr. Litvinov?

Decido ignorar la evidente conmoción y el leve horror de su voz. —Esa soy yo —le dirijo una sonrisa tensa—. No me espera, pero querrá verme.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras marca un número y luego una extensión. —Siento molestarlo, Sr. Litvinov, pero tengo a una mujer delante de mi mesa que dice ser su novia.

Su expresión no revela nada mientras Samuil responde. Finalmente, vuelve a colgar el teléfono y se levanta con los labios fruncidos. —Sígueme.

Así me gusta más.

Resisto a duras penas el impulso de regodearme en la cara de la mujer, pero solo porque Marnie parece nerviosa de repente.

Incluso cuando se detiene ante una puerta al final del pasillo, hay algo vacilante en su forma de llamar. Como si tuviera miedo de lo que hay al otro lado.

Las palabras de Katerina resuenan en el fondo de mi cabeza... *posesivo, controlador y cruel. Es solo cuestión de tiempo que veas ese lado de él...*

Una voz grave y apagada retumba algo desde el otro lado de la madera, y Marnie da un paso atrás. —Puedes entrar. Te está esperando.

Antes de que pueda darle las gracias, gira sobre sus talones y regresa a su mesa.

No seas ridícula, me digo, acercándome a la puerta de su despacho. *Este es Sam, tu Sam.*

Esta última parte es discutible, pero necesito la inyección de confianza para atravesar las puertas.

Se abren fácilmente, dejando ver una figura alta que se recorta contra las ventanas de cristal detrás de un enorme escritorio. Pero, en el momento en que las puertas se cierran tras de mí y el hombre se vuelve hacia mí, con una mueca de desprecio dibujada en su rostro desgraciadamente

familiar, me doy cuenta...

Este es el Sr. Litvinov equivocado.

32

NOVA

Después de los dos últimos días, empiezo a ver realmente las ventajas de tener un silbato antipánico. O una maza de oso.

Primero fue Katerina.

Ahora, otro asqueroso baboso me mira fijamente, lamiéndose los labios como si fuera un vampiro dispuesto a lanzarse a por mi yugular.

Me mantengo firme, intentando ocultar que me sudan las palmas de las manos. —No eres el Sr. Litvinov que he venido a ver.

Ilya aparta mis palabras como si apenas importaran, rodeando su escritorio de cristal para estar más cerca de mí. —Siéntate de todos modos. Quizá pueda ayudarte.

—Lo dudo mucho.

Arquea una ceja, y por muy molesto que me resulte admitirlo, puedo ver algunas similitudes entre él y Samuil. Hay cierta angulosidad en sus pómulos, un destello familiar de confianza. Pero es del mismo modo que los pájaros de patio se parecen vagamente a los dinosaurios.

Uno es muchísimo más divertido que el otro.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Café, quizás?

Señala una cafetera exprés que parece fabricada por la NASA. No es que eso importe. La máquina podría imbuir a los granos con la capacidad de mantenerte joven para siempre, y aun así no ingeriría ni una gota de nada de lo que este hombre me diera. Se me eriza la piel con solo respirar el mismo aire que él.

—Gracias, pero estoy bien.

—Vamos, Nova, relájate —menea los hombros dramáticamente, dejando caer los brazos a los lados—. Ahora sales con mi hermano. Prácticamente somos familia.

Es inquietante la forma en que su sonrisa, al igual que su contacto visual, nunca vacila.

—He oído que viven juntos —continúa—. ¿Es una noticia para felicitarlos o estás aquí buscando una salida?

De nuevo, la advertencia de Katerina resuena en el fondo de mi cabeza.

¿Hay alguna posibilidad de que lo haya entendido al revés? ¿Podrían Katerina e Ilya estar advirtiéndome de una situación peligrosa? ¿Debería hacerles caso?

Entonces, su sonrisa aumenta un poco más, y tengo que reprimir un escalofrío en todo el cuerpo.

Este tipo obtiene un cero sobre diez en la prueba de vibras. Mi intuición no quiere tener absolutamente nada que ver con él ni con sus espeluznantes preguntas.

—Solo he venido a hablar con Samuil. Si pudieras indicarme dónde está su despacho, entonces...

—Entonces, encontrarías un despacho vacío —termina, con un aire lo bastante petulante como para que tema las siguientes palabras que salgan de su boca antes incluso de que empiece. —Mi hermano está fuera de la ciudad. Me sorprende que no te lo haya dicho.

Ya somos dos.

A pesar de mi idea inicial de actuar con calma y tranquilidad, rebusco el teléfono en el bolsillo. Pero sé que nadie ha llamado. Por eso estoy aquí en primer lugar: Samuil no respondía.

Y eso no ha cambiado.

Mis llamadas siguen sin ser devueltas. Mis mensajes siguen sin leerse.

—Yo no me lo tomaría como algo personal —suspira Ilya, disfrutando claramente de mi angustia—. La comunicación nunca ha sido el punto fuerte de mi hermano. Sobre todo con sus mujeres.

Aparto el teléfono. —¿Cuánto tiempo va a estar fuera?

—Una semana, por lo menos. Probablemente más.

—¿Sabes por qué?

—Claro que sí. Por desgracia... —su sonrisa se transforma en un ceño forzado y lastimero—. Si Sam no consideró oportuno decírtelo, no estoy seguro de tener derecho a hacerlo. No me gustaría meterme en sus asuntos personales —con una floritura, me acerca la silla—. Pero, por favor, siéntate. Es lo menos que puedo hacer después de que hayas venido hasta aquí para nada.

La conmoción de saber que el hombre que estaba dentro de mí la noche anterior no me dijo que iba a estar fuera de la ciudad durante la semana siguiente, es la única razón que se me ocurre para explicar por qué mis piernas ceden debajo de mí y caigo en la silla que me ofrecen.

Antes de darme cuenta, me ofrecen un vaso de agua con una rodaja de limón en el borde.

Miro fijamente más allá del rostro demacrado de Ilya Litvinov.

La última vez que le vi desde este ángulo, tenía una pistola apuntándome a la frente. Debe ser

capaz de seguir el rastro de mis pensamientos, porque pone los ojos en blanco. —Olvidé el arsénico en casa, así que el agua es segura hoy.

—No sé por qué crees que me fiaría de ti —digo bruscamente.

Se apoya en el borde de su escritorio, con los brazos cruzados. —Veo que he causado una mala primera impresión.

—Sí, agitar una pistola como un loco tiene ese efecto.

—Supongo que la falta de comunicación es cosa de familia —se ríe como si hubiera cometido un faux pas social en vez de un delito violento—. Nunca se nos ha dado bien hablar las cosas. Empuñar un arma de fuego es a veces la única forma de conseguir que mi hermano me escuche. Dime, Nova: ¿estás unida a tu familia?

Es una pregunta bastante sencilla, pero siento que me arrinconan poco a poco. —En realidad, no.

—Entonces, ¿no los ves a menudo? —pregunta.

—No si puedo evitarlo.

Asiente. —Ya veo. Interesante.

—La verdad es que no. Todos tenemos familiares a los que preferiríamos no volver a ver —señalo—. Por ejemplo, Sam y tú.

—¿A qué miembro de tu familia no quieres ver? —pregunta—. ¿Es tu padre, el capitán de policía? ¿O quizá uno de tus hermanos? Los dos también son oficiales, ¿no?

Ahí lo tienes.

Siento el muro figurado contra mi espalda.

Dejo el vaso de agua sobre la mesita y se lo empujo. —¿Es esta tu bonita forma de decirme que me has estado vigilando?

—Nunca se es demasiado precavido —ni siquiera se molesta en negarlo. ¿Por qué iba a hacerlo? No es como si pudiera hacer algo para impedírselo—. Los Litvinov son una institución importante en esta ciudad, Nova. Debemos tener cuidado con quién traemos al redil.

—No estoy “en el redil” —digo—. Actualmente comparto dirección con tu hermano, pero no es... No estamos...

En este momento, no estoy segura de qué respuesta me mantendría más a salvo. ¿Debería decirle la verdad, que es que este asunto con Samuil no irá ni puede ir a ninguna parte? ¿Que se aburrirá de mí y seguirá adelante, y yo me quedaré destrozada y volveré a mi lado de la ciudad?

¿O le digo que es amor verdadero? ¿Que Sam y yo somos una familia y él va a protegerme?

Resulta que no importa.

Ilya ha llegado a sus propias conclusiones.

—Si vives con mi hermano, formas parte de la familia —declara—. Te guste o no.

Ahora mismo, no me gusta. Ni un poquito.

Me pongo en pie de un empujón. —Me voy.

Pretendo que sea una afirmación, pero el interrogante tácito flota en el aire.

¿Estoy atrapada ahora?

¿Me dejará marchar?

¿Va a volver Samuil de su viaje y encontrarse mis huesos tirados en su apartamento?

Casi espero que Ilya me encierre en una jaula. No me sorprendería que se abriera una trampilla y cayera por un maldito conducto a una mazmorra donde me volveré alérgica al sol y viviré a base de ratas.

Pero Ilya simplemente se acerca a la puerta y me la abre. —Ha sido un placer verte, Nova. Espero que te cuides.

¿Por qué demonios suena como una amenaza?

Estoy cruzando la puerta, con un pie en el pasillo y el otro aún en su despacho, cuando vuelve a hablar. —Sospecho que volveré a verte pronto —añade—. Se espera que mi padre haga una visita a la ciudad. Querrá conocer al nuevo miembro de nuestra familia.

Ah. Sonó como una amenaza porque lo era.

Siento sus ojos clavados en mí mientras me dirijo al ascensor y atravieso el vestíbulo principal.

Cuando por fin salgo a la luz del sol, hay un momento de alivio. Un breve segundo en el que pienso: *Maldita sea, chica, acabas de esquivar una bala.*

Pero el miedo que cuaja en la boca de mi estómago no remite.

Porque, mientras esté con Samuil, siempre me llegarán más balas.

33

SAMUIL

Me quedo de pie al final de la cama, aturdido en un silencio reverente.

Estuve fuera mucho tiempo. Diez días paleando mierda y atando cabos sueltos en el gélido frío de Moscú bien podrían haber sido diez años. Tanto tiempo que casi olvidé lo que me esperaría cuando volviera a casa.

O mejor dicho, *quién* estaría esperando.

Digo "casi" porque, entre desalojar permanentemente del planeta a un topo y a sus dos compinches, tuve tiempo todas y cada una de esas diez noches para echar de menos a Nova.

Después, tuve aún más tiempo para pensar en lo jodido que era echar de menos a alguien. Hacía mucho tiempo que ese concepto no entraba en ninguna de mis ecuaciones. Incluso antes de que Katerina y yo renunciáramos a nuestro condenado matrimonio.

Pero aquí de pie, viendo a Nova tirada en el centro de mi cama, sin más ropa que una camisola blanca y unas bragas, no se puede negar.

La eché de menos.

Es todo lo que puedo hacer para no meterme en la cama a su lado y hacer algo estúpido, como decirle exactamente eso. Pero apesto a secretos, aviones y vodka.

Ignorando mi ardiente necesidad, voy a la ducha. Enciendo la calefacción hasta que el cuarto de baño se calienta como una sauna y mi piel se escama. Necesito arrasar los últimos días de mis poros.

El viaje fue un éxito; no estaría de vuelta en Estados Unidos si no hubiera sido así. Pero la traición siempre me deja un mal sabor de boca.

No me arrepiento de lo que hice con el traidor y sus cómplices y, dada la forma minuciosa en que los desmembré y me deshice de ellos, nunca tendré que volver a pensar en ellos.

Aun así, me restriego un poco más. Quiero dejar ese maldito asunto en Rusia.

No quiero tocar así a Nova.

No estoy satisfecho hasta que mi piel está roja, en carne viva y fresca. Solo entonces cierro el grifo y me seco con la toalla. No me molesto en vestirme, atravieso el oscuro dormitorio y finalmente me deslizo junto a ella.

Las sábanas huelen a su piel de vainilla y el colchón está caliente por su cuerpo. En cuanto su espalda roza mi pecho, exhalo por primera vez en diez días.

Aspiro su pelo y la suavidad de su piel bajo mis manos. Trazo la curva de su cuerpo a lo largo de su muslo desnudo y sobre su cadera. Su camisola de seda se mueve como el agua bajo mis dedos, dejándome paso para seguir la tonificada elasticidad de su vientre hasta sus pechos.

Cuando mis dedos rodean sus pezones, se estremece entre mis brazos. Un suspiro se desliza entre sus labios, y nunca he estado tan empalmado.

Mi erección se aprieta entre sus muslos y los dos volvemos a exhalar. Se siente como seda por todas partes: suave y delicada. Después de casi dos semanas de brutalidad y frío, es el puto paraíso.

—¿S...Samuil? —su voz está llena de sueño. Se retuerce en mis brazos, su cuerpo se aprieta contra el mío como si quisiera asegurarse de que soy real. Como si quisiera asegurarse de que no es un sueño.

Si es así, prefiero no despertarme.

Abre los labios para decir algo, pero atrapo su boca con la mía antes de que pueda. Le paso la lengua por todo el labio, la separo y me zambullo en su interior para saborear más de ella.

Se derrite en mis brazos. Sus caderas se retuercen contra mí, y lo único que puedo pensar es: El descanso se va a la basura. Pensé que estaba cansado en el avión, pero ahora mi cuerpo está vivo. Completamente despierto.

Pongo a Nova boca arriba, sin romper el beso. Mi mano se desliza entre nuestros cuerpos, un dedo empieza a hundirse en el calor húmedo entre sus muslos...

… cuando siento un dolor agudo y repentino en el labio inferior.

—*Blyat*’ —me separo de ella mientras el sabor metálico de la sangre me llena la boca—. Nova…

—No te atrevas —me empuja el pecho y dejo que me obligue a volver a arrodillarme, porque hay algo en el brillo feroz de sus ojos que me alarma—. Han pasado diez días, Samuil. ¡Diez días! Y te metes en la cama sin decir una palabra y piensas… ¿qué? ¿Que me abriré de piernas y te daré la bienvenida a casa?

Tengo la fuerte sensación de que no quiere que le diga: *Sí, eso es exactamente lo que pensé.*

Enciende la lámpara de la mesilla, pero la luz no hace nada por romper mi ilusión. En todo caso, verla bajo su cálido resplandor hace que me resulte aún más difícil concentrarme en lo molesta que está conmigo en este momento.

Incluso con los orificios nasales dilatados y el pelo revuelto, tiene un aspecto magnífico.

—Te envié un mensaje.

Se burla y se aparta de mí, con los dientes rechinándole. —Tres veces. Me mandaste tres mensajes en diez días. Y no había información. No sabía dónde estabas ni cuándo volverías. Ni siquiera sabía si estabas... —su voz se entrecorta y se apaga.

—*Krasavitsa.*…

Alargo la mano hacia ella, pero se aparta de un salto y se pone en pie. Se pasea, semidesnuda, a los pies de la cama, demasiado hermosa para estar tan enfadada y triste.

—Ni siquiera sabía que estabas bien o si te ibas. No llegué a decirte: "Que tengas un buen viaje", o "Nos vemos el próximo otoño", o "¿Piensas volver alguna vez o debo encontrar a alguien que cubra tu mitad de este alquiler astronómico?"

Me pongo en pie, usando todo mi autocontrol para mantener las manos quietas. —El ático es mío.

—Por no hablar —continúa, ignorándome—, de que, para empezar, ¡ni siquiera me dijiste que te ibas! Me desperté un día y ya no estabas, *ido*. Te fuiste del maldito país y no te pareció que mereciera la pena decírselo a tu... —tropieza con una posible etiqueta para sí misma—. ¡Deberías habérmelo dicho!

Aunque Nova lo diga, no estoy seguro de que tenga razón. Prefiero que tenga la menor conexión posible con la mierda con la que tuve que lidiar en Rusia. Cuanto menos sepa, mejor. Lo mantuve oculto por *su* bien. Por la misma razón por la que me restregué medio muerto en la ducha.

Es demasiado pura para que la manchen las cosas malvadas que tengo que hacer para mantenerla a salvo.

—Siento que estés enfadada.

Me doy cuenta de inmediato de que no es eso lo que quiere oír. Se vuelve hacia mí, con los ojos desorbitados. —¡Claro que estoy enfadada! ¿Sabes lo horrible, lo humillante que fue enterarme de que te habías ido por boca de tu hermano, de entre todas las personas?

¿Ilya...? ¿Qué coño? Solo tengo un hermano, pero es la primera vez que oigo hablar de otro encuentro. La única razón por la que no salgo corriendo de esta habitación para clavar a ese *mudak* a la pared por el cuello es porque Nova está perfectamente a salvo delante de mí.

—Dios, además me lo dijo con toda la altanería posible —su labio se curva—. ¿Alguna vez le han hecho pruebas formales? Sus tendencias psicopáticas se salen de lo normal. La ciencia moderna se lo pasaría en grande con él.

No puedo evitar sonreír. Ilya ha engañado a mucha gente a lo largo de los años, pero es bueno saber que Nova ve detrás de la máscara.

Sigue despotricando, maldiciéndome a mí y a todo mi linaje familiar por lo que parece, cuando la

cojo del brazo.

—¡Suéltame! —grita. Pero su forcejeo solo empeora mi situación, o la mejora, dependiendo de la parte concreta de mi cuerpo a la que preguntes.

—No hasta que te calmes.

—¡Estoy tranquila! Considerando que creía que habías muerto o que te habías ido o... o que me habías abandonado... —su pecho vuelve a encogerse y la siento estremecerse con un sollozo a juego—. No puedes hacer eso. No está bien, Sam. Pensé... —da vueltas en mis brazos, sus ojos castaños dorados nadan en lágrimas—. No puedes dejarme así.

—No lo hice —susurro—. No iba a dejarte, *krasavitsa*. Juré que nunca lo haría.

Su frente cae sobre mi pecho y me rodea con los brazos. —¿Cómo iba a saberlo?

Más bien, *¿cómo no ibas a hacerlo?*

He roto todas mis reglas por Nova. Vive bajo mi techo, duerme en mi cama y se cuela en todos mis pensamientos. Por ella me despierto y por ella no puedo dormir. Por ella voy a Rusia a matar traidores y por ella vuelvo a casa después.

Ella se ha convertido en mi razón para todo. Lo sepa o no, le guste o no, es verdad.

Nova Pierce es mi por qué.

Le acaricio el pelo y la abrazo hasta que sus hombros se relajan y su respiración se estabiliza. —¿Qué clase de idiota te abandonaría? —susurro contra su sien.

No es una pregunta real. Ni siquiera quería decirlo.

Pero Nova se pone rígida de todos modos.

Tiro de ella, cogiéndole la barbilla para poder mirarla a los ojos. —Nova... dime. ¿Quién?

Sea quien sea, lo mataré. Su muerte sangrienta hará que lo que acabo de hacer en Rusia parezca tan inocente como pintar con los dedos.

Lágrimas brillantes ruedan por sus mejillas. —Mi madre y mi padre tuvieron una gran pelea una noche, y ella simplemente... desapareció. Durante meses. Sin decir ni una palabra —mira al suelo y las lágrimas caen salpicando sus pies—. Cuando me enteré de que te habías ido, pensé que... tal vez...

Sacudo la cabeza y le paso el nudillo por debajo del ojo. —Nunca lo haría.

No me gustan las grandes promesas, pero esto no me parece grandioso. Parece sencillo.

Me fui, y ella lloró, y no quiero que llore.

Así de sencillo.

Suspirando, la arrastro de nuevo a la cama. Para mi sorpresa, me deja y, mientras se estira contra mi cuerpo, con el muslo enganchado en mi cadera, estoy dispuesto a demostrarle exactamente

hasta qué punto no pienso dejarla.

Pero si quiero que Nova siga por aquí, y Dios me ayude, creo que sí, le debo una explicación. Le debo palabras. No solo caricias. No solo acciones al amparo de las sombras.

Puede que esas cosas sean suficientes para mí, pero ella necesita algo diferente. Necesita *más*.

Así que se lo daré.

Cambiaré por ella. Con tal de que ella se quede.

—Lo siento. De verdad que lo siento —beso su frente con más ternura de lo que he hecho nada en toda mi maldita vida—. Estaba en Moscú.

Asiente y moquea. —Sí, eso se lo saqué a Myles después de entrar accidentalmente en el despacho de Ilya. Pero, ¿qué hacías allí?

—Negocios —le aparto el pelo de la cara—. Negocios de la Bratva.

Se queda perfectamente quieta contra mí, y solo puedo imaginar lo que está pensando. Los lugares más oscuros a los que podría llegar su mente probablemente no son lo bastante oscuros.

Su aliento es caliente contra mi pecho. La siento venir en ráfagas rápidas y desesperadas. Su corazón palpita.

Siento que el momento se escapa, y lo único que quiero es tenerla cerca.

Así que le digo palabras. Palabras estúpidas y temerarias que nunca he dicho a nadie más. Porque nunca las he dicho en serio.

—Te he echado de menos, Nova —susurro—. Pensaba en ti todos los días y todas las noches. No puedes saber cuánto siento que las lágrimas de tus ojos sean por mi culpa.

Levanta la barbilla un centímetro y se siente como una recompensa.

Y así sigo.

—Me fui porque tenía que hacerlo. Para proteger mi negocio, sí, pero lo más importante... tuve que irme para protegerte a ti —la aferro con más fuerza, mi mano se desliza por la curva de su columna vertebral—. Lo has visto por ti misma: mi hermano es un hombre peligroso. Quiero protegerte de él, pero tengo que mover mis piezas.

Levanta sus ojos llorosos hacia los míos. —No me gustan los juegos.

—Los negocios son un juego. La Bratva también lo es. Tengo que jugar para ganar. Pero te aseguro... —le meto un dedo bajo la barbilla y acerco su cara a la mía—. No eres un juego para mí. Esto, nosotros, tú y yo, no es un juego.

—¿Lo prometes?

Atrapo su boca con la mía y la beso lenta y profundamente. No vuelve a morderme, pero siento su fantasma en el labio, un recordatorio de lo cuidadoso que debo ser con ella. De lo fácilmente

que podría perder lo frágil que es lo que hay entre nosotros.

Mientras mis manos recorren su cuerpo, ella se derrite dentro de mí. La doy vuelta y finalmente separo sus piernas alrededor de mi cintura. Está húmeda y preparada, y grita sin decir palabra cuando la tomo de un solo golpe.

Dejo mis besos sobre su cuerpo como votos silenciosos, y ella se aferra a mí como si pensara retenerme a ellos.

—Sam... —me toca la cara, con los ojos muy abiertos y vulnerables, mientras su cuerpo se tensa a mi alrededor.

La sigo y me derramo sobre ella hasta que los dos estamos agotados, sudorosos y enredados en las sábanas y entre nosotros.

Está dormida antes de que el sudor se haya secado, su cuerpo aún caliente por el orgasmo, sus dedos aún entrelazados con los míos.

Es un nivel de confianza que pocas personas me han demostrado. El problema es que ya sé que no puedo devolverlo. No en su totalidad. No de la forma que ella quiere.

Hay cosas que no puedo contarle. Secretos que tengo que ocultar.

Aunque solo sea para tenerla cerca un poco más.

34

SAMUIL

Tap. Tap. Tap

Cada vez que Ilya tamborilea con los dedos contra la superficie de granito de la mesa, imagino que cojo mi navaja suiza y corto cada dedo ofensivo por turnos.

A mi lado, nuestro padre se encorva en su sillón de cuero italiano importado, irradiando aburrimiento mientras Ilya termina su presentación.

Si hubiera dependido de mí, Leonid no habría pisado la oficina del Grupo Litvinov hasta su último día en Chicago. Habría sido un rápido paseo por el pasillo de camino al aeropuerto, apenas el tiempo suficiente para un saludo y un sorbo de la fuente de agua.

He ideado un sistema infalible para mantenerlo distraído y lo más alejado posible de mí y de mi vida. El itinerario habitual consiste en una serie de restaurantes con estrellas Michelin, un flujo constante de alcohol y, cuando los tiempos desesperados exigen medidas sin ropa, el alquiler de uno de los clubes de striptease más exclusivos de Chicago.

Esta vez, sin embargo, Ilya insistió en que debíamos reunirnos en la sala de juntas. Hoy. Bien temprano.

Porque el cabrón trama algo.

Casi como si pudiera leerme el pensamiento, Ilya se inclina hacia mí. Una sonrisa se dibuja en sus labios mientras vuelve a tamborilear con los dedos. Luego, se vuelve hacia nuestro padre, cuyos ojos están fijos en la pantalla del proyector que muestra el informe trimestral.

Nova fue demasiado amable al describirlo anoche. “Imbécil psicópata” ni siquiera empieza a cubrirlo.

—Esto es más de lo mismo —refunfuña nuestro padre, moviendo el dedo para acelerar las últimas diapositivas del informe—. Las cifras están bien. ¿Por qué tengo que estar aquí?

Eso me hace fruncir el ceño. Mi padre puede encontrar un sinfín de cosas de las que quejarse en

lo que a mí respecta, pero el hombre nunca ha visto un beneficio que no le gustara, venga de donde venga. Y mis cifras trimestrales están por las nubes.

Lo que significa que Ilya no trajo aquí a Leonid para tocarme los cojones con las finanzas.

—Ya he visto bastante —declara Leonid un momento después—. Myles, apaga esta mierda. Si eso es todo, podemos terminar aquí.

—Espera —Ilya lo detiene—. Tengo algo más que enseñarte, Otets.

El labio de nuestro padre se curva bajo su bigote de sal y pimienta mientras su mirada rebota entre nosotros. Un extraño nunca sabría que tiene un hijo predilecto. Pero yo llevo treinta y cuatro años leyendo las líneas de su rostro.

Sé hacia dónde sopla su favor.

—Muy bien —suspira—. Que sea rápido.

Ilya se apresura alrededor de la larga mesa, con el mando en la mano mientras cambia de pantalla. —Debo aclarar que esta información ha sido verificada por múltiples fuentes. He revisado el...

—Adelante, Ilyoshka —suelta nuestro padre—. Esto no es una reunión del consejo de administración, así que ahórrame los putos preliminares. Di lo que tengas que decir para que podamos seguir adelante.

—Tienes razón: esto no es una reunión del consejo, Otets. Menos mal —Ilya se vuelve hacia mí. Sus ojos se diluyen en rendijas acusadoras—. No me gustaría que los miembros del consejo supieran que su director general se está follando a una espía de los Andropov.

El tono, la violencia implícita, la melodramática caída del micrófono: Ilya pensaba que había venido con mi sentencia de muerte firmada. Solo puedo hacer una cosa para reaccionar.

Reír.

Me echo hacia atrás en la silla, con una carcajada escandalosa. Myles está congelado en el borde de la habitación, con las manos crispadas a los lados mientras espera a ver qué hace mi padre, pero yo no puedo evitar disfrutar con esto.

En el último mes, mi hermano estaba muy dentro de la nueva empleada de los Andropov, que casualmente también es mi exmujer, en una azotea de Chicago, ¿pero va a señalarme a mí?

Dios, ¿qué no se puede lograr con una audacia así? Me quito el sombrero ante él. Me ha sorprendido incluso a mí por lo jodidamente estúpido que es, y yo ya tenía el listón para eso colocado en algún lugar del séptimo círculo del infierno.

Ilya se burla. —Ahora te ríes, pero tengo pruebas. Tengo pruebas de que te acuestas con el topo que intenta hundir al Grupo Litvinov.

—Por supuesto, ilumínanos —le hago señas, cruzando los pies sobre la mesa de conferencias—. Esta reunión ha sido aburrida. Vamos a animarla un poco.

Ilya mira a nuestro padre en busca de apoyo, pero el hombre no se ha movido. Tiene las manos juntas y las yemas de los dedos apoyadas en el vello canoso de su bigote.

Espera.

—Pon ya la maldita cinta —ladro, haciendo saltar a mi medio hermano.

El rubor de sus mejillas deja claro que a Ilya le molesta recibir una orden mía, pero ha llegado la hora de callarse o no callarse, así que realmente no tiene elección. Pulsa una tecla de su portátil y la pantalla del proyector cobra vida con una resolución brillante.

Inmediatamente, reconozco a las dos mujeres que comparten la gran pantalla.

Katerina es alta y voluptuosa a la derecha, con un vestido rosa apenas ceñido y tacones altísimos.

A su lado, vestida con chándal, camiseta y ningún accesorio, a menos que cuentes las cuatro correas de perro que lleva atadas a la cintura... está Nova.

—Si son las dos mujeres favoritas de Sam —se regodea Ilya—. Los fantasmas de los errores pasados y presentes.

Pongo los ojos en blanco. Solo el diablo sabe cuánto tiempo pasó ensayando frases hasta llegar a ésa. Seguro que la ensayó en el puto espejo. —Esto no prueba nada. Contrató a Nova para pasear a su perro. Esto no es nuevo...

—Solo tienes que mirar —insiste Ilya—. Ya verás.

Leonid no ha quitado los ojos de la pantalla, así que, a regañadientes, vuelvo a centrar mi atención en las imágenes.

Katerina camina junto a Nova por el parque, moviendo la boca en torno a palabras que no podemos oír. Imagino que no es un discurso sincero, lleno de disculpas y conversaciones sobre generosas primas trimestrales.

Por otra parte, Katerina no lleva su ceño fruncido habitual. Y, aunque Nova no parece precisamente encantada con la situación, no está enfadada. No huye. Está... ¿escuchando?

¿Por qué Nova no me lo mencionó?

Porque estuviste fuera del país durante una semana y media, maldito imbécil, es la respuesta inmediata en mi cabeza. *Porque la abandonaste para irte a jugar a las escondidas al otro lado del mundo.*

Porque no cree que pueda confiar en ti.

Porque no cree que pueda amarte.

Frunzo el ceño y mato esos pensamientos. Estoy seguro de que no ha sido nada. Nada más que un encuentro fortuito en el parque. Olvidable. Nada de lo que escribir...

—¡Aquí está! —Ilya apunta con un dedo a la pantalla, y ahora sí que desearía habérselo cortado antes por el nudillo.

Aunque solo fuera para que no pudiera precisar el momento exacto en que Katerina pone un teléfono negro en la mano de Nova y se aleja.

Nova no se va a quedar con el teléfono, pienso para mis adentros. Lo dejará caer. Lo tirará. Le hará un exorcismo, lo quemará y se untará la cara con las cenizas. Cualquier cosa menos quedárselo.

Pero Ilya no estaría mostrando este vídeo si Nova hubiera hecho alguna de esas cosas.

No, Nova hace lo único que no puedo explicar.

Se mete el teléfono en el bolsillo, mira a su alrededor para ver si alguien la observa y continúa caminando.

Ilya pulsa otro botón y las imágenes se cambian por una lista mecanografiada de lugares de la ciudad: mi ático, este edificio de oficinas, la perla de Katerina en la ciudad.

Pero, a medida que avanza la lista, mi mano se aprieta bajo la mesa.

Cuartel General de los Andropov. Restaurantes y clubes propiedad de los Andropov. Incluso la residencia privada de Paul Andropov en Barrington.

Antes de que pueda preguntar, Ilya se lanza a una alegre explicación. —Esta es la lista de lugares que ha visitado la noviecita de Samuil en la última semana.

Hay una explicación.

O está lleno de mierda.

Tiene que estarlo. Yo mismo investigué a Nova. Igual que Myles. Si hubiera algo que encontrar allí, lo habríamos encontrado.

Pero sé lo que parece este vídeo. Por eso me vuelvo hacia mi padre justo cuando se empuja lentamente para ponerse en pie.

Me preparo para la explosión que sé que se avecina, pero aún así me pilla desprevenido cuando abre la boca en un rugido y lanza todo su peso sobre la mesa.

La losa de mármol se desliza unos centímetros hacia mí, pellizcándome el pecho e inmovilizándome en el asiento. Pero no me hace ningún daño real, por lo que viene volando alrededor de la mesa hacia mí. Sus manos se enroscan y flexionan como si ya tuviera mi garganta entre sus garras.

—Yo te puse al mando, ¿y así es como pagas mi lealtad? —acorta la distancia que nos separa como si esto pudiera llegar a las manos, aunque sé que nunca será así.

Leonid Litvinov es bueno en muchas cosas, y una de ellas es conocer sus propias limitaciones.

Si me pone una mano encima, no se la devolvería.

Por suerte para él, Ilya lo agarra por detrás y hace un ademán de retenerlo antes de que mi padre tenga que revelar a todo el mundo que sigue teniendo un poco de miedo de su hijo mayor.

—No te preocupes, Otets. Puedo arreglar esto por ti —dice Ilya—. Puedo gestionar esta crisis y arreglar las cosas.

Prácticamente también puedo ver a Ilya practicando estas mismas palabras en el espejo anoche.

Resoplo, resistiendo a duras penas el impulso de aplaudir su coreografía. —Déjame adivinar: ¿piensas arreglar esto asumiendo el cargo de director general del Grupo Litvinov?

—¡Alguien tiene que hacerlo! —escupe Ilya—. Está claro que te sobrepasa.

—Es curioso que esto acabe contigo al timón. Eso parece más sospechoso que cualquier otra cosa que nos hayas mostrado.

—Lo único sospechoso es tu elección de mujeres —gruñe mi padre—. Follarse a una espía de Andropov ya es malo, pero ¿a dos? Primero, la puta de tu exmujer y ahora, esta... esta... paseadora de perros.

No oculta lo que piensa de Nova. Y es eso, más que ninguna otra cosa, lo que disuelve lo que queda de mi calmada fachada. Mis manos se cierran en puños y necesito toda mi fuerza de voluntad para no usarlas.

—¿De verdad crees que Ilya puede dirigir esta empresa mejor que yo? —pregunto fríamente.

Leonid se libera de las manos de su hijo menor y se ajusta la camisa, mirándome con el ceño fruncido como un caballo salvaje con un bocado entre los dientes.

—Al menos puedo confiar en que Ilya mantendrá su polla alejada de las putas manipuladoras que traman el derribo de todo lo que he construido.

De nuevo, tengo ganas de reír.

Sería tan fácil revelar los sucios secretos de mi hermano ahora mismo.

Sería increíble ver a mi padre tragarse sus palabras cuando se dé cuenta de que su querido hijo le ha estado mintiendo durante años.

Todos esos vídeos y fotos que he ido recopilando de Ilya y Katerina a lo largo de los años... Todos los encuentros ilícitos y planes tortuosos.... Podría exponer la verdad de su aventura y su plan para demoler la Bratva Litvinov desde dentro.

Por la forma en que Ilya se vuelve de un peligroso tono verde, conoce el poder que ejerzo.

—Sí —asiento, sin apartar los ojos de los de mi hermano—. La confianza es importante.

—Eres débil para las mujeres, Samuil —me espeta mi padre—. Te encantan las caras bonitas. No sé por qué me sorprende. Ese tipo de debilidad proviene de un hombre débil. Y no puedo tener a un hombre débil al timón de mi Bratva.

En la frente de Ilya se acumulan gotas de sudor. El deseo de destruirlo zumba bajo mi piel como un cable en tensión. Una palabra mía y todo su castillo de naipes se derrumba.

Pero, a diferencia de mi hermano, yo entiendo la paciencia. Sé esperar el momento perfecto.

Déjale esta batalla.

Voy por la guerra.

Me reclino en la silla, dejando que el silencio llene la habitación. Dejo que Ilya se retuerza. Dejo que nuestro padre se revuelva en su justa ira. Creen que saben cómo es el poder: gritar, tirar muebles y amenazar.

No tienen ni idea.

El verdadero poder consiste en saber que puedes acabar con alguien con una sola palabra y elegir no decirla. Todavía.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Probablemente Nova, preguntándose dónde estoy. La dulce y feroz Nova, que cree que puede arreglar a los hombres rotos. Que me mira y ve algo que merece la pena salvar.

Debería decirle que se equivoca. Que ya no hay nada que salvar. Que quererme es como intentar calentar un cadáver.

Pero soy lo bastante egoísta para quedármela. Para dejar que lo intente.

Al menos, hasta que averigüe si realmente me ha traicionado.

Me levanto de la silla, alisándome la chaqueta. —Si eso es todo, tengo trabajo real que hacer. A diferencia de algunas personas de esta sala, yo me gano mi puesto.

—Esto no ha terminado —advierte Ilya.

Le enseño mi sonrisa más afilada. —Ya lo sé, hermano. No hicimos más que empezar.

La puerta se cierra tras de mí con un suave chasquido que suena como una promesa.

De violencia.

De venganza.

De victoria.

Algunos hombres necesitan gritar para que se los escuche.

Yo solo tengo que esperar.

35

SAMUIL

—Después de ese pequeño espectáculo, probablemente no necesites oír esto... —los neumáticos chirrían cuando Myles se incorpora al tráfico. Suena un claxon detrás de nosotros, y él baja la ventanilla tintada para asegurarse de que pueden ver claramente su dedo corazón.

—Entonces, no te molestes —gruño.

No tengo intención de escuchar ni una cosa ni la otra. En cuanto Ilya y mi padre salieron de la sala de juntas, mis pensamientos volvieron al ático.

Vuelvo a comprobar las imágenes de seguridad en mi teléfono, pero Nova no se ha movido. Sigue sentada con las piernas cruzadas en el sofá, doscientos kilos de perro amontonados en su regazo.

Con un aspecto tan jodidamente inocente. Tan perfectamente situada en mi mundo.

—Pero —continúa Myles de todos modos—, confirmé el encuentro entre Kat y Nova en el parque. Su paseo, el teléfono móvil, todo. Nada de montajes. Las pruebas de Ilya eran legítimas.

—Tenías razón la primera vez —le digo, enfadado—. No necesitaba oír eso.

Ya sabía que era real. Lo que no entiendo es por qué ocurrió.

Y por qué Nova nunca me dijo una puta palabra de ello.

—Vale. Entonces, ¿necesitas oír que esto apesta a algún plan cutre que Ilya y Kat idearon durante una charla de almohada?

Mierda, sabía que Ilya tramaba algo esta mañana. Sabía que la conexión de Katerina con Nova me daría un latigazo y me mordería en el culo tarde o temprano. La cuestión no era cuándo, sino cómo. ¿Y de qué manera?

Ya tengo mi respuesta.

Me escuece, coño.

Myles agarra el volante, con una energía ansiosa que se desprende de él. —La autorizaron, hombre. Yo la absolví. Sé que estás molesto y que probablemente yo esté en esa lista, pero...

—La mayoría de la gente lo está.

Resopla, pero no hay humor real. Probablemente su cabeza esté dando vueltas a los mismos pensamientos que la mía.

Nova no *parece* una espía Andropov. Si lo es, se ha infiltrado más de lo que la mayoría de la gente se atrevería.

Por otra parte, si Nova es una espía, está trabajando con la única otra mujer que se atrevió. No hay límites a los que Kat no llegaría para conseguir lo que quiere. Seré exactamente el tipo de hombre débil que mi padre dice que soy si no asumo que Nova es capaz de lo mismo.

Y no hay ninguna puta posibilidad de que sea débil.

Así que, cuando vea a Nova, haré lo que haya que hacer. Sacarle la verdad, si es necesario, y si la verdad resulta ser lo que Ilya dice que es...

Entonces, seguiré asfixiando hasta eliminar la amenaza.

No tengo sitio en mi corazón para la debilidad.

—¿Tenemos un plan de juego? —pregunta Myles cuando veo mi edificio—. Tenemos que despejar Nova de nuevo, obviamente, pero ¿quieres trazar un enfoque para asegurarnos de que...?

—Hablemos con ella. No tiene por qué ser más complicado que eso.

Pero, cuando las puertas del ascensor se abren, con la suave música de los altavoces del salón y su perfume flotando en el aire, una fea verdad me asoma a la cara: esta mierda ya es demasiado jodidamente complicada.

Ha sido demasiado complicada desde el día en que nos desnudamos mutuamente en aquel estrecho apartamento suyo. Cometí errores por lujuria, por el simple deseo de arruinarla con mi boca, mis manos, mi polla. Vi lo que quería y lo cogí, como siempre he hecho.

¿Cómo podía saber que aquella dulce frutita era todo veneno en su interior?

Myles se queda junto a los ascensores mientras yo avanzo por el pasillo. Veo los próximos minutos en mi cabeza tan vívidamente como la grabación de la cámara oculta de Ilya esta mañana.

Obligaré a Nova a bajar y le preguntaré la última vez que vio a Kat. Le daré la oportunidad de confesar lo del teléfono desechable y, cuando lo haga, Myles y yo podremos averiguar hasta dónde llega esta trama.

Los pasos están trazados delante de mí. Veo el camino que debo tomar.

Entonces, doblo la esquina y la veo.

Está acurrucada en un rincón del sofá que ha reclamado como suyo en las últimas semanas, con

un frasco de esmalte de uñas apoyado en el brazo. La música está lo bastante alta como para que no se dé cuenta de mi presencia.

Así que hago una pausa.

Y observo.

La busco en busca de señales de que ha entrado en mi vida para joderme. Vigilo el pellizco de su labio entre los dientes, el golpeteo de los dedos de sus pies al ritmo de la música. Trazo el contorno de su cuerpo con los leggings y la camiseta de tirantes, como si las pistas estuvieran ocultas en alguna parte.

Pero, si lo estuvieran, las habría encontrado. Anoche o antenoche o la noche anterior. Las habría probado la primera vez que la levanté sobre el lavabo de su cuarto de baño.

Pero no me di cuenta de nada.

Por fin, Rufus me descubre y salta del sofá para meterse entre mis piernas. Nova se sobresalta de sorpresa al principio. Pero, cuando ve quién es, sonríe y coge con las uñas mojadas el mando a distancia para apagar los altavoces.

Esa alegría, esa esperanza, esa luz en sus ojos cuando me reconoce... todo eso hace algo, alguna jodida cosa impía, en el enorme agujero de mi pecho donde la mayoría de la gente tiene un corazón. Es como si una criatura viva en mí, que ha estado dormida desde el día en que mi padre me enseñó aquel vídeo, volviera a la vida.

Entonces, me imagino a Katerina deslizando el teléfono desechable en la mano de Nova.

Y meto dos balas en el cráneo de esa criatura viviente.

No hay sitio en mi vida para ello.

—¡Eh! Has vuelto temprano —cierra el pintauñas y lo coloca sobre la repisa de la chimenea, parloteando sin sentido todo el rato—. Hoy han castrado las dos citas de la mañana. ¿No es raro? Un perro salchicha y un pastor alemán han perdido su hombría, y yo he tenido una mañana lenta por sorpresa. No me quejo, pero no hablaré por los perritos. Pobrecillos.

Me mira radiante desde el otro lado de la habitación. Como si tenerme delante fuera lo mejor que le podía haber pasado en el día. Como si no tuviera nada que ocultar.

Y sin más, el camino recto y sencillo que tengo delante estalla.

Mi voz apenas se contiene cuando pregunto—: ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué? —sigue sonriendo. Sigue moviendo las uñas mojadas para secárselas. Sigue de pie frente a mí como si todo fuera bien, incluso cuando siento que nuestras últimas semanas juntos se rompen en mil pedacitos imposibles de arreglar.

—¿Dónde coño está? —me dirijo furioso hacia nuestro dormitorio—. Sé que lo tienes. Te vi tomarlo.

—¿Sam?

Una risa enloquecida y delirante me arranca el sonido confuso de mi nombre en sus labios. No debería sonar tan bien y tan puro. ¿No sabe que soy un hombre violento?

—Tu jefe estaría encantado con tu actuación. Realmente estás vendiendo la inocente confusión. Casi me lo creería si no tuviera más información.

Rebusco en los dos cajones superiores de la cómoda. Solían albergar mis calzoncillos y calcetines, pero los vacié para Nova. El encaje y el nailon vuelan por encima de mi hombro mientras busco su escondite.

—¿Mi jefe, Hope? Yo no... —jadea en la puerta al ver la pila de ropa interior tirada por el suelo —. Sam, ¿qué estás haciendo?

Se desplaza en mi periferia, e incluso su silueta me hace retumbar la sangre en los oídos. Cuando llego al fondo de los cajones y no encuentro nada, los cierro de golpe, con tanta fuerza que toda la cómoda se balancea sobre sus patas traseras y se estrella contra la pared. El yeso sale despedido en columnas de humo blanco.

Encaja. Es como si todo a nuestro alrededor también se desmoronara en pedazos.

—El teléfono, Nova. ¿Dónde escondes el puto teléfono? —me obligo a girarme hacia ella porque necesito ver cómo el color se escapa de su cara. Necesito ver cómo florece la culpa y se forman las mentiras. Si no lo veo por mí mismo, nunca me lo creeré porque, maldita sea, casi me engaña.

Sus labios se entreabren, oscilando entre la verdad y la mentira.

Así, sin más, pierdo la cabeza.

Cruzo la habitación en tres enormes pasos. Intenta retroceder, pero soy demasiado rápido y enorme y ella está demasiado fuera de su puto elemento. Nova retrocede a trompicones hasta quedar pegada a la pared, temblando.

Arrastro una mano por su cuerpo, comprobando con rudeza sus caderas y cada bolsillo. —¿Lo llevas encima? ¿Lo tienes contigo? ¿Esperas la oportunidad de usarlo?

—Sam, para. Yo no... ¡Para! —consigue apartarme las manos, aunque solo porque sé que está limpia. Su ropa es lo bastante ajustada como para asegurarme de que no la lleva encima.

—No lo niegas, Nova. Nada —me alejo, cargando hacia el armario para averiguar en cuál de las estanterías que le regalé guarda todos los secretos que ha estado guardando.

Hice sitio en mi mundo para ella. Construí muros alrededor de este lugar para ella.

Me ha pagado con un cuchillo en la puta espalda.

—Sam —solloza—, ¡para! Solo...

Sus palabras se pierden en el estruendo de la barra de su ropa al caer al suelo. Se rompen otras cosas, aunque no me detengo a ver qué o dónde. Quiero encontrar el teléfono, pero la destrucción me sienta bien.

Le di estos escondites.

Ahora quiero hacerlos pedazos.

Pero, por mucho que arruino, no aparece nada indeseable. Cuando el armario está despejado y estoy jadeando por la rabia que no he gastado, me giro y veo a Nova de pie junto a la puerta.

Sus ojos lo dicen todo.

Los miro fijamente durante un largo, largo momento. Son tan dorados. Lo he notado antes, pero ¿lo he notado de verdad alguna vez? ¿Lo he saboreado?

Y su piel es tan perfecta. No tiene cicatrices ni tatuajes como la mía. La suya es suave y flexible tanto al tacto como a la vista.

Rastreo su cuerpo. Paso por la curva de su cuello y la delgada línea inclinada de su clavícula. Me sumerjo bajo el oleaje de sus pechos y el plano de su vientre...

Y entonces, veo su puño.

Está cerrado alrededor de algo.

Un teléfono negro y rectangular.

Me lo ofrece sin mirarme a los ojos. Su voz, cuando emerge, es lo más desgarrado que he oído nunca. —Debería haberte dado esto en cuanto tuve la oportunidad.

Pero no lo hiciste.

Ahora, es demasiado tarde.

Le cojo el teléfono. La rabia ha desaparecido. O se ha transformado en otra cosa, tal vez. ¿Dolor? ¿Es así como lo llamarías?

No sabría decirte. Hace veinte años que no siento pena.

El teléfono es sorprendentemente pequeño en la palma de mi mano. Una cosa tan insignificante para todos los problemas que me está causando. Algo tan pequeño no debería ser capaz de destrozar mi mundo.

—Habrías arruinado tus planes de joderme si hubieras confesado enseguida.

Se estremece como si la hubiera abofeteado. —No hay ningún plan, Sam. No tengo ninguno. Nunca lo he tenido.

—*Este* es el plan —replico en voz ronca—. Te convertiste en parte de él en el momento en que dejaste que Katerina te convenciera para que te lo quedaras.

—Ella no me convenció... —Nova se lleva las manos a las sienes y se frota como si el dolor de cabeza pudiera matarla—. Quise decírtelo en cuanto llegué a casa aquel día, pero no estabas. Y entonces te fuiste. No era un buen momento.

—Por supuesto. Eres tan inocente en todo esto. Desaparecí y decidiste hacerte amiga por correspondencia de mi exmujer, ¿y es culpa *mía*? —gruño—. Suena como un castigo adecuado

para mí. Seguro que tenía mucho veneno que echarte al oído.

Sus ojos se clavan en los míos, pero no lo niega. —No te estaba castigando. No la busqué. *Ella* vino a *mí*. Apareció y empezó a lanzar acusaciones disparatadas sobre tu violencia, tu infancia y...

—Y confiaste en ella antes que en mí. ¿Por qué no ibas a hacerlo? —pregunto sarcásticamente —. ¿Por qué no?

—¡No haces precisamente que sea fácil confiar en ti! —ella levanta los hombros con un hipo desgarrador—. No me cuentas nada, Sam.

—Menos mal que tienes a Katerina en la oreja —recuerdo su visita "accidental" a Ilya en las oficinas del Grupo Litvinov, y no puedo contener la risa amarga que retumba en mi interior—. Ilya también, ¿verdad? Por eso estabas en su despacho.

El horror se apodera de su rostro. —¡Estaba en la oficina buscándote!

—Claro que sí. Es una gran coartada. Demonios, me la creí —le ofrezco unas palmadas lentas—. Dime: ¿te lo follaste antes o después de organizar este plan?

—¡Vete a la mierda! —su mano se flexiona como si quisiera abofetearme. Lágrimas calientes y furiosas corren por sus mejillas—. No quiero tener nada que ver con nada de esto: tu hermano, tu ex, nada de eso.

O tu mundo. Las palabras revolotean ahí, no dichas, pero no por ello menos ciertas.

—Y, sin embargo, guardaste el teléfono. Podrías habérselo dicho a Myles. Podrías haberlo tirado al lago durante un paseo. Cualquier cosa, Nova. Pero lo conservaste.

Ella respira hondo, estremecida. —¿Quieres saber la verdad?

Me río en su cara. —Como si fueras capaz de contarla.

Levanta la barbilla, desafiante, y sus ojos enrojecidos se cruzan con los míos. —Lo guardé porque tenía miedo. Tenía miedo de que, tal vez, Katerina tuviera razón sobre ti. De que algún día pudiera necesitar ese teléfono para pedir ayuda.

Me recorre una especie de rabia que suelo mantener contenida. Levanto el teléfono entre los dos y lo aplasto en la palma de la mano.

El plástico se agrieta y se astilla, y luego lo tiro al suelo, donde se hace añicos de una vez por todas.

—Si creíste, aunque solo fuera un segundo que podrías confiar en Katerina Alekseeva si alguna vez te veías en apuros, entonces eres aún más tonta de lo que pensé —mi voz tiembla de una rabia para la que no tengo otra salida—. Aunque me estés diciendo la verdad, el riesgo que corriste al dejar que esa zorra venenosa entrara en tu cabeza, Nova... Fuiste descuidada con tu propia vida y con las vidas de innumerables personas.

Juré que nunca volvería a ser responsable de sus lágrimas, pero ahora solloza. Se rodea el cuerpo

con los brazos como si fueran un escudo. —Estaba sola y... no lo sabía. No estabas aquí. No estabas aquí, maldición.

—Porque tenía un lío que limpiar. No sabía que estabas ocupada haciendo uno aún mayor.

—Samuil…

Me vuelvo y la visión de ella, desgarrada y destrozada, pero aún en pie, casi me deshace. —¿Qué? Adelante, Nova. Hazme comprender.

Se estremece. No dice nada.

Aprieto los dientes. —Eso pensé —giro y empiezo a marchar hacia la puerta.

Pero, justo cuando mi mano se cierra sobre el pomo, ella habla.

—Tienes razón.

Eso me congela en seco. No me giro, pero escucho.

—Tienes razón —vuelve a decir—. Guardé el teléfono porque tenía miedo de ti. De esto —señala la destrucción que nos rodea—. Y mira lo que ha pasado. Mira lo que hiciste en cuanto pensaste que te había traicionado.

Es un puñetazo por la espalda. Esto es exactamente lo que Katerina quería: demostrarle a Nova que soy el monstruo que le pintó.

Y le seguí el juego.

Solo oigo un grito ahogado antes de cerrar la puerta tras de mí.

No pienso abrirla nunca más.

36

NOVA

El día que salí de casa de mi padre, llevaba una bolsa de viaje al hombro y cinco palabras en la cabeza.

Un pie delante del otro.

Si seguía diciéndolo y seguía haciéndolo, un pie delante del otro, una y otra y otra y otra vez, al final habría una distancia entre él y yo que no podría cruzar. Tal vez incluso me olvidaría de él, si seguía así el tiempo suficiente.

Se ha volteado la tortilla.

Huí de las fauces de un monstruo a los brazos de otro.

Incluso ahora, mientras contemplo el horizonte de Chicago a través de las ventanas pulidas del suelo al techo, el mismo terror de siempre retumba en el mismo lugar de siempre, bajo mis costillas.

Lo he intentado con un pie delante del otro, y solo he conseguido ir y venir entre las cuatro paredes de esta habitación. Las puertas permanecen bien cerradas, las ventanas selladas. Mi única compañía son un par de perros que tienen amor en los ojos, pero ni una pizca de comprensión en la cabeza.

¿Ruptura? parecen decir mientras me miran. *¿Qué es eso? El amor es para siempre, estúpida. ¿No lo sabías?*

Sé que el mundo no es del todo malo, porque en él hay criaturas como Ruby y Rufus. Criaturas que conocen el amor de una forma que los humanos nunca podrán.

No es complicado.

No es desordenado.

No es oscuro ni peligroso.

Es simplemente puro.

Cada vez parece más que nunca podré probarlo.

Me giro y miro hacia la puerta. Si quiero poner un pie delante del otro, solo me queda un camino: salir.

Lejos de aquí, de Sam y de los perros y de todos los recuerdos grabados en cada mueble que haya sentido alguna vez nuestro calor compartido.

Fuera.

Lejos de esta prisión que se convirtió en otra cosa cuando ninguno de los dos sabía muy bien lo que estaba pasando.

Fuera.

Por primera vez desde que me fui, echo de menos mi piso. Echo de menos mis tambaleantes pilas de libros y las estruendosas pisadas del pequeño ejército de niños que viven en el piso de arriba. Echo de menos la mancha de agua del cuarto de baño y las débiles plantas del alféizar de la ventana.

Sobre todo, echo de menos la versión de mí misma que vivía allí: una Nova que no se molestaba en esperar un futuro feliz. Esa Nova que vivía con un pie delante del otro, siempre. Esa Nova que no pensó que tendría la oportunidad de caminar con alguien a su lado.

—Toc-toc.

Me giro para ver quién está aquí. Pero solo está Myles.

—Hola —me doy vuelta.

—¿Te encuentras bien? —lo escucho acercarse arrastrando los pies, pero me niego a mirar. La compasión que irradia me da ganas de gritar.

Me río miserablemente. —¿Lo estarías tú?

—Solo fue una pelea —sugiere mientras se escabulle en la habitación—. Su padre está en la ciudad. Y hoy tuvo que vérselas con Ilya. Eso siempre lo pone de mal humor.

Me retuerzo las manos en el regazo como si pudiera borrar el recuerdo de haberle quitado el teléfono a Katerina. —¿Te ha enviado aquí para defenderlo? Porque tú y yo sabemos que Samuil es más que capaz de librar sus propias batallas.

Myles se pasa una mano por el pelo y exhala. Hace ruidos de besos a Ruby, pero ella permanece firmemente plantada a mis pies. Ni ella ni Rufus se han alejado más de unos pasos de mí en horas.

—De acuerdo —concede al fin—. No lo defenderé. Pero puedo escuchar.

—Gracias, pero no —resoplo—. No me interesa soltarle mis sentimientos más profundos al mejor amigo de Sam.

—Tú y yo también somos amigos —dice suavemente—. Al menos, eso pensé.

La culpa me revuelve el estómago, pero ¿no es exactamente por esto por lo que Sam se enfadó conmigo? ¿Confiar en la persona equivocada, ser ingenua sobre la forma en que funciona su mundo?

—Yo también lo creía. Pero me equivoqué.

Myles hace un gesto de dolor. —¡Ay!

—Probablemente deberías considerarte afortunado. ¿Quieres saber cómo trato a mis verdaderos amigos? —se me escapa una risa amarga—. Hope es mi mejor amiga en el mundo, y ni siquiera sabe la mitad de lo que ha pasado en las últimas semanas. Al principio no se lo conté porque intentaba protegerla. Pero después no le conté lo que pasaba porque intentaba protegerlo a él. ¿Qué te dice eso de mi lealtad?

—Sam es un buen hombre, Nova.

—Depende de a quién preguntes.

—Si te refieres a Katerina…

—Quiero irme a casa —lo interrumpo antes de que empiece a soltarme esa sarta de estupideces. Lo último que necesito es un puto sermón de la segunda fuente más tendenciosa del mundo.

Myles echa un vistazo al dormitorio. —¿No estás...?

—*Mi* casa —aclaro—. Solo por unos días. Necesito un respiro.

—De acuerdo. Justo. ¿Le has preguntado a Sam?

Vuelvo a soltar una risa miserable. —Él y yo no estamos exactamente en términos de "discusión del plan de viaje" ahora mismo, Myles. Para ser sincera, no creo que le importe una mierda dónde estoy.

Myles se mueve incómodo. —Quiero decir...

—¿A menos que intentes decirme que estoy atrapada aquí otra vez?

—¡No! No —se pasa una mano por la nuca y me parece oír una maldición murmurada en voz baja—. Haz la maleta y te llevaré cuando estés lista.

—Bien —señalo el petate que he empaquetado hace unas horas, recién salida de la pelea, con lágrimas aún en los ojos—. Ya estoy lista.



TENÍA razón sobre haberme olvidado de sacar la basura antes de irme. Mi apartamento huele a leche vieja y a podredumbre.

Hacen falta dos viajes al contenedor y media lata de ambientador para enmendar mis errores. Aun así, mi piso sigue oliendo a humedad.

Pero el progreso se siente bien. *Un pie delante del otro.*

Cuando vuelvo arriba, abro todas las ventanas y capto los ruidos nocturnos. Los gritos apagados del otro lado de la calle, la alarma de un coche lejano, dos gatos aullando en el callejón.

No llegaba a oír nada de eso en el ático de Samuil. Estaba demasiado alto en el cielo. Demasiado alejado del mundo. Como un sueño en el que me quedé hasta que se estropeó.

Me vuelvo hacia mi apartamento, intentando recordar aquellos días en los que solo cruzar la puerta me parecía un suspiro de alivio.

No ha cambiado nada significativo. La ropa limpia pero sin doblar está donde la dejé. Los libros también, y el mando de la tele, y las plantas, y las gomas del pelo abandonadas en cualquier superficie plana.

Es una instantánea de mi vida, perfectamente conservada. Sigo esperando sentir que vuelve a ser mía. He vuelto. Debería poder pulsar “reproducir” y continuar donde lo dejé.

Pero no sé cómo.

Sam también me quitó eso.

Limpio durante horas. Incluso cuando no queda nada por hacer, sigo caminando. Quedarme sentada me parece la muerte.

Así que camino. Camino como un animal enjaulado, tocando todo como si quisiera marcarlo de nuevo como mío.

Ese es *mi* cepillo de pelo. Ese es *mi* sofá.

La sensación de alienación no desaparece. Cada objeto que rozo solo me recuerda lo que dejé atrás.

Siete pasos de la ventana a la puerta. Nueve de la cocina al dormitorio. Los cuento una y otra vez, pero ya no me reconfortan como antes. Siento que estos muros, que antes me parecían un refugio, ahora se cierran.

Vuelvo a mi habitación y me hundo en la cama, agarrándome a los bordes del colchón con fuerza. La verdad me golpea de a poco. No es un relámpago. Ni una epifanía. Más bien como la sangre que brota de una herida mortal: lenta, inevitable e imposible de detener.

Lo amo.

Me encanta la forma en que sus ojos se suavizan cuando me mira. La delicadeza con que trata a los perros. Cómo su tacto puede ser devastador y tierno a la vez.

Pero también veo la oscuridad en él. La rabia que convierte sus ojos en acero. La forma despreocupada en que ejerce el poder, como si fuera su derecho de nacimiento. La violencia que acecha bajo cada movimiento cuidadoso.

Mi padre me enseñó que el amor no debe doler. Pero me lo enseñó a través del dolor, así que aprendí la lección contraria: que el amor y el dolor son dos caras de la misma moneda. No

puedes tener uno sin el otro.

Me acurruco sobre mí misma, apretando la cara contra la almohada. No huele a la colonia de Sam. Aquí ya nada huele a él.

Un pie delante del otro.

Pero esta vez esas palabras significan algo diferente. Significan alejarme del hombre al que amo porque amarlo podría destruirme. Porque a veces el amor no basta para superar la oscuridad.

Porque me niego a convertirme en otra víctima de la guerra de un hombre Litvinov contra el mundo.

Dejo que broten las lágrimas, afligida por lo que podría haber sido. Por la versión de Sam que existe en mis sueños, la que podría elegir el amor sobre el poder, la paz sobre la violencia. La que no existe en la realidad.

Mañana empezaré a reconstruir mi vida. *Un pie delante del otro*, hasta que la distancia entre nosotros no pueda cruzarse.

Pero esta noche me permito recordar su tacto, su sonrisa, su calor. Me permito amarlo, sabiendo que es la última vez que permitiré tal debilidad.

Porque sí, amo a Samuil Litvinov.

Pero he pasado demasiados años recomponiéndome como para dejar que otro hombre me destroce.

37

SAMUIL

Suelto a los perros de sus correas en el ascensor. Igual que yo, y a pesar de haber corrido diez kilómetros, aún vibran con la energía no gastada cuando se abren las puertas. Rufus entra en el piso con el hocico pegado al suelo.

Una pequeña parte de mí cree que Nova podría haber vuelto. Esa misma pequeña parte estaba segura de que aparecería para pasear a los perros esta mañana.

Pero entonces estaba equivocado. Ahora también. Igual que esta mañana, igual que anoche, Nova sigue sin estar aquí.

En cambio, encuentro a Myles de pie al otro lado de la isla. Levanta una taza de café humeante para saludarme y se inclina para rascar a Rufus y Ruby.

Una vez contentos los perros, me mira con una ceja arqueada. —Tienes cara de culo.

Me quito las zapatillas de correr y me sirvo una taza de café. —Si querías insultarme, podías haberlo hecho por mensaje. Así es como manejas todo lo demás últimamente, ¿no?

Su risa no tiene gracia. —Si intentas que me sienta mal por no haberte dicho a la cara que llevé a Nova a casa, estás malgastando saliva. Sé que no debo ponerme en tu camino cuando tu padre está en la ciudad.

No puedo decidir qué parte elegir al principio. Mi mal humor no tenía nada que ver con mi padre y todo que ver con que Nova me mintiera.

Como jefe de seguridad, Myles debe comunicarme la información importante. Y un mensaje de cinco palabras, ***Nova @ apt, necesitaba espacio***, difícilmente puede considerarse un informe exhaustivo del hombre que se supone que mantiene intactos los límites de mi imperio.

Me aferro al trozo que aún resuena en mis oídos. —¿Qué “casa”? Este ático es ahora su casa.

—Siéntete libre de decírselo tú mismo.

Vuelvo a poner de golpe la cafetera en el hornillo, con los posos del fondo chisporroteando. —

Quizá Katerina pueda hacerlo. Nova parece escucharla.

—Lo dices como si hubieras dejado de romper cosas el tiempo suficiente para preguntarle a Nova qué es exactamente lo que Kat podría haberle dicho —replica.

—No tuve que preguntar; ¡tenía la puta prueba en el cajón de su mesilla de noche! —sello las manos alrededor de la taza, el calor me quema las yemas de los dedos con una especie de dolor sordo que necesito más que nada ahora mismo—. No es que consiguieras descubrir esa brecha de seguridad. Ilya tuvo que hacerlo por ti. ¿Tenemos que hacer una revisión de rendimiento?

—Estupendo. Ahora estás enfadado conmigo. Vamos a oírlo —me hace señas para que prosiga —. Los dos estábamos de acuerdo en que Nova estaba limpia y que mi tiempo estaría mejor empleado investigando al topo ucraniano con el que no dejas de corretear por la ciudad celebrando almuerzos clandestinos. Pero estoy impaciente por oír cómo todo esto es culpa mía.

—Los Andropov pusieron un móvil en la mano de mi novia, y tú eres mi jefe de seguridad. ¿De quién más podría ser la culpa? —ladro.

Myles suelta otra carcajada sin vida. —Sabes, en realidad te creí cuando dijiste que ayer tenías ideas sobre cómo manejar las cosas —hace la mímica de un gran golpe y falla—. Lo que pasó debió de ser un boceto.

—Que te jodan —dejo la taza en el suelo con la fuerza suficiente para que el café negro salpique por el borde y me chamusque las manos. Una vez más, lo agradezco. El dolor es bueno. El dolor es un recordatorio: *No te desvíes del camino que elegiste para ti*.

—Conciso —dice Myles, sin inmutarse—. Siempre has tenido facilidad de palabra.

—Encontré las pruebas que no notaste durante más de una semana —gruño—. Desde mi punto de vista, mi plan funcionó de maravilla.

—Tiemblo al pensar en la clase de tormenta de mierda en la que nos meteremos si uno de tus planes sale mal —apoya las manos en la encimera, junto al café derramado, y baja la cabeza como si fuera él quien estuviera cansado—. Mi trabajo es ser sincero contigo, Sam.

—No, tu trabajo es proteger mis bienes. No llevarlos a apartamentos sin seguridad por toda la puta ciudad. Como mucho, eres una puta niñera glorificada.

—Si de verdad crees que dejé su apartamento sin asegurar, deberías despedirme ahora mismo — me sostiene la mirada, vacilando como si me diera la oportunidad de considerar la oferta—. Si crees que soy tan inútil en mi trabajo, entonces despídeme. Porque, coño, Sam, ¿cuánto tiempo llevamos juntos en esto?

El suficiente. Incluso cuando me oigo a mí mismo menospreciarlo, sé que me equivoco, que voy demasiado lejos en todos los lugares incorrectos. No es una niñera: es el único hombre en quien confío a mi lado. Myles Hagerty es la única persona en este mundo que no me hace sentir que necesito cogerle de la mano para hacer el trabajo. Es minucioso. Es coherente. Nunca me ha defraudado. Ni una sola vez.

Entonces, ¿por qué me ensaño con él?

Ojalá tuviera una respuesta que estuviera dispuesto a afrontar.

Se aparta del mostrador, suspira profundamente. —Mira, esto es una cagada. Ya lo sé. Cargaré con toda la culpa de que los Andropov tuvieran siquiera la oportunidad de tener un espía en esta casa. Pero, Sam... no llegaron a Nova. Sigue limpia. Podemos confiar en ella.

Mis labios se contorsionan en una mueca despiadada. —Trabajaba para Kat antes de que yo la conociera. Su padre está en la nómina de los Andropov —cuento cada ofensa con los dedos—. Se quedó con el teléfono que le dio Kat. Fue sola al despacho de mi hermano. ¿Cuánto más hace falta para condenarla, hombre?

—¡Fue allí a buscarte! —mueve la cabeza con disgusto—. Samuil, ¿qué estamos haciendo? Ayer dejaste que Ilya y Leonid se metieran en tu cabeza, y luego te desquitaste con Nova.

—¡Llevó ese teléfono encima durante más de una semana! *Dejó* que Katerina llegara hasta ella. Yo no hice nada.

Myles asiente como si estuviera de acuerdo. —Cierto. No hiciste nada. Definitivamente, no preparaste a Nova para el tipo de amenazas a las que se verá sometida ahora que está en tu vida. No tiene ni puta idea del lío en el que se ha metido.

—Sabe quién es Katerina. No es estúpida…

—No, pero tiene miedo. Lo sé porque lo he visto —se pellizca el puente de la nariz—. Destruiste las pruebas y te largaste, pero anoche vi a Nova. Estaba destrozada.

Anoche, cuando intenté cerrar los ojos, solo pude ver su cara cuando la arrinconé contra la pared. La forma en que casi gritó cuando la toqué. Y la forma en que se tragó ese grito antes de que pudiera pasar por sus labios, como si llevara toda una vida practicando cómo acobardarse ante hombres violentos que pretenden hacerle daño.

Ahora parpadeo para alejar la imagen. —La culpa tiene una forma de corroer a una persona.

Myles ladea la cabeza y me estudia durante un instante. Luego, vuelve a suspirar. —Si te sirve de algo, “niñera glorificada” o no, hice mi trabajo, ¿sabes? Partir el teléfono por la mitad no me facilitó el trabajo, pero pude escudriñar entre la metralla que me dejaste y encontrar la memoria interna. La registré a fondo.

Contra mi buen juicio, pregunto—: ¿Y?

Nunca llegué a imaginar lo que Nova le habría contado a Kat, el tipo de información que habría compartido. Incluso ahora, cuando lo intento, sigo sin poder.

¿Qué podría haberle dicho?

¿Cómo se ve mi cara cuando me entierro dentro de ella y siento que por fin puedo volver a respirar?

¿Cómo, cuando ambos hemos llegado y flotado de vuelta a la tierra, seguimos entrelazados como si la mera idea de dejarnos ir fuera pura agonía?

¿Cómo la deseo cuando está a solo una habitación de distancia?

¿Cómo me ha puesto de rodillas, una y otra y otra vez, cómo me ha hecho perder el control, y cómo ni una sola vez he pensado en odiarla? ¿Cómo la he amado por ello?

—Nova guardó ese teléfono durante una semana y ni siquiera lo encendió, hermano —dice Myles en voz baja—. Ni mensajes. Ni llamadas. No le dijo ni una palabra a Katerina.

Es inocente.

Ella no te traicionó.

Su único delito fue hacer que la amaras.

—Se quedó con el teléfono —gruño—. Ya basta.

Se pasa una mano por el pelo rapado. —Si estar asqueado por Katerina es un delito, entonces todos somos culpables. Pero tú eres el jefe. Si tú estás contento con cómo han ido las cosas, yo también. El lúgubre silencio de este ático es el sonido del éxito. Aprécialo —Myles se toma el resto del café y deja la taza en el fregadero—. De todos modos, tengo cosas que hacer. Cuidar niños es un trabajo a tiempo completo, por lo visto.

—¿Cuándo dijo que iba a volver? —pregunto justo antes de que salga de la habitación.

—No lo dijo.

Permanezco ante el mostrador mucho después de que Myles se marche, odiando lo transparente que me he vuelto. El ático está mal: demasiado tranquilo, demasiado vacío, demasiado parecido a la fortaleza que era antes de que Nova irrumpiera en mi vida.

El sonido del éxito, lo llamaba Myles. No, es el sonido del puto desastre.

Anoche me convencí de que su ausencia simplificaría las cosas. Las volvería más limpias. Como solían ser cuando podía centrarme en lo que importaba: el poder, el control, la supervivencia.

Las tareas que tenemos por delante son demasiado cruciales para las distracciones. Ilya está preparando su próximo movimiento. Katerina y los Andropov están dando vueltas. El humor de mi padre cambia con los vientos, y quién coño sabe lo que me deparará el próximo turno.

No necesito el olor de Nova en mis sábanas, ni su risa resonando en estas habitaciones, ni sus estúpidos documentales sonando de fondo mientras trabajo.

Pero, mientras contemplo las manchas de café sobre el mármol, solo puedo pensar en cómo baila mientras prepara el desayuno, en cómo canturrea cuando cree que nadie la escucha, en cómo me mira como si yo fuera algo más que la violencia de mi sangre.

Las mujeres que la precedieron querían mi dinero, mi nombre, mi poder. Nova solo me quería a mí.

Y le devolví esa confianza tratándola como a cualquier otra amenaza para mi imperio.

Rufus golpea su cabeza contra mi pierna con un gemido que suena demasiado como una

acusación. Cuando miro sus ojos oscuros, veo el mismo vacío que amenaza con tragarme entero.

No entiende por qué se ha ido. Yo tampoco, la verdad.

Puedo justificar mi reacción. Ella guardaba secretos. Se reunió con Katerina. Se puso en peligro.

Pero también se interpuso entre la pistola de Ilya y este chucho sin dudarlo. Me llama la atención por mis estupideces. Me hace querer ser digno de la forma en que me mira.

Mi padre diría que soy débil por siquiera considerar esto. Ilya se reiría. Las otras familias Bratva lo verían como una vulnerabilidad que explotar.

Déjalos.

—Sí, sí. Lo sé —mis dedos encuentran el lugar detrás de las orejas de Rufus que Nova siempre rasca—. Vamos a por nuestra chica.

38

SAMUIL

—¿Quién es?

El sonido de su voz, incluso amortiguado a través de su delgada puerta de madera, me recuerda por qué vine aquí. Por qué ya estoy demasiado metido para salir limpiamente.

Que Dios me ayude, la deseo.

—Son Rufus y Ruby —respondo.

Los perros se mueven excitados, sus colas agitadas son un borrón. Ruby nunca había estado aquí, pero Rufus reconoce este lugar. Ya está olisqueando por la rendija de la puerta.

Por unos latidos, creo que voy a tener que atravesarla. No es que sea un gran obstáculo. Ni siquiera hay un cerrojo. Solo madera compuesta de mala calidad entre ella y yo.

O, peor aún, entre ella e Ilya. O entre ella y Katerina. O entre ella y cualquiera de los mil y un cabrones sin nombre que estarían dispuestos a hacer daño a Nova si eso significara hacerme daño a mí en el proceso.

Entonces, la cerradura gira y Nova se asoma por el estrecho hueco. Sus ojos no llegan a mi cara antes de mirar a los perros.

—Qué raro, Ru, suenas exactamente igual que un imbécil que conocía.

Rufus lo toma como una invitación para meter su carnosa cabeza por la rendija, forzando la puerta un palmo más. Ruby entra tras él, el suelo vibra a cada paso.

Y allí está Nova.

Está descalza en la puerta, con un pantalón de chándal holgado. Tiene el pelo mojado por la ducha y está un poco más pálida de lo habitual. Mierda, nunca había estado tan guapa. Al verla, delgada, frágil y asustada, quiero quemar el mundo solo para demostrarle que nada le hará daño.

Ni siquiera yo.

—No te has anunciado —acusa.

—Uno de tus vecinos me abrió la puerta.

Sus labios se aplastan. —Tengo que hacer algo con la escasa seguridad que hay por aquí.

—Es una epidemia en toda la ciudad.

Sus ojos castaños se dirigen a los míos. Busca algo en mi rostro: ¿más acusaciones, tal vez? ¿Otra oleada de ira que la haga retroceder y arrinconarse? ¿Alguna señal de remordimiento?

En ese aspecto, estoy tan perdido como ella.

Tampoco sé lo que vendrá después. A decir verdad, hace mucho tiempo que no lo sé.

Me ha arrastrado a aguas más profundas de las que nunca supe que existían.

Sea lo que sea lo que encuentre allí, se aparta con un suspiro. —Acabo de preparar una cafetera recién hecha, por si quieres un poco.

No necesito más cafeína. Mi cuerpo ha estado zumbando toda la mañana con una energía que parece que no puedo exorcizar. Sin embargo, ahora que tengo a Nova delante, se me ocurren algunas ideas.

Follarla contra la puerta mientras los vecinos escuchan.

Arrastrarla al suelo y darme un festín con ella, que se jodan los sofás y las camas.

Besarla aquí. Besarla ahí. Acariciarle el pelo de la cara y decirle lo que ha llegado a significar para mí.

Y si ella grita, si yo rujo, ¿a quién le importaría? A mí no.

Quiero que todos en este edificio sepan que esta mujer me pertenece.

La última vez que estuvimos aquí juntos, estábamos cubiertos de arena y agua del lago y no podíamos quitarnos la ropa lo bastante rápido. El recuerdo hace que el zumbido bajo mi piel aumente hasta convertirse en un bramido sordo, pero me obligo a bajarlo mientras la sigo hasta su apartamento.

Una colección de vasos de agua medio llenos y disparejos se cierne sobre la isla de la cocina. Le doy un golpecito a uno de ellos, haciendo tintinear todo el conjunto. —¿Has invitado a alguien?

—Ni un alma.

Nunca dije que quería café, pero ella me entrega una taza humeante de todos modos. Tiene el dibujo de un schnauzer en el lateral y las palabras ***I Woof You*** impresas debajo.

Me pregunto si es una señal hasta que se da un golpecito en la barbilla y continúa—: No, a menos que cuentes a los matones de tu infancia, a todas tus exnovias y a ese repartidor que te cortó el paso en el tráfico la semana pasada.

Bebe un trago de su propia taza: un dibujo lineal de un golden retriever mostrando los dedos

medios con las palabras ***Fetch This*** debajo.

Esa *debe* ser una señal.

Pero está haciendo una broma. Eso es un punto a mi favor por no tener que secuestrarla para que vuelva a mi casa.

—Una verdadera multitud anti-Samuil —musito, tomando asiento en el sofá—. ¿Se coló Myles en la fiesta? Últimamente se inclina hacia ese lado.

De repente, deja la taza sobre la mesita y se cruza de brazos. —¿Has venido a charlar, a traerme los perros o a otra cosa? Si es lo primero, no, gracias. Si es lo segundo, bien; supongo que técnicamente seguirás pagando para que saque a pasear a Rufus. Si es la tercera, no te molestes. Le dije a Myles que necesitaba espacio. No cambié de opinión.

—Hay espacio más que suficiente en el ático —lanzo una mirada aguda alrededor de la estrecha habitación. Rufus y Ruby se pelean por un saco de judías rosa que hay en un rincón—. Más espacio del que tienes aquí.

—Sabes muy bien que no me refería a eso, Sam.

—¿Cómo voy a saber lo que quieres decir, si ni siquiera me miras a los ojos? —replico.

Se da vuelta y su mandíbula se mueve de un lado a otro. —Te pedí disculpas por lo del teléfono.

—Y luego huiste al amparo de la noche. Si intentas parecer inocente...

—No intento "parecer" nada. Soy inocente. No he hecho nada... —suelta un suspiro, frustrada—. No pretendía hacer nada malo.

Puedo sentir cada resorte de este sofá clavándose en mi columna vertebral, como un recordatorio de las mil cosas que se han jodido entre nosotros. *No la sigas culpando, idiota*, parecen gritarme. *Sabes que ella no te traicionaría*.

Pero las palabras salen mal de mi boca. —Claro, claro. Supongo que pensaste que Katerina quería que fueran putas mejores amigas. Se quedarían hasta tarde hablando por teléfono, cotilleando y compartiendo notas sobre el hombre con el que ambas se acostaron.

Un rubor de humillación sube por sus mejillas. Me pellizco el puente de la nariz y exhalo.

Idiota.

—He venido a llevarte de vuelta —murmuro en voz baja—. Iba a estar tranquilo.

Tranquilo. Eso es una puta broma. No he estado "tranquilo" con Nova desde el momento en que nos conocimos. Fue todo o nada desde el principio.

Suelta una carcajada. —Sería la primera vez.

—Has puesto a mi Bratva, por no hablar de ti, en peligro —le gruño—. Debería seguir furioso. Tengo todo el derecho a estarlo. Si no lo estuviera, mis enemigos me habrían matado hace mucho tiempo.

La expresión de su cara es otra señal de que Myles tenía razón: Nova no tiene ni puta idea de en qué lío se ha metido.

Pensé que secuestrarla y mantenerla cautiva durante dos semanas habría sido suficiente para asomarme a los oscuros bajos fondos en los que nací, pero parece que no.

—Pero Katerina no es... Es tu exmujer —la frente de Nova se arruga mientras intenta darle sentido a todo—. No te gusta, pero no es tu enemiga. En realidad, no te haría daño.

Me gustaría poder decirle a Nova que tiene razón. Quiero asentir y decirle que el mundo es tan seguro como cree. Las exmujeres son molestas, pero no confraternizan con bandas criminales rivales para destruir todo lo que has construido. Los hermanos son un lío, pero eso no significa que tengas que pasarte el resto de tu vida mirando por encima del hombro, esperando el próximo ataque.

Incorrecto.

Tan, tan jodidamente incorrecto.

—Hay muchas cosas que no puedo decirte, pero lo que sí te diré es lo siguiente: no subestimes a Katerina Alekseeva. Ya lo hice una vez, y... —me encojo de hombros—. Ya ves cómo acabó.

Nova se tumba en el cojín junto a mí. —Sabía que debería haberte dicho lo del teléfono. Quería hacerlo, pero... las cosas que dijo... sobre ti y tu familia...

—Solo puedo imaginármelo. Katerina conoce muchos esqueletos de mi familia.

Como debe ser. Ella misma puso allí a más de uno.

Me mira de reojo. Solo una vez. Solo un instante. Luego, vuelve a posar los ojos en las manos que se retuercen en su regazo. —Dijo que estuvieron juntos mucho tiempo. También dijo que su matrimonio fracasó porque eras controlador, posesivo y cruel.

—Kat saca ese lado de la gente.

Ella frunce el ceño. —¿De verdad le pegaste?

La cara de Nova ayer destella en mi mente. El terror cuando me miró. Las lágrimas asustadas que brotaban de sus pestañas.

Sacudo la cabeza. —Por supuesto que no. Jamás. Pero... Pero mentiría si no dijera que lo deseo. Mierda, ella... —aprieto con el puño el brazo del sofá—. Katerina sabía cómo meterse en mi piel. Ya no soy el mismo hombre que era cuando nos casamos, gracias a Dios. Cuando me fui, juré no volver a tener una relación así. Creí que nunca querría otra relación, pero, bueno...

Aquí tienes.

Aquí me tienes.

Me trago una risa. Digo toda esta mierda como si se me acabara de ocurrir ahora. Como si no hubiera estado jodidamente obsesionado con Nova Pierce desde el momento en que llegué a casa y me encontré con que se había ido.

Nova baja la mirada hacia su regazo. Sus manos se retuercen una y otra vez, como si intentara lavarlas pero no lo consiguiera. —Me asustaste, Sam. Anoche fuiste... fuiste un monstruo.

Me estremezco cuando la palabra sale de sus labios. Monstruo. ¿Es eso lo que soy? ¿En lo que me he convertido?

Siempre he jurado que no me convertiría en mi padre, que no utilizaría el miedo para controlar a las personas que decía querer. Pero aquí estoy, a un paso de convertirme exactamente en la pesadilla que atormenta los recuerdos de mi infancia.

—Sé lo que es vivir con miedo de alguien que se supone que debe protegerte —admito—. Nunca quise ser esa persona para ti. No pierdo el tiempo lamentándome, pero lamento cómo te cuestioné. No debería haber... —exhalo un suspiro. Lamentos y disculpas: dos cosas que hago todo lo posible por evitar—. La casa no es lo mismo sin ti.

—No puedo volver sin más, Sam.

—Claro que puedes —pongo una mano sobre su rodilla, desesperado por dejar que mis dedos sigan la calidez de su muslo—. Tu sitio está ahí. Conmigo. Con los perros.

Como si Rufus percibiera el precario punto sobre el que nos balanceamos, suelta un lastimero aullido desde un rincón. Por primera vez desde que entré en el ático ayer por la tarde, Nova esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Traer a los perros no es juego limpio.

Aprovecho la apertura. De un solo movimiento, separo sus rodillas y me deslizo entre sus piernas. Nos fundimos, cabeza contra calor, deseo contra deseo.

—Quiero que vuelvas a mi casa... —le acaricio la espalda con una mano, arqueándola hacia mí —. Y a mi cama.

Me parpadea, sus ojos se tiñen de oscuro. —Esto tampoco es justo.

—Ya te lo he dicho: No peleo limpio —nuestros labios se rozan—. Sobre todo cuando se trata de conseguir lo que quiero.

—¿Y tú me quieres? —respira como si aún no pudiera creérselo.

Gruño contra su boca, la verdad estampándose como una cosa peligrosa y salvaje en mi pecho. —Desesperadamente. Todo de ti.

Nova levanta la barbilla. —Necesito saber que me ves como una compañera, no como una posesión. No quiero, no puedo, vivir esperando a que caiga el otro zapato cada vez que algo va mal.

Tiene razón. Que me jodan, pero tiene razón. He estado tan centrado en protegerla que me he olvidado de respetarla.

Pero puedo. Lo haré. Tengo que hacerlo.

Sin embargo, esta vez las palabras no bastarán. Las palabras son lo que nos ha traído hasta aquí;

no pueden salvarnos.

Así que, por mucho que quiera decirle todas esas cosas y que eso cure las heridas abiertas entre nosotros, hará falta algo más que unas cuantas frases dulces.

Así que la miro, y le digo con los ojos y con el pecho y con todo mi puto corazón todo lo que las palabras no pueden captar.

Estoy esperando a que me responda.

Sí, Sam. Volveré, Sam. Te quiero, Sam.

Hace algo mejor.

Se levanta y presiona sus labios contra los míos.



AVANZAMOS a trompicones por el pasillo hasta su dormitorio, rebotando contra las paredes y chocando con su puerta. Entre los besos que le doy en el cuello y la bajada del chándal por los muslos, consigo girar el pomo.

Salimos por la puerta. Está muy apretada, así que no hay mucho que hacer. Su cama se asoma por encima de su hombro, invitándonos a entrar.

Pero, antes de llegar, me pone una mano en el pecho, deteniendo mi avance. —Prométeme algo —sus ojos buscan los míos, vulnerables, pero decididos—. La próxima vez que temas por mí, habla primero conmigo. Antes de la ira. Antes de las acusaciones.

Cubro su mano con la mía. Su corazón late al ritmo del mío. —Te lo prometo. Pero tú también tienes que prometérmelo: no más secretos. Ni siquiera los que crees que me protegerán.

Un fantasma de sonrisa se dibuja en sus labios. —Trato hecho.

Es la primera promesa que hago en años que se parece más a libertad que a cadenas.

A partir de ahí, es como caer por una colina. La gravedad nos arrastra, nos suelta la ropa. Separo sus muslos y nos deslizamos juntos con un gemido mutuo.

Meto las manos bajo su camiseta de tirantes, tirando de ella hacia arriba y por encima de su cabeza, mientras me desabrocha los pantalones. Su mano se mete en mis calzoncillos.

—Mierda —dejo caer mi frente sobre la suya mientras me engroso al contacto de sus dedos—. Ni siquiera estoy dentro de ti, y no podría renunciar a esto.

—No quería irme, en realidad no —murmura. Le meto una mano entre las piernas y gime. Está caliente por todas partes, suave como la seda—. Solo odiaba la forma en que me mirabas.

La agarro de la barbilla y la obligo a mirarme mientras me introduzco en su mano, mientras se aprieta alrededor de mi dedo. —¿Y ahora? ¿Te gusta cómo te miro ahora?

La forma en que sus pupilas van desprendiendo el marrón de sus ojos es suficiente respuesta, pero quiero oírla decirlo.

Le rozo el labio inferior con la yema del pulgar. —Háblame, Nova.

—Es difícil cuando haces... —jadea, y vuelve a presionarme cuando le meto un segundo dedo—. ¿Cómo voy a pensar con claridad cuando haces eso?

Su mano se tensa a mi alrededor, sus movimientos se vuelven torpes a medida que se acerca más y más a su punto de ruptura. Le rodeo el centro con el pulgar y grita. —Sí, me gusta. Me gusta todo. Haz más de eso.

Enrosco mis dedos en ella y observo el cambio de su expresión. El asombro, el alivio y la necesidad desesperada de más.

Nova es un libro abierto cuando la toco.

Este es el tipo de interrogatorio que debería haber hecho desde el principio. En cuanto entré por la puerta ayer, debería haberla llevado a nuestra cama. Podría haberla despojado de la verdad en cuestión de minutos.

No hay forma de esconderse cuando la tengo así.

No puede esconderse de mí.

Peor... no puedo esconderme de ella.

Pero tampoco hay vuelta atrás cuando la tengo así. Se levanta de la cama con un grito ahogado y siento cómo la penetro más profundo. Su mano aprieta la tela de mi camisa mientras se corre.

La acaricio hasta volverla un charco sobre el colchón.

Jadea. Su pecho se agita para recuperar el aliento. Tardo un segundo en darme cuenta de que está llorando. Tiene las mejillas húmedas.

—Nova…

—Lo siento —jadea—. Fui una es-estúpida por escuchar. Debería haber acudido a ti.

Aparto el pelo de su cara. —Quiero protegerte. Lo necesito. Así que déjame hacerlo.

—Si lo hubiera sabido, nunca habría... no habría... —tiene hipo. Sus pestañas húmedas se agitan mientras me mira—. ¿Me crees, Sam?

La miro a los ojos vidriosos y ahora mismo le daría cualquier cosa. Mi cuerpo, mi confianza, mi apellido, mi bebé.

Abro sus piernas y empujo dentro de ella con un gruñido, imaginando mi anillo en su dedo. Nunca pensé que querría volver a casarme, pero era porque nunca había conocido a alguien a quien quisiera reclamar. No así.

Estiro sus brazos por encima de la cabeza, penetrándola con golpes profundos y duros. —Te

creo.

Se aferra a mí y saboreo su pecho. Hago que sus pezones se endurezcan con la lengua. Saboreo cada centímetro de piel que puedo alcanzar.

—Tienes que confiar en mí —engancho su pierna sobre mi cadera para profundizar nuestra conexión—. Necesito saberlo todo, Nova.

Con quién habla.

Dónde va.

Lo que la hace sentir desesperada por mí.

Cómo tocarla para que solo grite mi nombre.

—Todo —acepta en un suspiro.

Ella levanta las caderas para encontrarse conmigo, y chocamos una y otra vez.

Nova cae primero, se aprieta a mi alrededor en pulsaciones rítmicas que ennegrecen los bordes de mi visión. Apenas unos segundos después, me derramo dentro suyo con un rugido.

Y, por primera vez en dos días, no pienso en la seguridad ni en las amenazas.

No pienso en la venganza, ni en mi padre, ni en mi hermano.

Seguro que no pienso en Kat.

Hay un pensamiento y solo un pensamiento en mi cabeza.

Si todo lo que tuviera fuera esto... sería feliz.

39

NOVA

Tengo un moratón en la cadera.

Aún se está formando, floreciendo como una flor que aún no sabe si ha llegado la primavera. Me identifico con ella: a mí tampoco me inspira confianza.

Hace menos de veinticuatro horas, estaba segura de que era invierno. Hacía frío, era duro, implacable. Los ojos de Sam eran árticos mientras se burlaba en mi cara y me llamaba mentirosa irredimible.

Y ahora tengo un moratón en la cadera que me dejó allí cuando me estrechó contra él y me destrozó, una y otra vez. Rogué por ese estúpido moratón, ¿verdad? Lo deseaba tanto, maldición.

Sigo haciéndolo. Incluso ahora, no puedo dejar de trazar su contorno, de pincharlo solo para sentir el dolor sordo y agradable.

Hace veinticuatro horas, pensé que Samuil se había ido de mi vida para siempre.

Ahora, mi cuerpo aún lleva su marca.

Suspiro y me vuelvo a poner la ropa. Las sábanas aún están calientes de cuando Samuil durmió conmigo entre sus brazos, pero se levantó temprano y me dio un beso de despedida con la promesa susurrada de que volvería pronto.

Hoy te acompañarán guardaespaldas, me dijo. *Te seguirán a todas partes. Y, antes de que discutas, que sepas que solo lo hago porque te quiero y quiero que estés a salvo.*

¿Incluso al baño? pregunté.

Sí, respondió Samuil. *Incluso al baño*.

Y, efectivamente, cuando salgo al salón de mi apartamento, un hombre alto, con traje y corte de pelo, está sentado amablemente en mi sofá.

—Frederik, señora —dice a modo de presentación. Parece bastante amable, pero no sonríe. Su rostro no parece saber cómo hacerlo.

Le devuelvo la inclinación de cabeza y le sirvo un café que acepta, pero no bebe. Cuando estoy lo bastante llena de cafeína para afrontar el día, y lidiar con el par de perros malcriados que han estado siguiendo cada paso que he dado toda la mañana, me pongo los zapatos y esta pequeña familia improvisada se va trotando al parque.

Pasa una hora agradable. El aire fresco de octubre me muerde las mejillas mientras seguimos nuestro camino habitual, con las hojas caídas crujiendo bajo nuestros pies.

Es curioso lo mucho que ha cambiado y lo mucho que sigue igual. Hace un mes, mi mayor preocupación era evitar que Rufus aterrorizara a las ardillas. Ahora cuento las salidas, estudio las caras, busco amenazas. El peso del mundo de Samuil se asienta un poco más sobre mis hombros cada día que pasa. Puedo sentirlo, de la misma forma que Frederik está atado a mí.

O al menos, como si lo estuviera. Pero, cuando miro por encima del hombro, ya no veo a Frederik.

—Que sigiloso —murmuro.

No es que me importe. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no? Cuanto menos vea a Frederik, menos tendré que pensar en lo que dijo Samuil sobre que sus enemigos querían matarlo.

Vuelvo a escudriñar el parque, esta vez más despacio. Parejas paseando por la mañana. Una mujer hace yoga junto al agua. Nada obviamente amenazante, pero mi estómago se aprieta de todos modos. Parece que la paranoia de Samuil es contagiosa.

Aparto a Rufus de cualquier roedor arbóreo que acapare su atención y busco un banco donde pueda recomponerme. Quizá llame a Samuil, solo para oír su voz. Para recordarme a mí misma que toda esta locura, los guardaespaldas, el peligro, la forma en que se me acelera el corazón cuando me toca, merece la pena.

—Bonita mañana, ¿verdad?

La voz viene de detrás de mí. Me doy vuelta, reprimiendo a duras penas un grito.

Un hombre se apoya en un roble y me mira con unos ojos que me hacen sentir una sensación de reconocimiento en lo más profundo de mi pecho. Es mayor, quizá de unos sesenta años, pero sus hombros son anchos bajo el traje a medida. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás, sobre un rostro en el que resuenan los rasgos de otra persona.

Rufus gruñe y tira de la correa. —¿Y no es también un chico precioso? —comenta el hombre con una risita que me pone la carne de gallina en el brazo—. Aunque le vendría bien un adiestramiento adecuado.

Palmeo el costado de Rufus para ocultar mis dedos temblorosos. —Estamos trabajando en ello.

—Hace falta un tipo especial de mujer para controlar a una bestia así —sus ojos azules, tan familiares que hacen que se me apriete el estómago, me escrutan de pies a cabeza—. Por otra parte, algunas bestias no pueden ser domadas, por muy... dedicado que sea el domador.

¿Este hombre me está coqueteando ahora mismo? Estoy dispuesta a sonreír y agradecerle el extraño cumplido antes de salir corriendo, pero, cuando nuestras miradas se cruzan, hay algo aún más siniestro.

Por razones que no acierto a comprender, miro a mi alrededor en busca de mi guardaespaldas.

—Si buscas a Frederik —comenta el hombre—, está comprando un pretzel al otro lado de la calle.

Oigo cómo me late el corazón en los oídos. —¿Conoces a Frederik?

—Por supuesto —se ríe—. Yo firmo sus nóminas.

Solo tardo un segundo en sumar dos y dos. Debería haberlo sabido en cuanto lo miré. La complexión, los ojos azules, el traje...

—Eres el padre de Sam.

—Pensé que tendría que deletreártelo, pero eres rápida —aplaude burlonamente—. ¿Te importa si nos sentamos, Nova? Mis rodillas ya no son lo que eran.

Estoy perdida. He elaborado un plan de emergencia para saber qué hacer si vuelvo a encontrarme con Katerina, sí, gritar y correr en dirección contraria cuenta como plan, pero no tengo ni idea de qué hacer con el padre de mi novio.

No se trata de un asqueroso cualquiera al que pueda mandar a la mierda. Se trata de Leonid Litvinov, el hombre que convirtió a Samuil en lo que es, para bien o para mal.

Así que me siento.

Leonid Litvinov se acomoda un poco más cerca de mí de lo estrictamente necesario y pasa un brazo por encima del respaldo del banco, rozándome los hombros. La despreocupada posesividad del gesto me eriza la piel.

Los perros pasean inquietos, captando mi malestar.

—Antes criaba perros —dice Leonid agradablemente.

—Cierto. Samuil me dijo que tenías mastines.

Samuil también me dijo que los perros eran literalmente engendros del demonio, pero no menciono esa parte. La cara de Leonid no delata nada. —Hermosos perros —suspira con cariño —. Fieros. Violentos.

Tengo la fuerte sensación de que todas esas palabras significan exactamente lo mismo para él.

Un escalofrío me recorre la espalda y hago todo lo posible por reprimirlo. —¿Hay alguna razón por la que estés aquí ahora mismo?

—Curiosidad, sobre todo —se vuelve para mirarme—. Quería conocer a la mujer que ha embrujado a mi hijo tan a fondo.

Mala idea. Es una muy mala idea. El mismo pavor visceral que sentí aquel día con Katerina en el parque ha vuelto con una puta venganza.

—Bueno. Por desgracia, no tengo mucho tiempo para charlar —miro hacia la entrada del parque como si esperara a alguien—. Sam viene a reunirse conmigo.

Leonid se limita a sonreír. —Resulta que sé que está en la pista ahora mismo.

Casi le pregunto cómo lo sabe, pero no estoy segura de querer saber cuántos ojos hay sobre mí en todo momento.

—Fui yo quien lo empujó al hockey. Esperaba que fuera una buena salida para él, una forma de canalizar sus bajos instintos. Pero, por lo visto... —sus ojos me miran—, ahora tiene otras vías para ello.

Ese aire crujiente se ha vuelto frígido de repente.

—Pero es bueno —Leonid parece casi decepcionado al admitirlo—. Sopesó la idea de jugar profesionalmente. Pero tuve que acabar con todas esas tonterías.

Levanto las cejas. —¿Por qué?

—Porque es mi hijo —ahora hay acero en su voz—. Y, como hijo mío, tenía un imperio que heredar. No podía permitir que su atención se dividiera. Es demasiado inteligente para desperdiciarlo en otra cosa.

Samuil es inteligente, pero no suena como un cumplido cuando lo dice su padre. Suena más como si dijera que un cuchillo está afilado o que un coche es rápido.

Para Leonid, Samuil es una herramienta. Una cosa que manipular y utilizar para lo que él necesite.

Un objeto.

No es una persona.

—Pero incluso el más inteligente de los hombres puede tener puntos ciegos —continúa Leonid, inclinándose hacia mí—. Temo que tú seas uno de ellos.

Agarro un poco más fuerte las correas de los perros y retrocedo hasta el borde del banco. —Si estás aquí para acusarme de espía, no te molestes. Ya he pasado por eso. No lo soy, y Sam lo sabe. Confía en mí.

—Mm —los ojos de Leonid se entrecierran—. Tú también pareces una mujer inteligente. Por eso sé que no serás tan miope como para rechazar la oferta que estoy a punto de hacerte.

Me levanto bruscamente y los dos perros se pegan a mis piernas. —Vendas lo que vendas, no me interesa.

—Quinientos mil dólares.

El aire sale a toda velocidad de mis pulmones. —¿Perdona?

—Eres una empresaria en ciernes, ¿verdad? —se queda cómodamente encorvado en el banco. El rostro tranquilo, la voz más calmada. Para cualquiera que pasara por allí, pareceríamos dos viejos amigos poniéndose al día—. Podrías invertirlo en tu pequeña empresa de pasear perros.

—¿Quieres... invertir en mi negocio?

—Dios mío, no —se ríe, cruel y agudo, y ajusta la correa de su reloj—. No quiero tener nada que ver con tu negocio. Esto no es una inversión; es un regalo.

Cruzo los brazos. —¿Y qué esperas a cambio de este "regalo" tan generoso?

—Sabía que eras lista —me guiña un ojo, aunque lo único que consigue es revolverme el estómago—. Lo único que tienes que hacer para reclamar el regalo es desaparecer. Coger el dinero e irte.

Y ahí está.

—No me quieres con Samuil.

—No te quiero cerca de mi imperio —corrige—. En realidad, debería haberte hecho matar después de que se revelara tu conexión con los Andropov. Pero el dinero es menos sucio.

El corazón me retumba dolorosamente en el pecho. Estoy de pie en un parque, hablando con el padre de mi novio sobre mi posible asesinato.

No sé si reír o vomitar.

—No quiero tu dinero.

La sonrisa que se dibuja en sus labios me recuerda tanto a Ilya que el estómago se me revuelve de nuevo. Se levanta, es una cabeza más alto que yo.

—Quizá debería ser más claro. Podría borrar con la misma facilidad todo rastro de tu existencia y nadie recordaría tu nombre, salvo yo, Nova Pierce. Pero soy un viejo; he visto suficiente muerte y, si no es necesario, prefiero métodos que no causen tanto desorden —se acerca, acorralándome contra la ancha base de un árbol—. Por eso te doy a elegir. La misma elección que le di a la madre de Samuil: coge el dinero y empieza tu vida de nuevo en otro lugar... o afronta las consecuencias de rechazarme.

No estoy segura de lo que se apodera de mí en ese momento. Quizá sean los ladridos de los perros. Tal vez sean los peatones felizmente ignorantes que deambulan junto a esta amenaza de asesinato a sangre fría.

O tal vez sea que la repentina ráfaga de luz solar que atraviesa las nubes grises de encima hace que Leonid Litvinov parezca lo bastante viejo y frágil como para que yo pudiera darle una patada en la rodilla y estar de vuelta en el ático antes incluso de que pudiera pedir ayuda.

Sea lo que sea, me río.

Justo en su puta cara.

—No me puede comprar.

Es la primera vez que veo que su máscara se desmorona. No es un hombre acostumbrado a que se rían de él.

—Un millón, entonces —gruñe—. Es mi última oferta. No conseguirás nada mejor.

—No hay trato —tiro de Rufus y Ruby tras de mí. Tengo que empezar a ir a otro parque para perros.

—Tendrás que conseguir mejores perros, querida —me llama Leonid, aunque finjo que no lo oigo—. Esos dos chuchos no son lo bastante fieros para protegerte de lo que se avecina.

40

NOVA

Esta vez, voy a buscar a Samuil en cuanto vuelvo al ático.

Que nadie diga que Nova Pierce no aprende la lección.

—¿Samuil? —mi voz resuena en los pasillos de mármol, que de repente parecen más un mausoleo que un hogar. Rufus y Ruby van detrás de mí, con sus uñas chasqueando contra el suelo—. ¿Sam?

Me tiemblan las manos mientras avanzo por la casa. Leonid tenía razón: Sam estaba en la pista de patinaje esta mañana. Pero ya debería haber vuelto. Cuando no contesta, oscuras posibilidades se arremolinan en mi cerebro.

¿Se ha ido? ¿Han venido a por él los enemigos que mencionó la otra noche?

¿Es Leonid uno de esos enemigos?

Teniendo en cuenta que va por ahí pagando a las mujeres de la vida de Samuil para que lo dejen, yo no diría que es del Equipo Samuil.

Empujo la puerta del despacho de Sam, sin esperar encontrarlo, pero ahí está.

Está recostado en una silla, vestido con un traje azul marino, con las manos juntas bajo la barbilla. Frunce el ceño ante el portátil con tanta atención que ni siquiera me ve en la puerta.

—¿Sam?

Se aparta de la pantalla y levanta lentamente los ojos hacia mí.

Por un momento, siento como si mirara a través de mí. Como si tuviera la cabeza en otro sitio.

—Estás en casa —dice simplemente.

—Tú también. No estaba segura. No respondiste cuando... —hago un gesto con la mano, repentinamente insegura. El hombre con el que me he despertado esta mañana se podía tocar. ¿Esta versión? Imposible—. No importa. Necesito hablar contigo.

Extiende una mano pesada y cierra el portátil. El chasquido al cerrarse me hace estremecer. Anoche mismo me dijo que debía traerle cualquier cosa, pero ahora no puedo evitar sentir que interrumpo algo que no debería.

Lleva el pelo más corto que antes y su suave barba se ha afeitado hasta convertirse en un sombrío rastrojo. Esta mañana en mi cama parece una vida diferente. Una mujer diferente. Un hombre diferente.

Quizá por eso me subo al borde de su escritorio y le tiendo la mano. Solo cuando sus dedos rodean los míos, sus ojos azules se aclaran. Por fin centra toda su atención en mí y me pasa el pulgar por los nudillos. —¿Qué ocurre?

—En realidad no hay una buena forma de pasar a esto, así que supongo que voy a ir directo al grano —respiro hondo—. Acabo de conocer a tu padre.

—¿De qué estás hablando? —su voz baja una octava, haciendo saltar todas las alarmas de mi cuerpo.

—El hombre que te dio la mitad de tus genes: acabo de encontrármelo en Lincoln Park. O, en realidad, se encontró conmigo. Bueno, no se encontró conmigo, solo... —me aprieto las mejillas calientes con las manos y me obligo a exhalar—. Estoy divagando, pero es solo porque probablemente aún estoy en estado de shock.

Las amenazas de muerte tienden a desequilibrarte, me estoy dando cuenta.

Sam me aprieta la muñeca. —Cálmate, *krasavitsa*. Empieza por el principio.

—No quiero calmarme —la risa que brota de mi garganta suena desquiciada—. Quiero romper cosas. Quiero gritar. Quiero entender cómo demonios creciste con ese hombre y sobreviviste.

—Realmente conociste a mi padre —murmura en voz baja.

Vuelvo a reír, igual que en el parque. Esta vez, el sonido salvaje se me atasca en la garganta y sale más como un sollozo. Deslizo la palma húmeda hacia mi cuello sonrojado. —No puedo creer lo que acaba de pasar. ¿Qué demonios pasa en ese parque? La policía debería apostarse allí. Está lleno de gente sospechosa.

—¿Qué ha dicho?

Esperaba que Sam saliera por la puerta en cuanto se lo dijera, persiguiendo a su padre. También esperaba que pulsara algún botón supersecreto bajo su escritorio que hiciera caer barras de acero sobre puertas y ventanas.

Pero está perfectamente tranquilo. Relajado, incluso.

Tiene que saber de lo que es capaz su padre, y sin embargo...

—Me ofreció dinero para que te dejara —digo en voz baja—. Un millón de dólares por marcharme. Quizá debería sentirme halagada. Es mucho dinero para alguien como yo.

—¿Y qué le dijiste? —pregunta Sam con tono uniforme.

—Yo… —estudio su rostro, intentando decidir si habla en serio. Todo en él indica que sí—. ¿Es una pregunta de verdad? Me reí en su cara y me fui. Obviamente.

¿Es alivio lo que veo destellar en los ojos de Samuil? ¿Como si alguna vez fuera a aceptar un céntimo de su padre?

—No creo que mucha gente lo haya rechazado —continúo, recordando la forma en que el rostro de Leonid se retorció de rabia—. Porque no parecía feliz. En realidad, sé que no estaba feliz. A menos que las amenazas de asesinato sean su lenguaje del amor.

Samuil se levanta de un salto. —¿Te ha amenazado?

Este es más bien el tipo de reacción que esperaba. Por lo visto, debería haber empezado con las amenazas de asesinato.

—Dijo que Ruby y Rufus "no son lo bastante fieros para protegerme de lo que se avecina". Pero no especificó qué es exactamente lo que se avecina. Puede que ni siquiera lo supiera. No creo que tuviera planeada una amenaza detallada. Por lo que insinuó, la mayoría de la gente opta por aceptar el dinero.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Leonid dijo que ofreció dinero a la madre de Samuil. Katerina me dijo que la madre de Sam lo abandonó cuando era solo un niño. Me dijo que estaba destrozado por eso.

La última mujer a la que Leonid hizo pasar dinero por delante no tomó la misma decisión que yo.

Y ahora, flota entre nosotros como un fantasma.

—¿Es verdad? —pregunto—. Que le dio dinero a tu madre para que se fuera y...

Sam suelta mi mano como si le quemara. Todos los músculos de su cuerpo se tensan. —No discutiré esto contigo.

Su pecho sube y baja, traicionando la apatía de su rostro.

Aun así, me encuentro yendo hacia él, buscándolo incluso cuando se aparta. —Sam... Tu familia es tóxica. Créeme, sé un par de cosas al respecto. Nunca serás libre hasta que te alejes de ellos. De todos ellos. Como hice yo.

Se queda mirando por la ventana. —Quieres que huya.

—¿No quieres hacerlo? —presiono—. Tu padre mencionó que hubo un momento en que consideraste dejar el negocio familiar. Dijo que querías jugar al hockey.

—Cuando tenía dieciocho años —en el reflejo, solo veo su ceño fruncido. El resto es sombra. —Crecí.

—Lo que digo es, ¿sería realmente tan malo seguir una carrera diferente? ¿Una vida diferente? —aprieto las manos a los lados, luchando contra el impulso de tocarlo—. Trabajar para el Grupo Litvinov significa que tienes que mantener a tu padre y a tu hermano en tu vida. Pero, si te fueras, podrías ser libre.

Se vuelve hacia mí lentamente, cada movimiento deliberado. Controlado. Como si no confiara en moverse más deprisa. —No tengo elección.

—Siempre hay elección, Sam —le agarro la mano, desesperada por hacerlo comprender. Por salvarlo de esta oscuridad en la que se está ahogando. —Podemos irnos. Podemos irnos de Chicago y empezar de cero en otro lugar.

Hope lo entendería. Me visitaría. Podría llevarme a la abuela y a los perros.

Puedo imaginármelo todo con tanta claridad que duele: Sam y yo, anónimos en alguna ciudad lejos de aquí. Sin espías ni amenazas de muerte ni guardaespaldas. Solo nosotros, construyendo algo real.

Pero el giro hacia abajo de sus labios no presagia nada bueno para mi pequeña fantasía.

—Ser libre es una ilusión, Nova. No puedo huir del Grupo Litvinov: yo soy el Grupo Litvinov. No puedo cambiar mi nombre ni mi derecho de nacimiento. Y no querría hacerlo.

No quiere hacerlo.

No se siente atrapado; Sam ha elegido esta vida.

Me pasa un dedo por debajo de la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos. —He trabajado demasiado para dejarlo todo ahora.

—No lo entiendo —se me quiebra la voz—. Pensé que querrías escapar.

Su cara bien podría estar grabada en piedra. Si es así, es la escultura más triste que he visto nunca. Solemne y apenada a la vez. —Fuiste valiente al dejar atrás a tu familia, Nova, pero yo no estaba hecho para marcharme o huir. Me construyeron para mantenerme firme y luchar por lo que es mío.

Trago saliva, intentando apartar las lágrimas que amenazan con resurgir. —¿Qué significa eso para mí? ¿Para nosotros?

Me sostiene la mirada un instante. Luego, retira la mano. —Hablaremos de esto más tarde. Tengo que irme.

Se me corta la respiración. —¿Qué quieres decir?

—Tengo que volver a Moscú. Ha surgido algo que requiere mi atención inmediata.

La intensa concentración de su rostro cuando entré por la puerta tiene sentido ahora. La forma en que cerró su portátil también.

El hecho de que no me mire a los ojos lo confirma: esto es más asunto de Bratva.

Se va. Sam siempre se irá, luchará y sobrevivirá, y se supone que yo debo entenderlo sin hacer preguntas.

—¿Puedo saber por qué?

—Es mejor que no lo hagas.

Me miro los zapatos. —No puedo creer que esto ya esté pasando otra vez.

—Esta vez te llamaré —promete—. No desapareceré del todo, pero... tengo que irme.

—¿Y se supone que debo quedarme aquí y esperar? ¿Cuándo volverás?

No dice ni una palabra.

Su silencio llena mis pulmones como el humo, ahogando todo lo que quiero gritarle. Habíamos estado tan cerca esta mañana: sus dedos en mi pelo, sus labios en mi cuello, sus promesas contra mi piel. Ahora podría estar ya en Moscú.

Entre los momentos suaves y tiernos que hemos vivido esta mañana, siempre va a estar ese reverso oscuro y retorcido. Una puerta giratoria de casi felicidad seguida de un inevitable adiós.

Me rodeo con los brazos, luchando contra el frío que se instala en mí. Los perros se aprietan contra mis piernas, buscando consuelo u ofreciéndomelo, no estoy segura de qué. Pero su calor no puede tocar el hielo que se extiende por mi pecho mientras veo a Sam volver a su portátil.

Así de simple, soy descartada. Apartada por cualquier asunto de Bratva que exija ahora su atención.

No puedo creer que esto vuelva a ocurrir. Tan pronto. Demasiado pronto.

No ha pasado ni un día desde que se arrodilló ante mí y pronunció un gran discurso sobre ser mi igual. No mi captor, no mi guardián, mi igual.

Y aquí está ahora, escondiéndome de nuevo en la oscuridad. Ignorando de nuevo mis preguntas. Manteniéndome fuera de su vista, fuera de su mente, fuera de su puto camino.

Otra vez.

No puedo vivir así.

—Supongo que entonces es bueno no haber deshecho la maleta —digo. No intenta detenerme mientras me dirijo a la puerta—. Si tú no vas a estar aquí, tampoco hay razón para que yo esté. Me vuelvo a mi apartamento.

Esta es otra lección que estoy aprendiendo: Los primeros cortes no son los más profundos. Son los que te abren en canal en el mismo punto, una y otra y otra vez.

Llega un momento en que ya no te queda sangre que derramar.

41

SAMUIL

La muerte tiene su propio aroma.

Siete de mis hombres lo descubrieron ayer en Moscú. Exhalaron sus últimos suspiros frente a pantallas de ordenador mientras alguien les grababa en el pecho *"Pagarás"*.

No necesité las fotos ni las llamadas frenéticas; pude olerlo en la violación de datos que siguió, en la forma en que los Andropov se deslizaron en nuestros sistemas como las serpientes que son.

Ya debería estar a medio camino de Moscú. En lugar de eso, sigo a Nova por nuestro ático, viéndola meter las cosas de los perros en una maleta que nunca saldrá de este edificio. Fuera, la tormenta sacude las ventanas, con las luces de la ciudad difuminadas por las láminas de lluvia. Un telón de fondo apropiado para este particular espectáculo de mierda.

—No puedes volver, Nova —mi voz es de granito. Inamovible—. No es seguro.

Ella sigue empacando, los músculos de su espalda tensos bajo su fina camisa. La necesidad de tocarla, de detenerla físicamente, palpita en mis manos.

Pero yo sé que no debo.

No agarres a un animal asustado.

—Solo será mientras estés fuera —llama por encima del hombro, con voz deliberadamente ligera. Demasiado ligera—. Estaría sola aquí, así que no hay diferencia, en realidad.

Me planto en la puerta, bloqueando su vía de escape. —La diferencia son veinte mil dólares semanales en seguridad —un trueno retumba en el exterior, confirmando mi argumento—. La diferencia es que tu edificio de apartamentos bien podría estar hecho de puto papel de seda por toda la protección que ofrece.

Gira para mirarme, con los ojos ámbar centelleantes. —He vivido en ese apartamento durante años, y siempre ha sido....

—¿Un asesinato sin resolver a punto de ocurrir? Sí, ya lo sé. Por eso te quedas aquí.

Levanta la barbilla. Su metro sesenta de estatura se enfrenta a mi metro ochenta y cinco como David a Goliat. Excepto que, en esta versión, Goliat no perderá.

—Me dijiste que era libre —dice.

—Lo eres. Eres libre de tomar decisiones que no acaben con tu cabeza siendo entregada a mí en una puta bandeja de plata —la imagen hace que me tiemblen los dedos con ganas de cerrarle la puerta de un portazo y clavarla—. No voy a dejarte morir por un mezquino argumento que intentas esgrimir sobre mi marcha.

—¿Crees que me voy a casa solo para ser rencorosa?

—Creo que ya estás en casa.

Se ríe, pero no hay humor en ello. Solo bordes dentados que me raspan el pecho. —Oh, claro. Más acogedor imposible. Prisión, dulce prisión.

Mi teléfono zumba. Probablemente mi coche al aeropuerto me espera fuera. Aún no he hecho la maleta.

—Adelante, borda eso en una blonda. Alegrará el lugar —paso junto a ella y entro en nuestro dormitorio, tirando el contenido de su maleta y arrastrándola hasta la cómoda.

—¡Eh! ¡Eso es mío! —me sigue, con la luz de la tormenta proyectando sombras sobre su rostro.

—Lo mío es tuyo, *krasavitsa* —empiezo a echar ropa en la maleta: trajes Brioni, camisas Tom Ford. Cada una seleccionada y comprada porque un hombre de mi posición necesita una armadura, aunque sea de seda y lana.

—Todavía no estamos casados.

Ese “todavía” se me clava en el pecho. Es una palabra peligrosa. Sobre todo ahora, con siete cadáveres enfriándose en Moscú y los lobos dando vueltas cada vez más cerca. Aún tengo los dedos sobre la corbata negra. La que me alisó la semana pasada, sus pequeñas manos tan cuidadosas contra mi garganta.

Me la sacudo, metiendo más ropa. —Eso es: organizar una boda. Así tendrás algo que hacer mientras yo no esté.

—No me has propuesto matrimonio —se apoya en el marco de la puerta, cruzada de brazos—. Pero, por si acaso no estás leyendo la habitación, ahora no sería un buen momento.

Tiene razón. Pero eso no impide que se forme la imagen: Nova de blanco, mi anillo en su dedo. Un reclamo más permanente que mantenerla en esta jaula dorada. Debería haberlo hecho hace semanas, en cuanto me di cuenta de que este ático estaba vacío sin ella.

Esta vez suena mi teléfono. Tercera llamada. La paciencia del conductor se está agotando más que la buena voluntad de mi padre.

Lo silencio, metiendo más ropa. —Quizá le dé una vuelta cuando vuelva, ya que estarás viva, gracias a mí.

—Eres un idiota.

—Por lo visto, es cosa de familia —la cremallera se tensa contra mi trato brutal.

Me sigue hasta el armario, observando cómo meto más trajes de cinco mil dólares en una maleta demasiado pequeña. —No tiene por qué, Sam. Podrías ser mejor que ellos.

Pateo la maleta con frustración contra la pared, girando hacia ella. —Estoy cuidando de ti, Nova. Te mantengo a salvo. ¿Qué coño más quieres de mí?

Tan cerca, puedo ver las motas doradas de sus ojos, oler la vainilla de su champú. No se echa atrás. Nunca lo ha hecho. —Más —saca la lengua para mojarse los labios—. Quiero que esto sea algo más que yo calentándote la cama cuando estés en la ciudad.

—Parece que quieres una proposición, después de todo —resoplo.

—No, quiero una relación —me escupe a la espalda—. Quiero que compartas tu vida conmigo, Sam.

—Te doy todo lo que puedo, Nova.

Frunce el ceño. —Eso es mentira y los dos lo sabemos. Eres capaz de mucho más. Pero nunca lo conseguirás con tu familia mirándote por encima del hombro. Nunca lo conseguirás si te pasas todo el tiempo buscando la aprobación de tu padre.

La ira arde por mis venas, quemándome por dentro.

Esta mujer tiene unos nervios de cojones.

—Sí —resopla, redoblando la apuesta—. Te veo, Samuil. Lo veo todo. La única razón por la que quieres aferrarte al negocio familiar es para demostrar que tu padre se equivoca. Pero podrías demostrar que todos se equivocan...

—¿Cómo? —abandono la maleta y me dirijo hacia ella—. ¿Huyendo contigo? ¿Tú y yo cabalgaríamos juntos hacia la puesta de sol, persiguiendo algún intangible “felices para siempre”, y entonces yo sería por fin el hombre que tú quieres que sea?

Nova se detiene, atónita, mientras las lágrimas guiñan las comisuras de sus ojos. —No se trata de mí.

—Claro que sí, Nova —a cada paso que doy hacia delante, ella se mantiene firme—. Se trata de que me tratas como a uno de tus clientes. Pero no soy un perro de rescate al que puedas adiestrar con golosinas y mimos. Mi pasado no puede borrarse tan fácilmente. Las cicatrices no desaparecen con un chasquido de dedos.

—Eso no es...

—Igual que mudarte y dejar atrás a tu familia no cambió lo completamente jodida que estás.

Oigo mis propias palabras y lo odio, maldición. Siento que voy demasiado lejos. Dejándole cicatrices que no desaparecerán con un chasquido de mis dedos.

Pero, mierda, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Cree que los lobos de la puerta se escabullirán solo porque se lo pida amablemente? Soy el puto *pakhan*, ¡maldita sea! Soy el puto Samuil Litvinov y hay cosas que debo hacer porque no hay nadie más en este mundo que pueda hacerlas.

Me pasan por la cabeza los restos ensangrentados de mis empleados en Moscú. Cuando cierro los ojos, veo la puerta de Nova derribada a patadas. Veo la devastación que mis enemigos harían llover sobre ella, y no puedo apartarme de la cornisa.

No cuando su vida está en juego.

Las lágrimas caen por sus mejillas, pero su expresión es férrea. Decidida.

No se echa atrás, y necesito que lo haga. Necesito saber que estará a salvo.

Así que, si lo que se requiere es crueldad, entonces puedo hacerlo. La heriré para evitar que sufra daño. La arruinaré para salvarla.

—Huiste de tus demonios, Nova, y eso no te llevó a ninguna parte. Pero yo no soy cobarde —pulso el botón del ascensor. Mi teléfono vuelve a vibrar. Tengo que irme.

—¿Estás diciendo que yo lo soy? —su voz es gruesa, su rostro húmedo.

Mierda, así no es como quería irme.

Quería una hora más. Una oportunidad más de apretarla contra nuestras sábanas, de cartografiar cada centímetro de su piel con mis manos, con mi boca. De hacerle comprender con el tacto lo que no puedo decir con palabras.

Quería dejarla flácida y saciada, ya desesperada por la próxima vez.

Pero no hay tiempo.

Nunca hay tiempo suficiente.

—Digo que tienes la costumbre de que te acribillen los hombres poderosos —arrojo mi maleta al ascensor y me giro para mirarla—. Al menos, mientras calientas mi cama y me chupas la polla, sacas algo de ello. Al menos te mantendré con vida. Un puto quid pro quo.

Pulso el botón “Planta Baja” y le sostengo la mirada acuosa. —Si vuelves a tu apartamento, Myles te arrastrará de vuelta. Quédate aquí. Mantente a salvo.

Di algo más, maldito bastardo cruel, me digo. *No dejes las cosas así.*

Pero sus hombros se encogen y sé que se va a quedar. Sé que Nova estará a salvo mientras yo no esté.

Si está viva y me odia, es un precio que estoy dispuesto a pagar.

42

NOVA

Es curioso cómo los distintos tipos de dolor dejan distintos tipos de cicatrices.

La paliza a la que sobreviví a los siete años me dejó marcas permanentes en la mano y el muslo. Pero ¿ver a Samuil alejarse ayer? Esa es la clase de herida que te hace sangrar por dentro, invisible pero devastadora. El tipo de herida que me hace arrastrarme al trabajo aunque cada célula de mi cuerpo quiera acurrucarse entre sus sábanas y respirar lo que queda de su olor.

En vez de eso, me toca un Labradoodle.

Berry se siente más cómoda en su propio barrio, dijo su dueña. *Se desenvuelve mejor sin tanta hierba que la distraiga.*

Traducción: Berry nunca ha llevado correa en su privilegiada vida, y ahora es mi problema.

Enrosco con más fuerza la correa alrededor de mi muñeca mientras Berry arremete contra otra amenaza imaginaria. Mi teléfono pesa en el bolsillo, silencioso como una tumba. No hay mensajes. Ni llamadas. Ni siquiera un superficial "Aterricé a salvo en Moscú" del hombre que supuestamente quería protegerme.

Protegerme. Claro.

Lo que Samuil quería decir en realidad era "eres mía para controlarte". Su voz resuena en mi cabeza, más cruel y aguda con cada reverberación.

Igual que mudarte y dejar atrás a tu familia no cambió lo completamente jodida que estás.

Me detengo en medio de la acera, obligando a Berry a detenerse. Entrenar perros es la única cosa de mi vida que puedo controlar ahora mismo. Lo único que tiene sentido. Todo lo demás es un tornado de confusión y dolor, que gira más rápido cada vez que recuerdo cómo me miraba Samuil antes de marcharse, como si yo fuera a la vez todo lo que quería y todo en lo que no podía confiar.

—Al menos eres sincera sobre lo de ser un grano en el culo —le digo a Berry mientras se tensa contra la correa.

Me duele el pecho, un dolor físico que me dificulta la respiración. Vuelvo a mirar el teléfono, sabiendo que no hay nada. Sé que me estoy convirtiendo exactamente en el tipo de mujer que juré que nunca sería: la que espera junto al teléfono, desesperada por las migajas de atención de un hombre al que le importa un carajo.

—¿Sabes qué? —le murmuro a Berry, volviendo a meterme el teléfono en el bolsillo—. Que se joda. Y que me jodan a mí por preocuparme.

Debería centrarme en el control de daños en Hope's Helpers. Enfrentarme al caos desatado por Katerina. Pero Hope contrató a un mago de las relaciones públicas para que se encargara de la crisis mientras yo me ahogaba en el infierno de las relaciones. Ni siquiera mi mejor amiga me necesita ya.

Tengo que bajar este fuego infernal a una hoguera, por lo menos, dijo Hope. *Es solo cuestión de tiempo que las bolsas de mierda de perro que la gente sigue arrojando a mi ventana delantera rompan el cristal. Así que esta chica de relaciones públicas es una inversión.*

Probablemente me convierte en una mala amiga y socia comercial el hecho de desanimarme por no tener correos electrónicos enfadados a los que responder o bolsas de perro llenas de mierda que raspar de la fachada de ladrillo de Hope's Helpers.

Incluso me decepciona un poco que Berry sea hoy mi único cliente. Sin ninguna otra distracción, mi trabajo a tiempo completo se convierte en echar de menos a Samuil, avergonzarme de echar de menos a Samuil y luego odiar a Samuil por las emociones antes mencionadas. Entonces, vuelve a empezar la espiral.

Giramos por una calle ancha bordeada de imponentes casas de piedra rojiza, con sus vallas de hierro forjado erguidas como centinelas. Aquí no hay hierba para “distraer” a Berry. Solo hormigón y metal, y el fantasma del último beso de Samuil persiguiendo mis labios.

Creo que estamos a salvo hasta que Berry ve una paloma posada en lo alto de uno de los postes de la valla. Se toma la existencia del ave como un insulto personal y arremete con todas sus fuerzas.

—¡Berry, para! —mi orden sale más aguda de lo que pretendía, ribeteada con toda la frustración que no puedo desatar sobre la persona que realmente se lo merece—. ¡Ya basta!

Pero no es suficiente. Berry aún no ha empezado.

Estira las patas delanteras en el aire, dando zarpazos a la verja, mientras yo rebusco en mi riñonera algunas golosinas de entrenamiento. Me tiemblan las manos. ¿Cuándo me convertí en esta persona? ¿En esta versión temblorosa e insegura de mí misma que se cuestiona cada decisión?

Antes de que pueda llegar a mi arma secreta, el pájaro vuela hacia el toldo que hay sobre la puerta. Berry, que no se deja disuadir por la física ni por su propia falta de alas, se lanza hacia la entrada de la casa, arrastrándome con ella. Los escalones de hormigón me rozan las espinillas. Otra serie de cicatrices para añadir a mi colección.

Por fin saco las golosinas, y Berry se olvida por completo del pájaro cuando oye arrugarse la

bolsa.

—Así es, pequeña amenaza. Si quieres un poco de esto, tendrás que calmarte, ¿eh?

En respuesta, Berry aparca su trasero en el último escalón del porche de algún desconocido, y le meto una golosina en la boca. —Buena chica.

Son cinco dichosos segundos de silencio. No debería haber esperado que durara para siempre.

El gruñido me golpea primero. Bajo, gutural, primitivo. Vibra a través de las plantas de mis pies, y va directo a ese lugar asustado de mi alma donde viven mis miedos más antiguos.

Una voz profunda retumba—: ¡Hannibal! ¡No!

La orden en sí ya es bastante siniestra. El nombre del perro tampoco inspira precisamente confianza.

Me giro justo a tiempo para ver a un enorme pastor alemán que se dirige hacia nosotras, con los ojos entrecerrados y los dientes enseñados.

Otra vez no.

Por favor, Dios, otra vez no.

Incluso con todos mis años de adiestramiento canino y terapia de exposición, de repente vuelvo a tener siete años. Estoy congelada en el escalón. El pulso me retumba en los oídos.

No hay ningún sitio adonde ir. Ningún sitio donde esconderse.

El tiempo se ralentiza cuando el perro se acerca gruñendo, acorralándonos en el porche.

Berry ladra, pero el ruido es agudo, aterrorizado. Inútil.

La advertencia de Leonid resuena en mi cabeza. Y tiene razón. Este perro no es lo bastante feroz para protegerme de lo que se avecina.

Hannibal se detiene en la base de la escalera. Conozco ese momento de quietud. He sobrevivido a él antes. No es vacilación. Es un cazador seleccionando el ángulo de ataque perfecto. Mira por encima de mi hombro a la pobre e indefensa Berry, y todo lo que ve es rojo.

Entonces, se mueve.

El mundo se estrecha hasta los dientes y el terror cuando se lanza escaleras arriba. Sin pensarlo, me lanzo entre los dos caninos.

Berry está a salvo.

Yo no.

Las mandíbulas de Hannibal se cierran en torno a mi antebrazo, aplastando por igual la chaqueta de cuero y la carne. El dolor me recorre el cuerpo mientras me arrastra escaleras abajo.

Pierdo la correa de Berry. Pierdo el equilibrio. Lo pierdo todo, excepto el implacable agarre de

los dientes que me desgarran el brazo, la pierna, cualquier lugar que alcancen. Cada mordisco parece un castigo por pensar que podría sobrevivir en el mundo de Samuil.

Extiendo una mano ensangrentada y el perro vuelve a desgarrarla.

Esta vez, hay un crujido enfermizo.

Después de eso, dejo de oír cualquier cosa.

A lo lejos, más allá del pelaje y la sangre, veo gente reunida en la acera. Creo que han venido a ayudar, pero es demasiado tarde.

Con las últimas fuerzas que me quedan, doy un sacudón para intentar liberarme. Lo único que consigo es romperme la cabeza contra la esquina de piedra de la barandilla.

El dolor estalla detrás de mis ojos. Durante una fracción de segundo, creo ver a Samuil, alto, feroz y furioso, avanzando hacia mí a través de la multitud.

Entonces, la oscuridad me traga entera, y no puedo decir si es un sueño o un recuerdo, o solo otra mentira que me cuento a mí misma sobre ser salvada.

43

NOVA

Me despierto gimiendo, con un dolor que me sube por el muslo y la cadera. Las estrellas estallan detrás de mis ojos cuando intento agacharme para aliviar el calambre de la pantorrilla, solo para encontrarme el brazo entablillado.

Necesito un médico. Una enfermera. Un puto verdugo.

—Ay —gimo, rodando sobre mi lado bueno para encontrar algún tipo de botón de llamada para alguna o todas las opciones anteriores.

Pero, en lugar de los laterales de plástico de una cama de hospital, estoy frente a una ventana. Una ventana asquerosamente familiar.

Mi corazón late a un ritmo inestable mientras mis ojos giran en busca de algo más, algún otro punto de contacto que me demuestre que no es posible que esté donde creo que estoy.

En lugar de eso, aterrizan en una estantería amarilla, soleada y familiar. La estantería del medio se está doblando bajo el peso de demasiados libros por capítulos que me quedé leyendo hasta demasiado tarde demasiadas veces.

—No —susurro en la habitación vacía—. No, no, no.

Es la misma habitación donde pasaba noches solitarias escuchando a Morrie aullar a la luna.

La misma habitación en la que acampaba bajo el edredón, escondiéndome del ruido de las estridentes partidas de póquer que tenían lugar un piso más abajo.

Y yo que pensé que las cosas no podían ir peor.

El Karma lo oyó y subió el dial al once. Ahora estoy en el último lugar del mundo en el que querría estar.

La casa de mi padre.

—Esto no puede estar pasando, maldición —gimoteo, cerrando los ojos como si pudiera hacer desaparecer esta pesadilla.

Intento apartar las piernas del lado de la cama, pero una está muy vendada. No puedo mover la rodilla en absoluto. Tengo algo de movilidad en el brazo entablillado, pero no podré agarrarme cuando intente ponerme de pie e, inevitablemente, me caiga.

Necesito salir de esta habitación.

Fuera de esta casa.

Pero, más que eso, necesito agua.

Mi boca es un desierto y la raspadura de papel de lija de mi garganta es más apremiante que las decenas de preguntas que rebotan en mi cabeza.

Entonces, veo la muleta apoyada en la mesilla de noche. Levanto torpemente la pierna con la mano izquierda y me muevo hacia un lado de la cama para poder meter la muleta bajo la axila.

Hacen falta tres intentos antes de poder levantarme sobre la pierna buena sin desplomarme agónica sobre el colchón.

No es que estar de pie me siente mucho mejor. Me duele todo el cuerpo. Cualquier analgésico que me hubieran dado en el hospital al que me llevaron, *¿acaso me llevaron a un hospital?*, ha desaparecido.

Junto con mi bolso y mi teléfono. Incluso ha desaparecido mi mochila llena de golosinas para perros.

Atravieso la habitación a trompicones hasta la puerta, intentando estar lo más callada posible hasta saber qué me espera al otro lado. Sé lo que solía haber ahí fuera: barbacoas estridentes que acababan con botellas rotas y caras magulladas. El crujido del cuero contra la piel. Mil pequeños momentos de terror que me enseñaron a caminar en silencio, a respirar superficialmente, a hacerme invisible.

Huiste de tus demonios, Nova, y eso no te llevó a ninguna parte, pero yo no soy un cobarde.

La acusación de Sam resuena en mis oídos. La puta cosa más cruel que nadie me ha dicho nunca.

Pero, a pesar de eso, sigue existiendo ese anhelo en lo más bajo de mi vientre. Aún quiero verlo. Aún deseo que esté aquí.

Y encima está la culpa. Quizá tenía razón sobre la seguridad, sobre los peligros que acechan a plena vista. Mira dónde me ha traído mi independencia: de vuelta al vientre de la bestia.

Pero estar protegida no es lo mismo que estar controlada. Y si algo me enseñó mi padre es a distinguir la diferencia.

Puedo amar a Sam, un amor feroz, abrumador y aterrador como es, y seguir eligiendo mi propio camino. Aunque ese camino me aleje de él. Aunque nos rompa el corazón a los dos.

Ahora mismo, ese camino lleva escaleras abajo. Solo tengo que llegar hasta allí, encontrar un teléfono y llamar... a alguien. A quien sea. Aunque tenga que salir de aquí a gatas.

Se me revuelve el estómago con horribles posibilidades, pero inspiro hondo y giro el pomo.

Porque no soy cobarde.

Hasta que entro en el pasillo inquietantemente silencioso y veo el hueco de la escalera. El tramo de escaleras es suficiente para que derrame lágrimas. Me duele la pierna solo de arrastrar los pies por la habitación. ¿Cómo voy a bajar las escaleras?

Pero pedir ayuda no es una opción.

Al menos han alfombrado los escalones desde que viví aquí. Pequeñas misericordias. El acolchado amortiguará el ruido sordo de mi muleta, enmascarará cualquier sonido que pudiera alertar a mi padre de mi presencia.

Me agarro a la barandilla con la mano buena, probando mi peso. Cada paso me produce un dolor agudo en la pierna. El sudor me recorre la frente y la espalda. Cuando llego al pequeño hueco entre la cocina y el salón, estoy temblando y jadeando.

También me pregunto cómo demonios he llegado hasta aquí.

La abuela es mi contacto de emergencia. Hope es mi apoyo, seguida literalmente por cualquier otra persona del planeta, y luego mi padre. Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Cómo hemos llegado tan abajo en la lista?

Mi abuela no está exactamente en condiciones de acogerme, pero sabe que preferiría que me desnudaran y me dejaran a un lado de la carretera a que me entregaran a la custodia de mi padre.

Pero no hace falta ser un genio para atar cabos. A pesar de todos sus defectos, papá nunca ha sido estúpido. Se mantiene alerta. Así que es lógico que haya visto mi nombre en algún informe, o que alguna escoria de los callejones le haya avisado de ese tipo de cosas.

Aunque no tengo ni idea de lo que querría conmigo de nuevo bajo su techo.

Vuelvo a centrar mi atención en la tarea que tengo entre manos: avanzar. Un paso cada vez; es todo lo que puedo hacer.

Hasta que llego abajo y me pregunto si no sería mejor saltar desde el tejado.

Es la primera vez que oigo hablar a mi padre desde hace más de un año. Se me pone la carne de gallina en los brazos y las piernas como si fuera un sarpullido.

—Sí... Es un puto golpe de suerte, de verdad. Estará un tiempo en reposo.

No puedo evitar inclinarme hacia delante, asomarme por la puerta de la cocina para ver con quién habla y por qué habla de mí.

Está en la mesa de la cocina, con el portátil abierto, chateando con alguien a quien no puedo ver. La pantalla proyecta un enfermizo resplandor azul sobre su rostro, que acentúa las nuevas arrugas alrededor de sus ojos y las canas que se extienden por su pelo.

—Podría elegir que la dejaran en cualquier sitio —la voz que sale por los altavoces de su antiguo portátil es apagada, pero femenina.

Me agarro a la pared de al lado para apoyarme. La poca fuerza que tengo se está agotando y la

habitación empieza a tambalearse.

—No te preocupes por eso —su tono transmite la misma certeza arrogante de siempre, como si el mundo debiera plegarse a su voluntad simplemente porque él lo exige—. La mantendré aquí.

¿Mantenerme aquí?

Por supuesto que no. De ninguna manera.

Aunque este sea el intento de mi padre de resarcirse por ser el peor, literalmente, de toda mi vida, no voy a quedarme aquí para que juegue a ser el Dr. Papá.

Antes de que pueda salir corriendo por la puerta principal y hacer señas al primer coche que vea para que me lleve lo más lejos geográficamente posible de esta casa, la mujer vuelve a hablar.

—Mantenerla allí es una cosa. Tenemos que convencerla de que nos ayude.

¿Por qué me resulta tan familiar esa voz? Mi cuerpo debe saber lo que mi mente no puede comprender, porque tiemblo.

—Déjamelo a mí —responde papá—. La convenceré de que ayudarnos a emboscar a Litvinov es lo mejor para ella.

El corazón me golpea la caja torácica. Trago, pero lo único que puedo saborear es la aspereza seca de mi propia lengua.

Sin poder evitarlo, avanzo sigilosamente... justo cuando mi padre se echa hacia atrás en su silla, revelando a la persona de la pantalla.

Ahogo un grito.

No.

Pero es innegable.

Katerina Alekseeva no es una persona olvidable.

44

NOVA

No me vio.

Si lo hubiera hecho, ahora estaría aquí mismo, en este cuarto de baño, con el puño en alto, la boca burlona y la violencia brotando por todos sus poros. Y yo estaría encogida contra el azulejo, con el cuerpo empapado de sudor frío y la garganta cerrada por todos los gritos que no puedo soltar.

Tampoco sería la primera vez.

Apoyo la muleta en un rincón y me aferro al borde del lavabo de pedestal, intentando enraizarme en esta pesadilla. Mis manos dejan huellas sudorosas en la porcelana.

Tom Pierce y Katerina Alekseeva.

Katerina Alekseeva y Tom Pierce.

Las dos personas que podrían destruir todo lo que amo, conspirando juntas en la cocina de mi infancia como si fuera perfectamente normal. Como si esto estuviera bien.

Giro el pomo del agua fría todo lo que permite la oxidada válvula y prácticamente me mojo la cara en la palangana.

El agua que sacude mi organismo no basta para borrar el recuerdo que me inunda: yo, inclinada sobre este mismo lavabo, lavándome la sangre de la cara después de que una de las partidas de póquer de papá se torciera. El ayudante del sheriff que me ennegreció el ojo afirmó que yo estaba en el “lugar equivocado en el momento equivocado”.

Papá no me dejaba ir a la escuela. No podía dejar que los vecinos “se hicieran una idea equivocada”.

Cuando le señalé que sus ideas no estarían lejos de la desagradable verdad, se aseguró de que el siguiente moratón estuviera en algún lugar que solo yo pudiera ver. Me enseñó otra lección sobre mantener la boca cerrada.

Y ahora estoy justo donde empecé.

Me palpita la pierna. Un nudo de dolor furioso, que palpita con cada latido del corazón. El ataque del perro parece haber ocurrido en otra vida, pero mi cuerpo recuerda cada diente que me desgarró.

Aun así, no es nada comparado con el ataque de pánico que siento en el centro del pecho. Es un miedo primitivo a papá, un terror que me cala hasta los huesos al pensar que su olor a alcohol y sudor le precede en cualquier habitación. Y luego, el hombre en persona. Alto, ancho, una sombra peluda y gruñona, atravesando la puerta para encontrarme encogida en cualquier rincón que pudiera alcanzar.

Ha pasado una década desde que estuve a su alcance.

Me siento como si nunca me hubiera ido.

Solo se me ocurre un pensamiento, pero resuena una y otra vez. *Necesito hablar con Samuil.* Incluso tal y como dejamos las cosas, sé que contestaría si lo llamara. Contestaría. Vendría.

Por muy jodidas que estén ahora las cosas entre nosotros, Samuil me salvaría.

El problema es que no tengo mi teléfono. Y, aunque lo tuviera, está al otro lado del mundo.

Entrecierro los ojos en el espejo, desesperada por encontrar un pequeño resquicio de lado positivo. Un indicio de que las cosas no son tan terriblemente inauditas como parecen.

Pero mi reflejo solo me muestra pálida y temblorosa, con manchas de sangre del hospital en el cuello y la mandíbula. Me la limpio con la toalla mohosa y me paso los dedos temblorosos por el pelo enmarañado.

La chica del espejo es exactamente igual a la que huyó de esta casa hace tantos años. Aterrorizada. Débil. Dispuesta a huir.

—No eres una cobarde —le susurro, viendo cómo mis labios forman las palabras—. Ya no eres esa niña asustada.

Las palabras parecen huecas incluso cuando las digo, pero me aferro con más fuerza al borde del lavabo. He sobrevivido a cosas peores. He construido una vida de la que estoy orgullosa.

No dejaré que me quite eso.

—Vuelve ahí fuera y enfréntate a él —gruño a mi reflejo—. Defiéndete. Por Samuil.

Sea lo que sea lo que la vengativa exmujer de Samuil está tramando con mi padre, nos debo a todos el averiguar qué es. Hope. Mi abuela. Samuil. Cuentan conmigo, aunque aún no lo sepan.

Me meto la muleta bajo el brazo y reprimo un gemido cuando el dolor me atraviesa la pierna. La adrenalina solo puede llevarme hasta cierto punto, pero tendrá que ser suficiente.

Esta vez, no me molesto en intentar no hacer ruido.

Sigue en la mesa, cerrando el portátil, cuando me detengo en la puerta. —Papá.

Se vuelve para mirarme, nada sorprendido de verme de pie frente a él. —Por fin te has despertado.

—Debería estar en el hospital.

—El médico te dejó bajo mi custodia —explica con calma—. Convino en que estar en tu hogar, con la familia, te ayudaría a curarte.

—Este nunca fue mi hogar —se me sube el corazón a la garganta, pero de todos modos fuerzo las palabras. *No soy una cobarde. No soy una cobarde. No soy una maldita cobarde*—. No me gusta que me droguen y me traigan aquí. No he dado mi consentimiento.

—¿Esperabas que tu novio te llevara a casa con él? —sus labios se fruncen—. Somos familia.

—Samuil es más mi familia de lo que tú nunca fuiste.

No es mi intención decirlo. Cuanta menos información tenga mi padre, menos influencia tendrá para doblegarme a su voluntad.

Pero no puedo evitar que la verdad salga de mí.

Se levanta, hace crujir los nudillos y avanza hacia mí, imponiéndose silenciosamente como solía hacer cuando yo era una niña. Está esperando a que me doblegue bajo el peso de su decepción y su rabia. Vuelve a hacer de las suyas.

Pero ni siquiera me inmuto. —No puedes obligarme a hacerle daño. No lo haré. No por ti y, desde luego, no por Katerina Alekseeva.

Si le sorprende que sepa con quién trabaja, hace un excelente trabajo para disimularlo.

Lentamente, se retira y me acerca una silla a la mesa. —Siéntate.

Solo acepto la oferta porque estoy a milisegundos de desplomarme de puro agotamiento. Me tiembla el muslo mientras me dejo caer en la silla.

El silencio se alarga, a caballo entre la incomodidad y la intimidación, el punto dulce de mi padre. Finalmente, cruza las manos delante de él. —Ni siquiera sabes lo que iba a pedirte.

—No importa. No lo haré. No te debo nada.

—Excepto tu vida.

Hay muchas maneras de tomárselo, pero, con papá, la respuesta siempre es obvia: es una amenaza. Hace unas horas estaba inconsciente. Podría haberme matado si hubiera querido. Igual que podría haberme matado cualquiera de las docenas de veces que, mientras crecía, me agarró por el cuello y me tiró al suelo.

También podría matarme ahora mismo.

Pero aún así, no cambiaría nada.

—Si quieres hacer daño a Samuil, tendrás que hacerlo sin mí.

Se ríe y se pasa una mano carnosa por la barbilla. —Te ha crecido un par desde la última vez que te vi, chica.

Me obligo a sostenerle la mirada. —Pasaré por encima de ti. Hay gente a la que puedo denunciarte. Al comisario. O a Asuntos Internos.

Por muy duro que pareciera, a mi padre le aterrorizaba lo que pudiera ocurrir si la gente descubría lo que hacía a puerta cerrada. Por eso me acosaba para que guardara silencio y me aislaba de cualquiera que pudiera intentar ayudarme.

Pero ya no soy una niña asustada. Sé cómo funciona el mundo.

O, al menos, eso creía.

Pero incluso después de enseñarle todas mis cartas, mi padre me mira como si no fuera nada. Menos que nada. Un bicho bajo su bota.

Solo un poco de presión, un pequeño descuido, y yo sería una mancha en su talón. Olvidada al instante.

—Adelante —sugiere—. Hazlo.

—¿Qué?

Entrelaza los dedos y se inclina sobre la mesa hacia mí. —¿De verdad crees que a alguien le importará? Todo el mundo en esta ciudad está a sueldo de una banda u otra, incluso el comisario. Mejor dicho, *especialmente* el comisario —resopla—. Toda la ciudad está podrida hasta la médula. Nadie te ayudará. Solo buscan su próxima paga.

Cojo la muleta y la envuelvo con los dedos, lo bastante apretados como para blanquearme los nudillos. Un arma si la necesito. Una muleta en todos los sentidos de la palabra.

Pero mi padre está relajado en su silla. No podría importarle menos, por su aspecto. Solo una charla normal con su hija. Su despreocupación es más aterradora de lo que nunca fue su rabia.

Suspira y se examina las uñas como si estuviera aburrido. —No sé ni por qué me molesto en explicar todo esto. Es una pérdida de tiempo. Harás exactamente lo que te ordene.

—No puedes obligarme a hacer nada.

—Supongo que es cierto, en cierto sentido —asiente, y las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa que me hiela hasta la médula—. En otro sentido, bastarían unas cuantas llamadas para echar a tu abuela de su casa: sin atención médica, sin vivienda segura.

Se me revuelven las tripas. Justo cuando creo que por fin he empezado a comprender hasta dónde llegaría para conseguir lo que quiere, me demuestra que siempre hay círculos inferiores del infierno.

La idea de que la toque, de que le haga daño, hace que se me erice la piel en ronchas sudorosas. Siento mi pulso en cada yema de los dedos.

—No metas a la abuela en esto.

—Pensaba evitarlo... hasta que decidiste ponerte difícil —se encoge de hombros—. Lo único que tienes que hacer es escuchar, y yo me aseguraré de que se quede a gusto. De lo contrario, tendrá que vivir en la calle con los perros callejeros a los que ustedes dos parecen querer tanto.

—No tendrá que hacerlo —grazno en señal de protesta—. Me tiene a mí. Y a Samuil. Te enterrará por esto.

Se burla. —Será difícil para él enterrarme desde Moscú. Ahí es donde está ahora, ¿no?

Mi mano buena se agarra al borde del asiento. Es lo único que impide que me caiga de lado al suelo. Mi mundo está desequilibrado.

—Tu sugar daddy no es tan poderoso como crees, Nova. De hecho, se está preparando una tormenta de la que no sabe cómo salir. Recuerda lo que te digo: sus días en la cima están contados.

—M-mientes —balbuceo.

Tiene que estarlo. Pero mi cuerpo conoce la verdad mientras se aprieta y retrocede e intenta convencerme de que huya lejos de este monstruo con piel humana: no miente en absoluto.

Lo hará. Lo hará, maldición. Me utilizará como un peón para conseguir lo que quiere, y si "lo que quiere" es la cabeza de Sam en un pincho, lo conseguirá.

Y ante la agonía de mi corazón al imaginar a Sam desplomado en un charco manchado de sangre a los pies de mi padre, me doy cuenta de que no puedo permitir que el hombre que me aterrorizó mate al hombre que amo.

Amor. Qué palabra. Qué puto concepto. ¿Lo amo? Partes de mí que no hablan lo sabían mucho antes de que pudiera ponerle palabras.

Claro que lo amo. ¿Cómo podría no hacerlo? Lo he amado desde el momento en que se irguió en aquel banco del parque y dirigió hacia mí sus ojos plateados. Lo he amado desde que me despertó de las pesadillas con una caricia cálida y una promesa susurrada de que no se iba a ir a ninguna parte. Lo he amado cuando lo he odiado. Lo he amado cuando él también me ha querido.

Así que aunque me arruine. Nos arruine a los dos. Aunque mi padre nos lance toda su crueldad sin fin como un puñal tras otro...

No dejaré de amar a Sam.

Papá se limita a sonreír. Quizá sabe lo que estoy pensando; quizá no. En cualquier caso, esos dientes brillan demasiado blancos en la penumbra de la cocina donde una vez me atormentó.

—Crees que estoy hablando pura mierda. Puede que lo esté, pero existe la posibilidad de que no. La pregunta es: ¿estás dispuesta a apostar la vida de tu abuela por Samuil Litvinov?

45

NOVA

El silencio en el Mercedes de mi padre me asfixia. Cada respiración me parece un tiempo prestado, cada latido una cuenta atrás hacia la traición. El asiento de cuero debajo de mí probablemente perteneció a algún otro pobre desgraciado al que forzó, o algo peor. Ahora me toca a mí ser otro accesorio en sus juegos de poder.

Hacía años que no estábamos tan cerca sin que sus puños hablaran. Años desde que estoy atrapada en su órbita. Pero ya no necesita golpearme. No cuando tiene sus dedos alrededor de la garganta de la abuela.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para los Andropov? —rompo el silencio.

—El tiempo suficiente para saber que al final saldrán ganando. Te conviene elegir el bando ganador, cariño.

—Eres policía —escupo—. Se supone que debes elegir el bando correcto. Hiciste un juramento.

Se incorpora al tráfico. Veo que le pica la mano hacia las luces y las sirenas, desesperado por atravesar el tumulto de la forma habitual. Pero no estamos en su coche patrulla. No quiere atraer más miradas de las necesarias.

—La vida no es uno de tus cuentos de hadas, Nova —sus labios se curvan en algo demasiado cruel para llamarlo sonrisa—. No hay villanos ni héroes. Solo hay gente que sale adelante y gente que se queda atrás —me mira, comprobando si su poco estimulante discurso ha hecho mella en mi idealismo. Su burla me dice que no le gusta lo que ve—. Seguro que crees que ese cabrón te quiere, ¿verdad?

Me vuelvo hacia la ventana, viendo pasar la ciudad borrosamente. Hubo un tiempo en que pensé que Samuil podría ser diferente. Cuando su tacto parecía salvación en lugar de condena. Cuando el peso de su mirada significaba protección en lugar de posesión.

—No pretendo saber cómo se siente Samuil —susurro, más para mí que para él.

Mi padre se salta un semáforo en rojo y casi atropella a un padre y su hija en el paso de peatones. No se me escapa el simbolismo. —Entonces, te lo aclaro: te está utilizando.

—Tú también.

Sus nudillos se blanquean sobre el volante. En otra vida, en otro coche, ese comentario me habría valido un revés. Pero hoy se muestra comedido. Qué generoso.

—Te estoy salvando a largo plazo. Una vez que Litvinov se hubiera cansado de ti, habría dejado tu culo por el camino y te habrías arrastrado hasta mí. Pero, si haces lo que te digo, los Andropov se ocuparán de ti —asiente como si intentara convencerme a mí y a sí mismo—. Cuidarán de los dos.

El edificio de Sam aparece a la vista, y meto la mano buena en el material de mis pantalones de chándal. El corazón se me acelera y me duelen todos los músculos. —¿Qué quieres que haga? Hay seguridad por todas partes.

—Pero confía en ti, ¿no? Te deja vivir en su casa incluso cuando no está. Según Katerina, eso no es normal en él.

—Casi como si me quisiera —murmuro. Un deseo infantil envuelto en alambre de espino.

Pone el freno de estacionamiento, el motor al ralentí como una respiración contenida. —Entonces, úsalo. Entra en su despacho. Encuentra el servidor. Entrégalo tú misma a los Andropov —su voz se convierte en un gruñido—. Y, si intentas alertar a alguien, nuestro trato está muerto.

Suelto una carcajada sin humor. —Esto no es un trato; es un chantaje. ¿Estás tan ido que realmente no sabes la diferencia?

Mira hacia el edificio y al otro lado de la acera. Durante una fracción de segundo, algo parpadea en su rostro: ¿miedo? Tal vez haya otra pistola apretada contra otra espalda. Quizá los Andropov también tengan trozos de él.

El pensamiento muere tan rápido como se forma. Mató cualquier simpatía que le tuviera hace años, la enterró bajo moratones y promesas rotas.

Ya no es mi padre. Solo es otro hombre que se cree mi dueño.

Y estoy tan jodidamente cansada de que me posean.

—¿Tienes claro lo que tienes que hacer? —pregunta rotundamente.

—Como el agua —empujo la puerta para abrirla—. Traicionar a todos los que quiero para ayudar a la gente que odio. Será pan comido.

Es un trabajo duro avanzar cojeando hacia el edificio. No solo por el dolor de mi cuerpo, sino porque todo en mi interior me duele aún más.

Samuil se ha ido. Mi padre es una causa perdida, una sanguijuela, una mala persona que solo me ve como un medio para conseguir un fin. Solía pensar que ya no me importaba, pero quizá las hijas nunca dejan de querer de verdad que sus padres las quieran. Llámame blanda o estúpida, pero una parte de mí solo quiere ser algo más que un objeto a sus ojos.

También a los ojos de Sam. Quiero creer que me quiere. O al menos, que puede quererme.

Lo he visto en él. Los indicios. La posibilidad. Los pequeños destellos de oro.

Pero ¿soy blanda o estúpida si aguanto más? Papá está arruinado. Puede que Sam no lo esté, pero no puedo seguir esperando a que comparta su corazón conmigo.

Solo me queda mi propio corazón. Puede que no sepa cómo se siente Sam, pero tengo eso. Y, tras años de negarme a mí misma, años de jugar según las reglas del juego de otros, por fin sé exactamente lo que quiero.

Quiero proteger a las personas que me importan.

Y quiero poner de rodillas a mi padre, a Katerina y a los Andropov.



LAS PUERTAS del ascensor se abren al caos: dos perros y la mirada calculadora de Frederik.

Rufus y Ruby me asaltan con olfateos preocupados, investigando mis vendajes como pequeños médicos peludos. Rufus se aleja de mi muleta.

—¡Srta. Pierce! —Frederik hace ademán de preocuparse, con ojos muy abiertos y murmullos apaciguadores—. ¿Qué... cómo...?

Pero es como si ahora pudiera ver todos los hilos de las marionetas. Puedo seguir a dónde conducen. Y las que están enrolladas alrededor del cuello de Frederik como una soga tienen un camino claro de vuelta a donde mi padre espera abajo.

Me preguntaba adónde había ido mi seguridad durante el “accidente”. Y por qué no estaban allí para vigilarme en el hospital.

Supongo que tengo que agradecérselo a Frederik. Leonid dijo que firmaba los cheques de Frederik, pero algo me dice que mi guardia personal está tirando de varios tarros de miel. Mantuvo alejados a los guardias, evitó que llamaran a Sam.

Espero que lo que le pagaron haya valido la pena.

—Qué preocupación —fuerzo una carcajada—. Realmente conmovedora.

Sus labios se crispan. —Vas con muletas.

—Muleta. Singular —guiño un ojo, haciéndome la despreocupada—. Y estoy bien. De verdad.

No estoy bien. Nada está bien. Pero no puedo hacer lo que tengo que hacer si Frederik insiste en seguirme por el ático.

—¿Lo sabe Samuil? —le pica la mano hacia el teléfono que lleva en el bolsillo.

Si tuviera que adivinar, diría que Samuil no tiene ni idea de lo que está pasando. Frederik, ayudante que es, probablemente se ofreció a hacer él mismo esa llamada, porque sabía que Sam

volvería a casa para estar conmigo.

—Ya le he enviado un mensaje —la mentira fluye suave como la seda—. Hablamos hace una hora. Quiere que descanse. A solas.

La boca de Frederik se curva en algo que podría ser una sonrisa, si los tiburones pudieran sonreír. —Por supuesto. Entonces, te dejo con ello.

Se dirige al ascensor con eficacia practicada. Sin preguntas. Sin protocolos de seguridad. Sin preocupación genuina.

No es más que la confirmación de lo que ya sospechaba: siempre ha sido el hombre de Leonid.

En cuanto se cierran las puertas del ascensor, mi falsa sonrisa se viene abajo. Un obstáculo menos.

Falta un millón.

Puede que mi padre y Katerina crean que el servidor está en el despacho de Samuil, pero yo sé que está en nuestro dormitorio. Está detrás de la perrera que Rufus no usa desde hace semanas, desde que se dio cuenta de que podía colarse en el extremo de la cama de matrimonio en mitad de la noche si esperaba a que yo estuviera demasiado cansada para volver a echarlo.

También sé que Samuil intercambia los servidores con regularidad, para minimizar cualquier posible fallo de seguridad.

Y lo vi cambiar la de nuestro dormitorio un día antes de irse del país.

Mover la perrera es un infierno con un solo brazo bueno y un equilibrio de mierda. Pero consigo encajarme entre la pared y la enorme caseta del perro, estirándome hasta que mis dedos rozan el frío metal.

Cuando por fin me enderezo, con el servidor triunfante por encima de la cabeza, me encuentro inmovilizada por dos pares de ojos que me juzgan. Rufus y Ruby me miran como si supieran exactamente lo que estoy haciendo.

—No me miren así —bajo al servidor, envolviéndolo en uno de mis jerseys—. Estoy de su parte. Siempre.

Las palabras no me hacen sentir mejor mientras meto el fardo en una bolsa y me la cuelgo del hombro bueno. Les doy a los dos perros un último arañazo detrás de las orejas, intentando no pensar en si volveré a verlos.

El camino hasta el ascensor parece interminable. Cada paso es una cuenta atrás en mi cabeza, preguntándome si Frederik volverá, si Sam llamará, si todo mi plan implosionará antes de empezar.

Pero las puertas del ascensor se abren a un vestíbulo vacío. No me rodean equipos de seguridad. No suenan alarmas.

Así de fácil, estoy fuera. La gran fortaleza de Litvinov traspasada por una chica coja con una

bolsa.

El coche de mi padre no está a la vista, pero dudo que esté lejos. Un taxi se detiene casi inmediatamente cuando le hago señas. Los ojos del conductor se abren de par en par al ver mi estado maltrecho. —¿Necesita que la lleve, señorita?

—Sí, por favor —me deslizo en el asiento trasero, agarrando mi carga robada—. Cuartel General Andropov. South Loop.

—Bien —mira por el retrovisor—. ¿Qué te ha pasado?

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza contra el asiento. —No me creerías si te lo dijera.

Y, aunque lo hiciera, ya no dejo que otros escriban mi historia.

46

NOVA

A los diez minutos de viaje, envío un mensaje de texto a Hope: ***Vigila a mi abuela. Sepas lo que sepas de mí en las próximas horas, mantenla a salvo.***

La respuesta de Hope es instantánea: ***Nova. Qué mierda???***

Apago el teléfono y me lo meto en el bolsillo.

—¿Va todo bien ahí detrás, señorita? —pregunta el conductor.

Es una pregunta capciosa. El dolor físico no tiene nada que envidiar al emocional. Mi brazo fracturado palpita bajo las vendas, mi tobillo destrozado grita, pero lo que me resulta verdaderamente insoportable es el nudo que tengo en el estómago.

—Estoy bien —le digo al conductor—. Solo llévame a la dirección que te he dado.

Me mira por el retrovisor. Sé lo que ve: una mujer con aspecto de haber pasado tres asaltos con una picadora de carne y haber perdido. El pastor alemán me hizo bastante daño. Pero estas heridas podrían ayudar a vender mi historia a los Andropov.

Pobrecita, pensarán. Tan desesperada que se arrastró hasta aquí directamente desde el hospital.

El taxi gira hacia Wacker Drive y el cuartel general Andropov se cierne ante nosotros. Sesenta pisos de cristal negro y bordes afilados. El edificio no solo ocupa espacio en el horizonte de Chicago, sino que lo amenaza. Incluso las palomas evitan aterrizar en sus salientes afilados como cuchillos.

Por supuesto, los “amigos” de mi padre operaban desde una torre literal del mal.

Hago que el conductor se detenga a una manzana de distancia. No tiene sentido conectarlo con este lío más de lo necesario. Cuando se ofrece a ayudarme a salir del coche, se me parte un poco el corazón. Todavía hay gente buena en este mundo.

Yo ya no soy una de ellas.

Le deslizo cien para pagar los treinta dólares del servicio. —Yo me encargo desde aquí. Pero

gracias. De verdad.

Sé demasiado sobre este mundo como para pensar que no me están grabando desde una docena de ángulos distintos en este momento. Pero no pasa nada. No importa lo que piensen los demás, la verdad saldrá a la luz.

Toco el servidor que llevo en la mochila. La información que contiene es inútil: código corrupto y callejones sin salida que los Andropov tardarán semanas en desentrañar. Para entonces, se lo habré explicado todo a Sam. Entenderá por qué tuve que hacerlo.

Tiene que entenderlo. Porque, si no lo hace...

Una ráfaga de viento invernal atraviesa mi fino jersey. Enderezo los hombros y cojeo hacia las puertas giratorias. Es hora de acabar con esto.

Vuelvo la vista hacia la carretera antes de colarme por la entrada. El todoterreno negro que seguía a mi taxi por la ciudad está ahora parado al otro lado de la calle. Podrían ser los hombres de mi padre asegurándose de que sigo. Podrían ser los hombres de Andropov siguiendo a su objetivo.

Podrían ser los hombres de Samuil, a punto de presenciar mi traición en 4K.

Lo que significa que cambiar de rumbo no es una opción.

No es que lo fuera nunca. En cuanto mi padre amenazó a la abuela, mi participación en este pequeño drama estuvo garantizada.

El vestíbulo es una catedral de amenaza corporativa, todo mármol negro reluciente y ángulos de precisión diseñados para recordarte lo pequeño que eres. El mostrador de seguridad se extiende como un altar.

Veo la ordenada hilera de recepcionistas a lo largo de la pared del fondo, tal como mi padre dijo que haría. Están sentadas detrás de un cristal a prueba de balas, tecleando. El chasquido de sus teclados resuena en las duras superficies del vestíbulo.

La menuda recepcionista no levanta la vista del ordenador cuando me acerco a su mesa. —¿En qué puedo ayudarla?

—Tengo que entregar esto a Paul Andropov —leo las palabras del guion mental de mi mente, diciendo y haciendo exactamente lo que mi padre me ordenó.

Me mira por primera vez. Su expresión no cambia ni un ápice mientras observa mis vendajes y magulladuras. Dudo que sea la primera persona maltrecha a la que hace entrar en este vestíbulo en busca del Sr. Andropov.

Coloco la bolsa sobre la encimera de mármol. —Es importante.

De repente, su rostro se suaviza. Ya no hay duda de que me estaba esperando. —¿Cómo te llamas?

—Nova Pierce.

Debería haberle dado un nombre falso, aunque eso no importa. Un breve vistazo a la sala revela las brillantes luces rojas de las cámaras de seguridad en cada esquina y detrás de cada recepcionista.

Asiente, como si mi nombre fuera una especie de contraseña. —Puedes dejar el paquete aquí. Yo me encargaré de que lo reciba.

Deslizo toda la bolsa bajo el pequeño hueco del cristal, despidiéndome de mi jersey amarillo en el proceso. La mujer lo acepta con una inclinación de cabeza, y enseguida vuelve a la pantalla de su ordenador.

Dudo, esperando algún tipo de recibo, un vale que diga "*Maldad Consumada*", que pueda entregar a mi padre como prueba.

—¿Eso es todo? —pregunto al fin.

Exhala impaciente. —A menos que tengas algo más que entregar...

—No, nada.

Cuando no dice nada, lo tomo como una señal y me dirijo hacia las puertas giratorias.

Mi lengua ha vuelto a la aspereza del papel de lija y el dolor de mis extremidades es incapacitante. Lo único que quiero hacer ahora mismo es volver al ático, meterme un puñado de ibuprofeno y meterme bajo el edredón durante dieciocho horas de sueño sin sueños.

Necesitaré el resto si quiero explicárselo a Sam de forma coherente.

Y tendré que explicárselo de alguna manera. Porque, en cuanto los Andropov se den cuenta de que el servidor que les entregué era un fiasco, mi padre cumplirá sus amenazas. Echará a la abuela de su casa y dejará de pagar sus cuidados, y necesitaré a Sam de mi lado si quiero salvarla.

Lo entenderá, me digo mientras cojeo hacia la acera. *Cuidará de ti y de la abuela. Sam es un buen hombre.*

Justo cuando levanto el brazo para llamar a un taxi, alguien me agarra el brazo vendado.

Al instante, aúllo de dolor, pero a quienquiera que me esté sujetando no le importa. Aprietan con más fuerza hasta que estoy segura de que van a partirme el brazo en dos.

—¡Suéltame! —las palabras salen como una súplica. Estoy demasiado desesperada por que cese el dolor como para enfadarme.

Me doy vuelta y miro hacia un lado el tiempo suficiente para captar un destello de ojos azules como el hielo y una sonrisa sedienta de sangre.

Ilya me aprieta el brazo, sonriendo mientras grito de dolor. —Parece que te vendría bien un aventón.

Me empuja a la parte trasera de un todoterreno negro. Por desgracia, estoy familiarizada con ese concepto, pero la agonía que me recorre el brazo y la pierna es nueva. Estoy segura de que los

puntos que tengo están rasgados. La sangre se filtra a través del vendaje de mi brazo, y no quiero ni pensar lo que eso significa para mi fractura.

Ruedo sobre mi lado bueno, gimiendo suavemente, justo cuando Ilya cierra la puerta de golpe.

—Suéltame.

Sé que no sirve de nada, pero al menos tengo que pedirlo.

Chasquea la lengua. —No se puede.

Golpea una vez el techo. Los neumáticos chirrían, y me dejo caer contra el asiento trasero con otro gemido de dolor.

—Arriba —Ilya me saca del hueco entre los asientos y me deja caer contra la puerta del coche. Me duele tanto que ni siquiera puedo discutir con él mientras me pasa una funda de almohada negra por la cabeza.

—¿A-adónde me llevas?

—¿Te preocupa faltar a una cita? —resopla—. Ya has visitado a tu padre, has entrado en el ático para robar a mi hermano, y luego has entregado la mercancía en mano a sus enemigos. Has tenido un día muy, muy ajetreado.

Así que era Ilya quien estaba en el todoterreno. Diría que estoy sorprendida, pero el dolor que me recorre es demasiado intenso para registrar siquiera una emoción. Es solo un suave *Oh, por supuesto,* mental.

Y luego, volvemos a la programación habitual de intentar no vomitar de la agonía.

—Puedes intentar discutir, pero lo tengo todo grabado —me informa con suficiencia—. Y hace dos minutos que he enviado ese vídeo a Samuil. Se llevará una gran decepción con su pequeña amante. Estaba tan seguro de que podía confiar en ti.

—Puede hacerlo —jadeo, el aire dentro de esta máscara de funda de almohada ya se está volviendo rancio y húmedo—. Puede confiar en mí. No es... Lo hice por Samuil. Para ayudar.

Pero, incluso mientras lo digo, la idea de que Sam abra su teléfono para ver vídeos míos haciendo cabriolas en la fortaleza de sus enemigos para pasarles información sensible me da más náuseas que el dolor.

Porque sé lo que va a pasar.

Ese destello de oro que vi en él desaparecerá. Se nublará tras la rabia negra, la traición negra. Sus ojos se volverán fríos y no me mirará con amor ni con ternura ni con esperanza.

Me mirará y verá a una mujer clavándole un cuchillo por la espalda.

Y todo lo que podríamos haber tenido se perderá.

Ese dolor es peor que todo lo que me hizo el perro. Me doblo, con una mueca de dolor, las mejillas mojadas por las lágrimas. Una cosa es no tener esperanzas. Otra cosa es tener un futuro

feliz en la palma de la mano...

Y luego sentir que todo se desliza.

—Guarda esas lágrimas para Samuil —espeta Ilya—. Allí es adonde nos dirigimos, por cierto: a ver a tu novio. Lo cual, estoy seguro, significa que estás a punto de morir —hace una mueca como si le importara—. Lo siento. Mala suerte.

Sé que no tiene sentido, pero no puedo evitar aspirar todo el aire que puedo y gritar. Nadie de fuera de este coche puede oírme y a nadie de dentro le importa, pero lo intento.

Tengo que intentarlo.

Entonces, siento un dolor agudo en el brazo. Un pinchazo metálico, seguido de una sensación de frío en los huesos, como el invierno de Chicago arrastrándose desde dentro hacia fuera.

Dejo de gritar.

Y el mundo se oscurece.

47

SAMUIL

Llevo seis putos días en Moscú y lo único que he hecho ha sido enterrar a hombres buenos y ver cómo mi imperio se desangraba mientras respiraba el amargo aire invernal de mi patria.

La vista desde mi despacho en la Torre Litvinov impresionaría a la mayoría de la gente. Las ventanas del suelo al techo muestran el horizonte de Moscú: una mezcla de dura arquitectura de hormigón y las relucientes esculturas del nuevo dinero ruso.

Pero no veo nada. Mi atención se desplaza hacia la pantalla oscura de mi teléfono, deseando que se ilumine con el nombre de Nova.

Otro soldado muerto. Otro almacén incendiado. Otro cliente que se pasa a los Andropov.

Nada de eso es comparable a la tortura del silencio de Nova.

Sabía que se enfadaría. Me preparé para su ira cuando decidí marcharme sin dar explicaciones. Lo que no había previsto era que su ausencia me debilitaría, minando mi concentración hasta que apenas pudiera funcionar.

Normalmente, Moscú es donde estoy más concentrado. Donde vengo a hacer las cosas sin las distracciones del drama de Chicago. Sin los juegos de Ilya, ni los planes de Katerina, ni las expectativas de mi padre aplastándome la garganta.

Pero ¿ahora? Ahora caigo en un sueño intranquilo pensando en el rostro de Nova. Me despierto buscando su calor. Cada vez que cierro los ojos, veo su expresión devastada justo antes de que las puertas del ascensor se cerraran entre nosotros.

Me aparto del escritorio y miro al techo. *¿Qué coño me pasa?*

Antes de que mi cerebro conjure la larguísima lista necesaria para responder a esa pregunta, suena mi teléfono.

Esta vez, es el nombre de Myles.

—Quiero buenas noticias —digo en lugar de un verdadero saludo.

—Entonces, deberías buscarte otro trabajo —responde—. ¿Sabes algo de Nova?

Me incorporo, la silla cruje debajo de mí. —No finjas que no sabes que está enfadada conmigo.

—Ya somos dos, entonces. No contesta a mis llamadas. Tampoco hay señales en las cámaras.

La energía nerviosa zumba y brinca bajo mi piel. —Vale. Pues ve al ático y encuéntrala. No la obligué a quedarse allí por nada.

No he destruido todo lo que construimos por nada.

Maldición, que alguien me diga que no lo he tirado todo para nada.

—Ya estoy en ello. Ahora subo.

Una imagen pasa por mi mente: Nova acurrucada en un rincón de nuestro dormitorio, con lágrimas recorriéndole la cara porque me gané su confianza solo para aplastarla como han hecho todos los demás en su vida. A diferencia de su padre o de sus hermanos, lo hice para protegerla.

Pero ese argumento no significará una mierda para ella.

No cuando la alternativa era sentarla y explicarle las realidades de mi mundo. Podría haberle dicho que mi vida existe bajo una sombra perpetua de amenazas y enemigos. Que estar conmigo significa que esas sombras también se ciernen sobre ella.

Podría haberlo hecho... y haberla visto alejarse.

Así que hice lo único que podía para mantenerla a salvo y que siguiera siendo mía. Fue egoísta, pero nunca he pretendido ser otra cosa.

Myles permanece en silencio mientras sube el ascensor. Piso tras piso, ese tintineo familiar resuena en el teléfono. Estoy al otro lado del globo, pero el pecho se me oprime con cada nivel ascendente. Contengo la respiración, esforzándome por oír la voz de Nova a través de la conexión.

No necesito mucho. Solo una palabra. Un gemido, incluso. Alguna prueba de que ella está ahí y de que todo esto ha merecido la pena.

Ese pedacito de ella desenredaría parte de la inquietud de mi pecho. Solo saber que está bien y en mi casa sería... bueno, no sería suficiente. Nunca tendré suficiente de ella.

Pero al menos podría respirar.

Pero no es la voz de Nova la que oigo a través de la línea.

—¿Dónde está Nova? —pregunta Myles.

Es Frederik quien responde. —Está descansando en su habitación como le dijo Samuil. Estaba bastante golpeada.

¿Golpeada?

—¿De qué coño está hablando? —pongo el manos libres y pongo la grabación de seguridad. He

hecho todo lo posible por no mirarla desde que me fui, por miedo a perder horas viendo a Nova sentada en el sofá con los perros.

Ahora repaso las secuencias hasta esta mañana, y me detengo cuando veo que Nova llena la pantalla.

Pero…

—Maldición.

Apenas parece Nova. Está vendada y magullada, y cojea con la ayuda de una puta muleta.

—¿Qué demonios le ha pasado? —el aire sale de mis pulmones como latas aplastadas—. Pon a Frederik al teléfono.

—Comprobaré su habitación —murmura Myles antes de colgar el teléfono.

—Me dijo que había hablado contigo —explica Frederik, con la voz alzada por la confusión—. ¿Dijo que te había hablado del ataque del perro?

—¿La *atacaron*?

Nova fue atacada y yo no estuve allí. No estuve allí.

—¿No lo sabías? —pregunta Frederik.

—Deja de preguntarme lo que sé y dime de una puta vez lo que sabes —gruño—. Ahora mismo.

Repasa el ataque del perro de Nova y su recuperación, aunque dice que no tiene ni idea de dónde se recuperó exactamente. Luego, me habla de esta mañana: La llegada de Nova y cómo se fue a echar una siesta después de, supuestamente, hablar conmigo por teléfono.

Un desfile de banderas rojas ondea en mi cabeza.

Algo va mal.

—¡No está aquí! —ruge Myles en el fondo. Oigo a Frederik soltar el teléfono mientras Myles se enfrenta a él—. ¿Dónde coño se ha metido, Frederik? Estabas de guardia!

—Y-Yo me fui. Pero ella dijo, Nova dijo que se iba a dormir. Pensé… ¡Me dijo que se quedaría!

Mi mente se divide entre planear exactamente cómo haré sufrir a Frederik por este fracaso y calcular hacia dónde huiría Nova.

—¡Myles! —grito su nombre lo bastante alto como para que me oiga, porque recoge su teléfono del suelo—. Comprueba su apartamento. Probablemente fue allí a...

Mi teléfono zumba en mi mano, y me alejo para ver el nombre de Ilya en la pantalla. Me asalta el instinto de rechazar sus estupideces de un manotazo, pero entonces...

Hago una pausa.

Ilya casi nunca me llama. Sobre todo cuando sabe que estoy fuera del país.

Una sombría y gélida certeza me envuelve el pecho. Cuelgo a Myles y acepto la llamada de mi hermano.

—¿Qué coño has hecho? —gruño.

Ilya se ríe a carcajadas. —Ya estás otra vez sacando conclusiones precipitadas. Esos juicios precipitados son los que te siguen metiendo en problemas, hermano.

Mi corazón late cada vez más deprisa. Tengo gotas de sudor frío en la frente, y ese pavor que serpentea por mis entrañas se hace cada vez más pesado.

Nunca debí dejarla. Debería haberla subido a ese avión conmigo. Debería estar a mi lado ahora mismo, no...

—¿Dónde está?

—Eso es lo que deberías haber estado preguntando los últimos meses. *¿Dónde está? ¿Dónde ha estado? ¿Para quién trabaja?*

Un gruñido sin palabras me arranca el pecho. No tengo palabras. Me tiemblan las manos.

—Oh, relájate —suspira Ilya—. Acabo de enviarte por correo electrónico un vídeo de actualización. Verás que tu pequeña traidora está vivita y coleando.

Me conecto a mi correo electrónico y hago clic en el archivo adjunto. El vídeo se queda en la memoria intermedia y luego se centra en una imagen de Nova.

Está fuera de la casa de su padre, ya vendada y con la muleta. Supongo que eso responde a la pregunta de adónde fue después de su ataque.

El vídeo se acelera, siguiendo el coche de su padre entre el tráfico hasta que se detiene frente al edificio de mi apartamento. Media hora después, según la marca de tiempo, vuelve a salir con una bolsa al hombro y se sube a un taxi.

El taxi se dirige al South Loop y me pongo rígido. No me tranquilizo cuando baja del taxi y se dirige directamente al Cuartel General Andropov con su bolsa de mano.

Cinco minutos después, reaparece sin la bolsa. Y el vídeo se corta.

Maldición.

—¿Debo tomar tu silencio sepulcral como prueba de que has terminado el vídeo? —reflexiona Ilya—. Difícil ¿eh? ¿Cómo te encuentras?

Como si se lo fuera a decir alguna vez.

—¿La tienes?

—Claro que sí —se ríe entre dientes, asquerosamente satisfecho de sí mismo—. Yo, a diferencia de ti, sé cómo manejar una crisis. No dejo que los espías campen a sus anchas, aunque me los esté follando.

No puedo permitirme pensar en lo que le está haciendo. Lo aterrorizada que está.

Sobre todo porque no puedo dejar de preguntarme si me ha estado mintiendo todo este tiempo.

—No tengo tiempo para tus putos juegos, Ilya —siseo—. ¡Dime dónde la tienes!

—Si te lo digo, vendrás a rescatarla y te manipulará para que creas que es inocente, como hizo antes. Debería encargarme yo mismo de este interrogatorio.

Nova, interrogada por Ilya. La imagen me hace correr hielo por las venas. He visto lo que queda de la gente después de que mi hermano acaba con ellos.

—Ella es mi responsabilidad —cojo el teléfono con tanta fuerza que la carcasa cruje—. Si alguien va a interrogarla, seré yo.

Necesito ver su cara. Necesito mirarla a los ojos cuando le pregunte por los Andropov. Sobre su padre. Sobre todas las mentiras que me haya contado.

Porque si me ha traicionado...

No. No puedo terminar ese pensamiento.

—¿Cómo vas a hacerlo desde Moscú? —la voz de Ilya destila una fingida preocupación.

—Yo me ocuparé de Nova —cada palabra sale precisa, medida. Una promesa. Una amenaza.

Ilya vuelve a reírse. —Adelante. Primero tendrás que encontrarla.

La línea se corta.

48

NOVA

Me despierto con el sonido del plástico crujiendo.

Ilya está de pie junto a mí, golpeando una botella de agua contra la mesa de metal oxidado que hay junto a mi catre. Todo en este infierno está oxidado o podrido. Parece apropiado. Aquí es donde se marchita la esperanza.

—Si mueres, no será por deshidratación. Hasta el fondo.

Tiene razón: probablemente será una bala en la nuca. Rápido y limpio, si tengo suerte. Lento y sucio si no la tengo.

El esfuerzo de incorporarme me produce un dolor chirriante en todo el costado derecho. Me duele lo suficiente como para no poder responder más que con el ceño fruncido. Mi estómago me traiciona gruñendo lo bastante fuerte como para que él lo oiga.

—Debes tener hambre —señala un plato de bocadillos junto a la botella de agua. Los bordes del pan se han vuelto rígidos y oscuros, como si llevaran horas al aire libre. Días, quizás.

Al menos, la botella de agua está sellada.

—No voy a comer nada de lo que me des.

Pone los ojos en blanco. Parece aburrido. —No te mataría con algo tan pedestre como el veneno. En cualquier caso, mantenerte con vida es más interesante —su expresión cambia a algo más cruel—. Tendrías que haber oído a mi hermano cuando le enseñé tu pequeña película casera. Está lívido.

Me arden los ojos, pero no me salen lágrimas. No se me escapa la ironía: quizá Ilya se equivoca al decir que la deshidratación no me matará, después de todo.

Ruedo sobre un costado, tragando un gemido mientras me recorre un nuevo dolor. Me duele el cuerpo. Me duele la mente. Incluso mi alma se siente magullada.

Solo quiero que todo acabe.

—Tú te lo has buscado, Nova.

El sonido de mi nombre en su lengua me hace querer restregarme la piel en carne viva. Pero debe aburrirse de verme sufrir, porque sus pasos se retiran y las luces se apagan, dejándome en la oscuridad.

Cuento hasta cincuenta antes de lanzarme por la botella de agua. Mi desesperación es patética: la mitad me salpica la camisa mientras la engullo. En cuestión de segundos, la botella está vacía.

Todavía quiero más.

Volviendo a caer en el catre, miro fijo el techo derruido. El tiempo se ha vuelto fluido desde que me trajeron aquí. Horas, días, ¿quién sabe? Entro y salgo de la consciencia, y mis únicas señales son las visitas de Ilya y el sonido de las risas de sus hombres en el pasillo.

No puedo permitirme imaginar lo que deben estar pensando Hope o la abuela. Solo puedo rezar para que no vengan a buscarme.

Lo único peor que yo aquí sería que ellas estuvieran aquí conmigo.

Mis párpados se cierran, pero incluso la idea de dormir es irrisoria. Por muy agotado que esté mi cuerpo, mi mente funciona en un zumbido constante y frenético.

Es como una pesadilla en la que estás atrapado en pasillos interminables y ninguna puerta se abre. No importa cuántas veces ejecute el escenario, permanecer aquí conduce a la muerte. Ya sea a manos de Ilya o de uno de los matones a los que oigo cacarear y beber por el pasillo.

O, si salgo de aquí, tal vez Samuil me mate él mismo.

Entierro mis sollozos en la manga. Nadie que los oiga vendrá a ayudarme.

Como dijo Ilya, yo me lo he buscado.

Debería haber dejado que mi padre me matara. Al menos entonces habría muerto sabiendo que Samuil confiaba en mí. Habría muerto con mi dignidad intacta, valga lo que valga.

Ahora, Samuil aparecerá y me ejecutará como a la traidora que cree que soy.

¿Esperará mi explicación? Incluso si lo hace, ¿la creerá?

Si yo fuera él, no lo haría. No con las pruebas en mi contra. Esta vez he hecho exactamente lo que Ilya me reprocha. Mis intenciones no significarán una mierda.

No duermo, pero entro y salgo de mi estado de conciencia mientras las risas de la otra habitación son cada vez más fuertes y salvajes. Sin embargo, la voz de Ilya no aparece en la mezcla.

Puede que se haya ido.

Tal vez pueda escapar.

Escapar a dónde, no tengo ni idea, pero eso no importa ahora. Si me quedo aquí, muero. La única posibilidad que tengo es levantarme e intentarlo.

Sin embargo, levantarse es una tortura. Las articulaciones me rechinan con cada movimiento. Tengo que morderme el labio con sangre sólo para alcanzar mi muleta.

—¡Hola! —grazno—. ¿Hola?

La charla de borrachos continúa sin interrupción. Golpeo la muleta contra el armazón metálico de la cama, haciendo una mueca de dolor cuando el sonido reverbera en mi cráneo.

Finalmente, la risa se apaga.

—¿Es la chica? —pregunta una voz grave.

Una silla raspa el hormigón. Alguien refunfuña—: Déjame comprobarlo.

Unos pasos enormes bajan por el pasillo hasta mi habitación. Una montaña de hombre aparece en la puerta. Su nariz respingona se arruga. —¿Qué?

Me hundo sobre mí misma, temblando. —Voy a vomitar y no puedo... Necesito ayuda.

—Pues no hagas esa mierda aquí. Tendré que limpiarlo.

—Ayúdame a ir al baño —finjo una arcada tan fuerte que creo que voy a vomitar. Cero puntos por originalidad, pero los clásicos son clásicos por algo, ¿no?

El hombre se mueve con una rapidez sorprendente para alguien de su tamaño. Su enorme mano rodea todo mi bíceps, sus dedos se superponen y, cuando me levanta del colchón, quiero gritar. En lugar de eso, cuelgo sin fuerzas entre sus manos.

—Mueve los pies —ladra.

—Yo... no puedo —vuelvo a jadear y, con un bufido de disgusto, el gigante me arrastra por el pasillo hasta un estrecho cuarto de baño.

El suelo es más mugre que baldosa desconchada, y gruesos barrotes pasan por encima de las ventanas. Me deposita en el suelo como si sacara la basura.

—¿Puedes arrastrarte hasta el cagadero? No quiero fregar.

Una mirada me dice que nadie ha fregado nunca esta habitación. Pero asiento, rascando débilmente mi cuerpo sobre el frío suelo. —Gracias.

Hace una mueca ante mi gratitud y se da la vuelta.

—Vomitando —anuncia al resto de los hombres cuando se reúne con ellos, ganándose una carcajada—. No irá a ninguna parte durante un tiempo.

Sus risas lo siguen de vuelta a su juego. Me incorporo utilizando el lavamanos amarillento, haciendo girar el grifo para enmascarar mis movimientos. Tras tragar desesperadamente varios bocados de agua de sabor metálico, finjo otra arcada.

Más risas lejanas. Ya se han olvidado de mí.

Cuento hasta cien. Luego cien más. El tiempo suficiente para que el alcohol embote aún más sus

sentidos. El tiempo suficiente para que se instale la complacencia.

Entonces, cojo mi muleta y abro de golpe la puerta del cuarto de baño.

Despacio, tan despacio que ni siquiera siento que me muevo, avanzo por el pasillo. La luz se filtra por una puerta parcialmente abierta, y por el mismo hueco se cuelan estridentes risas masculinas. No tengo ni idea de si hay otros guardias de servicio aparte de estos.

Paso la puerta con facilidad, casi sin respirar. Estoy justo al otro lado cuando un hombre grita. Creo que está dando la voz de alarma, y estoy a punto de lanzarme a la carrera cuando lo oigo reír.

—¡Casey estaba mintiendo! ¡No tiene nada!

La mesa estalla en más carcajadas, exhalo un suspiro y continúo mi camino.

Finalmente, doblo una esquina y entro en lo que parece una antigua sala de exposición de un concesionario de coches. En las paredes manchadas de agua aún se adhieren los descoloridos premios de seguridad y los anuncios publicitarios. Han empapelado las ventanas, pero incluso los periódicos están podridos por el paso del tiempo.

A través de una grieta en la inmundicia, veo una puerta.

Olvidándome de los guardias y las cámaras, arrastro los pies lo más rápido que puedo por el polvoriento suelo de baldosas y arrojo mi peso contra la puerta.

Cerrada.

Se me hunde el corazón. Mierda, mierda, mierda. Hago piruetas en un círculo lento y doloroso en busca de…

Allí. Al otro lado de la habitación hay otra puerta. Reanudo mi tambaleo, intentando ser rápida y silenciosa al mismo tiempo. Al menos el dolor ha remitido: la adrenalina ha ocupado su lugar y ha insensibilizado todos los miembros.

Todo mi mundo se ha reducido a una puerta y dos palabras.

Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor…

La alcanzo y golpeo la puerta con mi lado bueno, y se abre tan rápido que casi me caigo de bruces.

Pero está abierta.

Y soy libre.

Una furgoneta y un sedán se agazapan en el aparcamiento como perros guardianes. No hay forma de saber si están equipados con alarmas o cámaras, así que doy la vuelta a la esquina trasera del edificio. A través de la penumbra, veo una hilera de árboles a lo lejos.

Denso. Oscuro.

Perfecto.

Canalizo todo lo que tengo para atravesar el aparcamiento y adentrarme en la arboleda. Una vez allí, no podrán encontrarme.

Mis hermanos nunca pudieron. Cuando papá no estaba y ellos estaban al mando, yo me escondía en los árboles que rodeaban el terraplén detrás de nuestra casa. Me hacía un ovillo y me escondía entre la maleza, guardando silencio hasta que se cansaban de buscar y volvían a entrar.

Ya lo he hecho antes.

Puedo volver a hacerlo.

Canalizo cada gramo de ese instinto de supervivencia para cruzar el pavimento agrietado. Cada paso me produce una oleada de dolor en la pierna, pero la adrenalina adormece lo peor. Veinte metros parecen veinte kilómetros, pero me fuerzo a avanzar. Un paso vacilante. Luego otro.

La línea de árboles brilla como un espejismo. Más cerca. Más cerca.

Un sollozo se desata en el momento en que me adentro en las frescas sombras. Me tapo la boca con la mano, sofocando cualquier otro sonido que pudiera escaparse. Las espinas y las ramas me arañan la piel mientras me adentro en la oscuridad.

Lejos del edificio. Lejos de Ilya. Lejos de la muerte.

Un pie delante del otro.

Camino todo lo que puedo, poniendo la máxima distancia posible entre el concesionario y yo. Me muevo hasta que es físicamente imposible. Hasta que el cielo se oscurece y mis pies están ensangrentados y necesito la última de mis energías para desplomarme en el suelo.

Aterrizo junto a un arbusto, así que me empujo con las manos hasta quedar acurrucada bajo él. Las ramas me rozan la piel, pero me escondo profundamente, fuera de la vista, y apoyo la cabeza en el tronco de un árbol.

Luego, por primera vez en demasiado tiempo, duermo.



ABRO LOS OJOS. La pálida luz de la mañana atraviesa las ramas que hay sobre mí. Hago una mueca por la rigidez de mis articulaciones, me pongo en pie y comienzo a moverme de nuevo antes incluso de procesar lo que está ocurriendo.

Es animal, este instinto de empujar hacia delante, de correr. Solo me concentro en poner un pie delante del otro hasta que, por fin, oigo coches.

Me inclino hacia el ruido del tráfico hasta que puedo ver una carretera entre los árboles. Luego, pegándome a la línea de árboles, sigo la carretera hasta una gasolinera diminuta y decrépita.

Al principio, pienso que el lugar también está abandonado. Gruesos mechones de hierba brotan

entre las grietas del pavimento y el ladrillo está cubierto de capas de grafiti.

Pero antes de que pueda perder la esperanza, una mujer sale del baño de la parte trasera de la tienda con el teléfono en la mano. Su camiseta de Grateful Dead es lo más bonito que he visto nunca.

Sin pararme a pensar, me lanzo a través de los árboles. —¡Eh!

Se vuelve hacia mí, con los ojos ya entrecerrados por la sospecha.

—Lo siento —jadeo—. Estoy perdida. Necesito ayuda.

No quiero ni imaginarme qué aspecto tengo después de dormir en el suelo toda la noche, pero la forma en que sus ojos se clavan en mi cara me dice que no puede ser bonito.

—¿Me prestas tu teléfono? —pregunto—. Solo... solo un segundo. Solo necesito hacer una llamada. Por favor. Me quedaré aquí. Solo necesito una llamada.

Estoy a segundos de caer de rodillas y arrastrarme hacia ella cuando me tiende el teléfono, vacilante. —Una llamada rápida.

Aleluya.

Después de todo, quizá viva para ver otro día.

49

SAMUIL

Me detengo chirriando detrás del coche de Myles y salgo de un salto.

—Maldita sea —dice—, has llegado rápido.

¿Lo he hecho? El tiempo ha adquirido una cualidad incognoscible en las últimas veinticuatro horas. Han pasado semanas desde que vi aquel vídeo de Nova. Meses desde que la conocí. Años desde que confié en ella. Siglos desde que el miedo no me ahogaba por dentro.

Cada paso que doy hacia delante es un torbellino nebuloso y resbaladizo. Me vuelvo hacia el destartalado concesionario de coches que tengo delante. Incluso para Ilya, esto parece bajo.

—¿Puto Wisconsin? —escupo en la acera.

—Mis informantes dicen que quebró hace un año e Ilya lo compró por unos céntimos justo después —suministra Myles—. Lo ha estado utilizando como refugio durante los últimos seis meses, más o menos.

Examino las ventanas tapiadas y el tejado hundido. El lugar debería demolerse. No, desmantelarlo, quemarlo y sembrar de sal el suelo en el que se levanta.

Pensar en Nova atrapada en este ataúd de hormigón me pone jodidamente enfermo.

—¿Está ahí dentro?

Myles niega con la cabeza. —Pero hay seis hombres dentro. Si saben que estamos aquí, no tengo ni puta idea.

Me importa una mierda que lo sepan. Que se preparen. Que se armen hasta los dientes. Seguiré pintando estas paredes con su sangre.

Trago la bilis que me sube por la garganta. —¿Y Nova?

—Dentro también, creemos —Myles se frota la nuca—. Sam, he visto el vídeo. Vi...

—Sé lo que viste.

Mi entretenimiento a bordo en el viaje desde Moscú fue ese vídeo en bucle constante. Una y otra y otra vez, lo vi, diseccionando cada momento, buscando en alguna señal de que estaba trucado. Algún indicio de por qué Nova estaría con su padre. Por qué me traicionaría.

—¿Cuál es la jugada, entonces? —pregunta Myles.

Saco mi pistola y compruebo que esté cargada. —Entramos.

Myles me agarra del hombro, tirando de mí hasta detenerme. —¿Vas a entrar ahí disparando? ¿Ese es el plan?

—Quiero acabar con esta mierda —gruño—. Ahora, no más tarde.

Quiero a Nova lejos de mi hermano.

Quiero verla viva y respirando.

Hacía mucho tiempo que no sentía un miedo así. Pero al darme cuenta de que Nova estaba en manos de mi hermano, todo mi poder, mis contactos, mi dinero y mi habilidad no significaron nada. Me resultaron inútiles.

Necesito recuperarla para poder pensar con claridad.

Me ocuparé del resto cuando esté a salvo.

—¿Te preocupa que no podamos con ellos? —pregunto.

Myles se pone rígido. —No, pero...

—Bien. Entonces, dispara primero y pregunta después.

Con un suspiro y un murmullo de algo que no me importa descifrar, me sigue de mala gana hacia el concesionario. Los hombres con los que llegó nos siguen. Una tormenta de potencia de fuego Bratva, que viene a joder a mi hermano hasta dejarlo irreconocible.

Tengo la intención de hacer el mayor daño yo mismo.

Soy el primero en cruzar la puerta lateral desbloqueada. A hurtadillas y en silencio, sigo las voces alzadas hasta la parte trasera del concesionario, donde solía estar el taller de carrocería. El aire huele a humedad, a mecánica. El polvo se agita al paso de cada pisada.

El peso de mi Glock me resulta familiar en la palma de la mano. El hambre de violencia aún más.

Avanzo por un pasillo hasta que veo a un grupo de hombres alrededor de una mesa en equilibrio sobre un gato de transmisión. Están jugando a las cartas, tan perdidos en el juego que nadie vigila la puerta.

Myles y yo intercambiamos una mirada.

Podríamos haber volado las ventanas delanteras, y estos cabrones seguirían sin saber que hay infiltrados.

Los hombres están sumidos en una acalorada discusión, y uno de ellos grita que quiere jugar otra

ronda. Quiero decirle que ahorre saliva. Dentro de unos segundos, lo último en lo que pensará será en esta mano perdedora.

Pero no merece la misericordia de un final digno para su vida. Deja que se desangre por un par de jotas y treses desparejados.

Doblo la esquina y hago volar mis balas.

Dos hombres han caído para cuando Myles se une a mí en la puerta y derriba a otro. Su sangre ya se filtra por el suelo de cemento antes de que sus compañeros consigan orientar su atención en la dirección correcta. No pierdo tiempo en sacar a los otros idiotas de su miseria.

Termina tan rápido como empezó. El humo de las armas y el polvo de cemento se elevan en espiral en el aire, haciendo que el silencio sea aún más evidente.

—"Dispara primero, que no quede nadie a quien hacer preguntas" —bromea Myles en voz baja —. Parece que eran todos.

No admito que quizá me precipité un poco. Que me dejé llevar por la sed de sangre.

Pero interiormente, me arrepiento de no haber mantenido vivo al menos a uno de ellos para interrogarlo.

Doy a mis hombres un tirón de barbilla. —Registren el lugar, pero estén alerta. Podría haber más ratas escondidas.

Pero no las hay.

Ahora el concesionario está en silencio. Completamente vacío. Aun así, me aferro a la esperanza de que Nova esté aquí. De que esté viva.

—¿Nova?

Mi eco, lejano y hueco, es la única respuesta.

—¡Sam! —Myles llama desde el fondo del pasillo—. Por aquí.

Corro hacia él y me detengo en la puerta de una pequeña habitación, vacía salvo por un catre en un rincón y una mesita. Una botella de agua escurrida descansa sobre la mesa junto a un bocadillo cubierto de moscas.

Ella estaba aquí.

Siento la certeza en mi pecho, tan segura como el siguiente golpe de mi corazón.

Rodeo la cama y me detengo. Al final del colchón, arrugada en el suelo, hay una sudadera roja. La recojo con cautela, sacudiendo el algodón arrugado.

Impreso en el pecho: ***Paws and Enjoy the Little Things***

Me lo llevo a la nariz e inhalo su aroma a miel y vainilla.

Pero solo por un momento. Me la arranco de la cara antes de parecer débil, antes de *sentirme*

débil. Ya me ha hecho bastante. Se ha abierto camino tan profundamente en mi corazón que es como si siempre hubiera estado ahí.

Y mira lo que me ha costado.

Aun así, no me atrevo a soltar la sudadera. No puedo obligarme a dejarla atrás. No quiero que quede ninguna parte de Nova en este infierno.

—Así que estuvo aquí —conjetura Myles.

—Pero ya no —la furia arde por mis venas, abrasándome por dentro—. Ilya debe de habérsela llevado.

Myles niega con la cabeza. —No personalmente. Lo tengo vigilado. Está en la ciudad, reunido con Leonid mientras hablamos. Nova no está con él.

Giro y doy una patada a la estructura metálica de la cama tan fuerte como puedo. Se estrella contra la pared y mi pie ruge de dolor, pero no le doy importancia a ninguna de las dos cosas. La cama no sirve para nada y el dolor me hace sentir bien.

—Entonces, ¿dónde coño está?

Estoy hirviendo. A punto de estallar. Podría destrozar este lugar ladrillo a ladrillo y no sería suficiente.

Myles extiende una mano hacia mí, pero se detiene justo antes de hacer contacto. Como si incluso él tuviera miedo de tocarme ahora mismo. —La encontraremos, hermano. Todo el mundo está en este trabajo ahora mismo. No escapará.

¿Y si no hay escapatoria?

¿Y si ya se ha ido?

Hurgo en los rincones de mi mente, intentando decidir si puedo creerlo. Y... no. Si Nova estuviera muerta, Ilya se habría pavoneado ante mí. Ya estaría presentando su cuerpo roto en un pase de diapositivas a nuestro padre, esperando pacientemente que le diera una golosina y una palmadita en la cabeza.

Si estuviera muerta, lo sabría. Lo sentiría.

Suena el teléfono de Myles, rompiendo el silencio de la habitación. —Soy Dimitri.

Se aleja de mí a grandes zancadas para atender la llamada de uno de sus hombres en la ciudad. Su voz permanece en silencio.

Aprieto el puño alrededor de la sudadera de Nova y espero, intentando obligarme a pensar en esto racionalmente.

Pero con Nova no existe tal cosa. Ella ha desdibujado todas las líneas, no ha escrito todas las reglas que yo siempre he seguido. Se niega a ser domesticada.

Y la quiero por eso.

Por eso hay muchas posibilidades de que me esté traicionando y yo estuviera demasiado ciego para verlo. Hay muchas posibilidades de que la encuentre, solo para verme obligado a tomar la decisión de matarla por traicionarme.

Acabo de masacrar a cinco hombres en la otra habitación sin dudarlo ni un segundo. No perderé el sueño por sus cuerpos putrefactos.

¿Por qué debería perder el sueño por el suyo?

Entonces, imagino los ojos cobrizos de Nova mirándome mientras apunto con una pistola a su cabeza.

Es lo que mis hombres esperan de mí.

Es lo que haría mi hermano. Lo que haría mi padre. Lo que haría Katerina.

Pero ¿lo haría yo?

—Gracias, Dimitri —Myles cuelga y se vuelve hacia mí—. Hope Levy acaba de alquilar un coche hace quince minutos y ha salido de la ciudad. Se dirige hacia nosotros.

La imagen de Nova al final de mi arma desaparece. Pero la enfermedad que inspiró perdura.

Me aclaro la garganta. —¿Le has echado el ojo?

—Dos hombres la siguen mientras hablamos —confirma.

—Bien —rechino los dientes—. Vaya donde vaya, allí encontraremos a Nova.

Y entonces, descubriré si soy lo bastante fuerte para hacer lo que hay que hacer, o si amarla me ha hecho débil después de todo.

50

NOVA

Nunca ha habido nada más hermoso que ver a mi mejor amiga con los ojos desorbitados en un coche de alquiler destartalado.

En cuanto Hope aparca el coche en el aparcamiento de esta gasolinera olvidada de la mano de Dios, salgo cojeando de mi escondite detrás de la gasolinera. Llevo horas esperando de pie, apoyando la espalda contra los ladrillos y esperando que nadie del concesionario haya venido a buscarme.

Los cortes de la cuerda que me rodea las muñecas palpitan al ritmo de mi pulso. Cada latido envía nuevas oleadas de agonía a mi tobillo destrozado, y los cortes del ataque del perro parecen arder. Los efectos persistentes de las drogas que Ilya me inyectó hacen que la cabeza me dé vueltas y la vista se me nuble.

Pero me obligo a avanzar de todos modos.

Hope siempre juró que me ayudaría a enterrar un cadáver, sin hacer preguntas. Por fin le creo.

Hope sale del coche y, en cuanto me ve, su cara se vuelve blanca como un fantasma. —Mierda, NoNo. ¿Qué demonios te ha pasado?

Me lanzo hacia ella, sin importarme el dolor punzante, ni que probablemente apeste a miedo y a suelo de bosque y sangre seca. Mi mejor amiga me coge cuando me fallan las piernas y me levanta cuando ya no puedo sostenerme. —Estoy bien —consigo decir entre dientes castañeteantes.

—Y una mierda. Tienes un aspecto horrible.

Una risa acuosa brota de mí. —Lo sé. Pero estoy bien. Estaré bien.

—¿Nos sentamos o...? —echa un vistazo a la gasolinera—. Puedo comprarte un bocadillo, o algo así. ¿Has comido?

No. No en horas. En días, tal vez. Pero sacudo la cabeza. —No hay tiempo. La agarro de la muñeca y tiro de ella hacia el coche con las pocas fuerzas que me quedan. Incluso ese pequeño

movimiento hace que unos puntos negros bailen en mi visión. —Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Los árboles del horizonte parecen observarnos. En cualquier momento, los hombres de Ilya podrían surgir de esas sombras. En cualquier momento, Samuil podría aparecer para terminar lo que empezó su hermano.

—¿Te siguió alguien fuera de la ciudad? —pregunto mientras avanzamos a trompicones.

Se le tuerce la cara. —¿Qué estás... Nova, qué coño está pasando? Hace días que no sé nada de ti y, cuando lo hago, es una llamada críptica y entrecortada sobre que necesito ir a recogerte. Me di cuenta de que las cosas iban mal, así que no hice preguntas. Pero ahora tengo que hacer algunas. A saber: ¿qué coño?

Tiene razón. Le debo mucho más que esto.

—Cuando estemos en el coche —prometo.

Suspira y sube al asiento del conductor, cerrando la puerta. Luego, me mira. —Estamos en el coche. Habla.

Busco a tientas el botón de cierre y empujo su brazo hacia el contacto. —Arranca el coche. Por favor.

Me mira las vendas. La sangre seca apelmaza los bordes. —¿Son todas del ataque por el que me llamó la Sra. Shea? Dijo que había pasado algo con Berry. Intenté llamarte, pero...

—¿Berry está bien? ¿Se ha hecho daño?

—¡Olvídate del maldito perro! —grita Hope—. Me preocupo por ti. Estaba jodidamente asustada, Nova. Desapareciste. Fui al hospital a buscarte y nadie me dijo nada. Tu apartamento estaba vacío. No estabas en el ático. ¿Dónde estabas?

—Estaba en casa de mi padre.

A Hope se le corta la respiración. —¿Han llamado a Tom? Mierda.

—Creo que es más probable que los llamara Tom —admito—. Estoy bastante segura de que lleva tiempo vigilándome.

Sus manos se quedan quietas sobre el volante. —¿Por qué iba a vigilarte?

—Por la persona con la que estoy involucrada —trago saliva—. Por Sam.

—Por favor, dime que no estás metida en medio de cualquier mierda turbia que esté pasando entre tu novio mafioso y tu padre policía corrupto, Nova. Por favor, prométeme al menos eso.

Solo puedo negar con la cabeza. —No diré nada. Cuanto menos sepas, mejor.

—¡Maldita sea! —golpea el volante con las palmas de las manos—. ¡Esto es malo, Nova! Esto es jodidamente malo.

—¡Lo sé! Lo sé —mi barbilla se tambalea—. Siento mucho haberte arrastrado a esto, Hope. Es que... no sabía a quién más llamar. No tenía a nadie más. No hay nadie...

—Cállate —Hope me agarra la mano buena, apretándola con fuerza—. Soy tu mejor amiga. En momentos como este es cuando brillo, ¿vale? Siempre puedes llamarme.

Dejo caer la cara sobre la mano y gimo mientras el estrés de los dos últimos días me aplasta como una tonelada de ladrillos.

Y no está ni cerca de terminar.

Pero las lágrimas acaban por aliviarse. Me limpio los ojos con el antebrazo. —Necesito un lugar donde esconderme. Pasar desapercibida durante unos días. O semanas.

En realidad, tal vez para siempre. No sé cómo sobrevivir de otro modo.

—Por suerte, me tienes a mí —Hope busca en el asiento trasero y vuelve con una bolsa de lona —. No me diste nada con lo que trabajar, y aún así sabía que las cosas se estaban torciendo. Así que te preparé una bolsa de viaje. Artículos de aseo, ropa interior, mudas, un cepillo. Además, esa crema hidratante de la que te hablé que hace que mis ojeras parezcan...

Me lanzo hacia ella a través de la consola, abrazándome a su cuello. —Gracias.

—Desodorante —dice, atragantada—. Eso también está ahí.

Me despego con una mueca de dolor. —Perdona.

Me hace un gesto para descartarlo. —No te preocupes. ¿Te acuerdas también de la cabaña que compraron mis padres? ¿La que se suponía que iba a servir para pagar mi matrícula universitaria, pero luego me convertí en asistente personal y acabé con sus esperanzas y sueños? Pues te voy a llevar allí.

Ya estoy negando con la cabeza. —No puedes. Llévame a un motel o...

—Incluso con el dinero que escondí en esa bolsa, no tienes dinero para un motel y, gracias a Katerina, yo tampoco lo tendré por mucho tiempo. Este lugar es gratuito y está a solo cuarenta minutos de aquí. Allí es adonde vas.

Quiero discutir, pero tiene buenos argumentos. Tengo poco dinero y pocas opciones. Además, por fin ha arrancado el coche y está conduciendo, y no quiero decir nada que pueda hacer que se detenga. Quiero seguir adelante.

—Bien —anuncia Hope cuando no respondo—. Entonces, estamos de acuerdo. Cruzaremos el río y atravesaremos el bosque, hasta la casa de vacaciones de los padres de Hope. Intenta descansar. Parece que no has dormido en días.

No se equivoca. Apoyo la cabeza en la ventana fría, viendo pasar los árboles. Pero cada vez que cierro los ojos, veo la sonrisa salvaje de Ilya. Oigo sus amenazas susurradas sobre lo que me hará su hermano.

Dormir ya no es seguro. Nada lo es.

~

NO QUERÍA DORMIRME, pero tengo baba en la barbilla y una marca del botón de bloqueo en la mejilla.

—Qué asco —Hope se inclina hacia delante para serpentear por el interminable camino de tierra que se extiende ante nosotras. Los árboles bordean el camino a ambos lados. No hay rastro de cabañas por ninguna parte, pero hay suficientes mosquitos como para matar a un elefante—. Sé que esto dista mucho de las vacaciones sexuales tropicales a las que te llevó Samuil, pero...

La expresión de mi cara es suficiente para que Hope se despiste. Se pellizca el puente de la nariz. —No hubo vacaciones sexuales, ¿verdad?

—Lo siento —hago una mueca de dolor.

Sacude la cabeza. —¿Sabes una cosa? No quiero saberlo. Cuanto menos sepa, mejor, ¿no? Eso es lo que dijiste, y empiezo a estar de acuerdo.

—Ojalá pudiera contártelo todo, pero no es seguro, Hope. Ni siquiera deberías estar aquí ahora. De hecho... —señalo el arcén de la carretera—. Detente aquí. Caminaré el resto del camino.

Resopla. —Vas con muletas, NoNo. Apenas puedes andar por el asfalto. ¿Cómo vas a caminar por este barro?

—Ya he atravesado el bosque antes. Estaré bien. Y no quiero que te acerques a este lío más de lo que ya estás —tiro suavemente del volante, dirigiéndonos hacia el arcén—. Por favor, Hope.

Ella cede con un suspiro. —Bien, pero solo porque la siguiente curva te lleva a la cabaña —saca una llave y un móvil barato de la guantera y me los pone en la mano—. Quédate el tiempo que necesites, ¿vale?

Cruzo el asiento delantero y la abrazo. —Gracias, Hope. De verdad.

—En cualquier momento y en cualquier lugar, nena. Siempre —su voz es gruesa mientras me devuelve el apretón. Luego, me empuja hacia la puerta—. Será mejor que te pongas en marcha si quieres llegar cojeando a la cabaña antes de que anochezca.

Casi sonrío. Casi.

Luego, salgo del coche y veo cómo se aleja.

51

NOVA

En otra vida, esta podría ser una caminata relajante. Un lugar agradable para pasear a los perros.

La luz del sol motea el camino de tierra húmeda a lo largo de la carretera, y puedo verlo todo perfectamente: Rufus tirando de la correa para perseguir a las docenas de ardillas que subían corriendo por los árboles... Ruby, siempre una buena chica a mi lado, olisqueando las flores silvestres esparcidas por la cuneta y dándome un golpecito en la pierna cada pocos minutos para que le rascara detrás de las orejas...

Samuil...

Se me hace un nudo en la garganta. Se me salen las lágrimas al pensar en él cogiendo suavemente la correa de Rufus de mi mano y haciendo trotar a la hiperactiva amenaza por la carretera un par de veces para cansarlo. Luego volvían a nosotras, jadeantes, con Rufus con la lengua fuera de la boca. Samuil me sonreía, con un ojo entrecerrado contra el amanecer, como si el hecho de que se dirigiera hacia mí no fuera un milagro.

Pero esta no es otra vida.

Aquí no hay milagros.

Tampoco hay nadie más aquí. Solo estoy yo.

La imagen se dispersa como la luz del sol en la niebla. La realidad viciosa está ahí cuando ya no está. El rocío que se adhiere a la hierba empapa mis vendas, y el agarre de goma de mi muleta resbala contra el resbaladizo suelo a cada paso.

Me muerdo el interior del labio hasta saborear la sangre, intentando no gritar. Los medicamentos sin etiquetar que Hope sacó de su bolso no han aliviado mi dolor. No estoy segura de que nada lo haga nunca.

Sam me odia.

Si tengo suerte, que, históricamente, no la tengo, me dejará explicárselo. Quizá retenga el asesinato el tiempo suficiente para que le diga que entregué en mano su propiedad a sus

enemigos como forma de ayudarlo. No para hacerle daño.

Quería ayudarlo.

Quería salvarme de mi padre y de los Andropov para poder volver con él.

Cada decisión que tomé fue para intentar mantener entera esta cosa rota y hermosa que tenemos.

Pero Sam no tiene motivos para creerme. No después de cómo dejamos las cosas.

Yo intenté irme de su casa, y él me obligó a quedarme. Mientras se me rompía el corazón, lo vi marcharse a Moscú, sin saber si volvería algún día.

Tiene motivos para creer que lo he traicionado, y ni siquiera yo soy tan ingenua como para esperar lo contrario.

Por eso tengo que seguir moviéndome.

Hace años que no voy a la cabaña, pero todo parece exactamente igual. Puedo ver la parte superior del armazón en forma de A a través de las hojas y destellos del agua más allá.

Me tomo mi tiempo para acercarme, abriéndome de par en par para poder caminar de lado en vez de hacia el frente. Es un progreso lento y doloroso a través del denso follaje que rodea el amplio césped. La hierba me llega hasta la cintura, así que quién sabe cuántas serpientes y ratas se deslizan bajo mis pies. Es un testimonio de lo mal que se han puesto las cosas que ni siquiera me atrevo a preocuparme.

Tengo demasiadas otras serpientes y ratas de las que preocuparme.

Cuando mi padre se dé cuenta de que me he ido de la ciudad, puede que cumpla sus amenazas de hacer daño a la abuela. Podría estar desahuciándola de su casa en este mismo instante, y no hay nada que pueda hacer para impedirlo que no empeore las cosas.

La esperanza me trajo hasta aquí, así que no se sabe qué consecuencias podría tener más tarde, cuando Samuil me busque.

Porque me buscará.

¿Y qué voy a hacer? ¿Correr? Como si eso fuera a funcionar. Y, aunque pudiera, estoy demasiado agotada por todo lo que ha pasado para intentarlo siquiera. Me duele el brazo. Me duelen los huesos. Me duele el corazón.

Lo peor no es que la haya cagado. No es que tomara la decisión equivocada y me pusiera en una situación comprometida.

Es que, si tuviera mejor criterio, las cosas podrían haber salido bien.

Si hubiera entrado corriendo en el ascensor el día que Sam se marchó y lo hubiera abrazado, si me hubiera negado a dejarlo marchar hasta que comprendiera que le quería a él, a esta vida y a cada parte oscura y magullada de su alma, quizá ahora estaríamos juntos.

Si le hubiera dicho enseguida que Katerina me había dado el teléfono o le hubiera preguntado

por su relación o hubiera superado mis propios miedos el tiempo suficiente para decirle exactamente lo mucho que significaba para mí y lo mucho que no quería perderlo, quizá me habría llevado con él a Moscú.

Quizá lo habríamos conseguido.

Las lágrimas me nublan la vista cuando salgo de entre los árboles y tropiezo hacia la casa.

Los escalones de madera están empezando a pudrirse, hundiéndose hacia un lado, como si el suelo fuera a tragárselos enteros. Una gran parte de mí desea que así sea. Que me lleve con ellos. Mastíquenme, acaben con mi miseria. Que sea rápido, por favor.

Saco a tientas la llave del bolsillo y se me cae entre los dedos, cayendo estrepitosamente al porche. Durante un segundo, queda en equilibrio sobre el borde de uno de los tablones, como si jugara con la idea de deslizarse entre las grietas y perderse para siempre bajo el porche.

Sería una señal. *Date la vuelta. Deja que te encuentre. Que este sea el final.*

Pero la llave no calza.

Me agacho y la recojo. Me tiembla la pierna de cansancio. La deslizo en el pomo deslustrado y abro la puerta.

El interior está oscuro y el aire se llena de polvo mientras arrastro el petate que me ha metido Hope por la puerta principal. Me dijo que dentro había una muda de ropa y algo para lavarme la cara, pero no me importa estar empapada de sudor, suciedad y sangre seca. Solo quiero sentarme y cerrar los ojos.

Durante unas horas, quiero abandonar la conciencia y dejar que todo esto se aleje.

Cierro la puerta de una patada y tropiezo con una mesa auxiliar y luego con un sillón mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad. Lentamente, puedo distinguir los finos rayos de luz que se cuelan por los agujeros de las cortinas. Distingo la forma familiar de la isla de la cocina y la mesa del comedor.

Luego, me vuelvo hacia el salón y vuelvo dando tumbos.

Porque hay un par de ojos plateados que me miran desde las sombras.

Pieza a pieza, se va enfocando como la mejor pesadilla que he tenido nunca. La anchura de sus hombros, una pierna cruzada con confianza sobre la otra... Sus manos agarran los reposabrazos, pero veo la pistola en su regazo.

Samuil se incorpora. Tiene la cara de hierro. Su voz es peor.

Solo dice—: Te estaba esperando, *krasavitsa*.



LA HISTORIA continúa en el libro 2, ***Atenea Tatuada***. ¡Haz clic aquí para leerlo!